

El Rodaballo

REVISTA DE POLITICA Y CULTURA

AÑO I

Nº 2

Mayo 1995

\$7

CeDInCI

ELECCIONES

LA POLITICA

ESTA EN OTRO LADO

Scavino/Grüner/de Santos/Tarcus

MESA DEBATE

CAPITALISMO: LAS

FIGURAS DE LA CRISIS

Katz/Calviño/Astarita/Guilis

ESTETICA Y POLITICA

LOS ARTISTAS Y EL PODER

Angel/Battistozzi/Longoni

LA CORRESPONDENCIA

INEDITA SERGE/TROTSKI

LA VIENA DE MUSIL

E. Marí

ABOLIR EL TRABAJO

J. M. Vincent

COMITE EDITORIAL

Raquel Angel
Blas de Santos
Eduardo Grüner
Alberto Guilis
Horacio Tarcus

DIRECCION DE ARTE

Juan Marcos Ventura

COLABORARON:

Dardo Scavino/Enrique Mari/Ana María Battistozzi/Ana Longoni/María Gabriela Ini

CORRESPONDENCIA:

El Rodaballo
Corrientes 2554, 3° A Tel. 951-4504
(1046) Buenos Aires- Argentina

STAFF

EDITORIAL

INDICE

DOSSIER: ELECCIONES LA POLITICA ESTA EN OTRO LADO

*Dardo Scavino/Terror: ¿La condición Argentina? 4
*Eduardo Grüner/El 14 de Mayo, Scilingo y los miedos democráticos 5
*Blas de Santos/El Estado de la Democracia: las internas cerradas del Capital 8
*Horacio Tarcus /La ilusión democrática 12
*Solicitada /Un nuevo patriciado 15

MESA DEBATE: DIAGNOSTICOS Y ALTERNATIVAS A LA CRISIS DEL CAPITALISMO

*Claudio Katz/El espectro de un crack como el de 1912 16
*José Calviño/El segundo fracaso para modernizar a la burguesía 17
*Rolando Astarita/La estrategia internacional del capital 18
*Alberto Guilis/Lo que está en crisis es el modelo de acumulación 19
*Entrevista a Jean-Marie Vincent/ Metamorfosis del trabajo 22
Ética, violencia y política/ La correspondencia Trotsky/Serge 25

DOSSIER: ESTETICA Y POLITICA. LOS ARTISTAS Y EL PODER

*Ana María Battistozzi/Marx, un siglo después 34
*Raque Angel/El poder de los que no tienen poder 35
*Ana Longoni/Marx en el siglo XXI 38
*María Gabriela Ini/Erzsebeth Báthory: Crueldad, sexualidad y poder 41
*Enrique Mari/Robert Musil y la crisis del reino de Kakania 43

El complicado conflicto internacional desatado en los últimos meses entre España y Canadá (y ahora también Gran Bretaña) por la pesca del rodaballo, nos crea un grave problema de conciencia: ¿de qué deberíamos ocuparnos en este número? No es que creamos, soberbiamente, que ese grave conflicto tiene que ver solamente con el impresionante impacto mundial del primer número de nuestra revista, sino que ese y otros conflictos que la revista ha contribuido a desatar (algunos de nuestros amigos, fíjese el lector, han dado el grave frepaso de retirarnos el saludo... y, lo que es más grave, la suscripción) se presentan verdaderamente —al igual que la lucha planetaria por la obtención de ese ambicionado pez-testigo de la inacabable Historia— como signos inequívocos de una necesidad de crítica de las nuevas mercancías ideológicas que tiene para ofrecer nuestro mercado de época a la consideración del distinguido lector y/o televidente.

En efecto: en un significativo paralelo con las temidas significaciones que el saber popular asigna a las señales del paso del tiempo sobre la 'humanidad' de un individuo, las fallas de la memoria y el trastorno de las coyunturas, aquellos conflictos pueden también ser síntomas preocupantes para proyectos político-culturales desmedidos como el nuestro. Estamos hablando de la lozanía de nuestro Rodaballo. No es fácil, ni siempre palabra del mejor consejero, saberse nadando contra la corriente: la corriente de los golfos pega duro, pero pasamos la rompiente del Número uno, sorteamos dificultosamente las redes tanto hispánicas como canadienses de la cesación de pagos y la distribución muy poco ampliada, y aquí nos echamos el segundo, orgullosos de nuestra (omni)potencia. Los que formamos el cuerpo obstinado de este pez sabemos que la memoria y la coyuntura traen tanto una oportunidad como la exposición a un desafío, conjunción que suele denominarse como crisis. El desafío es el de hacer del pasado una experiencia rescatable para operar sobre el presente, y no un legado arqueológico a reverenciar. En un caso el pasado es el instrumento vivo de la experiencia histórica volcada a la realidad actual, en el otro la colección de sus emblemas y el desfile de sus nostálgicos custodios.

Muchas veces, frente a algunas invocaciones que llaman a cuidar del olvido la historia transcurrida —siempre desde la misma reactiva idealización de los hechos y con el mismo subrayado arquetípico de sus actores—, se siente el impulso de echar mano al látigo y expulsar a los mercaderes (o a los pescadores del rodaballo de aguas revueltas) del templo. La intuición de llegarse a ver defendiendo el álbum con las estampitas y trenzados en el desalajo de un pantón, debería alcanzar y sobrar para reconocer la especularidad de una simetría que no lleva sino a la duplicación imaginaria de aquello que postulamos haber desterrado. Pero, que le vamos a hacer...son años.

Y para nada pretendemos el privilegio de ser los únicos tentados por una crisis empeñada en demostrar que, esta vez, sí es cierto aquello que se dice de todo tiempo pasado.

La renuncia a la historia, que toma el camino de la renegación de la memoria, es un modo de resignar la responsabilidad por su marcha. Por ejemplo, elecciones: el tiempo político suplementario lo juegan los partidos. La mano invisible de V'hoff dirá. Siglos de religiosidad que el iluminismo apenas encandiló, que otros como Nietzsche quisieron liquidar certificando la prematura defunción de su titular, y que los psicoanalistas prorrogaron diagnosticando una cataléptica pervivencia inconciente. El cuadro de situación, el Jurassic Park de los recursos fósiles ideológicos sobrevivientes, que sirven para seguir pensando la política sin desmarcarse de la trascendencia, muestra, en la sala "progre" del museo, dos extremos —extremistas abstenerse—: la izquierda idéntica a sí misma y el democratismo benefactor.

La primera se nos presenta despojada del crédito que sacaba de su adicción a las turbulencias de la sociedad, es decir aquellas bien espectaculares y efímeras, cuanto menos "radicales" mejor, y que hoy, por su inexistencia en (la) plaza, los deja transformados en ventrílocuos de un discurso sin más referente que el eco de sus propias consignas. Galeotes de una concepción de la práctica que guía su derrotero, bajando la cabeza para agitar los remos, sin descansar para enterarse de donde vienen y donde tienen puesto el rumbo, y confundiendo la coherencia con las vueltas en redondo porque la familiaridad del paisaje les confirma, una y otra vez, la reincidencia de las predicciones: ven, ya lo dijimos...

La obstinación —una virtud cuando la procura de lo ideal no conduce al fraccionamiento de la tensión utópica por las cuotas de lo disponible en la plaza de lo posible, ni al adiestramiento del deseo por las seguridades del realismo—, se rebaja en esta militancia residual al incorformismo del capricho y el orgullo de la rebeldía aún no comprendida, ni acompañada en la patalleta que abandona el juego —y la lucha real— por la arrogancia del amor propio herido. Nadie le reclama, y por eso nadie le reprocha, a la izquierda que se declara socialista que no figure en la agenda de los sueños de las masas. Lo que cuestionamos es que con el folklore de sus jergas y viejos trucos contribuyen a su propio descrédito, y empujan a su propia extinción, por rehusarse a abrir un debate que no tema el efecto que el aire fresco tendría para con las ideas y los valores momificados que los tiene por exclusivos concesionarios. O por la mistificación de su vaciamiento como herramientas intelectuales colectivas, y no como los estigmas y las llagas de una orfandad y una viudez que no sabe reivindicar mejores pruebas que la pasión por el disfrute de los desengaños y los abandonos. Y si alguna cuenta chica sin saber se nos ha quedado pendiente con esta militancia, heroica en el mal sentido que la voluntad y el esfuerzo toma de la sumisión a lo sacrificial, es desanudar el malentendido de Caída fuera de la verdad sacra que necesitan representar, y que quieren inducir en aquellos que buscamos, aunque sea a tientas, modos alternativos, dialécticamente "superadores", de continuar defendiendo el socialismo: defenderlo, incluso, de las propias influencias que el sistema en que vivimos pueda inducirnos: ya que, felizmente, no estimamos inconfesable reconocer nuestra terrenal residencia; ya que estamos, incómodos pero no his-

téricos por la impaciencia de estar siempre en otro lado, compartiendo la naturaleza falible de los sujetos históricos de los que sacamos razón y ejemplo para construir nuestras propias concepciones de la realidad. Ese es el objetivo desacralizante que nos lleva a compartir con los lectores la relación epistolar Serge-Trotsky, no por adhesión al culebrón iconográfico (como podrá apreciarse al leerlo); pero tampoco con el gusano resentimiento del engañado por La Izquierda, engaño que se consuela en la misoginia apolítica (La Izquierda, se sabe, es mujer: ergo, lo dijo el camarada Lacan, no existe). No, no: lo hacemos para retomar el rastro de una pasión revolucionaria que si fracasó o erró el camino, no fue sólo por ausencia sino a pesar de la reflexión que inspiraba a quienes esa pasión encendía. Buscamos de ella la chispa que reavive los debates que le debemos a una época en que hace furor la indiferencia y se desata la inacción, en ocasiones por la renuncia al socialismo con el consiguiente abandono de las preocupaciones teóricas por realizarlo, y en otras por un perfeccionismo que lo quiere teóricamente puro.

La sola mención del tema de la coyuntura provoca tal escalada de reflejos prototípicos que bien podría servir para testear la especie de izquierda que traduce un discurso. No es un mérito de la noción misma de "izquierda", sino del marco de dogmatismo y pragmatismo en que se suceden los monológicos argumentos que acostumbra celebrar (¿?) la izquierda realmente existente, y a los que llama discusión. Partiendo de la base de que cada tendencia expresa la única verdad (en lugar de hacer honor a su nombre procurando tender a construirla), no cabe lugar para nada parecido a un diálogo. Por lo tanto, este modo de discursividad en paralelo —los "enganchados" para no oírse— los confirma como mutuamente inaudibles, ya que todo intercambio o elaboración común descartaría la condición de verdad única para cada interlocutor, en la que reposa su identidad monádica y desde luego imaginaria, puesto que no tolera un Otro que la confirme o contradiga.

Para unos, la coyuntura es la patente de corso que le niega todo derecho vinculante a la teoría ante sus majestades lo concreto, la práctica, y los hechos, es decir La Realidad (que en otras épocas era la única Verdad y que, hemos de recordarlo, también es Mujer: o sea que aparte de no existir, se resiste a la violación, aunque no faltarán los arriba citados misóginos que dirán que, en el fondo, le gusta). Para sus oponentes, que son funcionales a la circunstancial complementación ad hoc, la actividad intelectual, la razón lógica y el rigor metodológico, o sea La Teoría, tiene permiso para desacreditar todo lo que no está hecho —fundamentado— en su nombre. Los retoños de este verdadero pleito de medianería, estrategia vs. táctica, objetividad vs. subjetividad, parte vs. totalidad, (vanguardia vs. base, dirección vs. masas), fragmentan los contenidos de las problemáticas, que quedan vaciados de significación y desarticulan los elementos de las metodologías en los que pudieron surgir, provocando esa arborización que impotentiza el intento de esclarecimiento. El resultado es que al quedar opacada esta dinámica, los potenciales representantes de la diversidad en juego en cualquier polémica se retiran convencidos de que la coherencia es un problema de disciplina; y esta, fruto de la consecuencia con los puntos de vista de los que parte cada uno. En síntesis, sólo es posible y vale la pena discutir con quienes piensan lo mismo, mientras que —como quien no quiere "La Cosa"— cae la noche sobre Ushuaia, ¿para qué? para que las doce páginas de la progresía vernácula se llenen la boca (¿será también "boca de urna" de house organ frentista?), se llenen la boca, lo repetimos, con "el primer muerto por un conflicto social desde el retorno de la democracia" (titulares del santo jueves 13 de abril), sin que el esfuerzo de su mandíbula de tribunos de la plebe les haga temblar la mano con la que "ajustan" las cuentas a sus propios trabajadores. En fin: pequeñas Ushuaias hay a cada vuelta de la esquina, también en el que muchos piensan que es nuestro barrio.

Y a propósito de barrios propios y ajenos: nuestro dossier sobre los costos de la ilusión democrática sabe de estos hábitos mentales y no proclama ninguna inmunidad o extraterritorialidad para alguna o todas las posiciones que pudieran encontrarse en él. Tenemos claro el acuerdo acerca de la imposibilidad de afirmar propuestas tácticas que, ya sea por exceso o por defecto, no arriesguen siempre compromisos estratégicos teóricos y políticos. Estamos convencidos de la responsabilidad asumida en la reconstrucción de una cultura política de izquierda socialista revolucionaria y en cómo esta no se asume con eufemismos o reglas de cortesía. El "intelectual colectivo" que nos convoca y al que quisiéramos sumar a nuestro "colectivo intelectual" no se confunde con: a) un club de corazones solitarios que se disculpan las mañas como precio de no quedarse a la intemperie; b) el respeto sumiso por la trayectoria o la obra de nadie, o por sus fundacionales insignias patricias, cuando estas guardan en el banco ídem las letras de cambio para capitalizar en el mercado privado lo acumulado a costa del esfuerzo aportado desde la comunidad de lo público; c)

el aplacamiento de la izquierda ancestral cuando chantajea o pide pruebas de amor en el apriete de seguirlos incondicionalmente o ser tragados por la reacción. En resumen, ningún paso al frente cuando apuran llamando al pie, sea con el encantar de los cantares progres de la negra Sosa —declarando su voto cantado a Bordón porque tiene cara de hombre bueno—, las pontificaciones de los politólogos académicos como Nun u O'Donnell llamando, uno, a las internas premoledas del Frente Grande como panacea de la democracia, o poniendo, el otro, a las elecciones como el principal saldo histórico de la sociedad, o con el dudoso argumento, esgrimido por otros, de acumular en la banca el capital de poder que no pudieron producir en la sociedad. Tampoco cuando los "candidatos obreros", por decreto de necesidad y urgencia, disponen (¿por qué y con qué fundamentación?), que deberíamos esponsoriarles la disputa entre sí de los restos del naufragio, que deberíamos seriamente considerar la posibilidad de reunir su devaluado crédito ante la sociedad con la potencialidad de las fuerzas socialistas independientes a las que en los hechos desprecian.

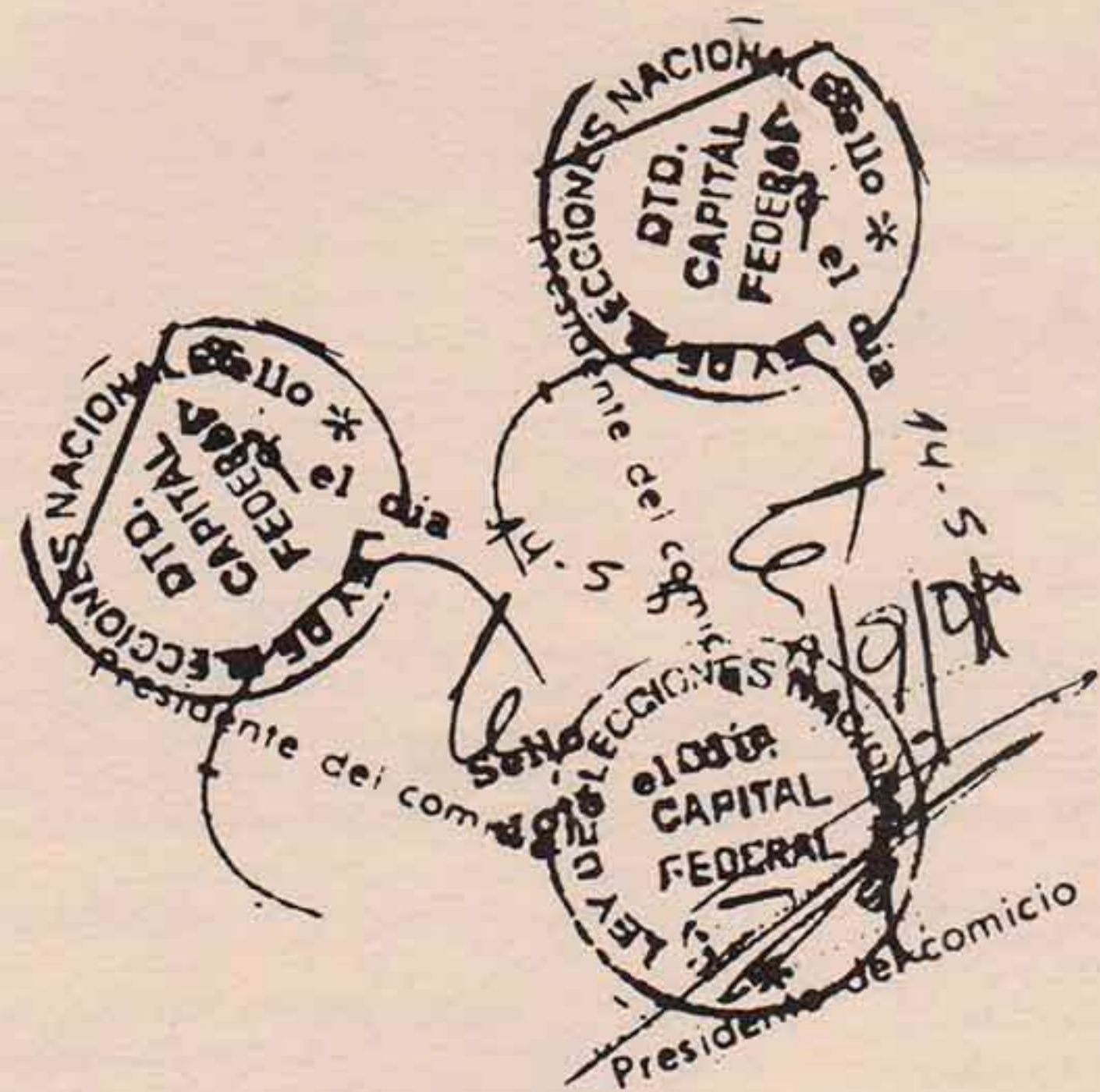
Pero, doblemos la página: tratando de aportar materiales de discusión que reflejen la complejidad global de la sociedad sin desbalancear ninguno de los niveles de determinación esenciales a su comprensión crítica (noten que hemos aprendido la jerga), publicamos un debate organizado por la revista con un grupo de economistas. El mismo refleja diversos modos de aproximación a la actual crisis y de evaluación de sus consecuencias socioculturales en el plano local e internacional, dejando abierta la articulación de sus análisis con su pertinencia para un programa político de la izquierda socialista y los límites de la sempiterna objetividad dictada por la realidad económica.

Reconocemos, páginas después, la necesidad de comenzar a avanzar en la crítica de las versiones productivistas del socialismo, que hasta hace poco lo hegemonizaban hasta el punto de asimilar los ideales emancipatorios del primero con la supuesta eficacia del segundo para desenvolver la industrialización y el desarrollo de las sociedades atrasadas, sin reparar en las cualidades de las relaciones de producción y en las subjetividades resultantes. Lo intentamos, ese principio de avance, con la entrevista donde Jean Marie Vincents retoma el Marx olvidado que no soñaba con una sociedad de productores libremente asociados para simplemente gestionar y administrar el trabajo, sino para abolirlo. Vaya como inicio de debate y efemérides para la celebración burguesa de la fiesta del trabajo ajeno: una discusión difícil, porque a la degradación de la actividad humana que traduce la explotación de la fuerza de trabajo como destino abstracto de la existencia, se agrega la distorsión que provoca una desocupación de niveles inéditos que compromete la denuncia de su extinción con el reclamo por su distribución equitativa. Tampoco en este tema retrocederemos ante la complejidad teórica y práctica recurriendo al viejo truco de seleccionar un enemigo o una contradicción por vez. Partimos de la base de que no hay realidades más principales que otras, y que siempre importa más que el ranking desarrollar la totalización, que es en definitiva la que da significación a los lugares. Que la verdad no es un problema de rating ni de jerarquías, buenas, sí, para clasificar ángeles o para adornar papers. Por eso junto a los temas de "candente actualidad", como la situación mexicana, queremos ocuparnos e invitamos a los lectores a ocuparse, sin cambiar el ángulo de la información —que sigue siendo el interés por las formas plurales de articulación de la lucha de clases—, de cómo esta articulación puede leerse en la literatura, la plástica, la antropología, el feminismo y el psicoanálisis.

Estamos convencidos de que —siendo ambas, desde ya, construcciones sociales— la verdad contribuye a la revolución cuando las prioridades de esa construcción están en manos de los sujetos que autónomamente deciden cuándo, cuáles y cómo son las necesidades de verdad y la verdad de las necesidades que desean satisfacer. Pero autonomía no se confunde con aislamiento. Pensamos que la reflexión sobre el socialismo y su reconstrucción, en la que nos encontramos tanto nosotros como otros proyectos similares grupales e individuales, tomaría el impulso que merece con una verdadera socialización, lo más amplia que la coherencia y la irrenunciable pasión del debate lo aconsejen, de la tarea que nos proponemos. En otras palabras: sin dejar de nadar a contracorriente ni de tratar de sortear pescadores arteros tanto como encantadores llamados de sirena, propiciamos que nos autoconvocemos a una elaboración colectiva que, como revista's, pensamos que no queremos, podemos ni debemos reemplazar, sino reflejar, aportar y ayudar a que se conozca. Nadie más enemigo de tirar líneas, que el rodaballo, por experiencia personal de haberse "clavado" varias veces al morderlas. Pero vamos, démosle para adelante...Hasta la próxima.



ELECCIONES



TERROR: ¿LA CONDICION ARGENTINA?

Dardo Scavino

Desde hace unos años un interrogante atormenta las conciencias "progresistas" de nuestro país: ¿por qué, pese a todo, el menemismo sigue ganando las elecciones? Pregunta que hoy, ante los límites ideológicos del progresismo, puede ampliarse: ¿por qué los argentinos le dan la espalda a cualquier proyecto colectivo verdaderamente igualitario? O peor aún: ¿cómo es posible que un pueblo tolere un gobierno que genera cada vez más desigualdad entre los habitantes en nombre de una igualdad entre el peso y el dólar? La respuesta, oída aquí y allá, resulta verosímil pero decididamente insatisfactoria: la gente, se dice, tiene miedo. Con Alfonsín era el terror a un regreso de los militares; con Menem, el pánico a la hiperinflación de Alfonsín. La sociedad argentina, conciente o inconscientemente, vive, no aseguran, bajo amenaza. Resta, sin embargo, una cuestión enigmática: en provincias donde el menemismo ganó hasta con el 60% de los votos, las elecciones fueron precedidas por revueltas populares en las cuales muchos obreros, empleados, maestros o jubilados tuvieron el coraje de enfrentarse a las fuerzas represivas del Estado. No obstante, en la intimidad del cuarto oscuro, cuando iban a efectuar, una vez más, el "sagrado gesto" del ciudadano, deslizaron en el sobre la lista de sus opresores. Algo similar había ocurrido en Zárate después del resistido desmantelamiento de SOMISA. Pese a esto, la explicación de este fenómeno sigue siendo la misma: nuestra sociedad, tras los fastos de la democracia formal, vive bajo el régi-

men del terror. Este se convierte, sin más, en la razón suficiente para la retirada de todo proyecto político emancipador o para la resignación a una gestión que no cesa de pronunciar la brecha económica y social entre las clases. ¿Pero por qué ese mismo trabajador que no se amedrenta ante la amenaza de la represión, se siente aterrado cuando ejerce el rol de ciudadano? ¿Por qué justamente allí, donde los policías y los patronos no lo ven? Ante esta realidad, habría que preguntarse si en verdad ese trabajador, en la asamblea, la manifestación o la revuelta, es la misma persona que ingresa al cuarto oscuro, como un Erdosain vergonzante y tímido entrando al prostíbulo. Y bien: no. Por la misma razón que esa sociedad atravesada por el terror de la cual se habla no es, Estado mediante, una comunidad, sino una colección de particulares, una serie desmigajada de individuos.

El lobo calculador

Estos individuos, en efecto, son el fundamento "racional" de nuestras democracias representativas y del contractualismo en general, doctrina cara a nuestros progres desde 1983. Racional, digo, porque el individuo se define por perseguir siempre su interés personal, su bien propio. Sólo un loco, se supone puede obrar contra sí mismo. Actuar racionalmente significa, para el individuo, buscar su utilidad, su beneficio, su felicidad: ama las cosas que le hacen bien porque se ama, por sobre todo, a sí mismo. De donde la conclusión inevitable: si este individuo, en las urnas, renuncia a un bien, es porque siente la amenaza de un mal mayor. Y es que sólo este hombre que se ama a sí mismo por sobre todas las cosas, sólo este átomo laico y narcisista, puede sentir la amenaza permanente sobre su persona y sus bienes. El terror es una categoría del individuo, no de lo social. Corolario: no es el terror quien disolvió o serializó las comunidades políticas de nuestro país, ya que vemos a lo largo de estos años cómo, llegado el caso, los trabajadores se arriesgan colectivamente: es porque la sociedad fue serializada y convertida en un desparramo de individuos, de cuentapropistas de la vida, que está atravesada, desde hace ya mucho tiempo, por el terror. En el origen de la disolución está la desaparición de un proyecto colectivo emancipador y realmente igualitario, no la amenaza de los poderosos. Que el individuo resulta siempre un modo de ser

signado por el terror, es algo que, sin conocer la historia argentina, ya había proclamado Hobbes. Toda sociedad, afirmaba, reposa sobre el terror, ya que si cada individuo tiende a realizar libremente su interés, el prójimo, al competir con él, no puede presentarse sino como un obstáculo a eliminar o esclavizar. "El hombre es el lobo del hombre", decía el adagio retomado por Hobbes. Pero como se ve, el inglés no hablaba aquí de una verdadera sociedad, se trataba apenas de un conjunto de individuos espacial y temporalmente próximos, en "guerra de todos contra todos". Lo que los distingue de un simple agregado animal, en todo caso, es que estos hombres lobo también calculan y es gracias a este cálculo que se vuelven corderos: se dan cuenta que les conviene (o es más eficaz) abandonar el estado de guerra y entrar en un Estado de contrato. De modo que, renunciando a sus derechos naturales, delegan su poder en un Príncipe o una asamblea de representantes que haga respetar, por el terror, ese contrato. Al conjurar la guerra de los individuos entre sí, la amenaza estatal permite, se supone, el intercambio de todos con todos y la realización más eficaz y pacífica de los intereses individuales. La sociedad de Hobbes debía ser mercante o no ser nada. Por eso podía afirmar -y no conoció, claro está, la Argentina menemista- que "temor y libertad no eran cosas contradictorias". Lo que bien puede traducirse, en términos más precisos, de la siguiente manera: el libre mercado precisa del terror para funcionar.

El mito hobbesiano, el mito burgués en general, consiste en hacernos creer que estos lobos calculadores (o estos corderos suplicantes de seguridad estatal) preceden al Estado mismo y a un determinado orden mercantil de cosas. La ficción consiste en decir que ellos son los "átomos de sociedad", que el hombre es "naturalmente" un individuo, interesado, atroz y temeroso, receloso y calculador. Porque es sólo esta virtud del cálculo, o la especulación, la que lo distingue, aparentemente, del resto de los animales dotados igualmente de un instinto de conservación: son hombres porque pueden darse un Estado y obedecerle. Cuando se define la "condición argentina" por el terror, se reduce a sus habitantes a una subhumanidad por debajo, incluso, de la del mítico lobo calculador de Hobbes. Se acepta como un hecho lo que se hizo de nosotros a lo largo de veinte años. Porque no es el terror quien crea individuos aterrabilables, no es la amenaza quien reduce al hombre a esta molécula interesada y temerosa. Para que el terror sea eficaz debe actuar sobre una subjetividad que fue reducida a ese modo de ser individual, sólo preocupada por su propia supervivencia.

Si miles de militantes políticos no cedieron frente a la tortura y la destrucción física y mental sistemática en las prisiones argentinas, fue porque una verdad colectiva que no se reduce a la luctuosa mecánica del individuo, actuó en ellos, o a través de ellos, más allá del terror. De donde la sospecha de la que todavía son objeto cuando se distingue a estos militantes de las "víctimas inocentes" de la dictadura: algunos quieren que los hombres o las mujeres se reduzcan a su sólo sufrimiento, a su sólo ser aterrado y animal. La misma distinción macabra se hizo a propósito del atentado contra la AMIA: allí murieron judíos, se dijo, pero también "inocentes". Esto es mucho más que la revelación del trasfondo racista de algunos medios locales. Sin percatarse, estos medios reconocen que en la colectividad judía hay, como lo señaló acertadamente Nicolás Casullo, ciertos principios, religiosos o no, que insisten en no ceder ante el terror, que impiden toda reducción de los sujetos a la sola realidad de víctimas. Cuando se dice que, después de siglos de persecución, el terror es, por antonomasia, el sentimiento que define y reúne a la colectividad judía, se coincide con la visión que Hitler tenía de ella: una especie subhumana. Justamente, si esta comunidad pudo sobrevivir a siglos de persecuciones y al mismo genocidio nazi, se debe a que, a pesar de todo, no cedió sobre esa serie de principios subjetivos que la singularizan como colectividad humana.

Esta colectividad sostenida y congregada en una convicción que no cede ante la amenaza y la muerte, es justo lo contrario de una asociación contractual de individuos, contrato cuyas reglas, para ser respetadas, deben estar respaldadas por la prodigiosa y taimada violencia estatal o el síndrome del miedo al prójimo. Es cierto que esta prueba de resistencia subjetiva no le otorga, de por sí, un valor de verdad a un proyec-

to colectivo, pero es la condición ética mínima para que una verdad política, referida siempre a una situación concreta, pueda existir. Es gracias a que los hombres y las mujeres no se identifican del todo con la racionalidad instrumental del individuo, que puede existir la política como práctica colectiva.

Comunicación y violencia

Por lo mismo, esta reconciliación de los argentinos bajo un mismo terror, bajo el miedo a la muerte o la hiperinflación, no es sino la resignación al individualismo ambiente y la renuncia a todo proyecto colectivo realmente igualitario. Proyecto que, por supuesto, no podrá no ser combatido por quienes sientan en la desigualdad económica y social su panacea de poder. Una política igualitaria rompe necesariamente la unidad nacional basada en el consenso atrozado. Por eso no puede decirse que el fundamento de toda política es la violencia. La violencia es lo que pretende negar toda política colectiva en favor de una gestión estatal.

Es cierto que una política emancipadora e igualitaria, al ser antinómica con un orden establecido, puede desembocar en la violencia como respuesta a la violencia instituida. Pero medir una política por el grado de violencia que despliega, por sus posibilidades de éxito o fracaso en función de las fuerzas de que dispone, o igualar a los contendientes por el sólo hecho de que ambos matan o mueren, es reducir el componente de verdad y justicia que un pensamiento puede aportar a una mera cuestión cuantitativa. Es el nihilismo absoluto del cual se jactan los profetas del "fin de las ideologías". De ahí que el nihilismo sea la filosofía de los amos: es verdadero lo que se impuso históricamente, es decir, lo que es tal como se estableció. Identificar la verdad política con la ideología de los vencedores es renunciar, de antemano, a toda radicalidad, a todo proyecto emancipador. Significa confundir, como decía Foucault, la potencia de la verdad con las verdades del poder. Por eso la confusión de la verdad y el poder resulta, como ocurrió con el stalinismo, tan catastrófica, lo mismo que la captura de la política igualitaria por parte del Estado.

También los sofistas posmodernos colaboran con el Estado al aportar su cuota de terror: miren en qué terminaron, dicen, las políticas igualitarias, en el Gulag y la matanza colectiva. Y no es un argumento a soslayar: cuando se domina en nombre de la nodominación, las cosas no pueden acabar de otra manera. Pero esta impugnación del "socialismo real" (o del capitalismo burocrático) es sólo una estrategia para reducir toda política a una negociación contractual de los intereses individuales o corporativos.

Un sindicato, se sabe, puede reclamar un aumento salarial o una mejora en las condiciones laborales de los obreros. Está en su derecho. Podría incluso obtener un fallo favorable de la justicia estatal, si ésta existiera. Pero como le reprochaba Lenin a los trade-unionistas, toda acción en este sentido —aun violenta— es consensual ya que no pone en cuestión el sistema de explotación del obrero. Lo que es justo, en este caso, no es que los obreros cobren más —aunque obviamente, si eso ocurriera, sería acorde con sus intereses. Lo justo sería que se desbaratara ese sistema de enajenación de su tiempo de trabajo. Esta posición, la única auténticamente política, no es negociable o no tiene posibilidad de respuesta por parte del sistema, ya que implica su desaparición. Y es por eso que ésta encuentra un sólo modo de responder: la represión. En este punto, no puede haber diálogo entre la patronal y los obreros, y mucho menos contrato. Pretender reducir una política a los términos de la racionalidad comunicativa significa renunciar a todo proyecto igualitario. Cuando hay política, hay dos que no se entienden.

Cada vez que los figurones televisivos nos dan lecciones de civilización haciendo el elogio del diálogo y la concertación entre las partes, de la buena voluntad y el sentido común, escamotean siempre la violencia implícita en la comunicación: dialogar, en este ámbito, significa aceptar los términos del amo. Ya lo decía Clausewitz: la guerra busca imponerle al otro una comunicación, hacer que el otro reconozca el lenguaje del vencedor como el único válido. El enemigo es siempre un bárbaro, alguien que no comprende el idioma, las leyes y los valores de un sistema.

Sin embargo, la estructura del diálogo, como la lógica de la opinión pública, nos depara una ilusión aún más prodigiosa: que al decir "no" cuando el amo dice "sí", estamos oponiéndonos a él. Así, en los últimos años, la mayoría de los debates públicos estuvieron dominados por preguntas formuladas desde el poder: las privatizaciones, la reelección, la seguridad, y cuanta campaña lanzara Neustadt desde su programa. Por el contrario, una política emancipadora formula siempre las cuestiones para las cuales el poder no tiene respuesta. El marxismo fue el mejor ejemplo de esto, cuando no cedió al reformismo, claro está. Porque esta complacencia con el consenso se confundió a menudo con una adhesión frentista a las "masas".

Así nos encontramos con que una serie de políticos, otrora "nacionales y populares", se jactan hoy de ser "mediáticos" o "comunicativos", de haber aprendido el lenguaje de los negocios y de impulsar grandes acuerdos nacionales para sacar, "todos juntos", el país adelante. Aprendieron, en la escuela de Alfonsín y Menem, que la política es el arte de lo posible, es decir, que más vale quedar bien con los poderosos. Su único criterio de verdad son las encuestas: el valor de sus palabras se mide por la cantidad de compradores del producto. Pero no nos asombremos: nunca hicieron otra cosa, sólo perfeccionaron sus tácticas. Sustituyeron el "sentimiento popular" por los códigos mayoritarios, la demagogia por el marketing.

El destinatario de estos mensajes es siempre el mismo: el individuo preocupado por la gestión de su vida, por cómo llegar a fin de mes o comprar los medicamentos para sus hijos. Es la tristemente célebre doña Rosa. Doña Rosa, por supuesto, habita en cada uno de nosotros cuando buscamos dónde comprar más barato, le ponemos cerraduras a nuestras puer-

tas y nos da pereza asistir a una asamblea un sábado por la tarde. Somos doña Rosa porque intentamos sobrevivir, curar nuestros achaques y cubrir, a duras penas, nuestras necesidades. También, una parte de nosotros se aterroriza frente a la violencia o la hiperinflación, o se enfurece porque debe caminar cuarenta cuadras durante un paro de colectivos. Pero, por más dura que sea su vida, no es de este personaje doméstico o privado de donde se sacará un pensamiento o una acción política. Doña Rosa nunca va a decir basta. Los defensores del sistema lo saben, por eso se dirigen a ella. Por eso sólo le ofrecen una gestión más eficiente o una amenaza más creíble.

Esto no es una modalidad exclusiva de nuestra clase dirigente, ni siquiera la de una Latinoamérica asediada por los militares y el FMI. En Europa se registran procesos similares: los trabajadores españoles, bajo un gobierno "socialista", pierden los derechos conquistados; los franceses llegan a aceptar reducciones salariales; en Italia y Alemania muchos adhieren a la avanzada neofascista. La amenaza en este caso es el desempleo y esos inquietantes "otros" que son los inmigrantes africanos. Doñas Rosas desperdigadas que ya no constituyen, como hace sólo quince o veinte años, un sujeto político colectivo.

Cuando para denunciar este sistema y el Estado que lo reproduce, nos referimos al terror como condición del argentino, seguimos hablando, nosotros también, de doña Rosa y sus miedos. Muy otra cosa es denunciar la violencia económica y militar del sistema, claro está. Pero ni esta violencia ni aquel terror explican la retirada de una política igualitaria y su consecuencia: la disolución de toda comunidad en una muchedumbre de doñas Rosas pusilánimes y mercantes, pobrísimas la mayoría. Así encaradas, violencia y terror se vuelven sólo buenas coartadas para la canallería o la nostalgia.



EL 14 DE MAYO, SCILINGO Y LOS MIEDOS DEMOCRÁTICOS

Eduardo Grüner

La más grande pasión de mi vida ha sido el miedo

T. Hobbes

¿Cómo podrían liberarse los esclavos, cuando ni siquiera saben que son esclavos?

H. Marcuse



Hace algunos años, en otra revista en la que el firmante de estas líneas se hallaba implicado, creamos un personaje cuasimítico (casi tan mítico, aunque menos simpático, que el pez que da su nombre a esta revista) y lo bautizamos Hystericus. Para calificarlo rápidamente, diré que Hystericus es el típico argentino socialdemoprogresso que en 1958 votó por Frondizi, en 1973 por Cámpora-Perón y en 1983 por Alfonsín ("sin por ello renovarse ni cambiar", decíamos entonces). De más está decir que, en cada caso, el bienintencionado Hystericus se sintió "traicionado", pues en ninguno de esos casos logró hacer que la política de aquéllos a los que votó se plegara al contenido de su voto. ¿Adónde estuvo su error? No, por supuesto, en el voto mismo. Quiero decir: no está aquí en cuestión —aunque en otro contexto podría discutirse— el valor político-coyuntural de ese voto, bajo la forma del famoso "voto útil" por el "menos peor" que el sistema político dominante tuviera para ofrecer en cada momento. Lo que está en cuestión es, precisamente, que Hystericus no calculó su voto (por ejemplo, bajo un razonamiento del tipo "voto a X sabiendo que con él nada cambiará sustancialmente, pero porque los elementos Z e Y me hacen pensar que bajo X podré de-

sarrollar mejor mi propia política"), sino que se identificó masivamente, otra vez, con el "contenido" de su voto —bajo el razonamiento "si X es el menos peor para la política tal como hoy se presenta, votándolo se verá obligado a hacer mi política", con lo cual X terminaba transformándose de instrumento en líder: contenido que X, previsiblemente, "traicionó", puesto que se limitó a hacer, también previsiblemente, su política, en tanto Hystericus, mientras esperaba, dejó de hacer la propia (que, en rigor, nunca había existido): a eso se llamó, en una época, "posibilismo". Pecado de ingenuidad, sin duda: Hystericus, alma bella, siempre pensó que Locke o Montesquieu eran más "progresivos" que Maquiavelo, tontería evolucionista que a Marx —a quien nuestro héroe a veces cita— jamás se le hubiera pasado por la melena, no digamos ya la cabeza. Pero pecado, sobre todo, de soberbia: Hystericus realmente cree que, olvidándose de Maquiavelo y votando a Locke, obligará a éste a transformarse en Marx. De manera provocativa (aunque provisoria) podríamos decir que la paradoja de Hystericus es que su voto es demasiado poco "instrumental" como para jugar a favor de una política realmente transformadora. Presentado así el personaje, propongo a los lectores el siguiente juego: ¿Adivinen a quién va a votar Hystericus el próximo 14 de mayo?... Acertaron. Y lo hará, como siempre, empezando por pensar "No hay alternativas" (lo cual es irrefutable, sobre todo cuando las alternativas son algo que uno espera que vengan los otros a ofrecerle), y terminando por razonar que la ausencia de alternativas hace que cualquier cosa sea una alternativa. De modo que, quizá no muy convencido pero creyendo (son dos cosas

distintas, como lo sabe cualquier principiante del seminario de teología, meterá su papeleta para hacer avanzar un frepaso a la Historia. Para no tener que volver una vez más con la frente marchita, volverá con la marchita al Frente (aunque la marchita ya no se cante). No se le ocurrirá pensar que si no hay alternativas para este 14 de mayo, tal vez sea porque las alternativas no están únicamente allí, en las papeletas, aunque ellas puedan usarse para darle un poco de "aire" a la alternativa que él podría intentar construir en otra parte (no digo que sea así: digo que Hystericus podría al menos pensar que es así, pero ni siquiera llega a eso). Esto no significa, necesariamente, que la mejor "alternativa" sea, por ejemplo, la exhortación a no ir a votar -y no hay razón alguna para ocultar que esta última es una compleja discusión al interior de la redacción de El Rodaballo -: esa sigue siendo, a mi juicio, una creencia tributaria de que es en las papeletas (o en su deliberada ausencia) donde se juegan las alternativas -ya que el abstencionismo militante nunca puede ser abstracto: no ir a votar es no ir a votar por alguien -, en lugar de poner el acento en que, si no hay alternativas, es porque la sociedad (todavía) no las tiene, y no porque un sistema de partidos que -por distintas razones, no todas equivalentes- no tiene interés en ofrecérselas, efectivamente no lo hace. Por una vez, aquí, Hystericus tendrá razón (aunque por malas razones) cuando diga: "No hay alternativas porque la sociedad tiene miedo". Sólo que de allí sacará la conclusión de que hay que "acompañar" el miedo de la sociedad, eligiendo entre las (no) alternativas que se le ofrecen. Acostumbrado como está a identificar su pensamiento con el sentimiento de las "masas", Hystericus, por lo tanto, también tendrá miedo -por ejemplo, de imaginar otra cosa aparte de la papeleta que ponga o deje de poner-. Y ya que no podrá, con su voto, transformar la política de X, la asumirá como propia: a regañadientes, sin duda, y tapándose la nariz. El tema, por lo tanto, no son las elecciones (si bien tendremos que volver a ellas). El tema es el miedo.

El miedo no es zongo

Miedo ¿a qué? Miedo ¿por qué? ¿Se puede tener miedo en plena democracia? Claro que sí: cualquiera que haya leído a Hobbes sabe que el contrato "democrático" es, en cierto modo, un producto del miedo, que entonces se transforma en una de sus condiciones (no en la única, claro está: no es lo mismo vivir bajo el contrato, aunque este sea necesariamente asimétrico en tanto efecto de una relación desigualitaria de las fuerzas sociales, que vivir sin él, sometidos a la completa arbitrariedad del Poder: pero ello no quita que el miedo es también un fundamento contractual). Las respuestas a aquellas preguntas abundan en el periodismo sociológico al uso: miedo a la hiperinflación, a la pérdida del trabajo, a no poder pagar la cuota del electrodoméstico, al "salto al vacío". Más difícil -como siempre- es la pregunta

por el origen: por ejemplo, ¿persiste, por detrás de ese miedo "económico", la memoria oscura del terror político-militar repetidamente instrumentado por el Estado? En este mismo número de El Rodaballo, Dardo Scavino cuestiona (polemizando implícitamente, si lo interpreto bien, con León Rozitchner y en otro sentido con el autor de esta nota) la idea de explicar la situación "quebrada" de la sociedad argentina por el terror, cuando es ese terror mismo el que necesita ser explicado. Ello no obsta, sin embargo, para que -en un cierto nivel-, no excluyente de otros- el terror sea una explicación plausible para la ausencia de alternativas, para la impotencia de concebirlas. O que -como ha insistido el propio Rozitchner- ciertas formas de terror de origen religioso y sexual sean identificables con la constitución histórica misma de la subjetividad occidental. Pero en lo que respecta a la sociedad argentina postdictatorial, Scavino tiene mucha razón en un punto: el miedo no es la causa de la "serialización" individualista y de la ruptura de los lazos solidarios, es su efecto. La transformación del modelo de acumulación emprendida por el capitalismo a nivel mundial (y aplicada de manera particularmente "salvaje" en países como la Argentina) ha requerido una gigantesca transformación de la "subjetividad" para lograr que los sujetos asuman el nuevo proyecto de dominación como propio (así como Hystericus asume la política del otro como suya) y no como algo impuesto "desde afuera" por el Poder. El problema es extraordinariamente complejo, pero hay que empezar a tratar de discernirlo. Una primera, y decisiva, cuestión, es esta: como solía repetir Foucault, el Poder no sólo reprime, sino que produce: para nuestro caso, no se trata solamente de que el Poder ha desarticulado los lazos sociales de solidaridad (a través de lo que en otro lado llamábamos un gigantesco trabajo de "refundación cultural"), sino que ha producido otros diferentes: la competencia salvaje, el individualismo indiferente y la percepción del semejante como enemigo es un lazo social. Como ya lo veía bien Rousseau en su crítica a Hobbes, la guerra de todos contra todos no constituye ningún "estado de naturaleza": es una forma histórica y específica de sociedad. La "serialidad" no es algo natural y espontáneo, un instinto primordial en el que se recae ante el hundimiento de las sublimaciones; es una construcción del Poder. Por supuesto, eso no puede hacerse por la pura fuerza, ni aún por el más legítimo decreto: es menester que los sujetos lleguen a creer que esa es la única manera de vivir con (contra) los otros, que no hay "alternativas". Otra vez: que hagan del proyecto ajeno el propio. Nadie ha definido esto mejor que Sartre, en la Crítica de la Razón Dialéctica: "A partir de aquí nace en mí el pensamiento serial que no es mi pensamiento propio, sino aquél del Otro que soy y aquel de todos los Otros: puede llamarse pensamiento de impotencia, pues yo lo produzco en tanto que soy el Otro, enemigo de mí mismo y de los Otros, y en tanto arrastro por todas partes este Otro conmigo". Es una manera de vivir "con" que no me pertenece, a pesar de que yo la he producido, del mismo modo que no me pertenece el producto de mi trabajo: tal vez sea esta "subjetividad enajenada" por la serialización la que permita responder, al menos

en parte, a la cuestión por la que se interroga Scavino: ¿cómo es que el mismo trabajador que, junto a otros, enfrenta sin miedo la represión policial, o levanta la mano a la luz del día para votar una huelga en la asamblea pública, sin embargo en la soledad del cuarto oscuro -donde el Estado y el Patrón no lo ven- coloca la papeleta de sus verdugos? Lo hace, precisamente, porque está solo, y porque es allí (en su condición de "ciudadano" aislado, desligado de los lazos solidarios que lo unen a su clase, a su grupo, miembro impersonal de la cadena de montaje de la democracia "fordista") donde se apodera de él el "pensamiento serial". Es allí donde el sujeto, como diría el propio Sartre, no puede totalizar su experiencia, reintegrar su "mundo de vida" disociado entre lo "público" y lo "privado". Es allí donde se deja vencer por ese miedo interiorizado al Otro que es él mismo, y que no sintió (o que pudo dominar) ante la amenaza externa y compartida de los bastones policiales. Estrictamente, no se trata de miedo, sino de angustia ante lo desconocido de la soledad jurídica que prescribe el Estado contractualista "de derecho", que justamente porque interpela a los sujetos en su individualidad monádica aborta en ellos el pensamiento de lo diferente: los ciudadanos son todos "iguales", es decir equivalentes e intercambiables. Ellos también están sometidos a la Ley de Convertibilidad. ¿Quiénes dijo, pues, que allí el Estado y el Patrón no los ven? Es allí donde puede vigilarlos mejor que nunca, con la eficacia de esa "estrategia pastoral" que los controla uno por uno: una expresión que Foucault toma de la Iglesia, (asimismo aplicable a la televisión, Estado y Patrón electrónico que replica la soledad del cuarto oscuro con la soledad penumbrosa del living o el dormitorio), pero que en cierto modo reaparece en los fundamentos mismos de la moderna dominación estatal: es la forma política laica del "cuidado de sí" por la cual los sujetos asumen ellos mismos la tarea de autovigilancia de sus "virtudes cívicas", así como la de su "normalización" sexual (es notorio el paralelismo descubierto por Foucault entre la subjetivación política y la erótica). Así, la libertad abstracta de un individuo-ciudadano igualmente abstracto -vale decir, despojado de todos sus condicionamientos históricos, culturales y de clase- se constituye por su propia "voluntad" en la base del Estado "ideal" que "representa" sus intereses "universales": la concepción jurídica del Estado moderno (explicitada a partir de Kant) logra la hazaña de un despojamiento de la autonomía concreta -es decir, basada en su situación histórica particular y en su relación cooperativa o conflictiva con los otros-, apoyándose en su propia "libertad individual". Es esta forma de violencia subjetivada -que no excluye el recurso último a la "legítima" coerción física por el Estado- la que está en el fundamento de la política moderna y del Estado representativo, cuyas ventajas comparativas respecto de una dictadura sangrienta son indudables, siempre que uno no se deje deslumbrar por la admirable sutileza de esta otra forma de dominación.

Scilingo no es ningún tilingo

Esta forma de violencia (articulada subjetivamente en la "esquizia" del sujeto dividido entre el hombre y el ciudadano, algo ya señalado por el joven Marx, pero que en las democracias neoconservadoras actuales ha alcanzado extremos insospechables) debería constituir hoy un tema de análisis y reflexión de la izquierda infinitamente más urgente -o, al menos, más importante- que la discusión sobre a quién votar (o no votar) en las próximas elecciones, puesto que el callejón sin salida de este último debate es una expresión de aquella forma de violencia implicada por la serialización de los sujetos. Hasta tal punto ha llegado este proceso, que opera incluso al interior de las corporaciones del Estado encargadas de la aplicación de la violencia física; las declaraciones del ex capitán Scilingo son a este respecto sintomáticas y reveladoras: su clamor, su protesta, la causa de su "angustiada" dependencia del alcohol y los somníferos, no es la culpa ni el arrepentimiento: es la conciencia de que lo han dejado solo con su nombre, de que el mafioso "pacto de sangre" de las bandas represivas del Estado terrorista también se ha revelado como una farsa en la era de la serialización, en la que la ilusión "reconciliatoria" a la que juegan los poderes pú-

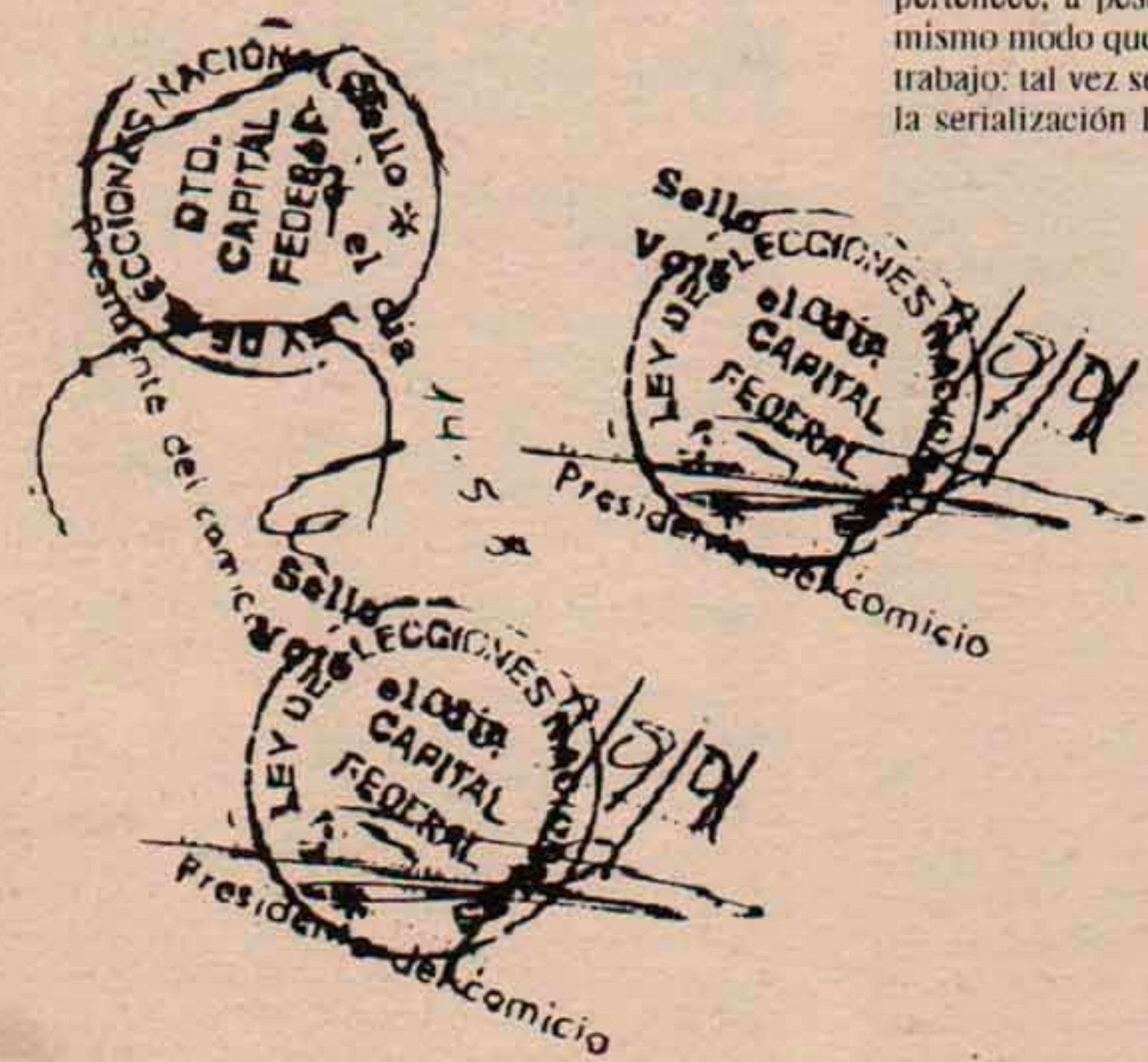
blicos (desde el propio gobierno a, digamos, el "fracasado" Mariano Grondona) solo puede sostenerse por la borradora de las identidades. Las de las víctimas como las de los victimarios, así como la "reconciliación" de los ciudadanos con el Estado sólo puede sostenerse sobre su igualación jurídica abstracta. Ahora que Scilingo -por las razones que sean- instala sin quererlo su diferencia, su voz singular, los asesinos pueden saber que en realidad siempre estuvieron solos, que su confianza en la "protección" institucional era apenas un efecto ideológico de la transformación de los lazos sociales también dentro de la Institución a la que creían pertenecer, de la degradación de ese "grupo" a anónima serie: ese es el aspecto "negativo" (positivo para nosotros, sin duda) de la transformación de la sociedad que ellos contribuyeron a producir, como brazo armado anónimo del nuevo modelo de acumulación. La profunda verdad que el asesino Scilingo expresa sin saberlo, es también la verdad contenida en el reclamo de las "listas": basta que aparezcan nombres para que se desate un imprevisible -pero incontestable- contrapunto de des-serIALIZACIÓN: para las víctimas, es decir para la sociedad entera, ello significaría una reconstrucción identitaria, una "retotalización" de su experiencia singular e irreductible a la serie estadística de "los treinta mil"; para los victimarios, sería lisa y llanamente el pánico: frente al nombre propio, al propio nombre desligado del anonimato ficticiamente protector de la "serie" institucional, sólo queda (Scilingo lo sabe: esa es su "angustia" canallesca) el "sálvese quien pueda" del todos-contra-todos que ellos promovieron para la sociedad en su conjunto. Paradójicamente, la única forma de "reconciliación" pensable con los asesinos es que, recuperando ellos también su nombre y su identidad, pasen a formar parte de la sociedad que "serializaron", para que ella pueda señalarlos, uno por uno, "pastoralmente", con su dedo acusador. Por eso, también paradójicamente -y pese a los resguardos de vestidura de los bienpensantes que quieren "proteger a las instituciones"-, al Poder en cierto modo le conviene que las instituciones represivas sean cuestionadas "en su conjunto" (o, a lo sumo, si no queda otro remedio, en los nombres emblemáticos de una "conducción" institucional desubjetivada: Videla, Massera, Agosti, etc. que sea) en la medida en que el "conjunto" anónimo confirma el anonimato burocratizado de la serie. Pero, ¿qué sucedería si a algún organismo de derechos humanos se le ocurriera -además de exigir la lista de los que efectivamente empujaron a los prisioneros por la escotilla del avión- publicar, como lista de asesinos, un cuadernillo con la nómina completa (nombre, apellido, número de documento) de todos los miembros de las fuerzas represivas? Esa masiva des-serIALIZACIÓN, esa súbita confrontación con el nombre propio, esa ruptura del efecto ilusorio por el cual los miembros de la Institución (como los ciudadanos del Estado) son equivalentes e intercambiables -ya que no hay nada más singular e irreductible que el Nombre- no sería profundamente consistente con las declaraciones de Scilingo que, más allá de su voluntad, y por el sólo hecho de que firma lo que afirma, revelan la falacia de la "serialidad" de las obediencias debidas por las cuales a cada miembro de la serie se le exige de la más tremenda "responsabilidad" (y culpa) a que puede enfrentarse un sujeto, que es la de sostener el propio nombre en cada acto que realiza? En estos días se escuchó el previsible chiste con el nombre del "hereje": Scilingo/tilingo. El chiste es estúpido, pero como todo chiste simboliza una verdad en la elección de su materia prima: se trata, en efecto, del nombre. No, no fue solamente "la institución" abstracta. O, en todo caso, fue la institución encarnada: fue Scilingo, fueron Vergez, Rolón, Pernías, Astiz. Fueron, como se dice, todos y cada uno. Por supuesto, la institución los amparó y los protegió (fingió que los amparaba y los protegía, como el Estado finge amparar y proteger a sus ciudadanos, retirándoles su nombre y haciéndolos "iguales" ante la Ley o ante la Orden Superior). En realidad, hizo algo más que eso: le dio un sentido a esa pérdida del nombre, llenó ese agujero con una finalidad: para el Estado es el "bien común", para su brazo armado es la cruzada antisubversiva, o lo que corresponda. Pero para eso están las instituciones: para, mediante la li-

bidinización de la Serie Corporativa, desresponsabilizar a los sujetos de encontrar su nombre propio, lo que siempre constituye una empresa peligrosa (echar una rápida ojeada a la Psicología de las Masas de Freud). Enfrentados a esa necesidad por el "abandono" que imputan a la institución, Scilingo y los otros quizá pierdan el sueño, al darse cuenta de que -para retomar las palabras de Sartre- arastrarán para siempre consigo ese Otro que es su enemigo y que es lo que ellos mismos eligieron ser para perder definitivamente su nombre. Más que insomnio, es una pesadilla de la que no pueden despertar, porque para olvidar su propio nombre tuvieron que matar, tuvieron que eliminar los cuerpos junto con los nombres de sus víctimas (obsérvese que Scilingo, justamente, no da nombres: ni siquiera el de los treinta prisioneros que él eliminó personalmente, esa milésima parte de los asesinados que él tendría que sostener con su propio nombre). Y matar es, en cierto sentido, como bautizar: Scilingo y los otros le dieron su propio nombre a sus víctimas (como quien dice: les pusieron su marca) y por lo tanto perdieron todo derecho a recuperarlo: ni la institución militar, ni esas otras "serialidades" cómplices de ella que son la Obediencia Debida, el Punto Final y el Indulto pueden -ni quieren- devolvérselos. Por eso, ahora, ellos también tienen miedo: no porque estén "arrepentidos" (eso, tal vez, los tranquilizaría), sino porque se han vuelto inabrazables para sí mismos, porque saben que sus nombres pertenecen para siempre a esa "lista" que sus víctimas han confeccionado. Que ahora vuelven como gusanos pútridos, solos y sin nombre propio en sus noches sin sueño, como esa nada que fueron siempre desde que eligieron ingresar a la Serie, no es ninguna venganza: es de estricta justicia. Y es la única "reconciliación" que puede admitirse.

Lo privado no es lo público

Por supuesto, el miedo del ciudadano, de la auténtica víctima de la serialización social -aunque esté también parcialmente realimentado por el retorno de lo reprimido que representa la voz de Scilingo-, es algo muy distinto: es, ya lo vimos, miedo a la propia impotencia para la construcción de "alternativas" ante las que le ofrece "su" Estado "representativo"; es un miedo que proviene de no ver cómo deshacerse del Otro que piensa en su cabeza junto a él y contra él. Puesto que la serialización de las nuevas condiciones prácticas de su "mundo de vida" -condiciones laborales, familiares, grupales, cotidianas- lo han reducido a un metafórico (pero vivido) "estado de naturaleza", éste será su "estado natural": la soledad del cuarto oscuro completamente aislado de los otros cuartos oscuros en los que otros ciudadanos iguales a él también están solos con su "conciencia", eso es, para él, la democracia. Eso es, para él, la política. Que el encierro individual en un cuarto oscuro sea la máxima expresión (el momento "soberano", según se dice) de lo público por excelencia, debería ser suficiente para escandalizar al pensamiento lógico más rígidamente formal. Que además de no provocar ese escándalo, haya podido transformarse en el sentido común de toda una sociedad, es un testimonio verdaderamente trágico de la fortaleza del Poder, de sus "aparatos ideológicos" si se quiere llamarlos así, o de su competencia hegemónica para lograr que los sujetos sociales realmente crean que lo que hacen en el cuarto oscuro es otra cosa que lo que hacen cuando enfrentan los bastones policiales. Porque la otra cara del escándalo lógico que señalábamos es todavía más escandalosa: no solamente encerrarse en el cuarto oscuro es un acto público, sino que enfrentarlo a la patronal (o, eventualmente, a la policía) es un acto privado: ¿no se deslegitima una huelga, acaso, (des)calificándola como política? La competencia hegemónica -"competencia" en el sentido chomskiano: no sólo el conocimiento sino la posibilidad de producción de las reglas para el "desempeño"- consiste, pues, fundamentalmente en la capacidad de destotalizar (también se puede decir: "deconstruir") la praxis de los sujetos sociales, de hacerla aparecer ante sí mismos como una sumatoria incoherente de experiencias "insulares". Es una capacidad que sólo puede parangonarse -por su importancia para la reproducción del modo de dominación- con el fenómeno del "fetichismo de la mercancía", porque, al igual que él, constituye una realidad efectiva y material de

las relaciones sociales, y no un mero "velo" ideológico que bastaría descender con las herramientas de la "ciencia" (política, por ejemplo) para que aflorara la Verdad en su prístina transparencia original (como parece a veces creerlo Hystericus, en su confianza ingenuamente iluminista por los avances de lo que llama la "cultura"). La recuperación de la confianza en la democracia representativa -con todos los aspectos "progresivos" que pueda tener- como único medio de hacer "representar" los intereses populares, es una función de (y no una contradicción con) la recuperación de la confianza en el mercado como único medio de hacer "representar" el bienestar económico: la serialización del ciudadano replica la del consumidor, la oferta de mercancías cuyo valor de uso el consumidor no está en condiciones de evaluar replica a la de candidatos cuyo propio valor de uso el ciudadano no puede siquiera sospechar, las agencias de marketing y publicidad replican a los partidos políticos y a las cámaras de representantes, y ni consumidores ni ciudadanos tienen la menor oportunidad, no digamos ya de decidir, sino de opinar responsablemente sobre la lógica misma del modo de producción de mercancías y candidatos: las encuestas de opinión, como las investigaciones de mercado, no hacen más que confirmar, con mínimas variantes de "segmentación" e "imagen de producto", la lógica de circulación de las mercancías y los discursos electorales; en cuanto a las "internas abiertas", en este contexto son poco más que shoppings domingueros en los que cualquier consumidor está libre de comparar "democráticamente" marcas y precios, valores de cambio que no cambiarán el valor de un dominio privado sobre los medios de producción de lo público. Que el ciudadano-consumidor haya podido llegar a creer que todo esto está fundamentado en su libertad individual (aunque en cierto sentido, como hemos visto, es así), y que nada de esto tiene que ver con las relaciones sociales y de poder, demuestra, como dice Jameson, que el mercado (en tanto concepto y no sólo realidad empírica) es hoy el principal "ideologema" político de la capacidad hegemónica del capitalismo. Y es una capacidad que alcanza incluso a aquellos sujetos sociales colectivos, y no sólo individuales, que por su propia praxis estarían prima facie en condiciones de no caer en la trampa: también su experiencia puede, hasta cierto punto, ser serializada, como lo demuestran las dificultades -no sólo "objetivas"- de los "movimientos sociales" para totalizar políticamente su práctica: no es cosa de ponernos soberbiamente escépticos, pero sí de interrogarnos sobre cuántas feministas, ecologistas o incluso militantes de los derechos humanos votarán el 14 de mayo "a la manera de Hystericus", quiero decir, creyendo y no calculando. Creyendo -como cualquier consumidor de la serie- que allí hay un mercado que permite elegir diferenciadamente entre auténticos productos "alternativos" (productos que sin embargo sabe que no son los que él o ella están tratando de ela-



borar "en otra parte"): esta es, una vez más, la competencia hegemónica del Poder, y es la diferencia específica -para nada despreciable, pero no por ello "fetichizable"- entre la dominación abiertamente autoritaria y la "democrática", entendida un poco a la manera de Roland Barthes cuando decía (haciendo eco a la distinción foucaultiana entre "reprimir" y "producir") que la lengua es autoritaria no tanto por lo que impide, sino por lo que obliga a decir. Para continuar con la metáfora lingüística, ni los vernáculos cultores de la "transparencia comunicativa" habermasiana ni los igualmente vernáculos wittgensteinianos creyentes en la posibilidad de elegir entre distintos "juegos de lenguaje" (muchos de los cuales, entre paréntesis, ya han dado los necesarios frepasos que los conducirán a sus despachos de asesores parlamentarios: una prueba de que Hystericus, a veces, es capaz de creer y calcular al mismo tiempo) nos explican cómo harán para que esas transparencias y esas capacidades electivas al menos bajen a la calle, ya que evidentemente no han subido de ella.

Pero Hystericus, desde ya, hará caso omiso de todo esto, deslumbrado como está por su propia imagen en el espejo cívico: con lágrimas en los ojos, conmovido por la honestidad de su "toma de conciencia", se exclamará: "¡Soy un demócrata!", así como hace veinte años (que, se sabe, no es nada), febril la mirada, y rodeado de sus posters del Che y sus tapices incaicos, se decía: "¡Soy un revolucionario!". Hasta cierto punto, es comprensible; arrepentido de haber consumido apresuradamente la idea de unas leyes ineluctables del desarrollo de las fuerzas productivas que sólo requerían de un "empujón" de la punta del fusil (empujón que él no tuvo el coraje de dar, pero sin dejar de aplaudir a los ahora "equivocados" que sí lo tuvieron), se precipita sobre las vitrinas coloridas del puro juego formal de las instituciones depuradas de toda contaminación de las violencias económicas y sociales: del economicismo adornado de voluntarismo romántico al politicismo emplumado de democratismo jurídico, su relación con el espejo de Narciso ha cambiado poco. Por descontento, ni entonces hizo "la" Revolución, ni ahora hará "la" Democracia: esas no son entelequias ahistóricas a las que basta adherirse con las bondades de la voluntad y la intención (y de los papers pretenciosos, eternamente "fundacionales") para que se realicen mágicamente, sino construcciones sociales complejísticas y atravesadas por toda clase de contradicciones, competencias hegemónicas y limitaciones "estructurales" que producen la serialización no solo de la experiencia sino del pensamiento, que bloquean las necesarias "totalizaciones parciales" de cada momento histórico (democracia y revolución, socialismo y democracia, y así), y que por lo tanto hay que estar repensando y des-serializando todo el tiempo: demasiado trabajo para el ombligo de Hystericus, que siempre le dejó ese trabajo al Otro, ya que su populismo hiperkinético siempre ocultó un irresponsable sustituitismo: antes fue el Partido Revolucionario, ahora las Instituciones Republicanas. Que el cretinismo parlamentario haya reemplazado al cretinismo ultravanguardista puede o no ser una ventaja. Pero no es ninguna novedad.

Un miedo no es el otro

El miedo de los Scilingo no es el de la sociedad: son lo contrario, y están en proporción inversa: profundizar la "serialización" de los Scilingo (de todos los Scilingo: también los que gobiernan, dominan y deciden en una "democracia" que empuja a la inmensa mayoría de sus ciudadanos por la escotilla de la desesperación) es al mismo tiempo -es nuevamente la función de- la búsqueda de un nombre para una sociedad que ha perdido ya tantos; es la des-serialización y la re-totalización (lo que no significa unificación ni homogeneidad) de las serializadas prácticas de auténtica democracia participativa que hoy son tímidos islotes en el océano indiferenciado de la Serie. Y es un trabajo incomparablemente más importante (y más difícil) que decidir a quién votar -o no votar- el 14 de mayo, sobre todo cuando esta ni siquiera constituye ninguna auténtica decisión: las "alternativas" apenas nos permitirán elegir, como las reglas de la lengua barthesiana, lo que estamos obligados a decir. Es un trabajo que sólo puede hacer la propia sociedad, a través de las formas organizativas que pueda darse, y no sus "representantes" -que sólo

pueden hablar en nombre de la sociedad porque ella no ha constituido aún su nombre-, y mucho menos en la soledad vigilada por el Otro de un cuarto oscuro. No está escrito (ni lo estoy escribiendo yo ahora) que la instancia electoral no pueda, a veces, ser un "momento" de esa construcción: no se trata de ningún espontaneísmo anarquizante, ni de dejarle alegremente el Estado al Otro cuando él no se privará de usarlo en nuestra contra, sino de que ese "momento" sólo adquiere verdadero sentido común (quiero decir: un sentido definido por el "socius", y no por el Poder) cuando es la expresión de aquella construcción, de una correlación de fuerzas teórico-prácticas, de una contracompetencia hegemónica lograda afuera del cuarto oscuro, al aire libre y a caballo del miedo de los Scilingo. Entonces se puede pensar en articular, en totalizar, los "momentos" (el de la competencia hegemónica, el de la "competencia" electoral); eso se llamaba, en una época, las "mediaciones", el "programa de transición" y otros anacronismos. Y a eso han renunciado aún los mejores de aquéllos entre los cuales tendremos que "elegir" (o no elegir, da lo mismo: cuando las reglas las hacen los otros, transgredirlas sin oponerles las propias no transforma su lógica) el 14 de mayo: han renunciado tanto los que presentarán su lista en nombre de una clase obrera que no por no tener nombre votará a los que pretenden bautizarla "de arriba", como los que la presentarán en nombre de las "nuevas formas de hacer política" que no practicaron porque en el fondo les interesaba más el punto de llegada que el camino. Y es que han tomado a esas abstracciones (la clase obrera, la política, la sociedad, y por supuesto la

democracia y el socialismo) como entelequias plenamente constituidas que pueden ser representadas como tales en la dramatización del escenario electoral (el lenguaje teatral no es, desde luego, azaroso): son, pues, actores -un poco rebeldes, es cierto- de una letra que ha escrito el Otro, y que habla en sus cabezas contra sus mejores intenciones. Han tenido miedo de ver que esas entelequias están profundamente serializadas y sin nombre, y que llevarlas así al cuarto oscuro es contribuir de hecho a esa serialización, cuando de lo que se trataría es de, justamente, desdramatizar la "elección" del 14 de mayo, darle su justa medida de ritual estatalista y no de verdadero acto político, y trasladar el "escenario" allí donde pueda plantearse la lucha contra los miedos de la sociedad y a favor de los miedos de los Scilingo, para que la instancia electoral pueda alguna vez ser una escena más de esa práctica de totalización, y no el espacio exclusivo de la farsa serial. De más está decir que esto no ocurrirá antes del 14 de mayo. Ese día la sociedad irá a encerrarse, uno por uno, con sus miedos de siempre, sin calcular el verdadero valor que su voto podría tener de existir aquéllas mediaciones, aquéllas construcciones, aquéllas luchas por darse un nombre y arrebatarlo a los Scilingo. Y el compañero Hystericus la acompañará, con su propio miedo a quedarse solo si le dice algo diferente aunque vote lo mismo. Y por lo tanto, estará más solo que nunca, en su cuartito oscuro. Pero la noche del 14 de mayo dormirá tranquilo sobre su mullida almohada cívica, satisfecho y orgulloso de haber cumplido su deber con lo que realmente cree que es la Democracia. Felices sueños.



EL ESTADO DE LA DEMOCRACIA: las internas cerradas del capital.

Blas de Santos



"Triunfó la democracia"

Quienes llevamos gastadas muchas jornadas electorales sabemos, por una escena recurrente, cuando una elección llega a su término. Sabemos que cuando la tendencia definitiva se consolida, el ganador ejecuta un ritual que sutura hasta la menor discontinuidad institucional que la sugestión coreográfica de los debates, pasacalles y jingles le hubiera sugerido al elector. Le recuerda que, por encima de todo, su reelección es como súbdito de la continuidad democrática, algo fuera de opción. Como todo rito, tiene por función revestir de carácter sagrado todo acto social cuando éste debe quedar desvinculado del registro histórico en el que pueden reconocerlo como obra propia quienes lo produjeron. Por efecto del mismo movimiento, las elecciones, que supondrían un paréntesis "destabilizador" del orden establecido —vigente en sus valores, normas y representaciones— y ocasión de reinvencción del mundo y de la vida, no dejan otro saldo que el de la reconfirmación de los modos de relación y las jerarquías de poder de siempre. Para peor, ahora fortalecida con los prestigios de lo eterno y consabido. Basta para ello el gesto restaurador que clausura el mínimo lazo que el gastado reflejo de consulta-al soberano pudiera haber establecido en la brecha entre el Estado y la sociedad. El trazo que describe sigue el de la delegación del poder sobre lo público ya se, lo que es de todos, lo común—, en los especialistas en hacerlo según orden y razón profesional —y qué querés, que todo sea un caos... de últimas alguien tiene que hacerlo, y mejor que sean los que

saben. El oficio tiene lugar ante las cámaras —de t.v., eh...— y el mismo simboliza el retorno a los orígenes fundadores de la sociedad. Por su magia las cosas vuelven al lugar originario, el que les corresponde cuando nadie pregunta quién las causa ni de dónde vienen. El juego habilita al ciudadano a jugar a ocupar el puesto de César, patrón o dios...por un rato, para mayor gloria de sus titulares que volverán a hacer cargo de ellos, satisfechos de la movilidad del sistema: dicho en simple —podría ser cualquiera—, o en difícil —significante vacío. El recién elegido —con-sagrado— da por concluido el ensayo de una obra no destinada a debutar y devuelve los chiches al dueño y árbitro del juego: el Estado.

El romance con la república —viene de res pública, ¿viste?—, fue bueno mientras duró la breve intimidad del cuarto oscuro. Allí la pasión ciudadana gozó de la suma del poder —si hubiera querido le llenaba la urna, le llenaba, y encima le daba un boletazo, le daba. Como es bien sabido, el prestigio de la intensidad del instante se nutre del infinito de lo inusual —esta bien que sea cada cuatro años porque, es como todo, si tuviera que elegir todo a cada rato ya no tendría ninguna gracia.

Por eso, el primer acto de gobierno es cuando, con la humildad de los ganadores, el recién ungido saluda en los colegas que reconocieron su triunfo al tribunal corporativo que legitima la continuidad del sistema, y a renglón seguido pronuncia la fórmula restauradora: —triunfó la democracia.

Lo demás, el minuet de balcones y reverencias, recorrer los manuales del buen político. Lo difícil de cap-

tar, porque nadie participó de sus calculadas previsiones, es cuando el tono de promesa que encendiera la campaña vira al bronce de la nueva alta investidura. Es la hora de desenvainar la ética de la responsabilidad —se acabó el tiempo de la política, ahora a trabajar. Las convicciones siguen el trámite rápido de la convertibilidad: lo bueno para despertar esperanzas y dar crédito al liderazgo, es malo para manejar el país de todos los días —qué querés que nadie los vote?, son políticos...

El zapping va y viene por el escrutinio, de la contundencia de los guarismos en la pizarra, a la nota de color. El obelisco, nuestra erecta ágora, muestra el elenco estable de las grandes fechas transpirando su verdad: —el que no salta es un perdedor. El coro del coro medita —bah, los trajeron en camiones por un sandwich, apaguemos, siempre el mismo circo—. Sin embargo una pequeña nube perturba la conciencia ciudadana...—¿Qué se festeja? La duermevela apenas se inquieta, la mece el arrullo de años de instrucción cívica: —con la democracia ganamos todos. ¿Y qué, acaso preferís el caos, la guerra de todos contra todos para que vuelvan los militares? No seas tan extremista mezclando todas las cosas. Mirá, tenés que pensar cuál es la contradicción principal y cual la secundaria. Es cierto que todo va seguir igual de todos modos, eso ya lo sabemos. Pero, lo que vale es que nadie te diga a quien votar y que vos puedas elegir libremente quien es el que te gusta para que te mande.

Martín pescador: ¿votar o gobernar?

—Para qué preocuparse: el pueblo nunca se equivoca, confían los populistas y más tarde, cuando el cielo se abre sobre sus cabezas denuncian la traición del destino que desmiente la sabiduría de su mandato. Cada sociedad tiene los gobernantes que se merece, retrucan los esperanzados en el voto castigo...que se hara sentir en los votantes. La servidumbre ya no es ni siquiera voluntaria, es estadística, objetiva, miren la encuestas que dan favoritos a los Bussi y a los Patti, es el aliento para los creyentes en la verdad de la realidad, cuando la misma sirve a la esperanza nihilista: —eso de que los engañen le pasa a los que creen en las elecciones, mirá como a mí que nunca voto no me pueden engrupir. El salto mortal tras un corto vuelo se encuentra con la pirueta del realismo que 'sensatear' reflexivo: por un lado está lo que te gustaría. A quién no. Pero la realidad es otra cosa. No hay que confundirlas como si fueran lo mismo. Bien que nos costó aprender que no se puede intentar conseguir lo que uno quiere. Mirá lo que pasó cuando se pensaba a la historia como compañera de ruta de los deseos humanos. Ahora no, todo es más complicado. La política es una carrera, tenés que prepararte, como cualquier otra. Una profesión como tantas otras, que al que le interesa tiene que estudiarla en la universidad. Ya no es como antes que se juntaban unos cuantos y se ponían a decir cómo les gustaría que fuera el mundo y la vida. Que ellos lo piensan, vaya y pase, pero ¿quién puede saber lo que es bueno para otro? y si lo piensa ¿qué derecho tiene para decirlo? además, ¿porqué supone que los demás quieren algo distinto a lo que tienen? Ya no es como antes que había una sola verdad. Cada uno tiene su verdad y le sirve a él. La diversidad es lo que homogeneiza, la pluralidad lo que unifica y la tolerancia lo que nos permite soportarnos. La casualidad es lo que junta a la gente, pero para eso tenés que dar perfil bajo, no meterte demasiado con nadie. Como las paralelas, que se abrazan, pero en el infinito. Por eso es importante defender los DD.HH., algo general, para cualquiera y en cualquier lugar, después, cada uno que haga lo que quiera.

Una crítica destructiva

—Triunfó la democracia y, con la democracia ganamos todos. Las dos fórmulas sintetizan las razones del imaginario social de los tiempos de crisis. Muestra la distancia entre la realidad de las representaciones que de ella se hacen los sujetos y la de las relaciones sociales en las que se inspiraron. El cotejo de ambas ayuda a establecer el dispositivo ideológico que transpone unas significaciones en otras y que termina por decidir el sentido en el que se reconoce en el pasado, toma posición en el presente y se proyecta el futuro.

Se reconstruye así un imaginario formado por el registro significativamente ordenado de las huellas dejadas por la experiencia histórica vivida, individual y colectivamente. Una reconstrucción que toma como referencia las interpretaciones que los sujetos sociales dan a la correlación entre sus necesidades y las respuestas con que la realidad responde a ellas. Lo que interesa destacar es como esa elaboración, necesariamente subjetiva, es un producto activo, resultado de la implicación de la totalidad de los componentes racionales y afectivos que configuran su identidad. Puede decirse que, aún cuando los involucrados reproduzcan, una y mil veces, la misma respuesta, ésta va a ser de todos modos el producto inédito —historizado— de una organización intelectual y valorativa que la puso en juego para esa ocasión, aunque la resultante parezca una mera repetición. Con esto quiero subrayar que el compromiso de la subjetividad pasa siempre por poner en juego, y por ende en cuestión, al conjunto global de la existencia de los individuos o agregados a los que corresponde. Y que, por lo tanto, cuando un comportamiento social no obedece a la lógica que se le suponía ineludible, las explicaciones no deben ser buscadas en el satanismo de la publicidad que la distrajo o en la amnesia que la hizo pasar por alto. En cambio este comportamiento podría explicarse mejor como una reconfiguración que supo hacer pie en la inconsistencia de sus postulados así neutralizados.

Cuando aquella, y no la última, es la concepción adoptada para explicar las tomas de decisión política, la intervención política destinada a proponer elaboraciones alternativas, procede a torpedear lo que supone accesorio o accidental, con verdades que disipen las malas influencias. El discurso político estará entonces simplemente obligado a importar a la subjetividad una ecuación ya preexistente en la teoría sin la cual la inercia de la misma faltará a la cita con la realidad de los hechos, igualmente predestinados. Asimismo, el afiche estará destinado a revelar con la diaphanía de la trama de un wester la lógica del conflicto de clases y el programa de acción la cuenta regresiva para el golpe decisivo contra el mal. Para el mismo esquema cabe también la versión de maestra jardinera rousseauiana. Para ella, en algún lugar del corazón, de cualquier adulto, hay un niño progredido, extraviado y un tanto holgazán, lo que indica que allí deba dirigirse el mensaje. Por eso ante cada hecho serio e importante, hay que hablarles lentamente y en voz bajita. Si es posible, con dibujitos o musiquitas, para que solitos saquen la moraleja, que no está para asustar ni ofender a nadie y mucho menos a ellos mismos. La primera metodología es infaltable en la cartuchera del militante profeta misionero. La segunda viene en una cartuchera igualita, sólo que en la tapa lleva calcomanías de tortuguitas cansadas y cigarras convalcientes.

Todos saben y contestan

Como ya adelanté, pienso que las decisiones sociales, como la decisión por el voto —por quién, por qué, con quiénes—, son la ocasión en que los sujetos reescriben el sentido que el presente actualiza de su historia. La oportunidad para que el ejercicio de su voluntad, lo cual no se asimila necesariamente al de su conciencia, la pueda ratificar o reestructurar dándole nuevas significaciones.

Es posible establecer un esquema básico común, propio de las generaciones coexistentes de una época, dado por la presencia de un tronco de representaciones provenientes de la historia compartida y las particularidades con que cada sector se ha hecho cargo de elaborarlas. Para identificarlo debe dejarse

de lado la obsesión genealógica y guiarse por los grandes núcleos imaginarios de sentido, en su responsabilidad causal sobre los secundarios. Un método que mucho debe al modo que Pierce plantea la función del interpretante para definir la relación de significación entre sujeto y objeto. Una relación que, sin linealidad vinculante descuenta la pregnancia decisoria de universos significantes sin los cuales la significación resultaría irreconocible por aleatoria o indefinida. Claro que ese no es el criterio que el individualismo metodológico induce: —a mí me gusta la democracia porque elijo al que se me cante.

Si hubiera que señalar, tipo multiple choice, el rasgo de carácter dominante de nuestro imaginario social, sin duda deberíamos tildar el cuadro que corresponde al populismo. Si quisieramos levantar la nota agregaríamos el que corresponde al estatismo y, de sus versiones la forma benefactora.

No hay que hacer responsable de esta modalidad subjetiva únicamente a la impronta que el peronismo dejó en aquéllos que estuvieron sujetos a sus matrices. Sí, tal vez, evaluar cuánto estas matrices fueron ejemplares en el modelo populista propio de la Argentina de esos tiempos. Podría decirse por el contrario, que en cierto modo, es más cierto que de no existir el peronismo, debería haberse inventado, ya que de otro modo resulta imposible prever como se las hubiera arreglado una subjetividad social tan poco proclive a autogestionarse sin él. No nos olvidemos la música maravillosa: —la Argentina sin Perón es un barco sin timón. Y por tanto, dada a recostarse en las figuras que pudieran tomar en sus manos la marcha de lo público, obturando con su figura las incertidumbres de una gestión alternativa que regularía sus acciones en referencia al poder simbólico creado en la mutua anulación de los poderes delegados.

No es imprescindible recurrir a ninguna psicología que explique lo descrito en términos de indefinición y nostalgia paterna. Más bien, podría recurrirse a la hipótesis inversa: el paternalismo, por el que suele explicarse esta modalidad de vínculos con el poder, considerarlo como obstáculo encubridor de una relación social naturalizada, sacada de contexto, absolutizada su fuente infantil. En cambio, es posible pensar cómo los canales de inscripción de las relaciones primarias siguen el trazado que le apunta la objetividad del orden regulatorio de los lazos imperantes en la sociedad.

Me interesa llegar al hecho de encontrar una matriz de sentido favorecedora del sometimiento a la trascendencia del poder, en el imaginario vigente al que pretendemos apelar para cualquier proyecto. En este canal se alojan las preferencias para inscribir las situaciones que reclaman sentido y, por ende, en el que se plantean las tomas de decisión.

Esta configuración, que por el momento sólo describo y que requiere profundización, funciona automatizando una respuesta estereotipada que se dispara cuando aparece la exigencia de definir posiciones. Un claro exponente de este modelo de interpretación del lugar del sujeto frente a una contingencia se revela en un comportamiento habitual: —qué barbaridad, esto, eso o aquello es insostenible...alguien tendría que

hacer algo...no es posible que el estado no haga nada. Y basta el cuño para que la fórmula, en el espacio del Estado, clame por los expertos, los técnicos, el pueblo, etc. Una paradoja de la democracia burguesa, que se declara garantía para la participación política de la ciudadanía, pero que al ser asumida por los aparatos partidarios y las burocracias de gobierno, lo excluye, restringiéndola a éstos.

De hecho el Estado encarna el agente instituyente de todas las significaciones, los valores, los criterios de verdad que rigiendo, organizan la sociedad. Como que de él emana tanto el sistema de pesos y medidas, el metro patrón, la historia oficial, como la paridad un peso=un dólar de la cual depende el conjunto de la actividad social y productiva.

No digo que este sistema Estado, codifique en forma directa todas y cada una de las significaciones circulares. Sino que esa codificación no es necesaria, ya que es suficiente con el supuesto poder para hacerlo, que le es asignado por el modo en que está organizado el imaginario colectivo. De esta convicción se nutre la representación que tienen los sujetos de la relevancia de sus actos. Perder esa certeza los arrojaría a una incertidumbre no compensada con una ideología o un entramado comunitario hoy inexistente. Un resorte que el funcionalismo ingenio ignora cuando ve en la adhesión al despota una prueba del poder de su influjo y no puede encontrar sus fuentes en los atributos de aquel que lo justifiquen.

Otro modo de concebir el problema es reconocer lo contrario: la fuente de admiración y el motivo de identificación surgen del propio poder, cualquiera sea el reconocimiento de su origen, incluso el proveniente de su padecimiento, ya que —en algo hay que creer. Sin eso, es como estar dejados de la mano de Dios.

Lo esencial es destacar este lugar estructural fundante de la conversión de toda socialidad a las pautas que marca el Estado, rigiendo sin concesiones la conciencia de los sujetos —el líder debe conducir como el que despluma la gallina sin que chillen. Igual casualmente que la muda coerción significativa del discurso hegemónico, que no dice en su letra la significación que su forma impone. Un verso que reina, gobernando —¿democráticamente?— el libreto de los subditos que lo eligen. La transa —una especie lingüística contemporánea que cabalga entre el erotismo y la corrupción— de la subjetividad estatizada y estatizante, oculta el pacto de sumisión al poder con el consuelo de quejarse y responsabilizarlo de todo. Por que te quiero, te aporreo: aunque fulano vaya a seguir haciendo —tenga que seguir haciendo—, lo mismo que Mamen-Cavallito lo voy a —hay que— votar con tal de sacarlos a estos y no verlos más. Dicho en otras palabras: a cualquiera que me garantice la continuidad sin que tenga que admitirlo. Una operación calcada de la mecánica de la fetichización: cuando la relación con la realidad se vuelve conflictiva para un sujeto, porque contradice supuestos que también hacen a su identidad. Una solución posible es ocultar en un fantocho aquello que lo simboliza; que conserva, irreconocible, lo que es difícil de admitir en la imagen que quiere guardar de sí mismo. Es lo que pasa en quienes denuncian indignados los rostros monstruosos del capitalismo salvaje, sin cuidado por desmentir de esta forma la demostrada conaturalidad de lo que denuncian con todo capitalismo, por mejor educado que se quiera presentar.

Cara, gana la democracia del estado; seca, el estado de la democracia

Los vínculos de la democracia que conocemos y el sistema Estado, quedan velados cuando la verdad parcial es puesta en el lugar del todo. Cuando sugiere que disuelve los poderes establecidos por la elección anterior y abre un lapso en el que el poder vuelve al soberano, la seducción electoral, es un modo de esconder la auténtica realidad. No sólo la desigualdad con que las diferentes clases disponen de los medios para elaborar lo que mejor conviene a sus intereses —información, recursos teóricos, falta de apremios inmediatos para la reflexión, comunicación con sus pares para una elaboración común—, sino la identidad del verdadero postulante de la lista única propuesta como opción. Es en el interior del propio procedimiento, en el que se desliza insensiblemente el cri-

terio de verdad de lo abstracto y cuantitativo, donde tiene lugar la reproducción de la esencia del Estado funcional al orden establecido. Esta consiste en el aval a un método de gestión por el que se hipoteca todo verdadero igualitarismo en la elaboración y gestión colectiva de lo común. Una expropiación del poder de decidir y elegir auténticamente, que reproduce en el despojo de la potencia para inventar la realidad, el mismo que priva a los productores del disfrute de los bienes creados.

Esta afirmación no contradice la anterior, en la que responsabilizaba a los sujetos por el uso que hacían de su historia frente a cada decisión que les tocaba asumir. En rigor la agrava: aunque no tuvieran conciencia de las carencias que los llevaron a extraviar la elección, no por eso dejarán de quedar sujetos a sus consecuencias.

El desentrañamiento de este dispositivo pone al descubierto el señuelo de una consulta, que asegura en un disciplinamiento —descontado en el mero prestarse a dejarse llevar por sus carriles— el tácito reconocimiento del orden que se cree estar juzgando. Nada más cierto pues, que la bendición que celebra la feliz consecución de la ordalía plesbicitaria cuando: triunfó la democracia. Al igual que en el trámite judicial inquisitorial que arrojaba encadenada la presunta bruja al agua, dándole la oportunidad de declarar su inocencia sobrenadando los cargos; la imposibilidad de levantarlos y el goce del derecho al voto-obligatorio muestran los resultados anticipados de un dispositivo armado para autojustificarse: —la democracia es el mejor sistema, o el menos malo. Así, no importa cual fuera el veredicto de las urnas, jamás amenazará la continuidad del sistema basado en la aceptación del Estado como raíz del orden social. Lo que significa: sustitución del criterio de verdad por el de autoridad, con el vaciamiento de toda posibilidad de protagonismo de los actores sociales. La democracia es el mejor sistema...para servir de coartada al régimen de estado: Entonces qué, ¿preferís la dictadura?

Un memorioso olvido

La raíz autoritaria que trae aparejado el culto del Estado, tiene en la idolatría demócrata un salvococonduto que la disimula bajo la imagen reactiva con que ésta gusta exhibirse. Sin embargo las marcas de origen bien pueden registrarse aún bajo ese manto. Por ejemplo en el modo en que es resuelto por el imaginario post-setentista el llamado problema de la violencia.

Un tema que está pretendidamente bajo la única jurisdicción de una ética desligada de toda relación con el poder, la justicia, la libertad, la propiedad, etc. y todo otro utilitario. La lógica de la guerra que canalizó por completo el alza de masas de esa época de nuestra historia, no era, como los repentini quiere asociar, condición obligada del ideal emancipatorio en sí mismo, sino del modelo hegemónico que no estaba en sus manos superar; el del totalitarismo de la patria estatista: máximo de conciencia posible que podían imaginar. El efecto traumático, secuela de la represión, que suele interpretarse como consecuencia del irracionalismo de la respuesta que desencadenó por parte del poder, resultaría más comprensible, si no fuera que la explicación chocea con el aún vigente populismo, entendido como el brutal efecto desestructurante de vérselas frente al terror del mismísimo estado. Viendo con espanto cómo la propia fuente de razón y justicia, con que se contaba para el bien —tanto en el objetivo final como en los medios para alcanzarlo: partidos, ejércitos, cuadros y militantes— se volvía feroz contra sus fieles adoradores. Doble trauma: al causado por la represión, se sumó el de la incomprensión de una orfandad no merecida. Y por si fuera poco, el muro —el mayor ensayo de estalinismo con rostro socialista de la historia— se les fue redopente. La continuación de la política por la guerra dejó como deuda de la política por la democracia. No ya un instrumento del devenir histórico, sino un fin en sí mismo. El punto ciego subjetivo del germen estatista de la democracia que conocemos, se manifiesta en la forma distorsionada —facilitada por la importación de recetas tomadas de la vulgata psicoanalítica— de ubicar el papel de la memoria en el proceso de pensar la propia historia. Se ha convertido en un lugar común recomendar recordar-para-no-recibir, —v-

ta libre en igual indicaciones y dosis para individuos y pueblos—, pero ocultando los efectos secundarios del uso trivializado que lo hace testafarreo irracionalista de otra fórmula, la del eterno-retorno-de-lo-mismo. Un giro en nada asimilable a la Agencia pulsional que Freud puso en el centro de su comprensión de la conducta humana, ya que pone a su obstinada persistencia como dato de una irrenunciable materialidad deseante, y no como excusa para una ciega resignación fatalista. La prueba de la hegemonía consumista que desborda el mercado de mercancías convencionales, la tenemos en el desgaste de un bien conceptual como esta noción freudiana original, simplificada hasta volverse intercambiable muletilla para-todo-servicio. Una funcionalidad que, superando los auxilios que el cliché brinda a la superficialidad, tiene peso ideológico propio porque puede ser utilizada como sustento teórico de dos virtudes teológicas del capitalismo: el derroche y la especulación —intelectual & financiera—, al racionalizar el embate contra la frustración, para rebajarlo a disfrute de la inutilidad. Esta operación no es gratuita, la inversión realista acumula fundamentos para una profecía tranquilizadora: —tenemos capitalismo para rato.

La cegadora lucidez del realismo

El imaginario demócrata, negándose a admitir el lugar de la violencia como origen y sostén del orden establecido, remite el tema a un callejón sin salida, que impide a los sujetos percibir de qué manera esa violencia lo involucra. Uno de los recursos es obviar el tema o sentirse espectador de errores y excesos de cualquiera de los demonios que la asumen. Todo documento de barbarie es también un documento de cultura, les diría el ya crecido Benjamín de nuestros días.

El problema de la memoria que salva de la repetición no se confunde, salvo interesadamente, por la amorosa reconciliación mariana, salvo que alguno de los contendientes acepte que su lucha fue un malentendido causado por el odio. Para eso habría que entender al odio en la dimensión del pecado, esto es del rechazo del amor a los semejantes tendido en nombre y para gloria del Ser que los une. De ninguna manera como correlato subjetivo de la tensión causada por contradicciones que el sistema no puede —aunque lo pretendiera— simbolizar, y así pacificar. Veamos lo que reclama Scilingo que se debate entre la solidaridad a un pasado del que no reniega, ya que en él intervinieron los argumentos de un Estado y una Iglesia que hoy, sin embargo le niegan sentido. Por eso, a pesar de que no se arrepiente como militar, se desespera como hombre, atravesado por esa flexibilización interdisciplinaria que lo desgarró y le hace pedir la absolución del sentido estatal. Una situación insostenible que lleva al fracaso de la ilusión bienpensante que quiere, necesita creer que pese a todo lo que haga y parezca, la gente cambia —no es un Neustadt, él es un verdadero liberal. Y quien te dice que con los sistemas no pase lo mismo, escuchaste a Prigogine? Lo que hace falta es un capitalismo en serio, como el coreano o el chileno.

Volvamos a la memoria. El uso que se ha difundido, poco y nada tiene de los mecanismos freudianos de recuperación de la historia y de elaboración de los duelos con el que se busca emparentarlos. En éstos, el recuerdo —pieza de la identidad subjetiva—, tiene que ver con la continuidad de una historia de deseos y no con la anecdótica recopilación de sucesos pasados que pueden rememorarse como quien hojea el viejo álbum familiar. Una historia de deseos que únicamente surge en la actualización que los reconoce realizados en las circunstancias del presente, y que sólo por este medio puede remitirlos al tiempo del pasado que los engendró. Entonces, en ese sentido, lo rescatable del olvido son los deseos propios de los protagonistas de entonces, junto a los de quienes los compartían y se identifican con ellos en el presente. Anhelos irreconocibles si, alegando honrar a quienes comprometieron su vida por ellos, se los pretende puros y castos despojándolos del análisis crítico de los actos y de las vías —valga la asociación— elegida para realizarlos. Algo que no puede compararse con el regreso por el túnel del tiempo —la solución es que digan, con quienes desayunaba o jugaba al tenis Pio Laghi— a algunas escenas sepultadas, sobre

las que bastaría descender el telón para la digestión catártica de los que, afectados de las prestadas reminiscencias de los pobres y ausentes, se apiadan del precio que las víctimas pagaron por un destino que sólo a ellas les pertenecía.

La historia se construye por los efectos que tiene la verdad de los deseos para el presente de quienes, ahora, se atreven a convocarlos, porque participan de los ideales que los inspiraron. Tratándose de hechos que pertenecen al plano de lo público, su psicologización arriesga provocar una compasión filantrópica por un sufrimiento que se vuelve ajeno, al referirse a los otros: —esos chicos que no están. Si no se la neutraliza, ganaría la peor acepción del altruismo: —qué lástima, cómo perdieron! Que equivaldría, renegando de hecho a la objetividad de las causas y compromisos que asumieron al rehusar la actualidad de sus sueños o negar la responsabilidad compartida por sus errores, a redoblar la desaparición de los desaparecidos, ya que por ésta, ellos asumieron desafiar la mira de sus asesinos. Más allá de la reivindicación del justo castigo a los responsables de aquellos crímenes, hay que cuidar de no disolver lo sucedido en una abstracción espiritualizante, psicologizante, emotiva o mística, legítima en la intimidad de la experiencia personal, pero neutralizadora del plano concreto e histórico de la lucha social que puede rescatarlos de la amnesia privatizadora disfrazada de memoriosa. —el consejo deliberante bautizó una plaza con el nombre del escritor y periodista Walsh, ese al que le mataron a la hija. Una tradición que la obscuridad moral de FAMUS, cuando apura a los denunciantes de derechos humanos, cuando éstos vacilan en reivindicar la realidad de la violencia política ocurrida y renuncian al debate ético sobre sus orígenes, contestando con abstracciones que opacan la imagen de lo sucedido y el rostro decidido de sus protagonistas. Lo cual termina por configurar una despolitizada universalización que en verdad anonimiza episodios que reclaman una concreta historización antes que homenajes póstumos al militante desconocido de una política sepultada NN.

—“Entonces no quiero nada”

La hegemonía casi absoluta del Estado en todas las actividades de la existencia social, y la convicción de que su influencia no puede ser neutralizada a medias, impulsa dos reacciones. Los que combaten su funcionalidad para reproducir las relaciones sociales capitalistas, intentan rescatarla para una nueva socialidad; los otros, la rechazan junto a todo lo que les parece familiar. Si el verticalismo burocrático de la izquierda que conocimos tenía por finalidad última estrechar filas y cabezas, en una práctica sin reflexión, al servicio de una jerarquía sin discusión, para una práctica que renegara de la experiencia (ver cómo esto se refleja en la forma de comunicado con que los restos de esa militancia avisan de sus candidatos surgidos de la diferenciación mutua con los traidores de turno) la escadadura lleva a rechazar toda intención organizativa o manifestación de opinión como prueba de no estar incurridos en la tentación militante: —no somos un partido político, no vamos a bajar línea, cualquier posición que tomáramos negaría la crisis en que estamos y empearíamos a equivocarnos de nuevo. Lo cual tiene a una riesgosa semejanza con las tendencias a la suspensión de toda certeza que sobrepasa la fundada en la completa incertidumbre. No por que se estuviera reconociendo lo errado de los fundamentalismos que conocimos, lo cual contribuiría al reencuentro de los antiguos ideales, sino por que se absolutiza la atracción por lo imposible, como fiel de una subjevidad refugiada en su encapsulado interior. Tal es la susceptibilidad provocada por la experiencia sin elaborar y la ausencia de alternativas creíbles que a veces suele bastar el menor rumor de convocatoria que evoque el pasado, para que despierte el horror reflejo por lo que se supone retorno de la razón instrumental y para que cualquier llamado a la acción sea vetado en nombre de Auschwitz. Es bueno mencionar a Freud, que advertía como muchas veces una chimenea es una chimenea, y no forzosamente siempre un símbolo concentracionario. Que un llamado a la acción común no siempre tenga los humos de las sectas decretando la huelga general por tiempo indeterminado. Puede que sea la invitación al

debate y a la invención, sin arrogarse hacerlo en representación ni de la historia, ni de la clase o de la teoría, sino simplemente del deseo y la necesidad de romper el aislamiento de quienes lo lanzan, de no postergar el despegue hasta agotar los riesgos de equivocarse, por las evidencias que propiciaría el goce intelectual sin interferencias. Un remedio peor que los vicios temidos por el recuerdo de las malas compañías y los impulsos mal contenidos.

La reflexión es una acción, y la práctica, el reconocimiento de la prueba que la realización social de los proyectos —necesariamente imaginarios— dará de su objetividad, sin la cual no supera el nivel de realidad de la fantasía, el sueño o el delirio. El activismo puede ser el índice de un pragmatismo aplastador de la elaboración reflexiva, pero también la marca de una renuncia a la coherencia con la razón sin réplica del socius, el camarada o el adversario. La realización es la culminación de la objetivación del ser en la dialéctica que lo prueba como correlativo a un semejante, con el que no se confunde. De un obrar que rescata, en el deseo irrepentible y el acontecer inédito que plasma sus circunstancias particulares, la necesidad y la contingencia que lo particulariza.

Eso hace de la práctica, una praxis, y de la elaboración teórica, el trabajo transformador de las relaciones con la realidad del mundo, con los otros y consigo mismo. Ni esa coartada de la manipulación que es la pedagogía, ni la magia del gesto performativo. Ni la infantilización del cuadernillo que aviva la ingenuidad infantil —el niño con la coronita tachada del cuadernillo adocenado— haciéndolo debutar en la democracia usando preservativos antifascistas, cuando el riesgo para una impotencia sin futuro es la frigididad. Ni ese sortilegio animista que, ducho en el manejo de los símbolos, despacio y con saliva, transfiere las dificultades para ligarse con los sujetos reales, a la elegante prestidigitación de lanzarlas al aire o dibujarlas sobre el papel.

La verdad sospechosa

El indicador de la autenticidad de una verdad está en los efectos que produce en quienes la enuncian y suscriben. Los mismos describen la consecuencia o inconsecuencia de los sujetos con los postulados de la misma.

En función de lo expresado, ¿cuál es el índice de verdad desde los sujetos que participan de esta modalidad de elecciones democráticas? Un acto cantado por mayorías por las que cada individuo se siente decidido sin reconocer la parte que le toca en conformarlas: —y que querés que haga con un sólo voto. Una disociación que lo escinde entre una conciencia que defiende a toda costa la ilusión de completo albedrío y una red de determinaciones que lo eligen y que prefiere ignorar. Un spot televisivo promovido por las agencias del ramo lo sintetiza plenamente: —Publicidad, el derecho a elegir. O sea, si el mercado es la falacia de un condicionamiento dispuesto para regular y disciplinar el consumo y no para autogestionar las propias necesidades, al que se presenta como garantía de libertad, ¿por qué defen-

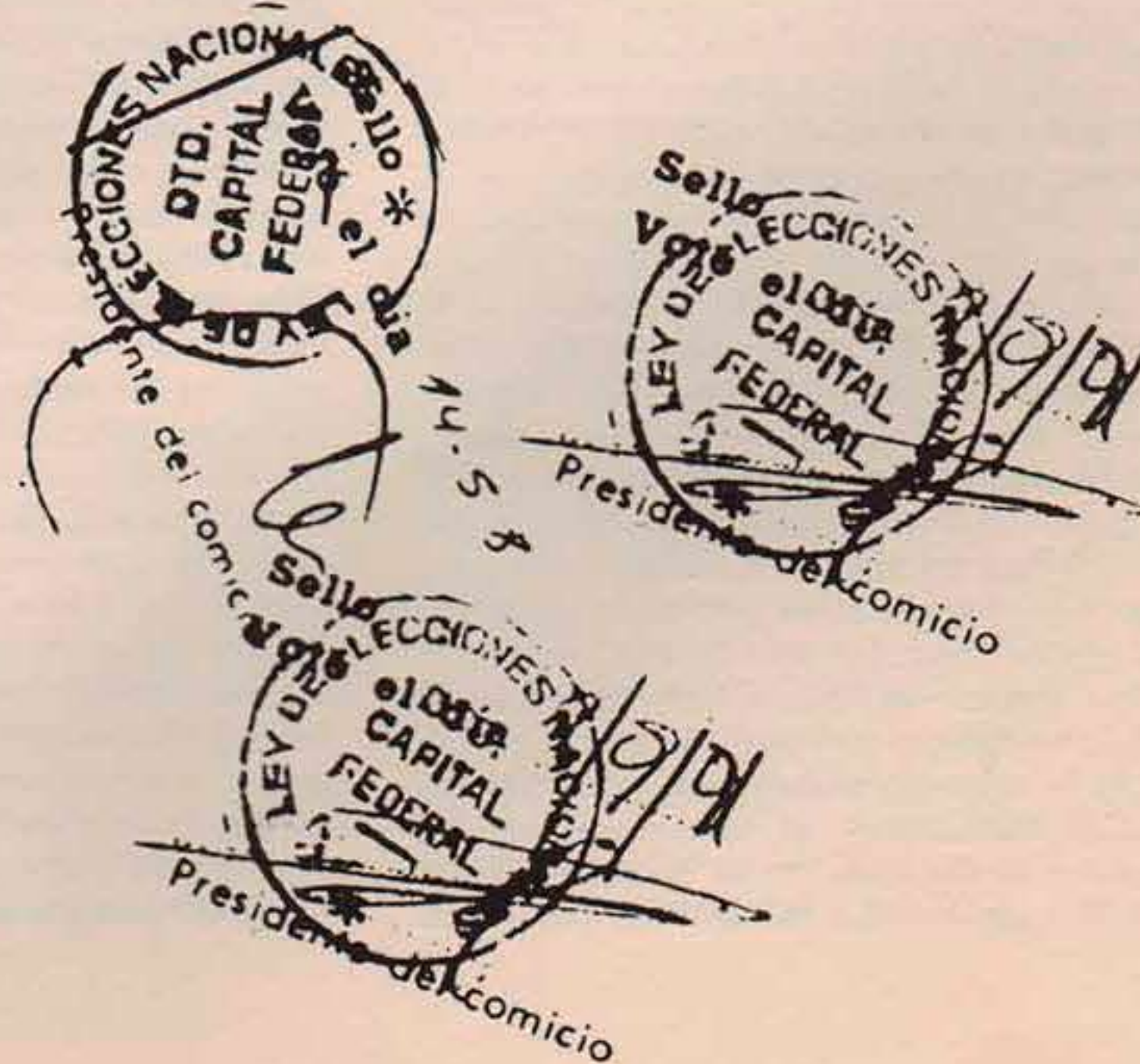
der el libre mercado de opciones electorales de la democracia burguesa como el mejor instrumento para la creación de sujetos sociales que toman el destino en sus manos? Y, en consecuencia con esta verdad, la evidencia de que esta coyuntura no ofrece la oportunidad de un testimonio cualitativamente alternativo y contestario a lo establecido y ya bien conocido, ¿no corresponde por lo menos el rechazo de la ficción de una elección que no lo es? Que podría ser el primer paso de una negatividad que recorra el camino crítico de una nueva cultura política: —ah, vos decís aunque sea, no caretear...

Afirmar que el único compromiso que vale es con la lucha por expropiar los medios de enunciacón de los discursos legítimos, desalojando la identificación que los asimila con los intereses del capital. Esto no tiene que confundirse con el elogio a un pretendido grado cero del sentido que, en purificada resurrección, se reserva para jugar la partida definitiva.

Si algún imperativo le cabe a la vapuleada condición humana, es el de soportar la dialéctica de su permanente desacralización. Proceso que empieza por la admisión de la tendencia hacia lo divino que la constituye. Y continúa por la renuncia a que lo sagrado la proteja de las inclemencias de la historia donde marcha a ras de tierra. Este constante desafío que sufren los hombres, de no renunciar a la dimensión material y temporal que les cabe, no es privilegio de ninguna práctica con jerarquía superior a otra.

El asalto al Palacio de Invierno o el ataque al Moncada en su momento, tuvieron y aún pueden tener, un valor simbólico más perdurable, que el de su espectacular de su real peso social o militar. El de una voluntad decidida a tomar en sus manos piedras y fusiles, como en otras ocasiones papeletas para votar, para pertrecharse con ellas de la significación del poder de las instituciones y así apropiarse de la institución del poder.

Nada ni nadie, más que los ideales que lo fundamentan, puede aventurar su repercusión histórica. Siempre lo creativo, como podría ser el rechazo de la complicidad con la rutina del 14 de mayo, absteniéndose de dejarse sellar las convicciones o impugnando la hipocresía de la consulta-apriete, tiene un escrutinio a posteriori de la opción que lo decidió sin cálculo de popularidad. De lo que se puede estar seguro es del convencimiento del peso que tendrá para expresar el desprecio por lo sagrado y de aplacar al terror reverenciándolo. De animarse a no tener más referente que el de las propias convicciones y de disfrutar marchando sin la mano tutora del Estado, salirse de madre sacudiendo la capucha de terciopelo de esta democracia, para mirar alrededor y ver con quienes cuenta para cambiar el mundo y la vida.





LA ILUSION DEMOCRATICA

Horacio Tarcus

"Nuestra democracia está edificada sobre una mentira: sobre un pacto de olvido".

Jesús Ibáñez

El desencanto democrático

Con vistas a la tercera elección democrática consecutiva de un presidente, los partidos mayoritarios y la opinión pública "seria" de nuestro país se ufanan en proclamar, por encima de las diferencias políticas, el triunfo de la democracia. En efecto, habría que remontarse a los años de la "república conservadora" o del irigoyenismo para encontrar lejanos antecedentes de semejante continuidad institucional. Para mejor, 1989 significó no sólo un cambio institucional, sino también la transferencia de mando de un partido a otro. Y en 1994 el conjunto de los partidos mayoritarios políticos participó en una asamblea constituyente que modificó la constitución del país. No hay, además, riesgos visibles de fractura institucional: los tradicionales sectores golpistas, inclusive voceros oficiosos de sectores de las mismas fuerzas armadas -como Rico en Buenos Aires o Bussi en Tucumán-, tienen su expresión política encuadrada en las reglas del juego del sistema democrático de partidos. Algunos de ellos, inclusive, alimentan expectativas realistas de retornar al poder -como Bussi-, pero ahora por la vía electoral. Podría afirmarse, en ese sentido, que en 1995 culminó el proceso de "transición democrática" iniciado en 1983.

La democracia y sus instituciones, pues, parecen haberse consolidado, acaso por un largo período en nuestro país. Es posible que todavía subsistan muchas fallas en nuestro sistema democrático, se nos reconocerá (están pendientes temas como la efectiva autonomía de los poderes, o incluso el esclarecimiento y la justicia en relación al terrorismo de Estado bajo la última dictadura militar), pero "tiene fallas como toda creación humana" y será siempre perfectible. Dado que no conocemos un sistema mejor, o menos malo, que el democrático, es dentro del horizonte democrático, se nos dice, que debemos inscribir nuestras esperanzas y nuestras luchas. Luchar todos por perfeccionar un sistema de convivencia aceptable para todos. Por fuera de ese horizonte, acechan otra vez el caos, la violencia o la guerra.

Ahora bien, resulta paradójico constatar que la democracia se ha consolidado no realizando sino más bien liquidando las promesas democráticas de 1983. Pues si en el sentido de la consolidación institucional de la llamada "democracia procedimental" ese proceso puede considerarse concluido, las ilusiones de 1983 han sido defraudadas casi en su totalidad. Al clima de esperanza de fines de la dictadura militar e inicios de la gestión alfonsinista ha sucedido en los 90 un nuevo clima de apatía y desencanto. Los movimientos de la sociedad civil que parecían en aquellos años haber retomado cierta iniciativa (reanimación del movimiento obrero, apogeo del movimiento de derechos humanos, emergencia de un movimiento de mujeres que buscaba salir de los pequeños grupos feministas, radicalización de los jóvenes via manifestaciones político-culturales como el movimiento del rock) hoy aparecen totalmente desmovilizados y la sociedad civil misma casi atomizada.

Bien podría contraargumentarse que, para todos estos sectores frustrados en sus esperanzas de justicia, de igualdad, de participación, la "transición democrática" no concluyó. Sin embargo hoy, después de

doce años de promesas democráticas y de sus frustraciones correspondientes, más que seguir alimentando las ilusiones de la democracia, sería mucho más serio y responsable trazar un balance de sus logros y de sus límites. 1995 cierra un ciclo, luego del cual es necesario reconocer que ya no es legítimo seguir hablando de "transición democrática", pues esta construcción remite a la idea de tránsito de un punto a otro (de la dictadura a la democracia, o bien de una democracia formal, procedimental, recién conquistada, a alguna forma de lo que se llama "democracia participativa"). Y hoy es engañoso alimentar la ilusión de que haya algún proceso en curso que apunte en el sentido de una democracia sustantiva, o participativa, o como quiera que se la llame, pues si algún proceso hay en curso, va en sentido inverso: el de la apatía y el desencanto. La transición democrática ha sido, pues, el tránsito de la dictadura militar a una democracia formal, signada por la despolitización y la ausencia de cualquier forma de participación.

Hoy es imperioso, luego de doce años de experiencias, hacer un balance que busque reconocer los límites y los riesgos de la estrategia democrática de 1983. Podríamos decir que entonces, parafraseando al ex-presidente Nixon, todos fuimos democráticos. Desde el arco progresista de entonces (UCR alfonsinista, Partido Intransigente, intelectuales progresistas, sectores reciclados de la izquierda tradicional) se extiende hasta llegar a incluir al peronismo de Cafiero y Menem, a Lorenzo Miguel y los dirigentes sindicales, Alsogaray y los partidos de la derecha tradicional, monseñor Quarracino y la jerarquía de la Iglesia. Aldo Rico y los voceros de las fuerzas armadas, Mario Firmenich y sus ex-montoneros, Bernardo Neustadt y Mariano Grondona, todos los sectores políticos y las figuras públicas son progresivamente ganados, más tarde o más temprano, por el ideario de la democracia. Todos van abandonando veleidades elitistas, nacionalistas o guerrilleras. En los 70 muchos de ellos hablaban de la democracia burguesa, de la democracia capitalista, de la democracia formal, de semidemocracia, de democracia partidocrática, de dictadura del capital encubierta de democracia... A lo largo de los 80, todos terminaron aceptando la democracia como "valor universal", la "democracia sin adjetivos".

Pero cuando "todos fuimos democráticos", la democracia se volvió en contra nuestra. Dentro del sistema democrático, y sin violar la observancia de sus reglas, continuaron reproduciéndose las relaciones asimétricas en la sociedad. Todos fuimos, por fin, ciudadanos libres e iguales, pero, parafraseando a George Orwell, algunos fueron más ciudadanos que otros. En nombre de la Democracia se buscó desactivar el movimiento de derechos humanos, se domesticó a los sindicatos, se reprimieron huelgas y manifestaciones. En nombre de la Democracia se decretaron bloqueos comerciales a Nicaragua o Cuba, se llevaron a cabo invasiones militares a Granada o Haití, se libraron guerras internacionales como la del Golfo. "La multitud de atropellos que, tanto en el orden nacional como en el internacional, se vienen cometiendo en nombre de la Democracia, la desvergonzada carrera hacia el enriquecimiento por encima de lo que sea y de quien sea, el creciente despotismo de los gobiernos electos y la continua inyección de miedo, miseria y frustración entre los súbditos de las democracias... parecen haber llegado a un

punto tal que acaso se haya hecho ya necesario repensar/rehacer los fundamentos mismos de las instituciones en que se ampara el presente estado de cosas" (editorial de Archipiélago, 1992: 9-10).

Quiero sostener, por provocativo que parezca, que hoy la Democracia, en tanto discurso de los representantes legítimos de las Mayorías, de la observancia de las reglas del juego democrático, ha sido apropiada íntegramente por el poder dominante. Ha sido la clase dominante argentina la que, después de medio siglo de crisis hegemónica, se ha reconciliado (dictadura militar mediante) con la democracia, y ha ganado la disputa por su apropiación. Hoy la clase dominante argentina no se lleva sorpresas, como en las elecciones de 1916; ni tiene que aceptar condicionadamente gobiernos populares que no controlaba directamente, como en 1928 o en 1946; ni correr los riesgos de 1973. No hay opciones políticas con posibilidades de triunfo electoral que alteren las reglas del juego establecidas. El modelo económico o el alineamiento internacional del país están fuera de discusión. El 14 de mayo sólo nos da la oportunidad de elegir entre los gestores más creíbles o menos corruptos, pero no sobre la orientación de la gestión. Y si el alfonsinismo fue la luna de miel de la clase dominante argentina con la democracia, el menemismo parece ser su matrimonio.

La extorsión democrática

No me resulta difícil adivinar las objeciones del lector bienpensante: que es peligroso confundir la democracia con la dictadura, que al menos en esta democracia formal son posibles ciertas libertades, que es preferible partir de esta democracia formal para ir construyendo lentamente una democracia participativa (o aún "radicalizada"), que la que ensayo aquí es una vía peligrosa de pensamiento, etc.

De más está decir que no desprecio estas precarias y más bien negativas y defensivas libertades que hoy disponemos. Lo que digo es que no estoy dispuesto, para defenderlas, a pagar el precio de la ilusión democrática. Se me dirá que gracias a estas "ilusiones" es que puedo escribir un artículo como este o editar una revista semejante. Pero como recordaban hace unos años los editores de la revista catalana Archipiélago: "Nunca, bajo ningún régimen, los desmanes del poder han dejado de ser vox populi. Sólo los regímenes democráticos han pretendido que el reconocimiento del mero hecho de la existencia de esas voces bastara para legitimar la persistencia de los desmanes que denuncian". Y concluían con esta pregunta: "¿Es entonces la resignación -en forma de impotencia o voto- la esencia de la Democracia?" (op. cit., p. 10).

La otra paradoja que quiero señalar, entonces, propia de estos últimos doce años, es que mientras en nombre de la Democracia se ha ejercido el más desvergonzado de los autoritarismos, en que la concentración del poder económico, del poder político y de los medios de comunicación alcanzaba niveles mayúsculos, este tipo de crítica de la Democracia fue declarada inoportuna. Han sido sus beneficiarios, los antiguos enemigos de la Democracia, quienes hoy la adoptaron y los que pusieron en juego la extorsión democrática, amparada en la dicotomía Democracia/Dictadura, o bien, en términos más universalistas, Democracia/Totalitarismo.

El chantaje democrático consistió en conducir toda crítica de la democracia por el camino del totalitarismo; en considerar toda "adjetivación" de la democracia como un deslizamiento al "discurso de la guerra". Los intelectuales progresistas centraron su crítica en la responsabilidad de la dictadura militar y en los resabios del autoritarismo. Pero no estuvieron a la altura de las circunstancias al no dirigir las armas de la crítica contra la forma de poder vigente entonces, esto es, contra la Democracia. Como señalaba el español Agustín García Calvo: "Cualquiera que se distrae hablando de esos fantasmas de un poder que ya no es el poder verdadero, está haciéndole al pueblo un flaco servicio. Está contribuyendo al engaño, porque cualquiera que habla o entretiene hablando acerca de dictaduras del pasado [...], acerca de formas de dominio atrasadas, está sugiriendo por lo bajo que, en cambio, ésta que tenemos aquí es la deseable...". Hoy se impone la crítica de "la democracia como única forma de poder que nos toca" (1992: 73).

No sólo la abundante literatura panglossiana de los

años 80 sobre la "transición democrática" ha quedado irremediadamente envejecida en pocos años (cuando no nació ya vieja), sino que ha fracasado rotundamente en el diagnóstico y en el camino a seguir. Su estrategia de vaciamiento de la problemática de las clases sociales, del Estado, del poder (en el sentido fuerte del término), de la relación intrínseca entre economía y política, su abandono, entre otras cuestiones, de la dominación imperialista -esos trastos viejos del marxismo- y su postulación de la autonomía de lo político, de los "novísimos" temas de las reglas del juego democrático, de la gestión de los conflictos, de los conflictos entre intereses corporativos y representaciones políticas, de la gobernabilidad, etc., ha llevado a los más sinceros de sus mentores políticos e intelectuales a un creciente callejón sin salida.

No sólo se impone hoy un balance crítico de toda esta literatura, sino un cambio de problemática en el análisis político: ya no se trata de la fundación mítica de la Democracia, ni de pensar los posibles itinerarios de la transición democrática, sino de llevar a cabo un balance crítico de la democracia realmente existente. Y si los análisis en términos de autonomía de lo político, de contrato, de actores y de gobernabilidad no han sido satisfactorios, quizás otros, emprendidos en los viejos términos de las relaciones de fuerzas, de la violencia, de las relaciones entre el capital y el trabajo, tengan todavía algo para ofrecer.

Clases dominantes y la democracia: encuentros y desencuentros

No sería inoportuno recordar sumariamente las ambiguas relaciones de las clases dominantes, no sólo de nuestra oligarquía, sino también a nivel mundial, de las burguesías industriales de los países desarrollados con la democracia. La ideología de la burguesía ascendente y de la burguesía en el poder no fue la democracia sino el liberalismo. "Aunque el liberalismo se originó como protesta -nos recuerda el norteamericano Alan Wolfe-, rápidamente se convirtió en una teoría del poder. Las clases dominantes encontraron en él los principios con los cuales justificar su posición y su política" (Wolfe, 1977: 23). La ideología democrática, ligada en el siglo XIX a las luchas de las clases medias radicalizadas, más allá de la lucha liberal por las libertades civiles, persiguió los objetivos de la participación y la igualdad. La "democracia liberal" fue una construcción del siglo XX, el resultado de un compromiso entre dos tradiciones, entre dos fuerzas sociales (el mismo Wolfe señalaba sugestivamente, en ese sentido, que "Cualquier teórico importante del siglo XIX se hubiera sentido desconcertado ante la expresión 'democracia liberal'", p. 21). Karl Polanyi recordaba también que "El concepto de democracia era un concepto extraño a la burguesía inglesa. Sólo cuando la clase obrera hubo aceptado los principios de una economía capitalista y los sindicatos transformado al manejo fluido de la industria en su principal preocupación, la clase media concedió a sus mejores obreros el derecho a votar".

Göran Therborn nos ha recordado oportunamente, con datos precisos, que ni la burguesía industrial y urbana, ni sus voceros políticos e ideológicos, estaban entre los vanguardistas de la democracia, sino, por el contrario, fueron sus más firmes opositores. La burguesía británica no mostró gran compasión al destruir el primer movimiento democrático de masas, el cartismo. El Directorio francés, el régimen más genuinamente burgués durante la revolución francesa, anuló la primera instauración del sufragio universal masculino de la historia (que data de 1793 y nunca fue puesto en vigor). Las masas parisinas insurrectas obtuvieron la democracia masculina en la revolución de Julio, pero los partidos parlamentarios de la burguesía la abolieron en 1850. Contra las bur-

guesías liberales, las fuerzas sociales democráticas fueron la pequeña burguesía rural y urbana y la clase obrera industrial (Therborn, 1985 y 1977). Si liberalismo y democracia fueron dos tradiciones distintas y en disputa, también es cierto que autores como John Stuart Mill pensaron que podían escoger entre ambas. Sus Consideraciones sobre el gobierno representativo (1865) constituyen, sin duda, un alegato en favor de la extensión del derecho de sufragio a los sectores populares. Pero este notable texto de Mill puede leerse como una lúcida advertencia a las clases dominantes de su tiempo acerca de los riesgos de excluir de sistema político a los sectores populares. El simple acto del sufragio o la participación en funciones públicas mínimas, como las parroquiales o los jurados, tendría para un humilde trabajador, afirma, un gran valor educativo, que lo llevaría a "entender que forma parte de la comunidad, y que el interés público es también el suyo" (cap. III).

El mensaje de Mill fue tardíamente escuchado por las burguesías, al menos medio siglo después. Fueron necesarias las experiencias de las crisis capitalistas, las dos guerras mundiales, la presión creciente de un movimiento obrero organizado por el sufragio universal. La democracia liberal, o la democracia capitalista, fue, decíamos, resultado de un compromiso que se hizo posible en los años 30 y se extendió, como universalmente aceptado, en la inmediata posguerra. En términos de Adam Przeworski: "La combinación de democracia y capitalismo constituye un compromiso: aquellos que no poseen los instrumentos de producción consienten la institución privada del capital, mientras que los que los poseen consienten unas instituciones políticas que permiten que otros grupos presionen eficazmente para la inversión de recursos y la distribución de la producción" (1985: 234).

Pero el idilio del capitalismo con la democracia sólo duró unas décadas. Los ideólogos del sistema advertían en los 70 acerca de los riesgos de la "governabilidad de las democracias". El célebre informe de la Trilateral Comisión llamado precisamente La gobernabilidad de las democracias, planteaba entonces los peligros de los "excesos de democracia" que minaban la autoridad del gobierno. La democracia estaba "amenazada", se decía, por los esfuerzos organizativos de los que denominaba "intereses especiales" (los de los obreros, campesinos, mujeres, jóvenes, ancianos, discapacitados, minorías étnicas, etc.). Liberada de los vínculos de obediencia y valores tradicionales, la gente comienza a formular al Estado demandas políticas, una "sobrecarga" de "insultos" inasimilables para el sistema. El informe abogaba por una "moderación de la democracia" que, en palabras de Chomsky, podría resumirse así: "Hablando claro: la población debe ser confinada a su apatía y obediencia tradicionales, y desplazada de la escena del debate y la acción política, si es que queremos que la democracia sobreviva" (Chomsky,

1992: 15).

Tanto en Argentina como en el mundo, si las clases dominantes nunca fueron cabalmente democráticas, a mediados de los 70 rompían abiertamente con el ideario democrático. El compromiso democrático, con el crecimiento de la clase obrera organizada, el aumento de las demandas sociales y la expansión incontrolada de los gastos del Estado, no sólo imponían crecientes recortes a la rentabilidad del Capital, sino que habían hecho tambalear varias veces el sistema. A la crisis de acumulación del capitalismo se agregaba la crisis de legitimidad del sistema político. Tampoco está de más recordar aquí que la "clase política" argentina en su conjunto (radicalismo incluido: Balbín: "No tengo soluciones", 23 de marzo de 1976) se corrió de la escena política para propiciar el golpe militar.

Las clases dominantes iniciaron desde entonces una poderosa ofensiva en todos los terrenos. Los años 70 y 80 presenciaron un vasto proceso de recomposición capitalista (reformulación de las relaciones dentro del capital), de recomposición de las relaciones de fuerza entre el capital y el trabajo (desocupación estructural, pérdida de peso social y político de la clase obrera, ataque masivo a los sindicatos, flexibilización laboral...) y de recomposición de las relaciones entre el Estado y la sociedad (reforma -más que "achicamiento"- del Estado, reformulación de la relación público/privado, etc.). No fue, de más está decirlo, un cambio incurrento ni una reforma "técnica": tuvo sus ganadores y sus perdedores. El pacto keynesiano, que estaba siendo desbordado por las fuerzas del Trabajo desde la izquierda, fue roto agresivamente por el Capital desde la derecha. Implicó un proceso de extraordinaria violencia material y simbólica, que no sólo destruyó viejas relaciones e instituciones, sino que también produjo otras nuevas. En los países centrales esta violencia significó una concentración de poder político muy fuerte en manos de gobiernos de distintos signo (desde conservadores a socialdemócratas), pero se realizó en el marco de las instituciones democráticas. En la mayor parte de América Latina la crisis fue más grave y las instituciones más débiles: para poner en marcha la recomposición capitalista fue necesario un prolongado período de dictaduras militares. La asunción de los gobiernos democráticos implicó cambios sustanciales en la vida política de las masas, pero esto no debe hacernos olvidar que ellos si-



guieron adelante con los trazos generales de las políticas globales de recomposición. Ellos continuaron con métodos políticos los que los militares iniciaron con métodos terroristas.

La eficacia de estas transformaciones, con su resultado de recuperación de la tasa de ganancia y de nuevo disciplinamiento social, propició un nuevo noviazgo entre capitalismo y democracia. El mismo Samuel Huntington, que en los 70 advertía contra los riesgos de la gobernabilidad, celebra hoy la "tercera ola" de la democracia...

También en nuestro país, la clase dominante argentina se reconcilió con la democracia. El disciplinamiento que puso en marcha la dictadura militar, sumado al que impusieron luego la desocupación estructural y la experiencia de la hiperinflación, sentaron sus bases materiales. Finalmente, su alianza con el menemismo parece cerrar más de medio siglo de crisis crónica de legitimidad.

Es que la democracia de 1983 no fue el resultado del fracaso de la dictadura militar, sino su coronación, la consecuencia de su triunfo. No está de más recordar que el propósito explícito y declarado del llamado Proceso de Reorganización Nacional no era otro que el de: "Restituir los valores esenciales que sirven de fundamento a la conducción integral del Estado, enfatizando el sentido de moralidad, idoneidad y eficiencia, imprescindibles para reconstruir el contenido y la imagen de la Nación, erradicar la subversión y promover el desarrollo económico de la vida nacional basado en el equilibrio y participación responsable de los distintos sectores a fin de asegurar la posterior instauración de una democracia, republicana, representativa y federal, adecuada a la realidad y exigencias de solución y progreso del pueblo argentino" (Estatuto y Actas para el Proceso de Reorganización Nacional). Esto es, las Fuerzas Armadas asumen el poder soberano y suspenden la validez del ordenamiento jurídico para restablecerlo cuando estén dadas las "condiciones" para su "adecuado funcionamiento" (He aquí lo que el italiano Giorgio Agamben llamaba la paradoja de la soberanía: soberano es aquel que puede proclamar el estado de emergencia y suspender la validez del ordenamiento jurídico. La soberanía está así, pues, dentro y fuera de la ley. Es la ley, y en nombre de la ley, suspende la ley. Entonces, la ley misma está fuera de la ley, o bien, no hay fuera de la ley. La violencia soberana -la que sigue al estado de excepción- se parece en esto a la violencia revolucionaria: ambas están fuera del derecho).

Y el triunfo en los objetivos básicos de la dictadura militar argentina puede hacerse extensivo al conjunto de las dictaduras latinoamericanas de los años 60 y 70. Como señalaba hace algunos años Perry Anderson en nuestro país: "Cualesquiera hayan sido las circunstancias locales de su retirada final del palacio presidencial (que los generales brasileños lograron

mucho más brillantemente que los uruguayos, y éstos, a su vez, mejor que los argentinos), su meta básica estaba asegurada. Hoy en día, el socialismo se ha transformado virtualmente en un término tabú de la política sudamericana. Es notable, por ejemplo, que aún la fuerza de izquierda más nueva y menos atomizada del área -el PT brasileño- no invoque seriamente el socialismo en su discurso público. Las relaciones de producción capitalista se volvieron mental y materialmente intocables por el movimiento, bajo la amenaza de una vuelta al terror militar si dichas relaciones llegasen a ser puestas en juego. [...] Su mensaje a las clases populares ha sido éste: 'pueden tener democracia si respetan el capitalismo, pero, si no lo aceptan, se quedarán sin democracia y tendrán que seguir aceptándolo de todos modos' [...] La democracia capitalista estable es construida aquí sobre la derrota -y no sobre la victoria- de las clases populares" (Anderson, 1987: 64-65).

La política fue aquí la continuación de la guerra por otros medios. La democracia resultante lleva el sello de origen de la dictadura. Todas las antinomias de la teoría contractualista de la democracia (dictadura/democracia, coerción/consenso, guerra/política, etc.) han puesto en evidencia su impotencia, si no su carácter apologetico, al escindir el momento de la violencia del momento de las instituciones. Han servido más para velar que para mostrar en qué medida la violencia sigue siendo constitutiva aún del orden político más democrático, o cómo el derecho está atravesado por el poder, o cómo todo ordenamiento político-institucional es el resultado de una relación desigual de poder entre fuerzas sociales antagonicas, o cómo el Estado es la condensación de una relación de fuerzas. El discurso de la política no es radicalmente extrínseco al discurso de la guerra. Todo discurso político, todo acuerdo institucional expresa una relación de fuerzas previa. Llamemos, aunque sea poco reconfortante, las cosas por su nombre: no han sido los "sectores democráticos y populares" los que ganaron la batalla y lograron imponer las pautas democráticas a los que periódicamente se veían obligados a romper las reglas del juego para mantener su dominación; sino que fue la clase dominante argentina la que triunfó en el proyecto de "democratizar" a la sociedad, esto es, en disciplinarla y atomizarla en una masa impotente de ciudadanos que es periódicamente "consultada" como forma de legitimación del poder establecido.

Elecciones... cuando no hay nada que elegir

La crítica del poder establecido es hoy la crítica de la Democracia. No queremos hacer de esta crítica, que busca intervenir en una situación concreta, algo universal o ahistórico. Aceptemos que la democracia, con sus libertades y sus derechos formales, fue históricamente una conquista popular. Aceptemos también que en condiciones de crisis de hegemonía (en las que una clase económicamente dominante es incapaz de construir una hegemonía o es incapaz de renovarla cuando le está disputada), las demandas democráticas pueden recuperar su dimensión cuestionadora del poder.

En situaciones de alza de masas, cuando los sectores dominantes no logran vertebrar un proyecto he-

gemónico, y los partidos populares no responden al control de los sectores dominantes, las elecciones democráticas pueden implicar riesgos a la reproducción del sistema. Conocemos el caso de México, donde el Partido-Estado debe recurrir al fraude electoral sistemático. Pero también en nuestro país la crisis crónica de hegemonía convertida en explosivas ciertas elementales demandas democráticas (como el levantamiento de la proscripción del radicalismo en los primeros años de la década infame, o la del peronismo entre 1955-73, o la reivindicación de los derechos humanos desde la última dictadura militar).

En situaciones de reflujo o de derrota, en cambio el margen para las incertidumbres o los imprevistos se hace menor. Los sectores dominantes controlan nuevamente la situación y están en condiciones de restablecer las reglas del juego de la Democracia. Las alternativas reales están constituidas desde el poder. Es entonces que el poder, investido ahora con la legitimación de la Mayoría, ejerce el chantaje democrático. Votar no es ya un derecho sino un deber: nos obligan a votar a cambio de que renunciemos al derecho de opinar y de salir a la calle. La voz del poder no quiere otra participación que la instituida: ni la huelga, ni la manifestación, ni la acción de masas: *si está disconforme, dígalos con su voto. Pronúnciese, pero dentro de los canales instituidos de la democracia.*

Pero, como certeramente advierte Jesús Ibáñez, "El que se limita a decidir -a elegir una de las alternativas presentes- está dominado por el que trazó esas alternativas. En la democracia, los que mandan trazan alternativas (proponen candidaturas), los mandados sólo se deciden por una de ellas (votan). [...] Los que mandan se comunican con los mandados mediante juegos de lenguaje tipo pregunta-respuesta. Como las elecciones. El que manda puede preguntar lo que quiera, el mandado debe responder a lo que le preguntan. Así se distribuyen el poder y el deber. [...] La participación de los ciudadanos en un rito electoral debe limitarse a responder a las preguntas que les hacen: a elegir entre los candidatos que les proponen, sin que ellos participen para nada en la propuesta" (Ibáñez, 1992: 62-65).

Si la participación en las elecciones de 1983 podía tener un significado democrático que parcialmente escapaba a las alternativas trazadas por el poder, hoy se hace visible cómo la democracia argentina se ha visto desde entonces reducida a una intervención crecientemente deseneantada de los ciudadanos cada dos años para participar en la ilusión de que estaban escogiendo algo. Este fue el significado de "elegir" en 1989 entre Menem y Angeloz. Y una situación similar vuelve a repetirse en 1995, cuando se trata de "elegir" entre Menem, Massaccesi y Bordón. Hoy se nos permite elegir, cuando no hay nada que elegir.

A la ausencia de auténtico entusiasmo popular tras alguno de los candidatos o por el acto electoral en sí mismo, han surgido o resurgido una serie de argumentos complementarios. El gobierno convoca al *voto chantaje* (*O nosotros o el retorno del caos*), o el *voto del miedo* (*Si vota al que va a ganar, ganará; si vota al perdedor, prepárese*). La oposición llama al *voto castigo* contra los aspectos desprolijos de la gestión Menem, pero se esfuerza en reafirmar que mantendrá el modelo (que lo sumo lo hará más humano). Los que comprenden esta cuestión de fondo, pero optan sin gran convicción por el centroizquierda, invocan el *voto pragmático*, el voto desconsolado por el mal menor. La izquierda tradicional pide que le renovemos una vez más el crédito y nos solicita el *voto principista* o, al menos el *voto melancólico*. He buscado aquí reunir razones para el no voto.

El 14 de mayo hay elecciones generales en nuestro país. Pero me atrevo a decir, parafraseando a Kundera, que la política está en otra parte. Se me dirá que el abstencionismo electoral significa pasividad, renuncia a la política, dejar la política en manos de otros. Es el riesgo. Pero, hoy por hoy, tiene el significado de renunciar "a colaborar en la elección de los que actuarán políticamente por los demás, y dar el espaldarazo al Sistema que tal cosa propicia. El voto es apenas la única posibilidad democrática de participación en los asuntos comunes que al súbdito le dejan. En realidad, la instauración del sufragio y del sistema de Partidos no es sino la consolidación

de la inhibición pública en la política. Porque cuando uno vota también renuncia. Renuncia a actuar políticamente abandonando esa opción a los votados" (Xavier Bermúdez, 1992: 69).

Hay ocasiones en la historia en que buena parte de la acción política pasa por el derecho y la práctica de la elección democrática. Pero no estamos en la Argentina post-55, ni en la Sudafrica del Apartheid, ni en el México de nuestros días. Hay otras situaciones en que las elecciones son, al decir de Bermúdez, un contrato de renuncia a la acción política. Vale, pues, la pena intentar darle al creciente abstencionismo popular un significado político activo, al menos como demostración colectiva de desentendimiento de los fastos justificativos del Poder.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Anderson, Perry, *Democracia y socialismo*, Buenos Aires, Tierra del Fuego, 1988.
- Anderson, Perry, "Las afinidades de Norberto Bobbio": Anderson/Bobbio, "Correspondencia", en *El cielo por asalto* 2, 1992.
- Bobbio, Norberto, "Las promesas incumplidas de la democracia", en *La ciudad Futura* n° 1, 1986.
- Noam Chomsky, Tomás Ibáñez, Cornelius Castoriadis, Giorgio Agamben, Jesús Ibáñez, Xavier Bermúdez, Agustín García Calvo, Martín-Miguel Rubio Esteban, Domingo Caballero Muñoz, dossier "La ilusión democrática", en *Archipiélago*, 9, Barcelona, 1992. Algunos de estos artículos fueron recogidos en la publicación local *La Letra A*, 4, Buenos Aires, 1993.
- Held, David, *Modelos de democracia*, Madrid, Alianza, 1992, esp. Introducción.
- Lefort, Claude, *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.
- Mill, John Stuart, *Del gobierno representativo*, Madrid, Tecnos, 1985.
- Negri, Antonio, *El poder constituyente*, Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1994.
- Przeworski, Adam, *Capitalismo y socialdemocracia*, Madrid, Alianza, 1990.
- Sartre, J-P, "El hombre tiene razón para rebelarse", en *Sartre: poder, violencia y revolución*, Madrid, Revolución, 1987, esp. pp. 233-6.
- Göran Therborn, "¿Existen verdaderamente (anexas contra) las democracias?", en *VVAA, Los límites de la democracia*, Bs.As., Glaco, 1985, 2 vols.
- Wolfé, Alan (1977), *Los límites de la legitimidad*, México, Siglo XXI, 1987.

UN NUEVO PATRICIADO

Numerosas y diversas señales nos ofrecen a diario las evidencias de un alarmante deterioro de la educación pública argentina. La situación de la vida universitaria muestra los signos de un severo ajuste que hace peligrar seriamente su misma continuidad. En este marco, nos hemos visto sorprendidos por una inesperada decisión de un importante grupo de intelectuales cuyo compromiso con la defensa de la universidad pública había encontrado, hasta ayer nomás, numerosas ocasiones de manifestarse: la de sumarse al diseño e implementación de una nueva alternativa universitaria, formulada en el ámbito privado (más específicamente: bancario) y dedicada a la oferta de maestrías presentadas con el ameno ropaje de la excelencia académica, la interdisciplina y los nuevos saberes, y la seducción de diversos "beneficios" y "credenciales".

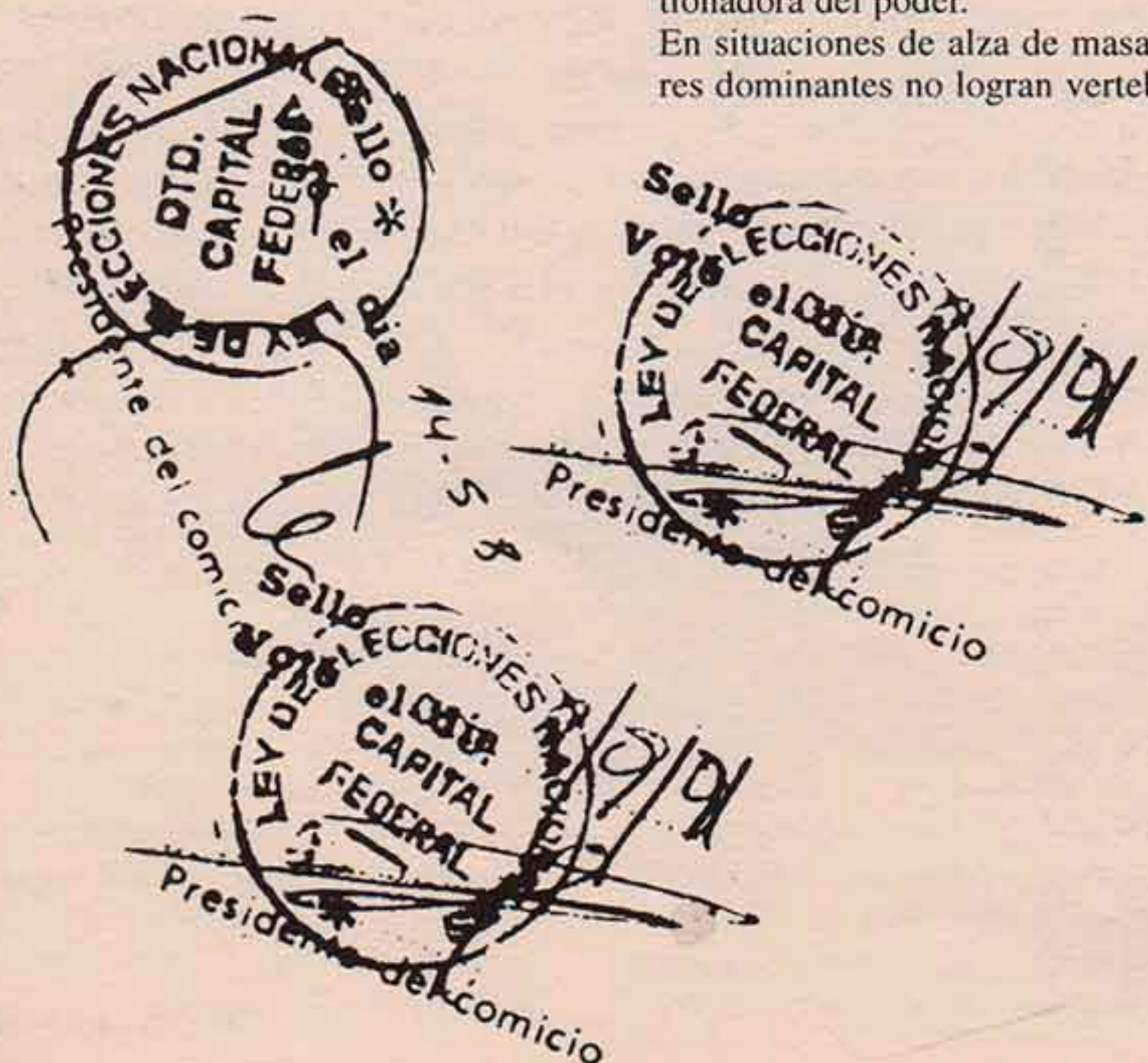
Se trata de prestigiosos profesores de la universidad pública argentina, habituales defensores —por lo demás— de alternativas políticas "progresistas", conocedores de las dificultades que la desigual capacidad de apropiación de los bienes reales y simbólicos acarrea para la democratización de una sociedad. Nos cuesta comprender la decisión que han tomado. Es cierto que en la otra universidad (la pública, con la que se han lanzado a competir) los mecanismos de discusión de una alternativa académica como la que se ofrece parecerían encontrarse sensiblemente adormecidos. Es verdad, asimismo, que muchos de los postgrados que se ofrecen en diversas facultades de la UBA merecen una crítica puntual por su resignación frente a la lógica del mercado, por la aplicación de aranceles que ellos también practican y por sus pobres definiciones profesionales y teóricas. Pero ni son éstas las razones que decidieron a este grupo de profesores a dar este paso decisivo hacia la consolidación de un nuevo bloque político-cultural en las ciencias sociales argentinas, ni eran tampoco motivos suficientes para declarar terminada la posibilidad de seguir discutiendo, en el interior de la universidad pública, alternativas académicas, plurales, democráticas y críticas.

Nada de eso cabe esperar de los cursos que han elegido ofrecer. Cuyo alto costo no puede tener otro efecto —sumado al deterioro de las bibliotecas públicas, a la ausencia de becas de estudio en la universidad y en el país y a la desarticulación de los centros de investigación— que acentuar la brecha existente entre graduados y docentes de situaciones económicas desiguales. ¿No valía la pena el intento de organizar postgrados semejantes, en la universidad pública, al alcance de la mayoría de los graduados? Pero no es este notorio elitismo económico el único que nos preocupa. A él debe añadirse otro, de tipo académico-institucional, que —en el marco del creciente vaciamiento de la universidad que este paso que han dado los profesores que criticamos contribuye decisivamente a profundizar— no puede dejar de acompañar y complementar a aquél. Asistimos al diseño de una nueva escena en las ciencias humanas y sociales argentinas. Una escena presidida por un nuevo patriciado amurallado tras un denso conjunto de peajes monetarios, aduanas institucionales y prestigios académicos ganados hasta ayer en el ámbito público y retaceados hoy a la alicaída universidad del estado en beneficio de la creación de un selecto ámbito de privilegios y desigualdad.

La ruta por la que habrá de desarrollarse la carrera académica del nuevo patriciado ya ha sido elegida: No serán los rinosos senderos del viejo estado, sino la rápida autopista ofrecida por un banco moderno y pujante. Camino, sin duda, más ágil y con menos baches: los futuros maestros egresados del edificio de Callao y Sarmiento podrán mañana —si lo desean, si aún tiene sentido— tomar por asalto, y munidos de certificaciones académicas cuyo valor nadie estará en condiciones de negar, las cátedras de la universidad pública a cargo de profesores cuyo sueldo es, en promedio, algo menos que la cuarta parte de la matrícula de las maestrías en cuestión. La modernización conservadora habrá llegado por fin a los destartados claustros públicos bajo la impronta de la actualización de los saberes por los imperativos del mercado y de las modas, nueva forma fugaz que tiene hoy la crisis de las ciencias humanas. Del Bello no lo hubiera hecho mejor.

Causas y azares,
Dialéctica,
El Ojo Mocho,
El Rodaballo,
En Clave Roja,
Sociedad y Utopía.

Angel, Raquel; Abregú, Martín; Argumedo, Alicia; Alzueta, Esteban; Bayer, Osvaldo; Belvedere, Carlos; Bonnet, Alberto; Bonvecchi, Alejandro; Casella, Carina; Castillo, Christian; Cernadas, Jorge; Cristhiansen, María Luján; Cristóforo, Américo; de Santos, Blas; Díaz, Emilio; Dione, Andrés; Gavensky, Ana; Glavich, Eduardo; Gómez, Gabriela; González, Horacio; Graziano, Margarita; Gruner, Eduardo; Guillis, Alberto; Herrero, Liliana; Lamas, Ernesto; López, María Pía; López Secane, Silvana; Lorente, Mario; Mancuso, Mario; Mangone, Carlos; Mendez, María Laura; Martínez, Pascual; McCabe, Patricia; Mestavi, Mariano; Molina y Vedia, Juan; Montaván, Alejandro; Morelli, Gloria; Nario, Agustín; Nassar, Hernán; Peschavi, Gabriela; Rinesi, Eduardo; Robles, Horacio; Rodríguez, Esteban; Rodríguez Gano, Gerardo; Rosenberg, Martha; Scarfo, Daniel; Schmidt, Esteban; Lucía; Schoenfeld, Tarcus; Horacio; Terrero, Patricia; Versino, Mariana; Vinas, David; Villarruel, Fabio; Yablón, Ariel.



Mesa debate

Diagnósticos y alternativas a la crisis del capitalismo

La fuerte crisis que sacude al capitalismo mundial, y en particular al argentino, fue el eje de la convocatoria a un grupo de economistas para debatir los rasgos principales que la atraviesan, sus coincidencias y diferencias con otros ciclos de la misma tendencia en el pasado, así como las alternativas que se plantean desde el campo del pensamiento socialista. **Claudio Katz**, docente universitario y autor de un significativo ensayo sobre el endeudamiento de América latina; **José P. Calviño**, investigador y docente universitario; **Rolando Astarita**, también profesor de la UBA y editor de la revista **Debate Marxista**; y **Alberto Guillis**, economista y miembro del Comité Editor de **El Rodaballo**. A continuación se transcriben los tramos principales de cada una de las exposiciones, así como un extracto del debate que se desarrolló. Intercambio de ideas que, lejos de cerrar temas, abre una rica polémica que continuaremos desde estas páginas.



Claudio Katz El espectro de un crack como el de 1929

Yo creo que hay tres aspectos que podríamos abordar. Uno es el aspecto internacional; el otro, el efecto latinoamericano y, finalmente, la crisis en la Argentina.

Evidentemente esta crisis que se desató en México es una crisis internacional: ha abarcado a Suecia, España, Canadá, el condado de Orange en California, y constituye un nuevo episodio de las conmociones financieras periódicas que se vienen agravando desde 1987. Refleja, en primer lugar —junto al proceso de internacionalización económica— un salto cualitativo en el descontrol del capital financiero y especulativo, que se ha despegado de la producción material. Esto produce crisis que son cada vez más globales, más violentas y más sincronizadas. Observen que la misma caída de la Baring fue una especulación a futuro con derivados que son instrumentos super sofisticados, incluso en comparación a lo sofisticada que era la especulación en la década del 80, con *bonos basura*.

Entonces, la crisis capitalista ya lleva veinte años, la crisis capitalista general de largo plazo, pero hasta ahora nunca se ha producido un estallido general y coordinado. Yo creo que esta crisis de ahora lo que está demostrando es que, desde el 87 hasta ahora, el descontrol de masas billonarias y trillonarias de capitales sobre los cuales los bancos centrales no tienen ningún control crea o recrea, efectivamente el espectro de un 1929, es decir, un crack general. Hay índices muy agudos de esto, uno de los cuales me parece trascendental, que es la caída del dólar. El otro es la propia actitud con la cual el Estado norteamericano intervino frente a esta crisis. El decretazo de Clinton de cincuenta mil millones de dólares —no para salvar a México, sino para salvar a los bancos norteamericanos amenazados por la cesación de pagos de México— hasta ahora no ha dado resultado y ese dinero se está consumiendo, México no se estabiliza y ni asegura pagar los intereses de la deuda externa y, por lo tanto, la crisis tiende a profundizarse. El verdadero test se va a dar próximamente en relación con qué pasa si México cae de nuevo, es decir, qué pasa si México vuelve a declararse en cesación de pagos y los Estados Unidos no pueden seguir sosteniendo el rescate de los bancos con el deterioro de su propia moneda. O Clinton no puede arbitrar internamente frente a otros sectores de la burguesía que le reclaman: "no rescate a los bancos, rescate esta empresa, rescate a este sector en quiebra". O qué pasa si en vez de México cae otro país, otro banco, que no está en la esfera de influencia directa de los Estados Unidos; por ejemplo si hay una cesación de pagos en Polonia. En Europa, la burguesía europea ya

se ha quejado de que la red de salvataje internacional siempre funciona con los deudores norteamericanos. Entonces, el punto central radica en que el grado de coordinación que han mostrado hasta el momento —en los últimos siete u ocho años— las potencias imperialistas para actuar en el salvataje de los bancos, las bolsas o los países que se vienen abajo está empezando a deteriorarse; la caída del dólar es un ejemplo de eso, y puede derivar en una crisis financiera más general. Este es el primer punto. Este es el contexto internacional de la crisis.

En relación con el escenario latinoamericano, creo que es bastante sencillo. América latina ha sido fiel a su historia y vuelve a ser el receptáculo, la víctima pasiva, de una gran crisis financiera internacional. En los últimos cuatro años sufrió la depredación de los capitales golondrinas que hicieron su agosto con las privatizaciones, con las bolsas y con los bonos y, desde el 94, desde que Venezuela entró en cesación de pagos, se terminó el ciclo; México ha puesto el detonante final y, por enésima vez, el viejo mecanismo del endeudamiento improductivo que termina en la cesación de pagos, golpea a toda América latina. Esta crisis, en ese punto, es más grave que la del 82, porque se quemó el cartucho de un gran salvataje general que fue el Brady. Ahora hay que hacer un Brady del Brady y, por lo tanto, el fenómeno es muy grave. Cuando la deuda latinoamericana estaba en 400.000 millones de dólares decían que ya estaba resuelto el problema de la deuda; ahora estamos en 520.000 millones de dólares y esto es completamente incontrolable.

Políticamente, yo creo que acá hay una conclusión, que por lo menos la quiero expresar claramente, que es la **vigencia del planteo de no pagar la deuda externa**. Es decir, frente a los arrepentidos, frente a la gente que dice hay que volver a pensar las cosas, yo creo que esta crisis latinoamericana demuestra la vigencia del planteo de no pagar la deuda externa, **nacionalizar el comercio exterior, expropiar a los bancos, que siempre va a ser una salida costosa, pero para los pueblos latinoamericanos va a ser menos costosa que el pago de la deuda**. Este no es un episodio financiero que afecta sólo a América Latina. La economía real no está sana, como lo demuestra el hecho que el PBI latinoamericano todavía es un 5% inferior al de 1980 y ahora entramos en la fase recesiva general en la región, con lo cual, si bien hubo en estos años inversión genuina, América Latina no es el Sudeste asiático, no es un centro de acumulación capitalista a escala internacional y, por lo tanto, esta crisis, desde el punto de vista latinoamericano, es general y va a terminar en una pérdida de posición relativa de la burguesía industrial de la zona, en pérdida de empresas frente al capital extranjero, lo que ya se ha visto con las privatizaciones o con los cambios de paquetes en la Argentina. En síntesis, América latina es candidata a ser la víctima mayor de



todo este episodio.

Y por último, la Argentina. Hay tres aspectos que quiero destacar. En primer lugar: económica y objetivamente, la Argentina es igual a México. Eso de que somos distintos, en cualquier indicador objetivo —déficit comercial, deuda externa— la Argentina está igual o peor que México. Se demostró que la convertibilidad tampoco funciona como un factor de sostén de la moneda en un momento de fuga de capitales o de huida de depósitos; a lo sumo es un tipo de cambio fijo. Hay que ver, y éste es otro problema, si subjetivamente y políticamente la Argentina termina reuniendo las condiciones explosivas que tiene México ahora, pero en el esqueleto la situación es como México, o peor. Esta crisis ha servido para pulverizar ideológicamente la doctrina Cavallo. Todo lo que dijo en los últimos cuatro años ya lo desmintió. Era aperturista y subió los aranceles, era desregulador e intervino el mercado, era *supplisider* y subió los impuestos; es decir, se ha desmentido en todo lo que ha dicho, demostrando que actúa pragmáticamente y que no había acá ningún plan sólido de largo plazo.

El último problema, en términos ya supercoyunturales. Este acuerdo con el FMI, evidentemente le va a dar cierto oxígeno a la crisis actual, aunque está por verse cuánto va a ser este oxígeno. Este es el auxilio que se dan los bancos a sí mismos para salvarse, pero hay que ver cuánto va a durar, porque ahora el gobierno tiene que juntar los dólares para pagar la deuda externa y tiene que juntar los pesos para comprar los dólares para pagar la deuda externa, y lo piensa hacer a través de una política profundamente recesiva, que puede terminar deteriorando la recaudación impositiva e inviabilizando el pago de la deuda externa.

En síntesis, lo que Cavallo está intentando es el mismo efecto de una devaluación, es decir, una fuerte transferencia de ingresos de los sectores asalariados a la burguesía, pero sin afectar a la burguesía endeudada en dólares, y lo trata de hacer por la vía de una fuerte recesión económica. Esto simplemente refleja la gran debilidad relativa de la burguesía industrial argentina. En Brasil, la burguesía tiene la política de pagar la deuda externa, pero devaluar y no renunciar a mercados exteriores. La burguesía argentina, en este punto, está más sometida a un plan que, por la vía de no devaluar, lleva a una profunda recesión y los efectos finales pueden ser tan o más nocivos que la devaluación.



Entonces, la crisis se va a agravar antes o después del 14 de mayo. No creo todo esto que se dice que el pueblo está conforme y que acepta el ajuste y que es masoquista y que cuanto más lo golpean más contento está. Lo que pasa es que los trabajadores no ven ninguna alternativa en la oposición tradicional, no ven nada distinto a Cavallo, y Menem opera con el fantasma de la hiper como un factor de gran chantaje. Pero el punto clave, lo que va a definir en última instancia **el proceso político será la tendencia a la rebelión popular**, tendencia que existe aunque es embrionaria, es débil por el momento, pero que existe: lo demostró la gran Marcha Federal del año pasado. Y el problema es que cuando se replantee la rebelión popular, que se pueda formular en esas condiciones un programa socialista de salida de la crisis que, como dije antes, es ellos o nosotros: pago de la deuda externa, salvataje de los banqueros o salida de emergencia nacional al servicio del pueblo y de los trabajadores.

José P. Calviño El segundo fracaso para modernizar a la burguesía

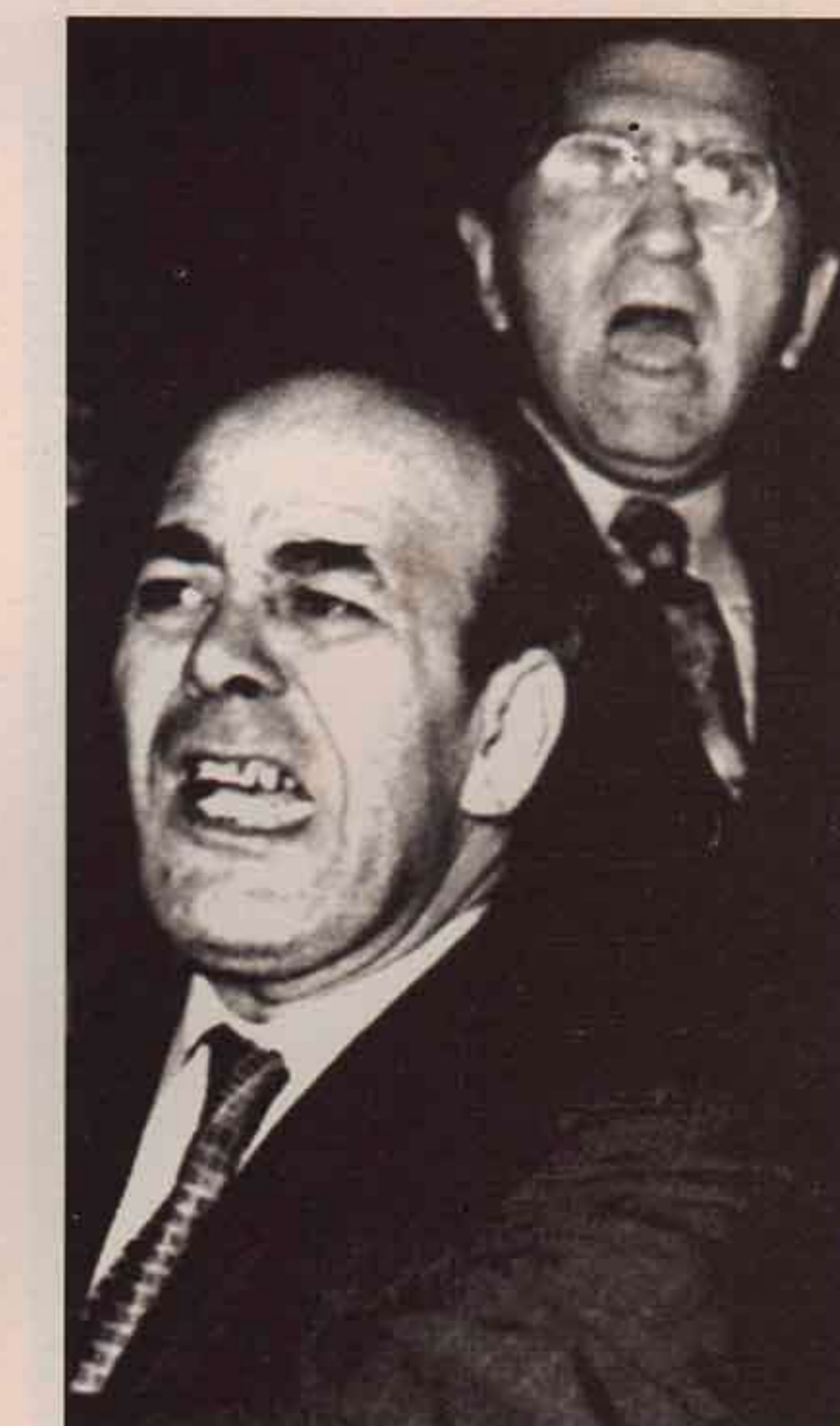
En relación al escenario internacional yo coincido bastante con Katz: hay un problema de una masa financiera descontrolada a nivel internacional, que hace quince o veinte años está dando vueltas por el planeta y no hay cómo absorberla, que incluso está acrecentando su poder de depredación, no solamente en la periferia capitalista sino en el propio centro, con una capacidad creciente de desalentar cualquier tipo de inversión productiva, y yo diría qué elemento interesante es esta cuestión que hay una reunión casi sistemática de los líderes de Occidente, —los Siete, ahora lo incorporan a Yeltsin—, y hay una evidente falta de acción con relación a pinchar esta burbuja financiera, y no es porque no tengan claro el panorama del carácter depredatorio a nivel internacional. Hay un problema muy de fondo, muy en la estructura del sistema, que puede estar explicando la inacción evidente del liderazgo de Occidente en relación con esta cuestión. Cuando se produce el derrumbe de los países del Este y la apertura hacia Occidente, algunos pensamos que una posibilidad de absorción de la burbuja era que partes gigantescas de estos capitales se volcaran hacia esa región. Ahora el problema es que en los países del Este hasta ahora no se logró generar mecanismos políticos suficientemente viables como para que haya una inversión occidental masiva. Entonces, esta burbuja sigue, esta burbuja no se desinfla y entonces se observa un problema muy serio con efectos depredatorios a nivel global y, además, creciente porque es una burbuja que crece, que no se mantiene constante.

La segunda cuestión, aceptando estos niveles de análisis de Katz, es el caso latinoamericano. En primer lugar, creo que vale la pena enfatizar que hay varias situaciones diferentes y no me parece casual que la crisis corte distinto entre países que tienen inserciones comerciales internacionales diferentes. Crisis que, en el caso chileno, es mucho menor y, en el caso brasileño es mucho menor y es más aguda en los casos mexicano y argentino. Esto se **relaciona con la capacidad que tienen los países de generar el repago de las deudas contraídas**. Y hay países que evidentemente muestran falencias grandes. En ese sentido, acá disiento con Katz, me parece que lo de México fue un caso absolutamente desorbitado de endeudamiento, creo que en el caso argentino la cosa es relativamente menor, lo que no quiere decir que esto no implique situaciones de desequilibrio que pueden terminar, también, en una situación a la mexicana, pero lo que se acumuló en México, en materia de endeudamiento, de desequilibrio comercial, fue algo absolutamente desmesurado, que tuvo que ver con la entrada de México al NAFTA y la necesidad del gobierno mexicano en el año previo de mostrar una economía más o menos estable y un nivel de consumo interno razonable y precios altos en términos de los norteamericanos, para que la propia opinión pública norteamericana se bancara más la entrada de México al NAFTA. Y ahora les va a aparecer un México adentro del NAFTA, con precios de remate y habrá problemas dentro de los Estados Unidos en relación con México.

En relación específicamente al caso argentino, me gustaría pensar esta crisis que estamos viviendo en estos días en tres niveles. Por un lado, se podría decir que es **el segundo intento de modernización de mercado brutal que fracasa**, donde la idea es que la reconversión productiva de un país como la Argentina se puede hacer a través de mecanismos de desregulación, de apertura, de liberalización comercial y financiera. Y que eso genera, necesariamente, modernización y saltos productivos. Entre otras cosas, la Argentina es tan endeble porque lo que fracasa es una modernización de mercado.

La segunda cuestión es que acá se va a cerrar, de alguna forma, un ciclo que empieza el propio Krieger Vasena en los años 60, que es la idea tomada del Sudeste asiático, de que había que desarrollar en la Argentina un pelotón de grandes empresas nacionales, concentradas, capaces de liderar la eficiencia, la modernización, la exportación industrial y que, de alguna forma política que es inaugurada con Krieger y que se continúa por diversas vías por todos los gobiernos, en el sentido que las políticas masivas de subsidios, de quitas de impuestos, de créditos baratos, de créditos no cobrados, de apoyos a la exportación, etc., las mil y una políticas que se implementaron en la Argentina para empujar a este pelotón, a esta cúpula de burguesía modernizadora, han fracasado. Estamos en 1995 y la Argentina no es capaz de exportar masivamente productos industriales que puedan competir a nivel internacional. Tiene una presencia reducida, pero esto no tiene nada que ver con lo que el país invirtió en recursos en el desarrollo de este pelotón de empresas. Entonces, lo que nos encontramos es un fracaso de veinte años, de gigantescos recursos sociales volcados a la fuerza o voluntariamente, en este grupo de empresas, que a la hora de decir, bueno, todo esto que invirtió la sociedad aparece en la forma de producción industrial exportadora no existe.

El tercer punto, y en esto Katz también me dio una idea, es en relación con qué va a haber frente de este fracaso y lo que a mí me preocupa es, precisamente, la Marcha Federal. Esto quiere decir, ¿qué se enfrenta a un bloque de poder dominante, que no tiene la menor idea de qué hacer con el país? Y tengo la impresión de que en frente encontramos —y voy a nombrar a algunos de los exponentes de la Marcha Federal—: Volando, ese pequeño chacarero; el *Perro Santillán*, que es un dirigente de Municipales de una provincia fundida; y sectores de trabajadores estata-



les de un Estado que no porque haya sido achicado ha dejado de ser absolutamente ineficiente. Entonces, qué bloque diferente se puede enfrentar a una burguesía que, desde el punto de vista de la resolución de la crisis económica argentina, tiene muy poco para decir.

Rolando Astarita La estrategia internacional del capital

Tengo una posición sobre estos problemas con la cual polemizo a dos puntas: cuando me enfrento con gente que está identificada con el plan económico o con el reaganismo, tengo que enfatizar el aspecto crisis: aquí no hay acumulación, etc. Cuando lo hago con compañeros de izquierda, tengo que decir: no hay crisis sin salida, no hay crisis durante veinte años. En el 86, tuve una polémica con un dirigente marxista que me decía: "crisis crónica en su fase aguda para los Estados Unidos", y los Estados Unidos crecían, en aquel año al 5% o 6% anual. Entonces, cuando haya un descenso del 5% o 6% no sé qué nombre nos queda. Incluso hay un dicho inglés que dice "un reloj parado tiene razón dos veces por día". Si yo estoy permanentemente diciendo: estamos en crisis aguda, en determinado momento lo pego. Esto no niega que desde hace más de veinte años el mundo capitalista entró en un nuevo período prolongado de acumulación débil, punteado de crisis, lo que es diferente de hablar de crisis generalizada. Y, en estos períodos, no solamente hay crisis sino que hay reestructuraciones y cambios, incluso en las relaciones sociales. Porque no hay situaciones absolutamente sin salida para la burguesía y una crisis inclusive es formadora de la clase obrera.

En mi opinión, este período largo de acumulación débil —crecimiento del capital financiero y especulativo, que no se invierte en la producción— está motivado, a largo plazo, por una caída en la tasa de ganancia, que ha respondido bastante exactamente a previsiones teóricas de Marx, que planteaba que esto sucedía estructuralmente. Desde hace veinticinco años hay una ofensiva brutal del capital, donde la internacionalización juega un rol muy importante, para reducir las condiciones de trabajo de la clase obrera, aumentar la tasa de plusvalía, reestructurar capitales, devaluaciones de capitales; es una enorme revolución en el valor que busca restablecer una tasa de ganancia acorde con la acumulación capita-

lista y que no lo logra. Pero, efectivamente, la tasa de explotación de la clase obrera aumentó muchísimo en el mundo capitalista. Hay una ofensiva generalizada del capital, donde incluso aquí se hace valer al capital de un país contra otro país, a través de las importaciones que ayudan a regular salarios, a perder condiciones de trabajo. Sintetizaría este punto diciendo que el capital tiene una estrategia internacional y la clase obrera sigue atada a estrategias nacionales. El internacionalismo proletario, hoy, es un problema de necesidad imperiosa, inmediata, no hay otra salida. Militantes de las fábricas de automotores de Detroit salen con bates de *baseball* a romper autos japoneses, porque no ven otra manera de parar esta ofensiva, y las patronales nacionales chantajejan con la importación de autos baratos japoneses, y los sindicatos no tienen una estrategia internacional frente a esto.

Esto es lo que genera estos ciclos que tienen un alto componente especulativo, pero también existe inversión, aunque no es inversión en ampliación de grandes estructuras productivas sino en racionalización, en reequipamiento, pero que genera un determinado ciclo, porque no se puede negar, por ejemplo, que del 82 al 92 hubo un ciclo de alza en los Estados Unidos. Entonces, asistimos a estos ciclos, que son estructuralmente débiles, pero generan este avance del PBI, de la inversión y no disminuye, durante estos ciclos, la desocupación, sino que por lo contrario muchas veces aumenta. Pero, estructuralmente, la desocupación tiende a aumentar, porque cada recesión encuentra niveles más altos de desocupación. No estamos para nada en una fase de crecimiento amplio, productivo, como fue el *boom* de la posguerra, sino frente a una profunda reestructuración del capital, que se manifiesta en inversiones, es reestructuraciones productivas, en modernizaciones, en aumento de la productividad. Sin embargo, junto a esto, hay un deterioro, a largo plazo, de la infraestructura productiva (grandes obras, caminos, aeropuertos, obras hidroeléctricas); en los Estados Unidos se considera que hoy, este aspecto, está más deteriorado relativamente que en el 30.

Esta internacionalización del capital tiene consecuencias también políticas muy importantes, que los defensores de estrategias nacionalistas no logran verlas. Estos capitales financieros, que se mueven con rapidez alrededor del globo, imponen su lógica, la lógica del capital, por encima de las fronteras nacionales; no hay posibilidad ya de políticas keynesianas nacionalistas. La alternativa, en mi opinión, es la revolución socialista. El no pago de la deuda externa, en condiciones de no acabar con el Estado capitalista y de iniciar un proceso de revolución socialista no arregla nada. Entonces, las estrategias de lucha contra el capital financiero tienen que estar enmarcadas en una perspectiva internacionalista y socialista y, en este sentido, no hay salidas intermedias, porque los capitales internacionales le imponen su lógica a cualquier Estado burgués. Por encima de los controles de cambio, de la estatización de bancos, fuga de capitales, mercado negro, contrabando generalizado, movimientos especulativos contra la moneda del país, y aquí las políticas nacionalistas se acaban, no estamos más en los años 50, donde todavía relativamente esto podía funcionar. Incluso gran parte de la izquierda, que se aferró a estos programas nacionalistas burgueses y trató de responder a la ofensiva ideológica y política de la burguesía desde este espacio ideológico, ha fracasado, no tenía con qué responder.

En el terreno internacional tenemos que ver también nuevos fenómenos que están surgiendo en esta fase de acumulación débil, donde están planteadas sí las condiciones de una nueva caída, de un nuevo crack. Hay una especulación contra el dólar, en momentos en que la economía norteamericana ha crecido el 4% el año pasado. Esto está mostrando efectivamente estas debilidades estructurales, pero insisto, que, junto con esto, hay procesos también de acumulación capitalista y de extensión de las relaciones capitalistas de producción.

Y quiero plantear un problema que se nombra poco y es el de Asia, que ya no se limita a los "Tigres" del Sudeste, sino que observamos el desarrollo de fuertes relaciones capitalistas en China. En estos momentos, la clase obrera industrial de China representa una masa laboral igual a toda la masa laboral de



los Estados Unidos. Esto *ad usum* de los que dicen que la clase obrera a nivel mundial desaparece. Pero, de conjunto, toda la cuenca del Pacífico abarca el 62% de la población mundial. Es un mercado importante para el capitalismo y tiene tasas de crecimiento y de acumulación relativamente importantes. Hay que analizar también el caso de Rusia, donde más de la mitad del PBI está en manos privadas, diez mil grandes empresas han sido privatizadas, en medio de la crisis. Digo esto porque es cierto que hay una crisis muy fuerte en Rusia, pero, en medio de la crisis, se generan relaciones capitalistas de producción. No hablémos del resto del Centro de Europa, donde entre el 70% y el 80% del PBI está en manos privadas. Entonces, aquí hay una expansión de las relaciones capitalistas.

En relación a esto, gente de izquierda puede decir: "bueno, entonces, el sistema capitalista se ha fortalecido, es imbatible". No, yo no creo esto, creo que la debilidad estructural de la acumulación capitalista continúa. Si el capitalismo puede hacer esto es porque no hay una alternativa desde la clase obrera que lo enfrente, pero continúa esta debilidad estructural del sistema capitalista, y en un plazo que uno no puede decir cuánto puede ser, estos enormes ejércitos proletarios se convertirán en la negación viviente del capitalismo. Incluso creo que, por primera vez, en el sistema capitalista, se ha producido una homogeneización de sus dinámicas.

Hay una gran diferencia con la crisis del 30 cuando, a los pocos años, la Argentina, por ejemplo tenía un proceso de industrialización introvertido. Su dinámica era opuesta, prácticamente, podemos decir a la de los países centrales. En estos momentos, el tipo de crisis, incluso el tipo de ciclo del plan Cavallo es muy parecido al reaganiano y al thatcheriano en sus características fundamentales: ciclo de crecimiento económico basado en la expansión de sectores medios, de un sector que la ha llevado a hacer plusvalía, consumo de bienes durables, reestructuraciones industriales. Los problemas que enfrentan los obreros norteamericanos son muy parecidos a los problemas que están enfrentando hoy en las fábricas los trabajadores en México. Entonces, en ese sentido, yo creo que sí, por primera vez, asistimos a una real uniformación de las dinámicas capitalistas y donde se plantea la necesidad de cambiar globalmente la estrategia con que los marxistas hemos enfrentado estos problemas, incluso las respuestas teóricas y políticas.

Con relación a este ciclo del plan Cavallo, hubo gente que en el 92-93 decía "ya está liquidado", "no llegamos a las elecciones". La recesión se ha planteado ahora, pero el PBI ha crecido un 30% en este ciclo, con estas características, nadando en un mar de deudas y ahora viene la caída. Es el típico crack capitalista, devaluaciones, pérdidas de capitales, caídas de los valores, se acentúa el ataque a la clase obrera y tiene también estas características del ciclo mundial. Es una recesión que se lanza desde niveles de deso-

cupación altísimos. Es decir, con la recuperación y crecimiento del PBI del 30% la desocupación ha subido al 12%; ahora se lanza una recesión, desde esos niveles altísimos de desocupación, lo cual está mostrando que estructuralmente la desocupación tiende a crecer.

Globalmente, yo creo que esta es la mecánica del sistema capitalista, ayudado por los planes, pero aquí el problema no son los planes de gobierno, sino una dinámica de acumulación del sistema capitalista que es mundial y que se le impone por encima de diferentes gobiernos. Quiero plantear esto porque si hubiera cualquier posible reformador burgués tratando de manipular en esto tendría un espacio de maniobra muy acotado. Incluso estas medidas las impusieron los capitales, lo cual está mostrando a fondo que la verdadera dictadura es del capital y que la lucha aquí es contra el capital. Por último, quisiera señalar que no veo, por ahora, una tendencia a la rebelión ni popular ni obrera. Creo que la clase obrera ha sufrido una derrota, a la cual se la ha llevado por una estrategia que hizo exactamente lo que Marx desaconsejaba, desgastarla en una guerra de guerrilla sin fin contra el capital. En última instancia, cualquier trabajador dice: "yo hago un balance, 13 huelgas generales contra el gobierno de Alfonsín y al final del gobierno de Alfonsín ganábamos menos, hiperinflación, etc.". Esto ocurre porque hay desgaste, por una estrategia reformista, nacionalista y estatista burguesa que ha fracasado globalmente y que ha llevado al movimiento obrero a esta situación de frustración y desconcierto.

Alberto Guilis Lo que está en crisis es el modelo de acumulación

Es evidente que es imposible pensar esta crisis sin tratar de entender qué está pasando en este proceso de acumulación capitalista a nivel mundial. Yo coincido con el diagnóstico que hacía Astarita en el sentido que la tendencia dominante es a la caída de la tasa de ganancia, y, por lo tanto, como forma inevitable de reemplazo, de sustitución, de equilibrio, la forma de acumulación, necesariamente, se da a través del aumento de la tasa de explotación, del aumento de la tasa de plusvalía, por una parte. Por otro lado, la búsqueda por parte de los capitales especulativos, capitales golondrinas, que están permanentemente tratando de reemplazar este descenso de la tasa de ganancia del capital internacional, y que han encontrado el filón de lo que se ha dado en llamar los "mercados emergentes".

El problema es que lo que sobrevuela este fenómeno es un aspecto central de la economía real, que se vincula con la crisis de realización y, por lo tanto, con la guerra comercial creciente. Si no se analiza desde este lugar, no podremos pensar algunos problemas que afectan a la economía latinoamericana y argentina. Porque en un momento Calviño decía que la línea divisoria de los países latinoamericanos no pasa por su nivel de inserción en el comercio exterior, sino por su capacidad de repago de la deuda. El problema es que son dos temas absolutamente imbricados: es imposible pensar en la capacidad de repago de la deuda si no se piensa en la posibilidad de generar superávit en la balanza comercial.

-Calviño: Si se entendió que yo lo planteaba como superávit no es así.

-Guilis: Es bueno aclararlo, porque lo que le estalla en las manos al plan Cavallo es justamente esta dificultad de estar con un déficit de balanza comercial en forma sistemática, regular, permanente, con un saldo de balance de pagos favorable, con un flujo de capitales, que no necesariamente todo él es especulativo. Considero que en la Argentina, efectivamente, en los últimos cuatro años hubo inversión, y que esta inversión en la economía real tiene que ver con esta guerra comercial que está sobrevolando la crisis del capitalismo a nivel mundial. Porque, en todo caso, este viejo problema de la productividad es lo que está hoy generando estos desequilibrios y estos combates permanentes. Hoy la Argentina o Latinoamérica, o cualquier economía "emergente", incluso los países del Sudeste asiático, tienen que enfrentar problemas de productividad: o lo hacen en condiciones

de superexplotación del trabajo o lo enfrentan con algún tipo de *mix* entre inversión y superexplotación. Es decir, la forma de acumulación primitiva salvaje que se produce en el Sudeste asiático tiene que ver justamente con condiciones de explotación de la fuerza de trabajo, inmensamente más favorables que las que enfrenta la burguesía en América Latina con una fuerte tradición sindical, con la tradición obrera, con la tradición de legislación sindical y laboral, relativamente protectora, que es la que hoy, necesariamente, se empieza a desarmar en forma regular y sistemática. Este proceso encuentra, sin embargo, fuertes resistencias, como las que se observan en Brasil y en Uruguay.

El problema es que esta cuestión de la productividad, a partir de esta globalización, de esta internacionalización, de la liquidación de barreras comerciales, de la liquidación de estos keynesianismos nacionales y de protecciones naturales y no naturales y arancelarias y paraarancelarias, de las distintas estructuras productivas, va generando desequilibrios muy poderosos.

Sindicalistas chinos, por ejemplo, denunciaron hace poco que el problema más grave que tienen es que deben competir con los diez millones de presos, que actúan como mano de obra esclava. Entonces, todavía hoy, el proceso de acumulación primitiva no acabado en partes muy importantes del planeta, genera situaciones en donde estos desequilibrios se van acentuando. Efectivamente, hay una uniformidad de la problemática a nivel mundial, que es la que está determinando este desmontaje sistemático de legislaciones laborales, de reestructuraciones, de ajustes salvajes, y que, inevitablemente, van a encontrar un límite en algún momento. Lo que es imposible de prever es cuándo. Hay un proceso de acumulación que, como todos los fenómenos sociales que hemos visto en la historia, son impredecibles desde el punto de vista de su tiempo, de sus tiempos y de su desarrollo. Nos encontramos hoy en condiciones mucho más desventajosas desde el punto de vista de la situación política internacional, pero que inevitablemente este desmontaje sistemático y esta agresión permanente contra las condiciones de trabajo, esta precarización creciente del trabajo y del empleo, esta desocupación ya no coyuntural sino cuasiestructural, esta exclusión permanente de sectores inmensos de la población del mundo para volver a integrarlos después en condiciones desfavorables, se enfrentará con la resistencia de la clase trabajadora, que retomará, en ese punto, las tradiciones que han marcado su historia.

Esta crisis en la capacidad de pago de las economías latinoamericanas, debe ser buceada en su tardía inserción en el mercado mundial. Por lo tanto, su capacidad de generar excedentes financieros, para pagar la deuda, está íntimamente asociada con la necesidad histórica que ha tenido la burguesía de los países atrasados de requerir estímulos, subsidios y distintos mecanismos de acumulación de origen estatal y social. Cavallo no ha cambiado ahora, frente a esta crisis. Cavallo, el año pasado, le entregó a la burguesía 1.200 millones de dólares en subsidios. Es decir que, a pesar de que trabajaba por el lado de la oferta, las necesidades de generar excedentes comerciales ya venía plantándose en forma sistemática. El problema es que operar por el lado de la oferta le generó una gran crisis de tipo fiscal.

El tema de la productividad, de la liquidación de condiciones de trabajo, de esta crisis de realización y la guerra comercial que se ha desatado en el mundo son los aspectos dominantes de esta etapa. La forma de resolución que el capitalismo encuentre para esto no va a ser una cuestión menor, porque definirá el próximo período.

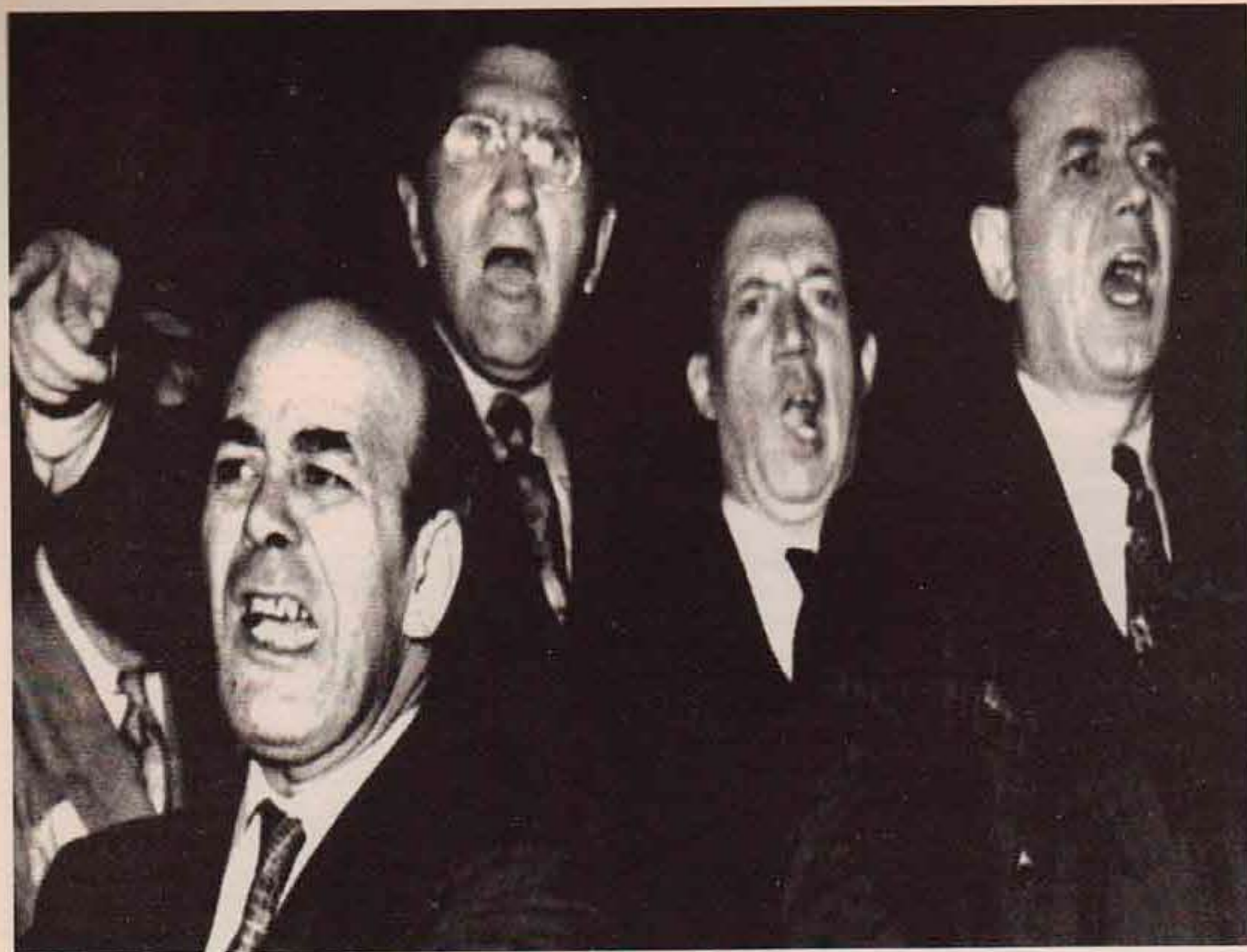
UN DEBATE IMPRESCINDIBLE

Katz: Creo que tenemos todas las posibilidades de sumergirnos en una discusión talmúdica, así que por lo menos quiero evitarla. A veces, es peor que una secta religiosa, porque empieza el debate con tantos preconceptos que no se escucha lo que se dice. Lo digo por la intervención de Astarita, porque no veo cuál es la divergencia; yo no tengo, en principio, casi ninguna divergencia central con lo que él ha planteado.

No vamos a hacer una discusión semántica sobre si crisis industrial de largo plazo que plantee yo o crecimiento débil. Es lo mismo. Estamos en una etapa de crecimiento capitalista débil, de largo plazo, pero yo planteé eso, especialmente para contrastarla con el episodio actual. Lo que quise decir es que la crisis de ahora no responde al crecimiento lento de los últimos veinte años sino que responde a un fenómeno más específico. Porque justamente, no hay que hablar de crisis y crisis y crisis, sino que hay que precisar a qué crisis se refiere uno en cada momento. Por eso señalé que la actual, que es internacional, tiene como punto de arranque un fenómeno financiero, que lo ubico en 1987, con la gran crisis bursátil de ese momento, que inició una fase peculiar de descontrol del capital financiero. Entonces, desde el 87 hasta ahora, prácticamente no ha habido año en el que no haya habido una necesidad de una acción coordinada de los grandes bancos para rescatar alguna bolsa, para rescatar al BCCI, para rescatar, como terminó rescatando, aunque dijeron que no, a la Baring. Entonces, el punto es la magnitud de esta crisis financiera precisa, que es la que está operando en estos momentos en el mercado internacional.

Por si no quedó claro, yo no sostengo algunas teorías sobre las crisis permanentes que no se resuelven y que son seguidas por otras crisis permanentes que después no se resuelven. Yo creo que el capitalismo es crisis y acumulación, éste es el abc. Aparte, el capitalismo es explotación del trabajo asalariado y es plusvalía, así que tiene que haber plusvalía, inversión. Simplemente, creo que tenemos que precisar que lo que Astarita llamó crisis de crecimiento lento de largo plazo, yo dije crisis... de largo plazo. Esa crisis no está resuelta porque no hay una recuperación de la tasa de ganancia de largo plazo y eso se refleja en un hecho importante que ha saltado ahora. Los Estados Unidos han crecido espectacularmente en los últimos tres o cuatro años, sobre todo con un incremento en la productividad e inversiones





en alta tecnología y, sin embargo, el dólar cae. Esto está reflejando que la crisis de largo plazo no está resuelta, porque uno de los componentes clave de su resolución es qué potencia hegemónica puede liderar un crecimiento de largo plazo. Ese es el problema, y los Estados Unidos toleran que caiga el dólar para que Alemania y Japón le banquen su déficit comercial con la idea de recuperar un papel hegemónico. Entonces, no está resuelta la crisis general de largo plazo, la recuperación de la tasa de ganancia, ni tampoco —y éste es un dato importante que también aparece en esta crisis— el derrumbe de los países del Este.

América latina ha tenido inversión, pero no es un centro de acumulación del capital internacional, comparado con el Sudeste asiático. El papel que cumplió la Argentina en la década del 30, a escala internacional, o que cumplió Brasil en la década del 70, hoy lo cumple el Sudeste asiático. Ese es el centro de acumulación principal. Entonces, por referencia a ese fenómeno, las inversiones que han existido en la Argentina, en Brasil, en México, son proporcionalmente bajas y esto va a derivar en un retroceso de la burguesía industrial de América latina en relación con sus competidores. Ahí sí discutamos. Porque la crisis puede ser más o menos catastrófica; finalmente, qué importancia tiene. Si es muy catastrófica explota mañana, si no es muy catastrófica explota después, bueno, el que la pegó recibe un diploma de honor. Lo que es importante es qué política tenemos frente a una catástrofe de ahora, de mañana o dentro de algunos años. Y ese punto, sí, hay que discutirlo. El programa socialista con el cual hay que enfrentar la crisis es: no pagar la deuda, nacionalizar el comercio exterior, expropiar a los bancos y a lo cual podríamos añadir un largo paquete que incluye el control de la producción, el seguro al desocupado y un gobierno de trabajadores. Todo lo que hay que añadir, añadamos, pero añadamos sin sacar, eso sí es importante. Es decir, socialismo, gobierno de los trabajadores, pero también no pago la deuda externa, porque esta es una consigna central. La deuda externa era 400.000 millones de dólares hace cuatro años y ahora es de 520.000; Venezuela entró en cesación de pagos el año pasado, México ahora, la Argentina después y van todas en la misma dirección. Esta va a ser una consigna que se va a replantear y que constituye una salida de emergencia ante la crisis. Obviamente, lo que sí es importante es que los trabajadores hagan una experiencia. Entonces, hay que hacer una maduración política y que se entienda como parte de una lucha por una revolución socialista.

Lo mismo ocurre con el tema de la rebelión popular. Quizá la rebelión popular no está tan cerca como yo quiero, está más lejos como piensa Astarita. Final-

mente, cuando estalló Santiago del Estero quizá, una noche antes podíamos estar todos acá hablando. Los estallidos son así. La miseria del pueblo llega un momento que explota y uno está tomando un café. Chispas se ha desenvuelto al punto que el régimen mexicano está en una crisis descomunal; en la Argentina ha habido más salidas, porque hay problemas políticos, porque hay una experiencia muy dura con la hiperinflación, porque hay una sucesión de fracasos muy importantes entre los trabajadores, porque la desocupación está pesando como factor de presión social contra las luchas obreras como nunca, la Argentina nunca tuvo esta masa de miserables que tiene un efecto contradictorio sobre la lucha obrera, pero esto, a la larga o a la corta, desemboca en una explosión, no va a ser simplemente una que otra manifestación. Y frente a ese problema, está nuestra lucha para que los que participan en ese combate hagan una experiencia de su balance anterior y de sus fracasos con direcciones nacionalistas y burguesas y se orienten hacia un camino socialista.

Calviño: En primer lugar, yo no daría por tan seguro la caída de la tasa de ganancia. ¿Qué quiere decir cuando estamos metiendo en esta misma mesa lo que pasó Sudeste asiático, China y el Este de Europa, en esos países, donde se están desarrollando nuevos procesos capitalistas? Si seguimos pensando en la tasa de ganancia en términos de Europa o los Estados Unidos, es una cosa. Si lo pensamos en términos de sistema mundial, la cuestión ya no parece tan clara. Todas las estadísticas demográficas dicen que dentro de sesenta años el boom demográfico es África, continente que actualmente es un desastre absoluto, salvo algunas islas: otro nicho para que el capitalismo encuentre lugares para incrementar la tasa de ganancia promedio a nivel global. Esto no quiere decir que las teorías han fracasado. Digo que es un problema empírico, constatación de cómo está realmente funcionando el sistema.

En segundo lugar, está el problema del capital financiero internacional. Hay algo que marcó Guiliis que a mí me parece importante rescatar, que es esta cuestión de la realización, cómo funcionó el sistema mundial hasta no hace mucho. Los Estados Unidos, el gran consumidor mundial de productos, absorbiendo los excedentes productivos de todo el planeta, el planeta vendiéndole a los Estados Unidos, los Estados Unidos con déficit comercial gigantesco y así funcionaba la cosa. Esto, en algún momento, tiene que expresarse en que el dólar empiece a aparecer cada vez más como una mentira y no como una moneda. Eso es lo que empieza a pasar ahora. Hay una noticia de estos días, que da cuenta que va-

rias empresas automotrices están considerando la posibilidad de irse de Alemania por los costos de los trabajadores, lo que está planteando un problema tremendo para el capitalismo internacional que es esta cuestión de ir hacia estrategias competitivas de caída salarial y de exportarle a los otros. Y esta idea de exportarle a los otros no cierra. Hace un tiempo el economista Harberger decía "desde el 70 viene cayendo el salario en los Estados Unidos", como diciendo "miren cómo Estados Unidos está haciendo esfuerzos para ir hacia una política competitiva, exportadora". Digamos, los Estados Unidos en política exportadora, China, política exportadora, Japón política exportadora, y países de la periferia exportando, ¿a quién le va a exportar todo el planeta? Entonces, hay un problema de crisis de realización muy fuerte, que solamente podría revertirse con una redistribución del ingreso en el sentido exactamente contrario al que se viene dando.

En relación con la Argentina, yo no veo claro el tema de la rebelión, de la resistencia popular. Hace unos días acaba de salir una ley de flexibilización laboral en las pequeñas y medianas empresas, que va a generar, en la Argentina, un proceso de pimización de la economía increíble donde las grandes empresas van a empezar a fraccionarse y armar empresas de hasta 79 trabajadores, que van a ser Pymes, que van a tener un mecanismo de disciplinamiento laboral impresionante. Con lo cual, si sumo disciplinamiento laboral con flexibilización y atomización sindical y crecimiento de la desocupación, puede haber crisis de hambrunas, pero de esto pasar a levantamientos populares con alguna dirección socialista o progresiva, me parece que hay distancia.

El segundo tema que me quedó pendiente y que quisiera retomarlo es el de los ciclos, que se están cerrando estos años en la Argentina. Antes mencioné el ciclo abierto por Krieger Vasena con los esfuerzos del Estado por generar un conjunto de capitalistas argentinos eficientes. El segundo ciclo que se está cerrando es una tendencia —que parece indetenible a esta altura— a la quiebra de una parte significativa de la burguesía argentina. Casualmente es Cavallo, en el año 82, con sus dos famosas medidas de estatización de la deuda privada y licuación de los pasivos de las empresas, quien evita una quiebra masiva de una parte importante de la estructura industrial argentina. Lo evita en ese momento a costa de socializar el desastre económico y, en este momento, lo que se debe plantear, con devaluación o sin devaluación, es el riesgo de una quiebra de una parte significativa del capital nacional. Esto quiere decir que probablemente nos encontremos, en los próximos años con un proceso de reestructuración del capital muy grande, y la aparición, de pronto, en el escenario social, de capitales de los más diversos puntos del planeta que vengan probablemente a aprovechar las nuevas condiciones generadas a partir de esta crisis. Es una crisis que, vía recesión fortísima, como la que probablemente se avenge en los próximos tiempos, o vía una salida de devaluación e hiperinflación sucesiva, va a tener, otra vez, un efecto de disciplinamiento social pavoroso. Lo están pidiendo personajes como Vittorio Orsi a través de diversos documentos, donde dice "acá tendrían que venir una especie de hecatombe para que después la sociedad acepte nuevas formas de funcionamiento". Esto lo está pensando un sector de la burguesía, en función de una estrategia de disciplinamiento, de incremento de la explotación y, probablemente, de algún tipo de salida exportadora.

Astarita: Hay un problema que queda a discutir, que algún día habría que hacer una discusión específica, sobre qué es esto de la crisis por la caída de la tasa de ganancia. Esta discusión teórica plantea salidas políticas distintas. Pongo un ejemplo en este sentido. No creo que esta crisis se revierta con redistribución del ingreso, como plantea Calviño. Incluso creo que de estas fases largas de acumulación débil y de crisis capitalistas, en general, no se ha salido aumentando los ingresos de las clases populares. En este sentido, discrepo con el diagnóstico que hacen los regulacionistas sobre el problema de la fase larga de depresión del 30 y del 40. Precisamente, los salarios en Europa, en Japón, a la salida de la guerra, eran mucho más bajos que en la preguerra; en general, no

hubo redistribución del ingreso en favor de las clases populares.

Algunos compañeros de izquierda que, en base a este diagnóstico, sostienen una redistribución del ingreso en la Argentina. Se puede entender, entonces, que bajo el sistema capitalista un aumento de salarios iría en beneficio del conjunto del capital. Esto implica, incluso, un diagnóstico de qué es el gobierno. Es una lógica excluyente, en beneficio de un puñado, que abre la posibilidad de un capitalismo humano, que entendería que un aumento de salario va en beneficio de todos. Economistas del Frente Grande, por ejemplo, argumentan en este sentido. Esta es, digamos, la lógica teórica que habría detrás de su planteo. Si la crisis es por una caída de la tasa de ganancia, en el sentido planteado clásicamente por Marx, entonces aquí lo que hace este gobierno y todos los capitalistas está en la lógica del capital.

Por otra parte, quisiera reivindicar la fuerza del análisis de Marx. Por primera vez, hemos podido comprobar, hasta empíricamente, una serie de planteos y leyes planteadas por Marx, como esta famosa ley de la tendencia de decrecimiento de la tasa de ganancia, lo hemos podido comprobar empíricamente incluso por el mayor desarrollo del sistema capitalista. Uno podría decir, en cierto sentido, que el objeto de estudio se acercó al discurso teórico. Por ejemplo, en estos momentos podemos tener una comprensión del funcionamiento de la crisis capitalista más profundo que el que tuvo Lenin o Trotski o Rosa Luxemburgo, porque las tendencias más profundas, incluso previstas en cierto sentido por la dialéctica de la ley del valor, se ven, aunque con una serie de mediaciones, mucho más confirmadas en la práctica.

En este sentido, quiero reivindicar un análisis de Giovanni Arrighi. En este trabajo, él toma una contradicción que no habíamos podido resolver teóricamente, que está en el Manifiesto Comunista. En el Manifiesto tendríamos dos tipos de desarrollos que impugnarían al capitalismo, porque muchos lo vieron como una contradicción. Por un lado, el Manifiesto nos habla de una tendencia a la pauperización y a la desocupación creciente y esto quitaría legitimidad al sistema capitalista. Y, por otro lado, tendríamos un fortalecimiento orgánico de la clase obrera, que le daría fuerza a la clase obrera para luchar contra el sistema capitalista.

Este problema, que fue muy visible sobre todo en los años 50 y 60, dividió a la izquierda. Había polémicas entre todos los izquierdistas sobre si el eje de la militancia tenía que ser el trabajador de "cuello azul" de la General Motors de los Estados Unidos, que tenía coche, un buen nivel de vida relativo, a costa de una enorme plusvalía relativa, o los sectores inmigrantes, las mujeres, los marginados, etc., que no te-

nían fuerza social. Nos movíamos en una dicotomía que la realidad del desarrollo capitalista ha solucionado. Esta reestructuración y crisis capitalista ha planteado una caída de todos los beneficios tradicionales de lo que algunos llegaron a llamar el "aburguesamiento" de la clase obrera. La aristocracia obrera no existe más en los Estados Unidos. Los trabajadores del metal que ganaban US\$ 25 la hora, hoy están en US\$ 9, tienen la precarización del trabajo, etc. Y, por otro lado, se han proletarianizado enormes contingentes de mujeres, de los marginados, de los chicanos, que ingresan en el mercado laboral, tomando fuerza social.

Desde el punto de vista de las bases materiales, objetivos del desarrollo social, el discurso de El Capital tiene más aplicabilidad. Esta es una de las consecuencias teóricas que podemos sacar de este problema; por eso insistía tanto en estos nuevos ejércitos proletarios que están surgiendo en el mundo y que están en proceso de proletarianización, lo que plantea con tanta urgencia el problema del internacionalismo. No hay viabilidad de estrategias nacionales para enfrentar un capital internacionalizado y no hay proyectos estatistas burgueses nacionales. Coincidió con Katz en el problema del no pago de la deuda externa, pero entonces tiene que haber un Estado obrero, de los consejos obreros. Esto no es un agregado, es la premisa para que una medida de este tipo tenga resultado, casi invierto los términos. Muchas veces se plantea aisladamente no pagar la deuda externa bajo un Estado burgués. Este no es nuestro programa socialista y no podíamos contrarrestar un discurso burgués, que, en última instancia, es más coherente en este sentido, aún con sus incoherencias. Pero, desde una posición nacionalista burguesa, era imposible resistir una ofensiva ideológica política que se apoyaba en un elemento material, que era la internacionalización del capital.

Un último problema. Coincidió plenamente en el problema de que está planteada una quiebra masiva. Ya se está dando, hay varios lesionados muy serios por la City, pero será todavía más fuerte. Fijense que esta discusión sobre el problema de la convertibilidad a la que hemos asistido ahora, se encerraba incluso un programa burgués en el que decían que no había que debilitar la convertibilidad aun a costa de que hubiese quiebras, que es el programa burgués; es decir, que la ley del valor tiene que hacer valer sus derechos. En la crisis capitalista, la ley del valor actúa en este sentido, hundiendo empresas, disciplinando y actuando en favor de la centralización y concentración de capitales. En última instancia, los métodos keynesianos de entregar liquidez al sistema, que Marx en cierto sentido los contempló en las crisis del siglo XIX, pueden aliviar momentáneamente una crisis de iliquidez, pero no solucionan de fondo la crisis. Han mostrado su ineficacia, a largo plazo, porque han terminado provocando procesos inflacionarios generalizados en los 70 y debilitando el disciplinamiento que necesita la ley del valor. Esta es la fuerza de la reacción famosa neoliberal. Esto sí puede plantear recesiones profundas y estallidos sociales. Aquí sí está planteada la alternativa de gobierno ¿qué hacemos? Por un lado, que actúe la ley del valor, que se favorezca el proceso de internalización de capital, dejándola actuar plenamente, pero a costa de una caída, recesiones brutales o dar después algunos paliativos.

En este aspecto, efectivamente puede haber estallidos sociales, pero otra cosa es que haya una recomposición política de la lucha obrera. Son dos problemas distintos, porque el estallido por el estallido, provoca una conmoción pero, ante la ausencia de programas alternativos para la clase obrera, son capitalizados por alternativas burguesas. Esto es muy importante para los marxistas porque esta recomposición política de la clase obrera solamente se puede hacer sobre la base de un examen crítico de la experiencia anterior, que ha fracasado por estar encerrada en una estrategia nacionalista frente a la internacionalización del capital, estatista burguesa frente a los Estados que perdían esa centralidad frente a los movimientos de los capitales, reformista frente a una crisis que no dejaba espacio para el reformismo y que, entonces, se desgastó en una guerra de guerrillas de lucha sindical. La lucha obrera sindical impide la degradación física y moral completa de la clase obrera, pero es necesario señalar sus limitaciones, que no hay que desgastarse en esta lucha y que hay

que preparar una alternativa socialista. Hay muchos compañeros que preguntan: "¿cuál es la solución para la desocupación?". Yo digo: la revolución socialista, frente a lo que es común responder: "pero eso está muy lejano, hay que buscar soluciones antes". Entonces, trato de explicar que la desocupación es inherente al sistema capitalista, no es un problema de política, que nuestra función como marxistas es explicar, precisamente esto, que por eso, porque es inherente al sistema capitalista, porque los males del capitalismo no se arreglan con medidas burguesas sino que dependen de los ciclos de acumulación y descenso del capitalismo. Entonces, frente a esta realidad la salida que hay que empezar a explicar es que hace falta acabar con la propiedad privada de los medios de producción y del Estado burgués, que no tenemos salidas intermedias. Insisto en este problema porque muchas veces la gente nos pide salidas concretas, para ahora. Es una exigencia que hemos aceptado como nuestra los marxistas. Esto es el capitalismo, 15%, 20%, 30% de desocupación. Como decía Marx, en última instancia la clase obrera tiene que atravesar este proceso para darse cuenta de que éste es el capitalismo, no hay ilusiones en el sistema capitalista y combatir, entonces, a muerte esta regeneración de ilusiones.

Katz: No creo que la función de los marxistas sea hacer un diagnóstico de la crisis, que induzca a comprender a los capitalistas qué deben hacer. Nuestro esfuerzo teórico debe estar orientado a comprender la crisis, pero también a qué salida le damos a la crisis. Desde ese punto de vista, hay una unidad entre la caracterización que, a veces, ha sido más o menos coincidente, pero que es importante que sea coincidente en el plano de las salidas. Tácticamente, plantearía las cosas más seguras hacia ese punto.

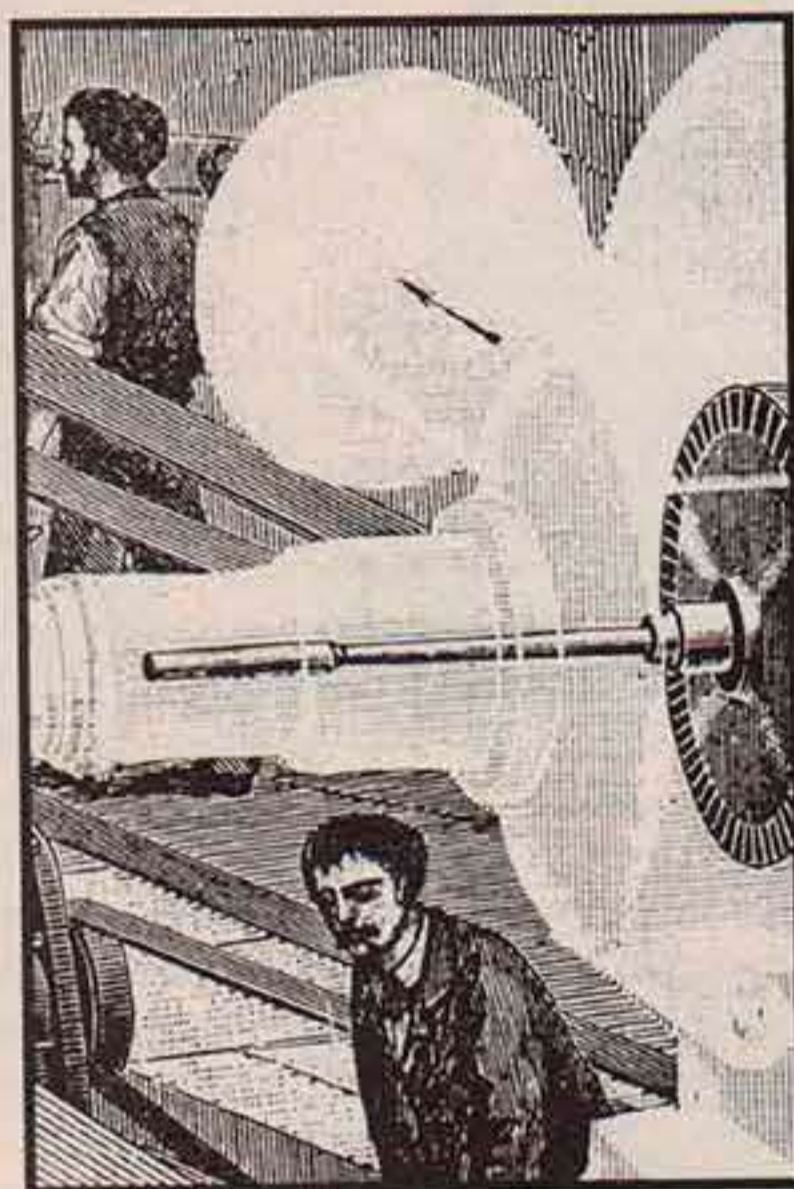
Hay una enorme vigencia de lo que es el famoso programa mínimo, el programa de transición, cuando un trabajador pregunta qué salida tengo. Yo me cuidaría mucho de decir que la única salida es la revolución socialista. Por el contrario, plantearía, que la salida es socialista y frente a la desocupación hay que reducir la jornada de trabajo y hacer un reparto de las horas de trabajo. El planteo de qué salida uno va ofreciendo a los que sufren la crisis para mí no es un problema menor. Plantear por ejemplo ¿quién es el responsable de esta crisis? Para hacerlo concreto. La responsable es México, el responsable son los trillones del capital mundial, ese ente abstracto que son los mercados cambiarios, o los responsables son Cavallo, la UIA, la burguesía argentina, los capitalistas que han depredado al país y por lo tanto ellos son los responsables de la crisis, ellos tienen que cargar con las consecuencias de la crisis; hay una salida que ofrecemos los trabajadores.



METAMORFOSIS

DEL TRABAJO

Entrevista a Jean-Marie Vincent



En su última obra, *Critique du travail* —aunque es una preocupación más vieja en él, como demuestra su artículo de 1977 sobre “El dominio del trabajo abstracto”²—, toda una dimensión de la reflexión crítica de Jean-Marie Vincent trata sobre lo que llama la pérdida de “la centralidad (del trabajo) en los países económicamente desarrollados”. Este es el eje central de la entrevista que mantuvo con la revista francesa *Critique Communiste* y que aquí reproducimos.

Pregunta: En un artículo de 1977 sobre “El dominio del trabajo abstracto”, resaltabas que el trabajo no sólo no es un dato tan natural como a veces se dice, sino que es imposible comprender el lugar que va a ocupar en la modernidad sin hacer referencia a la producción capitalista, en la que el trabajo es, en primer lugar, producción de valor.

Jean-Marie Vincent: Para responder a esta pregunta, bastante compleja, hay que partir de una extrañeza: la extrañeza ante la consideración del trabajo como una realidad natural, es decir, como algo que es así, inevitable. Ahora bien, el trabajo, al menos tal como lo conocemos en la sociedad actual, no debería ser algo inevitable, evidente, pues es todo lo contrario de algo natural, es una realidad completamente artificial: no en el sentido de una pura construcción del espíritu, sino una realidad artificial en el sentido en el que se habla de un artefacto: un producto humano, un producto de la sociedad.

El trabajo es un producto de la sociedad en cuanto es el resultado de un conjunto de operaciones sociales, el fruto de una decisión social: las actividades humanas están orientadas, polarizadas, hacia la producción no de productos útiles o que satisfagan directamente las necesidades, sino hacia la producción de mercan-

cías, es decir hacia lo que permite la reproducción del capital. Es la producción de valores lo que es fundamental; así, todas las actividades humanas están llamadas a ser transformadas en vectores de valor, a convertirse en actividades medidas, calculadas, marcadas en función de lo que puedan reportar a quienes poseen los medios de producción y los medios culturales... en definitiva, todo lo que es esencial para controlar las actividades humanas. Todo está dominado por una racionalidad que es una racionalidad del cálculo de las actividades humanas. Pero, entendámonos, se trata de un cálculo muy particular, de un cálculo que no tiene por objetivo la eficiencia en general, sino que, de hecho, entiende que estas actividades encuentran su punto de relación y de encuentro, su ajuste y su entrelazamiento gracias a la valorización. Es precisamente porque unas actividades tienen una forma valor o producen valor por lo que se ponen en relación. Las interrelaciones humanas están, como consecuencia, dominadas por los intercambios de valor. Los individuos en sus relaciones unos con los otros se enfrentan como portadores, productores de valor, pero igualmente como individuos que tienen un lugar en la sociedad en función de los valores que son capaces de producir o de apropiarse.

Cuando uno se interroga sobre la intersubjetividad y las interacciones de los hombres entre sí, encuentra ciertamente en esas relaciones aspectos afectivos muy alejados de cualquier medida, pero esas relaciones afectivas, aparentemente las más importantes para los individuos y las más inmediatas, están en realidad frecuentemente sobredeterminadas por los intercambios de valor. El problema que se plantea entonces es saber cómo comprender, llegar a desmontar estos mecanismos que hacen que casi todas las actividades sociales y casi todas las relaciones interindividuales, incluso las más cotidianas, estén dominadas por la medida abstracta de las actividades, es decir, por la forma valor del trabajo, y por consiguiente, no son completamente ellas mismas. El trabajo siendo entendido como la polarización de las actividades humanas hacia la producción de capital y de plusvalía.

P: Continuando con tu artículo de 1977, subrayabas en él que los teóricos más lúcidos de la burguesía, como Hegel, han atribuido desde el siglo XIX al trabajo una naturaleza profundamente ambivalente. Por un lado, “el trabajo como práctica transformadora —transformación recíproca del sujeto y del objeto— es apreciado de forma positiva (contrariamente a lo que los antiguos pensaban de la poiesis)”; por el otro, el trabajo industrial, que, aunque sea el más socializado, “aparece como una realidad negativa”, como un “reflejo degradado del primero”. En su inmensa mayoría, el movimiento obrero se ha contentado a menudo con dar la vuelta a este discurso oponiendo al trabajo industrial capitalista una sociedad que, de alguna forma, pusiera el trabajo en el primer sentido del término, “el trabajo como práctica transformadora”, en su verdadero lugar.

J-M. V.: El programa de la socialdemocracia alemana de Gotha de 1875, al que Marx hizo una crítica radical, es un buen ejemplo de esta tradición dominante del movimiento obrero, de su visión del trabajo como productor de riquezas y como instrumento del hombre demiurgo, es decir del hombre que transforma, se enriquece a través de su actividad de trabajo, se apropia a través del trabajo de las riquezas naturales, incluidas sus propias capacidades vitales. Se tiene pues la idea de un trabajo que sería la riqueza por excelencia y la más alta actividad humana. Creo que las concepciones lassallianas o ricardianas que se encuentran en el movimiento obrero en sus inicios sobre el derecho al producto íntegro del trabajo, traducen bien este planteamiento. Es la idea de que el trabajo es una actividad conciente y central y que al individuo situado en el marco de la relación salarial, le roban no sólo un sobretrabajo sino su creatividad y la integridad de su persona. Es necesario romper radicalmente con este tipo de concepción que está demasiado cargada de consideraciones normativas y morales.

P: En *Critique du travail*, afirmas que si la tradición marxista ha tomado sus distancias en relación con los socialistas ricardianos que proclamaban el derecho al producto íntegro del trabajo y consideran la explotación como un ataque a la integridad física y moral del trabajo, sin embargo, en su inmensa mayoría, ha transmitido ese tipo de visión del trabajo.

J-M. V.: Sí. Pienso igualmente que la tradición marxista no ha visto otra cosa muy importante en el paso del trabajo artesanal al trabajo industrial: la separación entre el trabajador y los medios de producción no tiene sólo aspectos negativos pues permite considerar, al menos potencialmente, que los individuos circulan en la producción y cambian de tarea. Esta separación y la aparición del trabajo “libre”—en oposición al trabajo del esclavo o del artesano—constituyen desde muchos puntos de vista una inmensa revolución. Por supuesto, significa la sumisión de los trabajadores a una división del trabajo en la empresa y en el conjunto de la economía, que hace de ellos la mayoría de las veces trabajadores que no tienen sino funciones muy limitadas y subordinadas en la producción. Pero, potencialmente, esta separación permite rotaciones, intercambios, etc.

Me parece completamente retrógrado querer volver a la idea del trabajo que sería un trabajo completo y totalizante en el sentido tradicional del término, en el que cada uno haría enteramente su objeto, en la forma de un artesano o de un ingeniero. Tomemos el ejemplo de Georges Friedmann, que es sin embargo un buen sociólogo del trabajo. Tenía una idea completamente utópica, en el mal sentido del término, de lo que llamaba la recomposición del trabajo; temática, por cierto, que reaparece en escena regularmente. Todos los que van en ese sentido quieren creer que el individuo podría realizarse completamente en el trabajo industrial o, en nuestros días, posindustrial. Por mi parte, pienso que la realización del individuo no puede ser centrada en el trabajo. Pasa ciertamente por la autonomía en el trabajo, pero también por la autonomía fuera del trabajo y en múltiples actividades.

P: Aunque el movimiento obrero haya estado dominado por el tipo de visión del trabajo de la que acabamos de hablar, sostienes que Marx, al menos en su período de madurez, la puso en cuestión.

J-M. V.: Así es, si se leen ciertos textos muy importantes de Marx, como los de los *Grundrisse* sobre el maquinismo y los sistemas automáticos, o como ciertos pasajes de *El Capital* y de las *Teorías sobre la plusvalía*, o algunos textos dispersos en la correspondencia. En su período de madurez, Marx comprendió muy bien que transformar la sociedad no era poner a los trabajadores en el lugar del capital, poner al asalariado en el poder u organizar a la sociedad alrededor del trabajo asalariado y del trabajo abstracto. Transformar realmente la sociedad, era, para él, más particularmente transformar las relaciones entre trabajo y no trabajo, hacer que este último no sea simplemente un tiempo de recuperación, un tiempo de evasión o de tiempo libre, considerado co-

mo huida en relación al trabajo, sino que tiempo de trabajo y tiempo fuera del trabajo formen conjuntamente una temporalidad que los individuos lleguen a dominar.

P: Lo que quiere decir que, contrariamente a lo que escribe Jacques Rancière por ejemplo (y no es el único), Marx superó el horizonte de la vanguardia obrera de la época, que estaba marcado esencialmente por la voluntad de detener el mecanismo de la “desposesión de su trabajo y de su inteligencia”,³ producido por la industrialización. Pero, para hacerlo, tuvo también que poner en cuestión el planteamiento que él mismo había hecho, en los Manuscritos de 1844, del trabajo capitalista como trabajo alienado.

J-M. V.: En ese texto, la concepción de Marx del trabajo alienado es la idea que en la sociedad capitalista el trabajo es pérdida de sí mismo. A través del trabajo, el individuo se encuentra no sólo confrontado a la opresión y a la explotación, sino que ve sus propias fuerzas apropiadas por el capitalista.

Posteriormente, el planteamiento de Marx se hará más complejo. Incluso si la fórmula a veces se mantiene, la problemática de la alienación en el sentido fuerte del término, de la forma en que existe en los Manuscritos de 1844, desaparece poco a poco pues Marx se desembaraza de una visión de la actividad humana que sería esencialmente una actividad de producción de objetos. Esta actividad le parece mucho más multiforme, la actividad de producción, es decir el trabajo sobre las materias primas y sobre el mundo objetivo, no es ya sino uno de los elementos, una parte de las actividades humanas.

El trabajo alienado es reemplazado por otra temática: la confrontación, la oposición del trabajo concreto y del trabajo abstracto, del que Marx dice que es uno de sus descubrimientos esenciales. Es importante comprender que esta pareja no indica una oposición entre el “buen” trabajo y el “mal” trabajo, sino que significa que toda una parte importante de las actividades concretas del hombre se convierte en el soporte del trabajo abstracto que remite no a una media social, sino al hecho de que las actividades humanas sirven para producir valor y a reproducir capital.

Ya no estamos frente a la idea del trabajo alienado, sino frente a la pareja trabajo concreto/trabajo abstracto que, repito, no es la oposición entre el buen y el mal trabajo. Los dos están indisolublemente ligados. La liberación del trabajo es para Marx la desaparición de esa pareja, el hecho de que la actividad de producción se convierta en una componente de un conjunto de actividades humanas que serían actividades libres.

En su libro *L'Aliénation et la jouissance*, Pierre Naville intentaba ya explicar que la verdadera liberación del trabajo no es el trabajo autogestionado, a nivel de la fábrica o del taller perteneciente a los obreros. La democracia en el trabajo, la verdadera liberación del trabajo es la desaparición de la pareja trabajo concreto/trabajo abstracto en beneficio de actividades libres a diferentes niveles que permitan los intercambios entre individuos, rotaciones, etc. Ahí está la idea fundamental de Marx que supera el tema del trabajo alienado.

P: Veamos más en detalle lo que tú llamas la centralidad del trabajo y su crisis.

J-M. V.: La centralidad del trabajo no quiere sólo decir que, en la sociedad actual, todo el mundo está obligado a trabajar para vivir; es también la dominación del trabajo abstracto, de la valorización en toda la vida. Si se retoma la temática weberiana de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, me parece evidente que individuos que están obligados a trabajar son al mismo tiempo individuos que deben controlar racionalmente su vida, es decir llegar a invertir sus esfuerzos de forma racional a fin de venderse bien, de poner toda su vida bajo el ángulo del triunfo en el trabajo, del triunfo profesional a fin de ascender en la jerarquía social, es decir, en la jerarquía del trabajo, incluida y de franquear el paso, convirtiéndose en utilizadores del trabajo de los demás capitalistas.

La centralidad del trabajo es subordinar todo al triunfo en el trabajo, incluso las relaciones afectivas en la familia. Si se quiere triunfar social y profesionalmente, vender de forma eficaz su trabajo hay que disponer del trabajo doméstico: la centralidad del trabajo es por consiguiente también la subordinación de las mujeres en el trabajo doméstico, el mantenimiento en la familia de ciertas relaciones de origen patriarcal. Hoy, es todo esto lo que está puesto en cuestión...

P: Antes de ir más lejos, querría que plantearas otra precisión. Acabas de hacer referencia a Max Weber, y has hablado de medida, de cálculo de las actividades humanas. Lo que me llama la atención, es la forma en que numerosos autores, incluso algunos que se reclaman de Marx, retoman como tal la temática weberiana de la racionalización de las actividades humanas basada en el cálculo. Ahora bien, en diferentes textos, tú tomas a contrapelo este planteamiento, hablando de una concepción cualitativa del valor, explicando que la cuantificación no es más que un problema secundario pues, para que pueda existir, es preciso que el trabajo humano se convierta en la mercancía fuerza de trabajo, trabajo abstracto productor de valor.

J.M. V.: En efecto, a menudo se olvida plantear la cuestión que debería plantearse cuando se oye decir que el trabajo de un individuo vale algo, que se le puede medir y que se pueden calcular actividades heterogéneas y diversificadas conduciéndolas a un patrón común. Hay que preguntarse cómo es posible calcular así la actividad humana. Hay que extrañarse de que la actividad humana pueda ser cuantificada. Algunos remiten entonces al tiempo de trabajo. Pero, ¿qué es el tiempo de trabajo? No se trabaja nunca de la misma forma, con los mismos instrumentos. Incluso cuando se trabaja en la misma máquina, existen diferencias en el tiempo. Ciertamente, se puede cuantificar las horas de trabajo de un individuo, pero esto no proporciona la clave que permita comprender, al nivel del conjunto de la economía, cómo se pueden atribuir precios a horas de trabajo. Esto no da tampoco la clave que permita saber por qué un tipo de trabajo está mejor pagado que otro. Marx habla del trabajo simple y del trabajo complejo, pero, diciendo esto, sin darse claramente cuenta, revela que es la sociedad quien dice que algunos trabajos son simples y otros no. ¿Por qué lo dice? ¿En nombre de la utilidad de tales o cuáles trabajos? Pero, ¿en qué son útiles? ¿Se hace referencia a la cualificación? Los únicos datos objetivos a los que nos podemos remitir conciernen al tiempo de formación, pero la formación es un privilegio muy desigualmente repartido.

Nos encontramos claramente ante un hecho: la medida de la fuerza de trabajo tiene que ver con una decisión social, relaciones sociales específicas y operaciones sociales que hacen que algunos trabajos son muy bien evaluados y otros mucho menos.

El primer elemento no es la cuantificación, sino la constitución del trabajo como valor, más exactamente la constitución del trabajador en fuerza de trabajo que posee un valor; es solamente en un segundo tiempo cuando llegan la medida y la cuantificación. Numerosos economistas muestran que la agregación de trabajos humanos diferentes es, en último caso, imposible; sin embargo este imposible se realiza permanentemente, porque justamente existe una decisión social que preside este proceso.

P: Prosigamos con la evolución del estatuto del trabajo. En recientes artículos remites a los análisis de Marx

en los *Grundrisse*, que constataba ya que el trabajo bajo su forma, inmediata, la de la relación directa con el objeto, con el instrumento y con el producto del trabajo, cede cada vez más terreno ante formas mediadas de actividad productiva, añadiendo que la cooperación no es sólo la que analizaba en *El Capital*. Hablas entonces, retomando una de sus fórmulas, de la existencia de una *general intellect*.

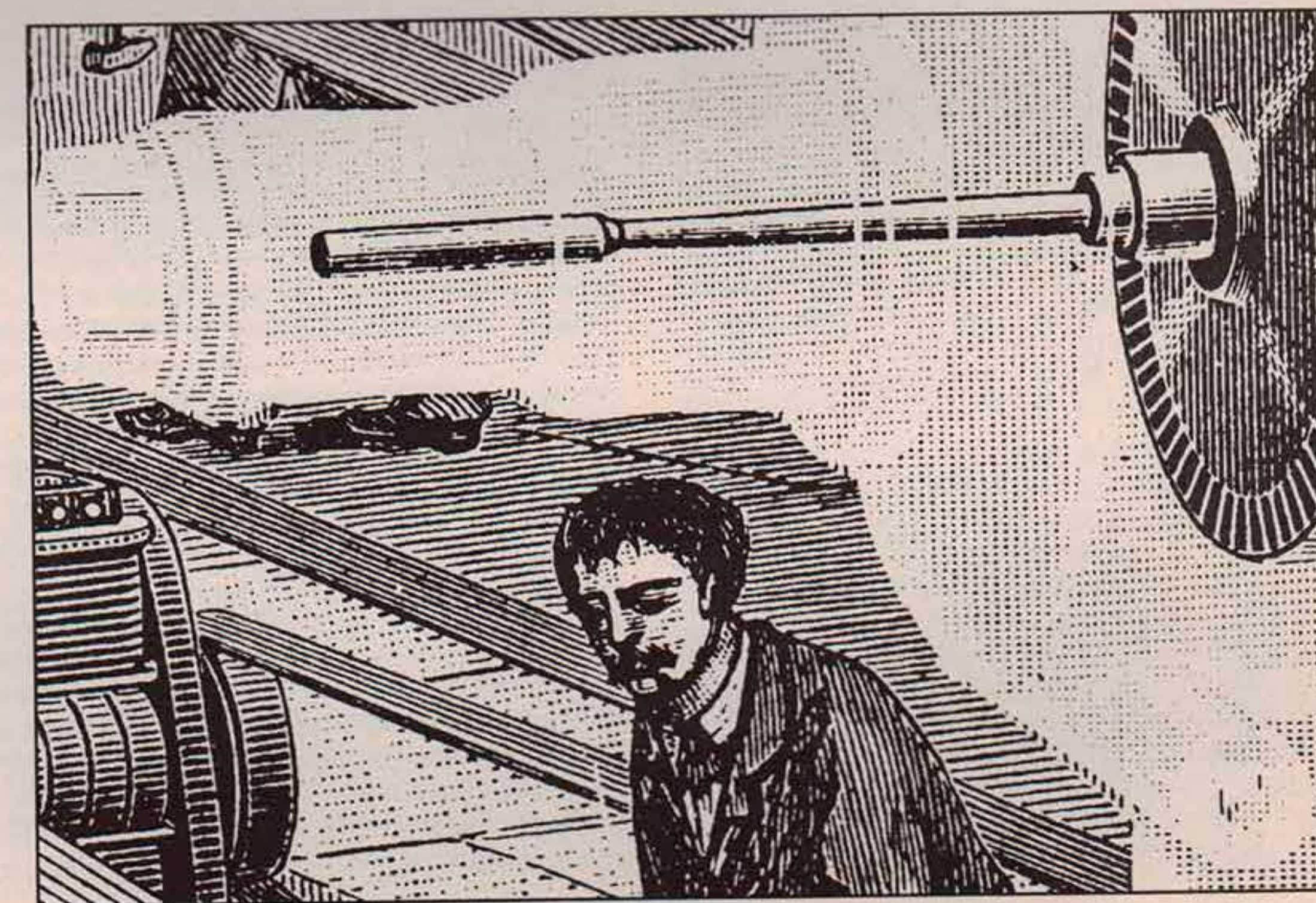
J.M. V.: Me parece muy importante comprender el desarrollo de la socialización en el trabajo que hoy es ante todo una realidad social. El trabajo está socializado, sin duda de forma contradictoria, pero no existe trabajo individual que no esté conectado con múltiples actividades de trabajo de otros. No se encuentra un ejercicio solitario de la fuerza de trabajo, sino un ejercicio a la vez individual y colectivo.

Plantear el problema de la cooperación y de la interdependencia en el trabajo va en el sentido de lo que Marx había esbozado con su idea de *general intellect*, en el sentido de una especie de trabajo colectivo, intelectualizado, multiforme en el que por otra parte el trabajo concreto no es ya trabajo de tipo artesanal o trabajo efectuado por el obrero de oficio que se podría fácilmente reducir a prestaciones individuales.

La existencia de este *general intellect* hace que la inteligencia en el proceso de producción no puede ya ser considerada como la inteligencia de algunos con capacidad de decisión, gentes con poder de mando o ingenieros, sino como una inteligencia móvil y ramificada cada vez más incontrolable por un director de orquesta, por un management al que se supone todopoderoso. Se trata de un trabajo a menudo polivalente, confrontado permanentemente a la inteligencia objetiva del sistema de producción y de las máquinas, pero que desarrolla frente a esta inteligencia muerta formas de cooperación complejas que no pueden ser dominadas por algunos individuos solamente. Así, por ejemplo, en la producción automovilística, las interdependencias sociales son formidables. Este aspecto de las cosas me parece fundamental.

P: La situación no es ya la misma que la que mencionaba Marx en sus análisis de *El Capital* sobre el maquinismo y la gran industria, sobre el despotismo de fábrica y la apropiación de los poderes intelectuales de la producción por el capital.

J-M. V.: Esta apropiación sigue existiendo, pero en condiciones muy diferentes. Al comienzo del maquinismo, la captación de las potencias intelectuales de producción era relativamente simple. Los obreros, digamos taylorianos antes de Taylor, reducidos a tareas completamente parcelarias, no eran capaces de tener una inteligencia general y directa de toda la producción; por otra parte, los ingenieros o similares podían



ser fácilmente asimilados a la dirección de las empresas.

Hoy, todo eso ya no se mantiene. Ninguna empresa postayloriana —no discutimos si existen supervivencias taylorianas— puede funcionar sin utilizar la subjetividad de los trabajadores, su capacidad de inventar. El management de estas empresas está obligado a hacerles participar en las microdecisiones, reservándose el capital, el control a nivel de las macrodecisiones, las inversiones, la estrategia, etc. Todo esto quiere decir que el capital no puede ya controlar como antes las potencias intelectuales de la producción. Para llegar a hacerlo, al menos parcial e indirectamente, está obligado a intentar limitar las comunicaciones, tabicar las relaciones en los colectivos de trabajo e impedir el desarrollo de la cooperación.

En este sentido, introduce elementos de parasitismo en el *general intellect*, pero está obligado a proceder así, tiene cada menos los medios de tener un control directo. La complejidad del *general intellect* hace que no pueda ser completamente dominado, pero esto no quiere decir que actualmente funcione como cooperación plenamente conciente; se trata más de una potencialidad que de una realidad ya en marcha. P.: Hablas de soluciones postaylorianas; me parece que se trata más de tendencias, de respuestas constantemente actualizadas frente a la crisis de un modelo social de producción, que de soluciones cristalizadas.

J-M. V.: En efecto, no existe aún un modelo postayloriano. El capital no llega a encontrar un nuevo paradigma de control social como fue el taylorismo. El postaylorismo, son tendencias, pero no constituye un sistema acabado.

Añado que existe hoy otro medio de control social que es el despido y el paro. Pero el capital no puede desarrollarlo sin riesgo pues existe el peligro de segregación de las relaciones sociales en toda una serie de sectores de la sociedad, alcanzando a sectores que, hasta ahora, eran un apoyo del capital, como por ejemplo una parte de los cuadros. El capital está pues confrontado a graves problemas frente a las incidencias de las evoluciones tecnológicas que ha puesto en movimiento para romper los equilibrios del Estado del Bienestar y del compromiso fordista.

P.: Vamos a acabar con la perspectiva de la que hablas en *Critique du travail*: una emancipación que no consiste sólo en liberar la producción sino en liberarse de la producción. Ya de paso podrías debatir con los planteamientos de André Gorz.

J-M. V.: Me parece que André Gorz tiene un punto ciego muy importante: imagina una sociedad en la que, a través de la reducción de la duración del trabajo y el reparto del trabajo, se tendrían suficiente tiempo y medios para ser libre fuera del trabajo. Es pues la idea de una liberación fuera del trabajo, permaneciendo el trabajo como una actividad de carácter obligatorio, relacionada con la esfera de la heteronomía, según su fórmula.

Para mí, si hay heteronomía en el trabajo, no puede existir autonomía en el tiempo fuera de trabajo, el no trabajo no puede ser autónomo si el trabajo es heterónimo. Creo, por otra parte, como he subrayado al comienzo de la entrevista, que es también el planteamiento del Marx maduro, incluso si sus puntos de vista son a veces difíciles de reconstituir pues están expuestos de forma a veces fragmentaria. Pero este planteamiento es manifiesto en los pasajes de los *Grundrisse* sobre los sistemas automatizados: para él, la autonomía fuera del trabajo y la autonomía en el trabajo debían condicionarse recíprocamente sobre la base de una reducción importante del tiempo de trabajo.

Es cierto que el paso a una semana de veinticinco o treinta horas sería ya una revolución, y podría tener efectos cualitativos importantes a condición, evidentemente, de no ser trabajador precario subpagado, a condición también de poder trabajar como de cambiar de

función y de actividad a fin de abrir el campo de la experiencia.

Insisto sobre este último aspecto de las cosas pues se trata de un problema que aparece en el horizonte. Los estudios hechos por especialistas han mostrado que, en el horizonte del año 2000, toda persona con trabajo deberá al menos seguir dos cursos de reconversión en el curso de su actividad profesional. Lo que Marx llama a veces el "idiotismo del oficio" comienza pues a ser superado por la extraordinaria virulencia de los cambios tecnológicos.

Disminución de la duración del trabajo, cambios de actividad en el curso de la vida laboral, transformación de la vida fuera del trabajo en otra cosa que la simple recuperación, transformación del tiempo libre, todo esto me parece dibujar otra vida. A lo que hay que añadir el paso masivo de las mujeres al trabajo que cambia completamente a medio plazo las relaciones familiares y plantea ya de otra forma la cuestión del trabajo doméstico. Por supuesto, la situación actual no es satisfactoria, las mujeres no se conforman ya con la situación actual y pueden contribuir a cambios radicales poniendo en cuestión los equilibrios del trabajo y de la educación.

En esta perspectiva, el comportamiento vital podría dejar de tener como ejes el trabajo y el triunfo profesional, y podría fundamentarse en la perspectiva de un éxito en las relaciones con los demás, en los intercambios intersubjetivos.

P.: Lo que llama la atención es que André Gorz no se plantee una ruptura con el sistema de producción actual. En *Métamorphoses du travail*, su crítica de lo que llama la "razón económica" es menos radical de lo que parece pues, finalmente, para él, no existen otras formas de organizar la producción, que remitirá siempre a la esfera de la heteronomía.

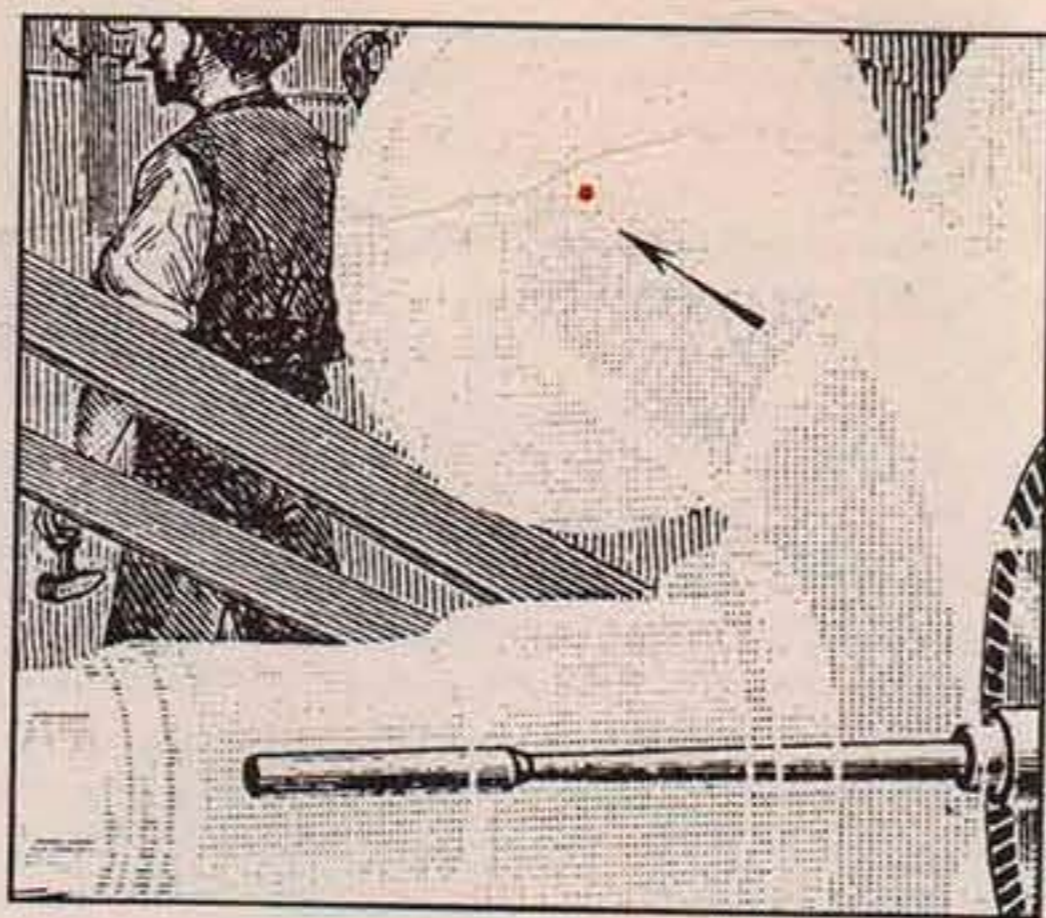
J-M. V.: André Gorz piensa efectivamente que la economía capitalista es insuperable; su idea es pues reducirla a un sector limitado de las actividades sociales al lado del cual se puedan desarrollar actividades autónomas. Esta afirmación es difícilmente aceptable porque los mecanismos capitalistas imponen su lógica a toda la sociedad. Un capitalismo dominado y relegado a un papel parcial es imposible. Hay que decir al contrario que la racionalidad capitalista es perfectamente superable y que es posible controlar o suprimir un cierto número de automatismos sociales si se pone fin a dos cosas esenciales.

En primer lugar, el mercado de trabajo. Esto no quiere decir que todo el mundo va a trabajar de cualquier manera o en cualquier sitio, sino que existe para todos un mínimo de renta y que, además de ese mínimo, existen medios diferencialmente repartidos en función de las apreciaciones dadas socialmente a las actividades. Así se puede imaginar que las actividades particularmente desagradables sean mejor pagadas que las otras.

Luego, el mercado de los capitales. Lo que no quiere decir poner fin a toda forma de cambio libre de los medios de producción mediante su planificación centralizada: se puede, por ejemplo, inventar sistemas flexibles, pero controlados, de alienación de los medios de producción así como una regulación del reparto de los créditos bancarios.

Si esos dos mercados dejan de existir, los mecanismos sociales pueden hacerse muy diferentes. Eso no implica la desaparición de todo cálculo económico y no pienso que la cuestión de la planificación deba seguir siendo la cuestión esencial, incluso si puede haber modalidades de planificación a tal o tal nivel de la economía. Más generalmente, creo que la política no debe controlar toda la economía: hay que dejar una cierta diferenciación entre las dos y consiguiendo admitir ciertos automatismos económicos no fundados en la valorización.

P.: Tus últimos apuntes subrayan que, a su manera, André Gorz apunta al tratamiento que ha podido tener en la tradición marxista de la cuestión de la apropiación colectiva de los medios de producción, de cara a lo que es la separación de los medios de producción respecto al productor directo operada por el capitalismo. Tú mismo, en un artículo reciente señalas las dificultades de Marx "obsesionado por la idea de que hay que poner fin a la separación entre productores y medios de producción, (a) diferenciar la autonomización de los procesos en relación a todo control social, de la autonomía como funcionamiento automatizado que no excluye en sí ciertas formas de control social".⁵



J-M. V.: La separación entre los trabajadores y los medios de producción es negativa en el marco capitalista, porque los medios de producción son poseídos como capital y pesan sobre la fuerza de trabajo como una fuerza extraña. Los trabajadores, como dice Marx, son expropiados, y por eso esta expropiación debe ser subsanada por una apropiación colectiva de los medios de producción.

Hoy vemos claramente que la apropiación estatal de los medios de producción, lejos de resolver el problema, no hace sino agravarlo. Es pues en otra dirección en la que hay que ir, más precisamente en el sentido de una apropiación que permita conciliar el bien público y la iniciativa de los individuos y de los grupos. Dicho de otra forma, hay que inventar formas de propiedad social que puedan constituirse y disolverse bajo control democrático favoreciendo la creatividad del mayor número de gente.

La libertad de empresa es hoy una mentira o una caricatura (la libertad de explotar a otro), pero puede convertirse en una verdadera libertad, la libertad de elegir sus ocupaciones, la libertad de buscar nuevas conexiones con los demás y con el mundo. Por eso no debe haber relación fija con los medios de producción y debe ser desarrollada la separación física entre trabajadores y medios de producción (los sistemas automatizados). El capitalismo contemporáneo multiplica los intercambios de valor, pero mutila los intercambios simbólicos y la producción de significados. Nuevas formas de apropiación colectiva pueden, ellas sí, enriquecer y ampliar verdaderamente los intercambios humanos.

Traducción: Alberto Nadal para *Viento del sur* nº17, 1994.

Ética, violencia y política

LA CORRESPONDENCIA ENTRE VICTOR SERGE Y LEON TROTSKI

(1936-1940)

Richard Greeman

El problema ético-político de la relación entre el fin y los medios, los límites de la violencia revolucionaria, la crisis del marxismo o la relación de los intelectuales con la política son algunos de los ejes de la correspondencia intercambiada por Serge y Trotski a fines de los años 30. Inéditas hasta hoy en nuestra lengua, si nos sorprenden por su agudeza y por su audacia, es más significativo aún que estas cartas hayan sido escritas en condiciones de exilio, aislamiento y derrota. El intelectual revolucionario, por una parte, y el viejo revolucionario intelectual, por otra, se nos aparecen hoy, para utilizar la imagen de H. Arendt, como "hombres en tiempos de oscuridad". Los temas que los apasionan, sus encuentros y desencuentros, son todavía los nuestros.

Por otra parte, la obra política y literaria de Víctor Serge ha conocido una revalorización póstuma en los últimos años, especialmente en el mundo anglosajón. Como anticipo de un libro que recogerá testimonios y estudios sobre la relación Trotski/Serge, ofrecemos aquí al lector un *dossier* que incluye el estudio del investigador americano Richard Greeman y algunos de los tramos más significativas de la correspondencia entre los dos revolucionarios. Las ilustraciones pertenecen a Vlady, hijo de Víctor Serge y artista plástico residente en México, a quien agradecemos que nos facilitara algunos de estos estos materiales.

Horacio Tarcus

La historia de las relaciones epistolares entre Victor Serge y León Trotski desde 1936 (cuando Serge retornó al Occidente) hasta 1940 (cuando asesinaron a Trotski) es compleja y fascinante como debate político y drama humano. Los dos tenían mucho en común. Serge, que defendió a Trotski y su programa desde 1923 y colaboró directamente en la lucha de la Oposición Rusa desde 1925, fue una de las últimas personas que vio a Trotski en Rusia antes de su forzado exilio en 1927. Encontrarse otra vez, vivos y libres, después de una década de persecuciones sin precedentes, resultaba casi un milagro. Como sobrevivientes de una causa perseguida había diferencias entre ellos. El drama de sus relaciones de 1936 a 1940 se desarrolla en tres actos: un primer período de estrecha colaboración y cálida amistad personal que termina con el confinamiento de Trotski por las autoridades noruegas en agosto de 1936; un segundo período de aguda discusión política pública durante 1937-38; y la ruptura final consumada en 1939. Que dos hombres, a quienes tanto acercaron las ideas, experiencias y sufrimientos comunes, acabaran malquistados, da la medida de los efectos de la derrota, la persecución y el exilio aun sobre los espíritus más nobles, y lleva a un triste comentario sobre las *costumbres* de la izquierda.

Acto primero: reunión

Trotski saludó a Serge, al llegar éste a Bruselas, con calidez y entusiasmo excepcionales:

Cuánta alegría nos causó su carta y qué dichosos estamos Natalia y yo porque al fin haya salido, con la moral intacta y preservando sus sentimientos amistosos hacia nosotros (Trotski a Serge, 24 de abril de 1936).

Trotski, que ansiaba el contacto con aquellos que había dejado en Rusia, apremió a Serge para que le informara acerca de su ex mujer Alejandra Bronstein, su hijo Serge y los camaradas perseguidos. Le sorprendieron los relatos de Serge sobre el terror stalinista, muy agravado desde que Trotski había abandonado Rusia, así como la información de las discrepancias internas de la Oposición (I. Deutscher, *The Prophet Outcast*, Londres, 1963, p. 327. Trad.: *El profeta desterrado*, México, ERA). Al mismo tiempo, Trotski abrumó a Serge y su familia con expresiones de simpatía, noticias acerca de la enfermedad de su hija Liuba y ofrecimientos de ayuda literaria y económica. Las cartas entre Bruselas y Oslo iban y venían tan pronto lo permitió el correo, e incluso se cruzaban cuando Trotski se impacientaba demasiado para aguardar la respuesta. Entre otras cosas, Trotski estaba encantado de contar con un confiable traductor de sus libros, que tanto habían sufrido en manos de anteriores traductores, y de dar la oportunidad a

Serge de ganar el dinero que necesitaba. Serge se puso en seguida a trabajar en la medio terminada *La Revolución traicionada* y Trotski quedó enteramente satisfecho con el resultado. Incluso estaba dispuesto a aceptar el consejo político de Serge. Por sugerencia de éste, modificó el programa de la Oposición para incluir una declaración de libertad para todos los partidos políticos que aceptaran el sistema soviético (Cf. *Memorias*, p. 348) y acogió bien las sugerencias sobre el tema de la situación en Francia. Una comparación entre *La Revolución traicionada* de Trotski y *Destino de una revolución* de Serge, obras de la misma época, revela concordancias esenciales en casi todos los puntos.

Desde el principio fue notorio que a Trotski le apremiaba que Serge se definiera políticamente, en particular respecto a la IVª Internacional. El *Diario* de Trotski indica que para él la creación de este nuevo partido internacional de la revolución era el "más importante trabajo" de toda su carrera (v. su *Journal d'exil*), más importante incluso que su papel en la revolución rusa con respecto a Lenin. Hoy, ante el desastre de la IIIª Internacional, estaba solo. Sin embargo, sus cartas revelan delicadeza y sensibilidad extraordinarias respecto a la independencia de Serge:

Comprendo perfectamente que, al llegar al extranjero después de años de increíbles y dolorosos juicios, no podría apresurarse usted a definir su posición ni permitir a cualquiera "encasillarlo" por sus pasadas conexiones u otros considerandos (Trotski a Serge, 19 de mayo de 1936).

Se esmeró en asegurar a Serge que no tenía el deseo de arrastrarlo al trabajo partidario cotidiano:

Dado su talento literario y sus dotes artísticas que sólo puede apreciar después de llegar al extranjero, me parecería absurdo que usted desperdiciara sus energías en la vida política cotidiana. En última instancia, sus libros aportarán más a la IVª Internacional que su participación en el trabajo diario... Esto, por supuesto, no excluye su participación en esta o aquella reunión importante, o asociación, como antiguo dirigente y como un camarada con toda la autoridad (Trotski a Serge, 9 de junio de 1936).

Esta actitud cortés de Trotski contrasta con su posterior severidad hacia Serge como miembro y luego ex miembro de su partido. ¡Así es el noviazgo en comparación con el matrimonio y el divorcio! Trotski, como un amante celoso, estaba aparentemente molesto de que Serge hubiera dirigido su primer mensaje escrito después de su liberación a los Paz y a *La Revolución Proletarienne* antes que a él y a los "bolcheviques-leninistas", aunque comprendió que Serge se dirigiera al grupo que había luchado por liberarlo (Cf. Trotski a Serge, 19 de mayo de 1936). A éste por su parte, le sorprendió enterarse de las amargas divisiones que separaban a Trotski de viejos



Notas

1. Jean-Marie Vincent, *Critique du travail. Le faire et l'agir*, PUF, 1987. Para las citas ver pp. 12, 29 y 32.
2. Jean-Marie Vincent, "La domination du travail abstrait", en *Critiques de l'économie politique* (nouvelle série), No 1, octubre-diciembre 1977.
3. Jacques Rancière (y Alain Faure), *La Parole ouvrière-1830/1851*, UGE, 1976, p. 22.
4. Jean-Marie Vincent, "Max Weber et la constellation du matérialisme historique", en *Actuel Marx* No 11; y "Les automatismes sociaux et le general intellect", en *Futur antérieur* No 16.
5. Jean-Marie Vincent, "Max Weber et la constellation du matérialisme historique", artículo citado, p. 76.

amigos como Boris Souvarine, Maurice y Madeleine Paz, Andrés Nin, Marcel Martinet y Alfred Rosmer, gente a la que había conocido como firmes defensores de Trotski en los años veinte y que trabajó tenazmente en la causa de su propia liberación. Aun entre reconocidos seguidores de Trotski encontró disensiones. Los trotskistas franceses se escindieron en dos partidos hostiles y los grupos dentro de la IV Internacional que más simpatizaban a Serge estaban al borde de una división. A Marcel Martinet le confió:

Me entristeció encontrar tal división entre hombres a quienes había conocido unidos en la misma tarea al principio de la revolución, y todos los cuales, o casi todos, permanecieron fieles a la revolución y a ellos mismos. Me gustaría tomar la menor parte posible en sus divisiones o incluso trabajar para unirlos otra vez, o al menos intentar deshacer antipatías (Serge a Marcel Martinet, 15 de mayo de 1938)

Este acercamiento le ganó a Serge más tarde la acusación de "estar en contra", pero al principio Trotski no se opuso a sus esfuerzos de conciliación. Sin embargo, le previno, carta tras carta, que no esperara mucho de aquellos viejos simpatizantes en quienes, según Trotski, la chispa revolucionaria había desaparecido. Una cosa era, escribía Trotski, hablar en favor de los derechos de los disidentes de la revolución como "liberales" y otra muy distinta unirseles considerándolos luchadores revolucionarios. Una y otra vez los denunciaba como "filisteos", "pequeños burgueses" y "ex revolucionarios" mientras entonaba los elogios de sus fieles seguidores, los belgas Dauget y Lesoil. Como Deutscher explica:

[Trotski] no estaba empeñado en juntar a su alrededor a un séquito de admiradores líricos; se esforzaba en reunir luchadores para la más imposible de las causas... El mismo, que nunca cedía pulgada en sus principios, no toleraría que otros lo hicieran... En una palabra, esperaba que estuvieran hechos de la materia de la cual estaba hecho él mismo... Resistieron, y su exaltada reverencia por él dio paso, primero, a la inquietud y a la duda, o a un fastidio que estaba todavía mezclado con el temor, luego a la oposición y finalmente a una velada o franca hostilidad (Cit., p. 435).

Hacia fines de julio de 1936, Trotski envió al pacifista americano, ministro vuelto trotskista, A. J. Muste, para sondear a Serge acerca de si se convertiría en miembro del buró para la IV Internacional. Serge aceptó, pero hizo saber a Trotski sus críticas y sugerencias para mejorar el trabajo de la organización: fin de las disputas personales y sectarias, instituir la dirección colectiva, incluir a viejos militantes con autoridad moral como Rosmer, atraer gran número de simpatizantes cambiando el tono de la jerga usada en las publicaciones trotskistas y en cambio prohibiendo los insultos, escribiendo un francés decente y abriendo tribunas a los independientes. Serge esperaba que se unieran las dispersas fuerzas de la izquierda antistalinista en un partido amplio, "firme en la ideología y en la disciplina, pero ni sectario ni personalista en su dirección, un partido realmente fraternal y democrático en sus procedimientos, en el cual la gente pudiera equivocarse, pensar y hablar libremente" (Serge a Trotski, 27 de julio de 1938). La fórmula era buena y podría aplicarla con éxito muchas organizaciones radicales de hoy. Trotski replicó que Serge estaba viendo el problema "como artista o psicólogo y no como político" (Trotski a Serge, 30 de julio de 1936). Señaló que Serge, con su "doble" autoridad de revolucionario y hombre recientemente escapado de las cárceles de Stalin, había sido incapaz de lograr amplio apoyo para su campaña contra las matanzas de Stalin. La falla radicaba, no en el supuesto "sectarismo" de Trotski, sino en la pasividad de los intelectuales. Serge contestó que no había acusado personalmente a Trotski de sectarismo, sino a todo el movimiento trotskista europeo, infestado de esa enfermedad:

¡Qué penoso, qué repugnante es ver tanto papel entintado sobre los embrollos personales de Molinier, cuando no se ha encontrado la manera de publicar un simple panfleto sobre nuestros camaradas en las cárceles de Stalin! (Serge a Trotski, 10 de agosto de 1936)

Serge tenía también serias dudas acerca de la idea de fundar una nueva Internacional desde arriba y hacia abajo, como se estaba haciendo, y sin secciones nacionales preexistentes, implantadas en los diferentes países. Cabe la duda sobre si Serge, con su muy de-

sarrollado sentido de las realidades, podría haber influido en Trotski para modificar la orientación de su partido. Probablemente no. Sea como fuere, la correspondencia entre ellos fue bruscamente interrumpida en este punto por el forzado confinamiento de Trotski en Noruega.

Serge había ingresado a la IV Internacional a pesar de sus dudas, principalmente las que le causaba la veneración al líder. En ausencia de éste, tuvo que tratar con sus epígonos. En enero de 1937 asistió a la Conferencia Internacional Trotskista en Amsterdam, donde su moción de solidaridad con el POUM fue rechazada. Concluyó que la política de la Internacional hacia el asediado partido español de Nin era avanzar o retroceder y, "desesperanzado", abandonó la Conferencia. Su impresión del trotskismo era la de

un movimiento sectario manipulado desde arriba, con todas las depravaciones mentales que habíamos combatido en Rusia: autoritarismo, fraccionismo, intrigas, maniobras, estrechez de miras, intolerancia (Carnets, p. 45).

Unos días después escribió a León Sedov, el hijo de Trotski, en París:

En su forma actual, el Secretariado Internacional no sirve para nada y realmente perjudica a la causa. Todo esto aleja mi deseo de tomar parte en tales problemas. Es mucho mejor para cada uno de nosotros seguir adelante de acuerdo a sus propias posibilidades, con menos dogmatismo pero de una manera viva y con otra gente (Serge a Sedov, 21 de enero de 1937)

Este fue el programa que Serge siguió después de su breve membresía en la IV Internacional. Continuó apoyando al movimiento trotskista, pero desde afuera, como simpatizante, consejero, traductor de Trotski al francés, publicista y (para el público en general) como "el principal escritor trotskista en Francia" (Carnets, p. 47). A pesar de esta actitud positiva, pronto iba a ser el blanco de los más ácidos ataques.

Acto dos: La controversia sobre Kronstadt

Dos concepciones sobre lo que se necesitaba hacer para resucitar al movimiento revolucionario tras la traición de Stalin subyacían bajo las tensiones entre Serge y Trotski. Este se consideraba el heredero, en verdad el único heredero, de la tradición "bolchevique leninista", a pesar y gracias al hecho de que no se había unido a los bolcheviques sino hasta 1917. Para él, esta herencia representaba la única vía revolucionaria correcta y la había defendido con inflexible rigidez contra los stalinistas y los que intentaban reexaminarla críticamente. La concepción de Serge era la de una "doble tarea" por la revolución. Creía que era necesario defenderla no sólo contra sus enemigos exteriores, sino también contra sus propias tendencias perniciosas, para que a la larga no sucumbiera a ellas. Lo que el movimiento de los trabajadores necesitaba -arguía- no era el mito de la "infalibilidad" bolchevique, sino un serio examen de la lista de logros y errores de los bolcheviques, con el fin de sacar lecciones para el futuro. La tensión entre estas dos concepciones salió a la luz con la histórica disputa sobre la rebelión de Kronstadt en 1921.

Hacia el fin de la guerra civil, las masas rusas, hambrientas y fatigadas, se agitaban descontentas bajo la draconiana disciplina bolchevique. En particular, el sistema de aprovisionamiento-requisición de alimentos del campo y de racionamiento estricto por categorías sociales en las ciudades irritaba por igual a los campesinos y a la población urbana. Sólo el mercado negro y el trueque directo de alimentos por artículos manufacturados evitaban el hambre total, pero los bolcheviques reprimían estas actividades individuales como crímenes. El resultado fueron las revueltas campesinas en el campo y las huelgas obreras en las ciudades, incluso en San Petersburgo. El 28 de febrero de 1921 la base naval de Kronstadt (una isla cerca de San Petersburgo) se rebeló en solidaridad con los huelguistas y exigió el fin de las restricciones en el aprovisionamiento individual de alimentos y el retorno a la democracia soviética. Dos semanas después los rebeldes fueron sofocados en una horrible y fratricida batalla a través del hielo que rodeaba a la fortaleza. El cañoneo estaba todavía machacando cuando el décimo Congreso del Partido tácticamente reconocía la necesidad de una reforma mediante el establecimiento de la NEP (Nueva Política Económica).



Serge vivió la crisis de Kronstadt como militante comunista de San Petersburgo y el conflicto entre los marineros rebeldes y el gobierno bolchevique lo inquietó profundamente. Estaba muy bien informado sobre el problema. Trabajando en el Instituto Smolny y viviendo en el Hotel Astoria (la "primera casa de los soviets"), tuvo diario contacto con los dirigentes del Partido y los jefes de la Cheka. Al mismo tiempo, mantenía estrecha ligazón con los anarquistas, quienes intentaron mediar en la disputa. Para Serge, el incidente mostraba con especial relieve la crisis del bolchevismo y revelaba problemas básicos, cuya gravedad aumentó con la subsecuente degeneración de la revolución. Isaac Deutscher escribe: "Durante el invierno de 1937-38... Serge... y otros plantearon la cuestión de la responsabilidad de Trotski en la supresión de la rebelión de Kronstadt en 1921" (cit., p. 436).

El hecho es que Trotski mismo, en el curso de su defensa contra los procesos de Moscú ante la Comisión Dewey, tomó la iniciativa al hacer de Kronstadt un problema público (Boletín de la Oposición (ruso), N° 55-56, julio de 1937. También La Lutte Ouvrière, N° 55, sept. 10 de 1937). Por otra parte, la cuestión de su responsabilidad personal fue tangencial y se presentó un año más tarde. La declaración original de Trotski sobre la rebelión de los marineros era política. El movimiento, declaró, había tenido carácter "contrarrevolucionario". Los marinos ya no eran la élite revolucionaria de 1917, sino más bien una desmoralizada masa pequeñoburguesa que exigía "privilegios". Su victoria sólo hubiera introducido la contrarrevolución, cualesquiera fuesen las "ideás" de los rebeldes, y éstas, por lo demás, eran reaccionarias. Se habían apoderado de una fortaleza armada. Los blancos los apoyaban. No había nada que hacer, sino "aplastarlos por la fuerza de las armas" (cit.). Tal vez Trotski creía haber dicho la última palabra sobre Kronstadt al presentar su versión ante la Comisión Dewey. Sin embargo, para Serge estaba únicamente abriendo la discusión. Serge no difería de Trotski sobre el peligro de la rebelión ("su victoria habría acarreado inevitablemente la contrarrevolución": V. Serge, "Kronstadt", en La Révolution Proletarienne, N° 254, Sept. 10 de 1937) pero disenta respecto al carácter de la rebelión y a la manera en que fue manejada. Los marineros no demandaban privilegios económicos, declaró, sino poner fin al obstáculo gubernamental que impedía a la hambrienta población urbana conseguir provisiones del campo. Lejos de ser antiproletaria, la rebelión había simpatizado con las huelgas de San Petersburgo, que planteaban la misma demanda. Trotski mismo lo habría reconocido ante el Comité Central un año antes cuando advirtió que el sistema de racionamiento y requisiciones, más tarde conocido como "comunismo de guerra", parecía conducir al país hacia el desastre económico. Una acción oportuna podría haber evitado la rebelión de Kronstadt y estallidos similares en otras partes. Pero Lenin y el CC se habían mostrado reacios. Más tarde, admitieron implícitamente su error al adoptar la NEP -que habría satisfecho las demandas económicas de los marineros- en el mismo momento en que los últimos rebeldes eran ametrallados. La matanza pudo evitarse. Pero el Partido nunca negoció seriamente con los rebeldes y rechazó la oportunidad de mediación ofrecida por los anarquistas norteamericanos, Emma Goldman y Alexander Berkman, con quienes Serge estaba en contacto. Además, las autoridades (Zinoviev en particu-



lar) mintieron al decir que Kronstadt había sido tomado por un general blanco llamado Kozlovski. El espectáculo de los periódicos comunistas mintiendo al Partido y a las masas fue profundamente desmoralizador. Finalmente, la masacre de los rebeldes prisioneros, que continuó meses después de la caída de la fortaleza, era el resultado de un odio inútil. En general, el Partido había hecho mal uso de métodos militares y administrativos al tratar con los revolucionarios disidentes y el justificable descontento de las masas hambrientas. Estos métodos autoritarios pronto dieron paso a la dictadura burocrática. Sin embargo, en ese entonces, y "a pesar de sus abusos y fallas", el Partido Bolchevique era la gran fuerza, la "armadura" de la revolución, en la cual debía depositarse la confianza, "a pesar de todo" (subrayado en el original). La demanda hecha por los rebeldes de "soviets libremente electos", aunque "sinceramente revolucionarios", era "extremadamente peligrosa" porque la revolución estaba agotada, incapaz de renovarse a sí misma. La esperanza de una "tercera revolución" podría abrir las puertas a la contrarrevolución campesina y eventualmente a la de los blancos. Esto, declaró Serge, era lo que él y los militantes comunistas pensaban entonces.

La declaración original de Trotski sobre Kronstadt provocó muchas reacciones hostiles, Serge tuvo el cuidado de distinguir su posición, básicamente leal a la posición de Trotski, del "se lo advertí" de los anarquistas, mencheviques y enemigos liberales de la dictadura del proletariado. En su respuesta, Trotski no hizo distinciones: "El griterío sobre Kronstadt", 15 de enero de 1938. B.O., N° 66-67). Todas estas críticas, declaró, formaban una especie de "frente popular" de acusadores cuya meta común era desacreditar al bolchevismo, al marxismo revolucionario y a la IV Internacional con el fin de esconder sus propias deficiencias. Así cerró la puerta a cualquier posterior discusión sería de la cuestión dentro de las filas del movimiento.¹

Al comentar al argumento de Serge acerca de la NEP, Trotski admitió que su introducción a tiempo pudo evitar la revuelta, pero arguyó que esto no tenía relación con el problema. Los rebeldes tenían un "programa no conciente" y por eso no podía ser satisfecho. Dedicó varias páginas a "probar" que los objetivos establecidos de los rebeldes (publicados en el Pravda de Kronstadt) eran irrelevantes también, ya que su origen de clase pequeñoburguesa determinaba el carácter contrarrevolucionario de sus acciones. En un texto posterior, rechazó la información de Serge acerca de innecesarias masacres de marineros después de la supresión de la rebelión como información de "tercera mano" ("De nuevo sobre la represión de Kronstadt", 6 de julio de 1938. B.O., N° 70, octubre de 1938). El, personalmente, no tenía conocimiento directo del asunto, admitió, pero confiaba en la palabra de Djerjinski, el jefe de la Cheka, quien no mencionó ninguna masacre.² En cualquier caso, "los excesos brotan de la misma naturaleza de la revolución". Si Serge quería rechazar la revolución por ese motivo, él, Trotski, no.

En ese mismo artículo, Trotski clarificaba su papel personal en la represión: había permanecido en Moscú, sin tomar parte en ella, declaró, pero aceptaba toda la responsabilidad política como miembro del CC. P. Avrich, en su Kronstadt 1921 (Princeton, 1970, pp. 144-5. Trad.: Buenos Aires, Proyección) sitúa a Trotski en Petersburgo el 5 de marzo y lo hace el autor del ultimátum dirigido a los rebeldes. No pude resolver la contradicción.

La respuesta de Serge fue moderada, pero firme:

Guardémonos de amalgamas y argumentos mecánicos. Se abusó mucho de ellos en la revolución rusa y ya vemos a donde conduce esto... Liberales burgueses, mencheviques, anarquistas y marxistas revolucionarios consideran el drama de Kronstadt desde diferentes puntos de vista y con diferentes razones, lo cual es bueno y necesario tomar en cuenta, en vez de agrupar todas las opiniones críticas bajo un simple título e imputarles la misma hostilidad hacia el bolchevismo (Serge, "Kronstadt, una vez más", New International, julio de 1938).

Por su parte, Serge creía que la política del comité central de Lenin y Trotski, entonces, era "correcta" en la gran balanza histórica, pero "trágica y peligrosamente falsa, errónea, en variadas circunstancias específicas. Esto es lo que sería valiente y útil reconocer hoy, en lugar de afirmar la infalibilidad de la línea general de 1917-23". La cuestión esencial para Serge era "¿cuándo y cómo empezó a degenerar el bolchevismo?" Los primeros síntomas, respondió, tuvieron su origen en la proscripción de los mencheviques y la destrucción del tratado con Makhno y los anarquistas en 1920. Todavía más:

¿No ha llegado el momento de declarar que el día del glorioso año de 1918 en que el comité central del Partido decidió permitir a las Comisiones Extraordinarias (la Cheka) aplicar la pena de muerte sobre la base del procedimiento secreto, sin escuchar al acusado, que no podía defenderse a sí mismo, es un día negro? Ese día, el comité central estuvo en la posición de restaurar o no restaurar un procedimiento inquisitorial y olvidado por la civilización europea. No necesitaba un victorioso partido socialista cometer tal error. La revolución podía haberse defendido mejor a sí misma sin eso (Ibid.).

Fiel a su concepción de doble deber, unas semanas después, Serge se ocupó de la defensa de Trotski sobre la cuestión de su responsabilidad personal en la represión de Kronstadt (Serge, "Defensa de Trotski", La Révolution Proletarienne, N° 281, 25 de octubre de 1938). Esto no impidió a los editores del Boletín de la Oposición, en una nota publicada dos meses después, declarar a Serge "adversario" de la IV Internacional y acusarlo de "intrigar" junto a los "peores enemigos" de ésta.³

Acto tres: la ruptura

En el verano de 1938, Serge publicó en el Partisan Review un ensayo titulado "El marxismo en nuestro tiempo" (Vol. 5, N° 3, ag.-sept. de 1938, pp. 26-32). Bien podría haberlo llamado "En defensa del marxismo", ya que es aún ahora una de las más razonadas y sucintas respuestas a los críticos del marxismo. Después de subrayar los enormes logros del pensamiento marxista, coronados por los "prodigiosos éxitos del partido bolchevique en 1917 (Lenin-Trotski)", Serge señala que, incluso ante la derrota, el marxismo se enriquece. Y se explica:

El marxismo se mostró impotente en Alemania ante la contrarrevolución nazi, pero es la única teoría que explica esta victoria de un partido desclasado, pagado y apoyado durante una crisis económica insoluble por los jefes de la gran burguesía... Sucede lo mismo con la terrible degeneración de la dictadura del proletariado en Rusia. Allí también el castigo de los viejos bolcheviques, exterminados por el régimen que crearon, sólo es un fenómeno más de la lucha de clases. El proletariado, depuesto del poder por

Principales obras de Víctor Serge (1890-1947)

- L'an I de la Révolution Russe, Paris, 1930. Trad.: El año I de la revolución rusa, México, Siglo XXI, 1967.
- Littérature et Révolution, Paris, 1932. Trad.: Literatura y revolución, Barcelona, Fontamara, 1978.
- 16 fusillés à Moscou, Paris, 1936. Trad.: 16 fusilados en Moscú, Buenos Aires, Bases, 1954.
- Destin d'une révolution. URSS 1917-1936, Paris, Grasset, 1937. Trad.: Destino de una revolución, Santiago de Chile, Ercilla, 1937.
- De Lénine à Staline, Paris, 1937. Trad.: De Lenin a Stalin, Buenos Aires, Imán, 1938. Nota biográfica de Antonio Gallo.
- S'il est minuit dans dans le siècle, Paris, 1939.
- Portrait de Staline, Paris, Grasset, 1940.
- L'affaire Toulaev, Paris, 1949. Trad.: El caso Tulaev, Barcelona, Luis de Caralt, 1954; nueva ed. de El Equilibrista de México.
- Mémoires d'un révolutionnaire. 1901-1941, Paris, Seuil, 1951. Trad.: Memorias de un revolucionario, México, El Caballito, 1973.
- Vie et mort de Léon Trotsky, Paris, Amiot-Dumont, 1951. Reedición de Maspero, 1973. Trad.: Vida y muerte de Trotsky, Buenos Aires, Indoamérica, 1954. Prólogo de Elias Castelnouvo.
- Les annés sans pardon, Paris, Maspero, 1971. Trad.: Los años sin perdón, Barcelona, Planeta, 1977.
- Carnets, Paris, Hubert Nyssen Editeur, 1985.
- Una traducción francesa de las cartas Serge-Trotski que guarda el Museo Social de París y otros documentos importantes fueron publicados bajo el título La lutte contre le stalinisme, textes 1936-1939 présentés par Michel Dreyfus, Paris, Maspero, 1977. Esta edición es referida en el texto de la nota como "Dreyfus" y de ella se tomó una de las cartas de Trotsky y Serge que siguen.
- Una nueva y completa edición es la que hizo David Cotterill (ed.), The Serge-Trotsky Papers, Pluto Press, London, 1994, luego de que se abrió la sección cerrada del Archivo de Trotski en Harvard, la cual contiene un número de artículos no publicados antes (sobre la base de ambas ediciones prepara una versión castellana del dossier Trotski/Serge Ediciones El cielo por asalto).

Serge

una casta de arribistas atrincherados en el nuevo Estado, podrá tomar en cuenta las razones básicas de su derrota, y prepararse para las luchas de mañana, únicamente por medio del análisis marxista.

Hasta aquí, Serge y Trotski pisaban un terreno común. Donde aquél difería era con respecto al momento en que la degeneración de la revolución empezó a ser una amenaza visible. Citando un trabajo temprano de Rosa Luxemburgo en el cual se critica el autoritarismo bolchevique, Serge mostraba cómo, después de un breve período de libertad, los bolcheviques construyeron sistemáticamente una fuerte máquina estatal, empezando en 1918. Esta política, que podía justificarse por el peligro mortal de la guerra civil, más tarde condujo a la derrota de los trabajadores en manos de la burocracia.

Después de que la victoria fue obtenida en la guerra civil, la solución socialista de los problemas de la nueva sociedad deberían haber sido buscados en la democracia de los trabajadores. La estimulación de la iniciativa, la libertad de pensamiento, la libertad para los grupos obreros, y no, como sucedía, en la centralización del poder, la represión de las herejías, el sistema monolítico de partido único y la estrecha ortodoxia de una escuela oficial de pensamiento..... En su tiempo Lenin y Trotski se dieron cuenta del peligro y desearon volver sobre sus pasos. Bastante tímidamente, al principio: el mayor alcance de valentía de la oposición de izquierda en el partido bolchevique fue exigir la restauración de la democracia interna partidaria, pero nunca se atrevió a discutir la teoría de un partido único de gobierno. Para estas fechas, era demasiado tarde.

Serge veía el descenso del prestigio del pensamiento marxista como un resultado directo de la degeneración del mismo en Rusia. Naturalmente, el "confuso y sangriento marxismo de los pistoleros de Moscú no es marxismo", pero Stalin había tenido éxito al usurpar sus banderas y pasaría algún tiempo antes de que los trabajadores pudieran recobrar una genuina conciencia marxista. La lección que de esto resultaba era que el socialismo es esencialmente para él como "el oxígeno a los seres vivos". Después de completar su ojeada panorámica sobre casi cien años de las vicisitudes intelectuales y políticas del marxismo, Serge concluía:

El pensamiento marxista no puede volver atrás por debajo del nivel marxista ni la clase obrera puede prescindir de esta arma intelectual... La clase obrera europea todavía está recuperando su fuerza, socavada por la sangre perdida en la guerra mundial. Un nuevo proletariado está emergiendo en Rusia, cuya base industrial se ha extendido enormemente. La lucha de clases continúa. En todas las agobiantes repeticiones del dictador escuchamos crujir la estructura del viejo edificio social. El marxismo pasará por muchas vicisitudes del destino, tal vez incluso se eclipse. Sin embargo su poder, condicionado por el curso de la historia, parece ser inextinguible, ya que en su base el conocimiento está integrado con la necesidad de la revolución.

El ensayo de Serge, un clásico replanteamiento de la perspectiva esencial del marxismo, se proponía reafirmar la fuerza de éste frente a la derrota, la deformación, la duda y el prestigio en picada. Sólo podemos imaginarnos la sorpresa y el sobresalto de su autor cuando, pocos meses después de su publicación, Trotski lo escogió para insultarlo en su explosivo artículo "Intelectuales ex revolucionarios y la reacción mundial", con el subtítulo "La crisis del bolchevismo de los decepcionados compañeros de viaje no es la crisis del marxismo" (en *La lutte Ouvrière*, 11 de marzo de 1939, en B.O., N° 74 y en *Quatrième International*, N° 16, abril de 1939). En él, Trotski aseveraba que Serge estaba proclamando "la crisis del marxismo" y se había unido a las filas de los desencantados que, al abandonar el stalinismo, estaban abandonando también un marxismo que "nunca habían conocido". Y explicaba:

Un artillero puede errar el blanco: esto no invalida la balística, que es la ciencia de la artillería. Si el ejército del proletariado sufre una derrota, esto no invalida el marxismo, que es la ciencia de la revolución.

Esto, sin la inoportuna metáfora militar, era exactamente la opinión de Serge, pero a continuación Trotski añadía:

Que Victor Serge esté pasando por "una crisis", que sus ideas estén terriblemente confusas, es claro. Pero la crisis de Victor Serge no es la crisis del marxismo.



Serge escribió inmediatamente una respuesta para la revista trotskista belga que había impreso el ataque de Trotski, pero los editores no publicaron su carta. Mientras, otras publicaciones trotskistas empezaron los ataques. En su respuesta ("Carta de Victor Serge a Masses", junio de 1939) Serge señalaba que Trotski evidentemente no se había molestado en leer su ensayo de *Partisan Review* antes de atacarlo:

Esto es lamentable. Tal y como se hacía con él en Rusia en los días en que yo lo defendía cuanto podía, Trotski me imputa ideas que no he expresado y no mantengo, mientras ignora, al mismo tiempo, las que expreso. Un torpe método de discusión que pertenece al bolchevismo decadente y a todos los sectarismos, pues la acción del sectarismo es cegar. Y es más fácil excomulgar sin tratar de entender que discutir en una forma fraternal.

Comparando pasajes del texto de Trotski con los suyos, Serge mostraba que estaban en completo acuerdo -en verdad eran casi iguales sus formulaciones- sobre el problema del marxismo. Donde diferían, anotaba Serge, era sobre el histórico problema de cuándo y cómo había empezado a degenerar el bolchevismo problema de la libertad en la revolución. Repetía su anterior argumento sobre el error de instituir a la Cheka, a lo cual Trotski no había logrado responder y añadía:

Sólo quiero subrayar un punto: un punto que un gran número de los últimos luchadores de la Oposición de izquierda del Partido Comunista la URSS (últimamente conocidos como trotskistas) -si aún sobreviven en las cárceles de Stalin- está de acuerdo conmigo en estas cuestiones esenciales, y que tengo la íntima seguridad de permanecer en completa unidad de ideas con ellos, fiel a los objetivos liberadores de la oposición de 1923, la cual seguramente no estaba luchando por reemplazar el cerco estrangulador de la burocracia, con un sofocante sectarismo.

A pesar del ataque de Trotski, Serge conservó su profundo respeto por el hombre y trató de evitar una desavenencia. Unos días después de haber escrito su respuesta al estallido de Trotski, Serge redactó una afectuosa carta personal a su viejo camarada en un intento de clarificar sus revelaciones políticas. Empezaba "Querido y muy estimado León Davidovitch" y terminaba "Te envío a ti y a Natalia Ivanova mi más cordial saludo y te ruego recordar que siempre me hará feliz -a pesar de nuestra discusión- el verte útil". En la carta, Serge explicaba que se había abstenido de contestar la ofensiva nota sobre él que había aparecido en el *Boletín de la Oposición* y que no deseaba entablar una polémica ("Tu actividad es mucho más valiosa para mí que estas divergencias"). Lejos de "intrigar" contra la IV Internacional, Serge explicaba que había hecho todo lo posible para reparar las muchas divisiones y disputas que dividían el movimiento.

No sé cómo y por quién está usted, informado, pero ¡ay! por doquiera hay focos de intrigas aquí (las cuales jugaron su papel en la muerte de León Lvovitch y antes de eso en el asesinato de Reiss y en el fracaso de la sección francesa de la IV Internacional), y mi salida de la "IV" se explica en parte por mi incapacidad para vivir entre intrigas.

Sin embargo, sus diferencias eran grandes, ¿Por qué no reconocerlas simplemente antes de rebajarse al insulto? Serge revisó sus críticas previas sobre la concepción de la organización de Trotski y la propia sobre un partido amplio y una democrática agrupación en cuyo seno, estaba seguro, los "bolcheviques-leninistas" de Trotski ejercerían una mayor influencia que a través de su "Internacional".

En una larga postdata, Serge explicaba las circunstancias de su ruptura con la organización trotskista de París. Era un complicado asunto referente a la sospecha sobre la lealtad de cierto camarada. Serge había tratado de arrojar luz sobre la cuestión y terminó siendo objeto de sospechas él mismo. Significativamente, el camarada "Etienne", el agente provocador de la GPU, había servido de intermediario entre Serge y el grupo en este asunto. Es más que posible que Etienne, al realizar su misión de desorganización en el movimiento de Trotski, haya maniobrado para perjudicar las relaciones entre Trotski y Serge quien, pese a sus desacuerdos ideológicos, continuaba siendo uno de los más leales y efectivos partidarios de Trotski. Su ruptura se consumó sólo unas semanas más tarde (en fr. en Dreyfus, cit., pp. 240-1).

En todo este período, Serge había traducido *Su moral y la nuestra* de Trotski, el controvertido panfleto en el cual el líder de la revolución de octubre defendía los principios históricos de la acción revolucionaria contra los que la condenarían en nombre de una apropiada moralidad abstracta. En él, Trotski prognaba la idea de que el fin justifica los medios, pero sostenía que ciertos medios eran incompatibles con la meta socialista de liberación humana. La traducción de Serge fue publicada en París en marzo de 1939 por *Les Editions du Sagittaire* y acompañada por una "reseña" o gacetilla que Trotski encontró sumamente ofensiva.³ Esta no era sino un vulgar y sensacionalista resumen de los sutiles y complejos argumentos de Trotski y contenía joyas tales como la siguiente: "Matar rehenes adquiere diferentes significados, según que la orden sea dada por Stalin o por Trotski o por la burguesía".

Sin molestarse en verificar con el editor, Trotski saltó hasta la conclusión de que la gacetilla había sido escrita por Serge o inspirada por él y asumió que Serge estaba empeñado en sabotear el libro.⁴ Concentrando todo su mordaz ingenio y su agudeza vituperadora como polemista, Trotski escribió una furiosa protesta bajo el título "Moralistas y sicofantes contra el marxismo" (subtítulo: "Mercachifles de indulgencias y sus aliados socialistas, o el cuco en un nido extraño" (Incl. en Dreyfus, cit.). Recurriendo una vez más a la técnica de la amalgama, Trotski agrupó a Serge con los filisteos hipócritas (incluyendo a los apologistas católicos de Franco) que habían atacado su libro en la prensa. Luego adelantó su suposición de que Serge, su "crítico severo", había asumido la engañosa vestimenta de un "amigo del autor" y ocultado su ataque en una reseña del libro, como el cuco deposita sus huevos en los nidos de otros. Esto era, decía, porque Serge no tenía "ningún punto de vista respetado" y era incapaz de discutir abiertamente. Ignorando las tres décadas de actividad revolucionaria y los muchos libros y artículos con los cuales Serge había defendido a Lenin, a Trotski y a los bolcheviques, éste caricaturizaba a "un desilusionado intelectual pequeñoburgués". Serge, como un diletante que "juega con el concepto de revolución, escribe poemas acerca de ella, pero es incapaz de comprenderla tal y como es". Y siguió hasta crear un hombre de paja y luego pasó a deshacer este monigote en media docena de páginas de corrosiva polémica.

Es propio del insulto y de la falsa argumentación desprestigiar las reputaciones mejor ganadas, como Trotski debe haber sabido por su amarga experiencia personal. Serge escribió una indignada refutación y luego, no deseando meterse en un mayor enlodamiento con el hombre que él todavía respetaba profundamente, decidió abstenerse de la protesta pública.⁵ Sin embargo, escribió una carta privada a Trotski (el 8 de agosto de 1939), negando cualquier conexión con la gacetilla ofensiva y protestando por aquellas calumnias e injustas imputaciones. La única reacción de Trotski fue publicar una breve nota al respecto: había expresado solamente la "suposición", no la "afirmación", de que Serge era responsable por "el huevo del cuco" ("Otra refutación...", cit.). "De buena gana" aceptó la declaración de inocencia de

Serge, pero en el mismo instante rechazó la protesta de que

la entera argumentación que me atribuye difiere completamente de todo lo que he escrito sobre la guerra civil y sobre ética socialista en toda una serie de libros y artículos (Serge a Trotski, 9 de agosto de 1939. Arch. Serge, México).

La aceptación de Trotski no ha evitado a toda una generación de comentaristas atribuir a Serge la paternidad de la reseña tanto como las ideas que aquél pusiera en la boca de éste durante la polémica.⁶ Este método de análisis es muy similar al de basar la reconstrucción de las opiniones de los epicúreos en las denuncias de los padres de la iglesia: crea una imagen totalmente falsa de Serge pintándolo como un solapado bribón y un moralista hipócrita, lo cual es más que injusto si se considera la gallarda decisión de Serge de suprimir su propia refutación al adversario. Sin embargo, la reputación de Serge, particularmente en los círculos influidos por el trotskismo, nunca se rehizo.

El meollo del argumento de Trotski contra la supuesta hipocresía moral de Serge era éste:

Victor Serge se convirtió públicamente en un miembro del P.O.U.M., un partido catalán que tenía su propia milicia en el frente durante la guerra civil. Como bien se sabe, en el frente la gente dispara y mata. En consecuencia, se puede decir: para Victor Serge matar asume un significado completamente diferente según la orden sea dada por el General Franco o por los líderes de su propio partido.

Dejando a un lado la abusiva atribución a Serge de un punto de vista que no era suyo, la lógica de Trotski era perfecta. La lucha de clases y su expresión suprema, la guerra civil, es por necesidad brutal y destructiva. La única cuestión moral que importa es "de qué lado estás": él de los reaccionarios y explotadores que luchan por preservar sus privilegios, o en el de los trabajadores revolucionarios que luchan por dar a luz una nueva sociedad? Tratar de adoptar una posición intermedia y criticar las acciones de los revolucionarios desde un punto de vista de la moralidad abstracta ("matar es erróneo") era absurdo. Cada bando usará todos los medios a su disposición para ganar. Los que oscilan entre los dos campos pregonando la moralidad sólo tendrán éxito imponiendo la moralidad diseñada para mantenerlos pasivos y pacientes en sus sufrimientos. Tal moralismo, argüía Trotski, de parte de los "centristas", "ex revolucionarios" e "intelectuales pequeñoburgueses", es un "puente a la reacción".

Seguramente Serge habría estado de acuerdo. La verdadera disputa entre Serge y Trotski no era sobre la trillada cuestión moral o si en la revolución el fin justifica los medios, sino sobre qué medios son conducentes a los fines de la revolución y cuáles los des-

truyen. Serge argüía que las decisiones represivas y autoritarias de los bolcheviques, como la institución de la Cheka en 1918, eran antisocialistas e iban contra la clase obrera. Habían preparado el marco institucional sobre el cual Stalin podía establecer su dictadura contrarrevolucionaria. Este era un problema histórico y político y no, estrictamente hablando, moral, pero Trotski evitaba sus implicaciones reduciéndola sólo a eso:

Los juicios públicos son posibles sólo en las condiciones de un régimen estable. La guerra civil es una condición de extrema inestabilidad de la sociedad y del Estado. Así como es imposible publicar en los periódicos los planes del Estado Mayor, también es imposible revelar en juicios públicos las condiciones y circunstancias de las conspiraciones, ya que éstas se hallan íntimamente ligadas con el curso de la guerra civil. Los juicios secretos, no hay duda, aumentan enormemente las posibilidades de error. Esto significa solamente, lo concedemos rápidamente, que las circunstancias de la guerra civil no son muy favorables para el ejercicio de justicia imparcial. Y ¿qué más que eso? (Ed. como apéndice de *Su moral y la Nuestra*, cit.)

Llegó a proponer sarcásticamente que Serge fuera nombrado presidente de una comisión que bosquejara un código moral de la guerra civil en el cual el uso de las armas fuera prohibido por ser perjudicial a la democracia.

Para Serge, los errores de la Cheka de ningún modo eran excesos inevitables que podían ser atribuidos a las condiciones de la guerra civil (cit. supra). Sólo un pequeño número de casos enjuiciados tenían que ver con conspiraciones, e incluso éstos podían haber sido manejados por cortes regulares, celebrándose *in camera* donde fuera necesario. La mayoría de los casos que inundaron a la Cheka fueron faltas de especulación e indisciplina entre la población y aquí la Cheka había abusado enormemente de la pena de muerte, aplicándola en una escala de masas, a acusados que no tenían derecho a defenderse, o incluso a ser vistos o escuchados. Estas condiciones eran favorables a la fabricación de conspiraciones imaginarias y a la persecución de "críticos molestos" considerados como "conspiradores reaccionarios y espías" -las mismas técnicas usadas más tarde para destruir la oposición. Las consecuencias de los métodos policíacos secretos de la Cheka dañaron a la revolución y a la democracia de los trabajadores más que la contrarrevolución. ¿No habría aumentado su propia popularidad la revolución desenmascarando a sus verdaderos enemigos para que todos los viesen?, preguntaba Serge. "Y en consecuencia, los abusos que emergieron inevitablemente desde la oscuridad podrían haber sido evitados."

El error, aquí y dondequiera, según Serge, radica en el autoritarismo bolchevique y la desconfianza en las masas. Trotski, por otro lado, aseveraba que tal demócratismo es peligroso ya que el estado de ánimo



de las masas es cambiante:

Si la dictadura del proletariado significa algo, entonces significa que la vanguardia de la clase está armada, con los recursos del estado para rechazar los peligros, incluyendo los que emanen de los estratos atrasados del proletariado mismo (cit. p. 45).

Serge tuvo una rápida respuesta: si las masas son cambiantes, también lo es su vanguardia. El partido de 1921 ya no era el de 1917. Pero Trotski había tocado el corazón del problema: la relación del partido (la vanguardia) con las masas en el proceso de la revolución. Desgraciadamente, se negó a desarrollar el razonamiento y se refugió en el dogma ("todo esto es elemental") y en argumentos *ad hominem* ("las masas nada tienen que ver con ello" -todo lo que Serge realmente quiere "es libertad para él mismo... libre de todo control, de toda disciplina e incluso, si es posible, de toda crítica"). Sin embargo, el problema de la vanguardia persiste y es central para toda la concepción bolchevique de la revolución. Examínemola brevemente.

La definición de "dictadura del proletariado" de Trotski está lejos de ser clara. Para Marx (y para Lenin en *El Estado y la Revolución*) había significado el uso de la coerción del Estado en contra de la clase enemiga burguesa bajo una amplia democracia de la mayoría de la clase obrera que rápidamente conduciría a la "desaparición del Estado". Una vez desarmada la clase enemiga, ya no sería necesario un aparato estatal represivo. En ningún lado Marx habla de un Estado dirigido por una minoría (la vanguardia, el partido), mucho menos de la represión de los trabajadores, aun cuando éstos se hallaran "atrasados".

La concepción elitista del "atraso" de los trabajadores, por otra parte, ha permitido justificar diversas formas de dictadura sobre ellos, incluyendo la de Stalin. Es cierto que Lenin lo previó (en su *¿Qué hacer?* de 1903) en respuesta a aquellos socialistas que deseaban restringir su actividad solamente al grado tradeunionista de la lucha que los trabajadores habrían alcanzado por ellos mismos. Lenin quería ir más allá y construir una fuerza combatiente de revolucionarios profesionales. Trotski, por su parte, había atacado fuertemente la concepción de la vanguardia de Lenin antes de 1917. Proféticamente, vio en esa vanguardia un instrumento para alcanzar el poder que probaría ser extremadamente peligroso desde el poder ya conquistado. Por desgracia, después de 1917 olvidó sus propias precauciones. Y más tarde de la creación de la IV Internacional elevó el concepto de la vanguardia hegemónica a un dogma rígido y redujo todo problema político a una cuestión de "dirección revolucionaria".

Si Lenin vio a las masas tan atrasadas y al partido como vanguardia en 1903, seguramente cambió de opinión en 1917 cuando al retornar a Rusia encontró a las inquietas masas refrenadas y a los bolcheviques aconsejando precaución y quedándose atrás. Llegó incluso hasta amenazar con golpear al partido y unirse a los marinos de Kronstadt si el CC se negaba a incluir la insurrección en su agenda. El Lenin de 1917 reconoció que los soviets, la forma espontánea de organización de los obreros y los soldados, y no el partido, eran la forma del poder revolucionario, "las masas cuestionadoras" de Marx.⁷ Sin embargo, tan pronto como empezó el año de 1918 volvió a su primera concepción de los hechos, mientras se llamaba a una mayor participación de la masa y se atacaba verbalmente la burocratización. Entretanto, los soviets, no el Estado, desaparecían.

De hecho, la posición de Lenin era profundamente ambivalente. Y lo era también, en este asunto, la de Serge. Si éste criticaba la brutalidad de la represión de Kronstadt, también la justificaba, arguyendo que los soviets libremente electos habrían conducido a la reacción y que, "a pesar de todo", la dictadura de la vanguardia bolchevique era necesaria. Si se quita el "a pesar de todo", ¿no es ése el argumento de Trotski? Serge censuraba a Lenin y a Trotski por haber esperado hasta 1923 para plantear la demanda de más democracia porque "para entonces era demasiado tarde" ("El marxismo en nuestro tiempo", cit., p. 30). Pero si era "demasiado tarde" en 1923, y muy pronto o demasiado "peligroso" en 1921, para Serge⁸ ¿cuándo era la hora de "arriesgarse" confiando en las masas? Si la dictadura preservaba a Rusia de los pe-

ligros de la contrarrevolución burguesa, también sentaba las bases para la contrarrevolución burocrática de Stalin. Pero si estamos de acuerdo con Serge en que los soviets libremente electos estaban fuera de cuestión en 1921, entonces llegaremos forzosamente a la conclusión fatalista de que la revolución rusa estaba de una u otra forma, condenada desde el principio, y sólo habría de producir alguna forma de tiranía reaccionaria.

Esta no era la enseñanza de los luchadores revolucionarios de 1917-23, en Rusia o en cualquier otro lado. Para ellos, la revolución rusa era solamente el primer paso de la revolución mundial, que pronto alcanzaría a los países industrializados avanzados y aliviaría a la asediada Rusia de su triple carga: atraso, aislamiento y subdesarrollo industrial. Desde esta perspectiva, la vanguardia de los bolcheviques estaba solamente procurando defender la fortaleza en una situación temporal, en la cual el problema de la sobrevivencia predominaba sobre todos los otros: de aquí el carácter "militar" del régimen. El fracaso de la revolución mundial había atrapado a la Rusia roja en un dilema histórico y agrandado todos los errores y contradicciones en su interior. El rechazo del internacionalismo marxista por Stalin ("socialismo en un solo país") era, entre otras cosas, un acomodamiento a esta anómala situación. Es sorprendente que ni Serge ni Trotski mencionaran este hecho básico en su discusión sobre las causas de la degeneración de la revolución. Y si en el bolchevismo estaba en germen el stalinismo, también tenía otras semillas que tal vez hubieran florecido en suelos más propicios. Este sentido del potencial histórico es lo que falta en el debate Serge-Trotski. Por eso los argumentos de ambos tienden hacia una rigidez abstracta e inconsistente.

No sorprende pues que Serge el artista triunfara allí donde falló Serge el polemista. En su novela épica, **Ciudad conquistada** (1933), Serge recogió la atmósfera de Rusia durante el período de "fortaleza asediada" de la guerra civil, cuando la revolución mundial parecía vislumbrarse en el horizonte. La novela desarrolla el tema de la defensa de la revolución en un doble ritmo: relata el descubrimiento por la Cheka de una conspiración contrarrevolucionaria durante el sitio de Petrogrado, en 1919, y la heroica defensa de la última trinchera (dirigida por Trotski). El punto de vista de la novela es internacionalista: las noticias de las huelgas de los trabajadores de

Berlín y en Budapest son recogidas en la misma forma que los reportes de batalla de los otros frentes de la guerra civil. La expectativa de la revolución mundial es tan grande que Serge muestra a Lenin dispuesto a sacrificar la capital de la revolución perdiendo territorio para ganar tiempo.

La novela de Serge exalta el heroísmo bolchevique a la vez que describe con cabal honradez las duras realidades del hambre, los trabajadores rebeldes, la desenfrenada especulación, el robo, las brutalidades del terror -rojo y blanco-. La novela revela el conocimiento íntimo de Serge acerca de los acontecimientos y personalidades de 1919: chekistas, dirigentes del partido, disidentes, trabajadores, soldados y ciudadanos de todas las clases. El incidente central gira alrededor del caso trágico de un honrado y leal chekista inadvertidamente envuelto en una conspiración blanca y luego ejecutado por sus colegas aun cuando éstos conocen la "inocencia" subjetiva del acusado. Serge desarrolla, en forma imaginaria, todos los temas que más tarde se plantearán en la polémica con Trotski: libertad y represión, la necesidad de la violencia, el conflicto entre la vanguardia armada y las masas exhaustas, el problema de la responsabilidad histórica. La novela recrea las condiciones concretas sin cuyo conocimiento esos temas no dejarían de ser meras abstracciones. Al dar vida a los hombres y mujeres de la época en su atmósfera física y política, al dramatizar los conflictos que influyeron en gente de diferentes clases y posiciones políticas, Serge daba a tales problemas su total y trágica significación. Serge bien podría haber subtitulado su novela "Su moral y la nuestra", ya que trataba en ella los problemas esenciales de los fines y los medios. Estas abstracciones encarnaban en los conflictos interiores de seres humanos tridimensionales, atrapados en las circunstancias implacables de la guerra civil; y no fue una casualidad que Serge escogiera a miembros de la Cheka como sus héroes. Sus monólogos y meditaciones, sus palabras, acciones y aspiraciones iluminan los conflictos inherentes a la revolución, tanto objetivos como subjetivos.

No sé si Trotski leyó esta novela, a pesar de sus elogios para el talento literario de Serge. Seguramente le habría dedicado un artículo, como hizo con **La condición humana** de Malraux y otras novelas significativas del período. Pero ninguna otra novela describe mejor el heroísmo de los bolcheviques en el

apogeo de su lucha; nadie delinea más claramente las trágicas ironías de su posición; en ninguna otra parte se muestra más amplia y claramente por qué luchaban los comunistas en 1919 y cómo se veían a sí mismos y veían al mundo. La novela triunfa -donde las simples argumentaciones no pueden- porque permite a las futuras generaciones comprender, y finalmente perdonar los trágicos errores de la época. Nada desilusiona tanto como el fracaso. Los impetuosos sueños de 1919 se disolvieron en la pesadilla de 1939. Si el capitalismo entraba en su período de decadencia con la primera guerra mundial imperialista y la gran depresión, aún no estaba maduro para el derrocamiento. El poderoso crecimiento de la industria de los Estados Unidos mantuvo padeciendo al capitalismo europeo por toda una época que presencié tan bárbaras formas de crecimiento capitalista degenerado como fue el nazismo y condicionó la transformación de Rusia en un monstruo estatal capitalista. Enfrentado a estas fuerzas objetivas, el movimiento de los trabajadores se vio empujado a la derrota y a la confusión, e incluso sus más grandes representantes intelectuales, como Trotski, fueron alcanzados por este eclipse. Pero allí donde otros intelectuales revolucionarios se desmoralizaron y abandonaron la causa, Trotski se mantuvo leal a ella con rigidez creciente.

Aquí reside tanto su grandeza como su último fracaso. Calumniado, perseguido, cazado por asesinos, impotente testigo del asesinato de sus hijos y más cercanos camaradas, Trotski se aferró a la imagen del bolchevismo de 1917-23 con una voluntad inflexible. En su esfuerzo hercúleo por construir un nuevo movimiento "bolchevique-leninista" sobre las ruinas del stalinismo y la socialdemocracia, no podía detenerse a reevaluar la herencia bolchevique del vanguardismo. Su IVª Internacional fue, en consecuencia, un parto muerto, sectario, fragmentado por las riñas desde su mismo comienzo e incapaz de atraer una masa de seguidores. De la esterilidad de la IVª Internacional da idea el hecho de que en sus filas no podía haber lugar para un viejo y bien reconocido opositor como Serge, cuya devoción a Trotski y contribuciones a la causa fueron inconmensurables (a pesar de sus "desviaciones").

Otro problema que Trotski nunca llegó a explicar fue el fracaso de la extensión de la revolución rusa a Europa durante los años cruciales de la posguerra (1919-1923). El fracaso de la revolución mundial en este período era la esencia de su histórica diferencia con Stalin y una aparente refutación a su propia teoría de la revolución permanente. En lugar de revisar su teoría o reevaluar el desarrollo del mundo capitalista, para ver si no había entrado en un nuevo estado que permitiera una mayor expansión, Trotski se aferró a la noción del inminente colapso del capitalismo, al cual seguiría una nueva ola revolucionaria. Esta es la perspectiva del bolchevismo de 1919 y Trotski nunca la abandonó.

Convencido de que el capitalismo estaba objetivamente "moribundo", Trotski atribuía el fracaso de la revolución mundial a un factor subjetivo, a la traición de los dirigentes socialistas (y después de los comunistas). Concluyó que "la crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria" (*The Revolution Betrayed*, Pioneer, N.Y., 1957, p. 231; trad. varias: **La revolución traicionada**) y, consecuentemente, concentró sus energías en el frenético esfuerzo de construir una nueva dirección revolucionaria -la IVª Internacional- como preparación para la inminente lucha revolucionaria. Esta perspectiva sólo podía reforzar su rigidez ideológica y su vanguardismo de organización.¹¹

Además, la brillante e impetuosa personalidad de Trotski no encajaba con el papel de constructor de una organización. Le faltaba la paciencia de un Lenin. De 1917 a 1923 había gozado de un amplio campo para ejercitar sus formidables talentos como orador, comandante militar y administrador. Ahora, en su más desesperada lucha, estaba confinado en los cuatro muros de su fortaleza mexicana de refugio, y las únicas "tropas" bajo su mando eran sus secretarios y unos cuantos cientos de **radicals** en Nueva York y París. Impaciente por los resultados, se volvió cada vez más intolerante. Como un león herido, arremetía en todas las direcciones, incluso contra la gente que estaba más cerca de él. Exigió demasiado a sí mismo, perseguido y sobrecargado hijo León Sedov. Con "criminal descuido" (Deutscher, cit., p. 394) una vez



hizo llorar a su amada esposa, Natalia, al acusarla de unirse a sus "enemigos" (según Van Heijenoort, **Trotsky's Secretary**, 1977; trad.: México, Nueva Imagen).

Sus sordidos ataques a Serge eran una parte de estas explosiones. Serge, que quería y respetaba al Viejo, debe haber entendido esto instintivamente cuando decidió no contraatacar. Esto no evitó que expresara privadamente sus juicios en una crítica no publicada de 19 páginas sobre "La moral de Trotski y la nuestra". Y empezaba:

Ciertamente no hay otro documento contemporáneo que exprese mejor el alma del bolchevismo. Quiero decir, por supuesto, el bolchevismo de los grandes años y también, como veremos, el bolchevismo del período decadente que, aunque opuesto al stalinismo... con desesperada bravura, sufrió sin embargo su influencia (Sin título ni fecha (¿1939?), manuscrito, Arch. Serge, México).

Lo que más impresionó a Serge fue el tono del escrito de Trotski, tono que caracterizó como de "intolerancia". Para Serge, el imperioso e incisivo estilo de Trotski implicaba una pretensión de monopolio de la verdad y una falta de respeto para todo aquel que pensara diferente. Pero, pensaba Serge, la dialéctica elemental enseña que la verdad nunca es completamente conocida y ninguna línea absoluta la distingue del error. Una cierta arrogancia es quizá útil en el combate, pero el uso del insulto y la acusación en discusiones entre tendencias socialistas es por completo destructivo: "Una completa mentalidad totalitaria tiene su sede en la intolerancia".

El estilo es revelador. Leyendo la correspondencia Serge-Trotski, me llamó la atención otro aspecto: el uso de la primera persona. Invariablemente, Trotski escribe "nosotros", Serge "yo". En las primeras cartas privadas, donde los asuntos familiares eran muy comunes, presumo que Trotski hablaba por Natalia y él mismo, como frecuentemente hacen las personas casadas. Pero en las cartas más políticas y eventualmente en la polémica, presumo que Trotski pensaba estar hablando por su partido. ¿O es el "nosotros editorial"? En cualquier caso, el "yo" de Trotski, el hombre de carne y hueso, camarada de Serge, desaparece de la personalidad pública detrás de la primera persona del plural, la cual por sí misma se vuelve más y más una abstracción de una idea histórica. Este "nosotros" es finalmente impenetrable e inalcanzable.

Serge, por otra parte, habla a través de su propia voz. Aunque igualmente apasionado en la defensa de lo que ve como la verdad, deja lugar para el "otro" que puede ver las cosas de modo diferente. Cuando afirma que está moralmente seguro de que habla por la mayoría de la oposición perseguida en las cárceles de Stalin, lo hace a sabiendas y con franqueza. El lenguaje de Trotski implica que habla por todo el movimiento revolucionario, si no por la Historia misma.¹²

Para Serge, el estilo de Trotski no venía de su idiosincrasia personal, sino que tipificaba el tono de la mayoría de los bolcheviques e incluso de los escritores marxistas. Un sentimiento de posesión monopolista de la verdad, pensaba Serge, no era una cuestión de "fines contra medios", sino de medios que por su misma naturaleza resultaban perjudiciales al socialismo: las mentiras, la calumnia, la supresión de la discusión libre y la crítica, la policía secreta y el Es-

tado fuerte. Los bolcheviques habían sido grandes luchadores, pero en su afán de ganar la revolución habían recogido del lodo de la historia muchas de las viejas armas de la reacción, incompatibles con el socialismo. Como todo movimiento social formado en un lugar y una época específicos, la revolución rusa era compleja y contradictoria. Serge la compara con un río que contiene muchas corrientes. Donde Trotski fallaba, sentía Serge, era su obstinación por defender esa revolución como un bloque. Y así descuidaba la doble tarea esencial de los revolucionarios, que es defender su movimiento en el interior contra sus propios males, errores y debilidades, así como contra los peligros exteriores.

Un año después de su ruptura con Serge, el 20 de agosto de 1940, Trotski sucumbió a los asesinos de Stalin. Las noticias sorprendieron a Serge en Marsella a donde había llegado después de dos meses de errar sin un centavo, a pie principalmente, a través de la Francia derrotada. El 23 de agosto escribía a Britz Brupbacher:

No tiene sentido explayarse sobre estas dificultades. Algo más pesado me oprime, el conocimiento del trágico suceso en la ciudad de México y de esa gran mente que se acaba de extinguir de modo tan horrible... Cuando pienso en ese hombre de gran inteligencia y de elevadas miras, en la extraordinaria rectitud de su alma, en su rica vitalidad, todos nuestros desacuerdos se desvanecen, nada subsiste de las disputas sobre las ideas que nos dividieron. Estoy aturdido, devastado, como si ponderase por primera vez esa incomprendible e inicu cosa llamada muerte. Y, sin embargo, ya tengo a muchos muertos detrás de mí, ¡y grandes, valientes! La desaparición de Trotski me deja en una posición singularmente peligrosa ya que estoy solo; soy el último testigo libre -más o menos- de toda una era de la revolución rusa, y el último representante de los hombres que, empezando en 1923-26, defendieron su esencia contra Stalin (abrigo la esperanza, incluso contra toda razón, de que otros sobrevivan a las prisiones rusas, pero están reducidos a la incapacidad, en manos de la compasión)(Serge a Brupbacher, Arch. Brupbacher, Zurich).

El sentido de la pérdida y de la soledad de Serge lo acercaron a Trotski ahora que éste había muerto. Un año después las vicisitudes de la guerra y el exilio condujeron a Serge a México y al escenario del asesinato de Trotski. Aunque la desavenencia entre Serge y el movimiento trotskista puso una tensión en su relación con Natalia Sedova, la viuda de Trotski, los encuentros con ésta, aunque poco frecuentes, estuvieron cargados de emoción. El 21 de julio de 1945, Serge escribió:

Dos visitas a Natalia, a quien no había visto por mucho tiempo. De nuevo recibí la impresión de abrumadora tristeza que había en mis primeras visitas y que me hicieron visitar la casa de Trotski, "la tumba de Coyoacán". Natalia es el guardián de la tumba, la infatigable y firme doliente para al menos cien mil gentes admirables... Es tan extraño ser uno de los dos sobrevivientes únicos de tan grande catástrofe histórica; es tan exasperante, conmovedor y devastador que, yo creo, ambos tenemos la misma sensación de luchar contra una destrucción intensa ("Páginas del diario de Victor Serge", IV, **The New International**, sept-oct. 1950, p. 309).

En el último año de su vida, Serge colaboró con Natalia en el libro **Vida y muerte de León Trotski**.¹³ El libro reúne las memorias de Natalia contadas a Serge (que aparecen entre comillas) y la narrativa documentada de éste, que se limita a una presentación objetiva de "los principales elementos de la actividad de León Trotski y las grandes líneas de su pensamiento". En su Prólogo Serge dice:

No quise interpretar sus ideas y su vida ni juzgar acontecimientos históricos. Simplemente digo: "Aquí está el hombre. Así era. Pensó, dijo y escribió esto. Hizo esto. Esto es lo que le pasó". Mi única preocupación fue la exactitud del relato.

Serge, según su hijo Vladimir, deseaba que el libro fuera firmado por Natalia misma como "coautora", pero ella insistió en que el nombre de Serge apareciera solo, "ya que lo que he dicho está claramente indicado en el texto" (V. Kibalchich, "Advertisement" a **Vie et Mort de León Trotski**, ed. Maspero, 1973). Serge pensó que la obra se beneficiaría del renombre de Natalia y ésta no quería disminuir el crédito litera-

rio de Serge. El manuscrito final fue revisado y anotado por Natalia después de la muerte de Serge. Si Serge lo hubiera concebido como su propia obra, "habría expresado opiniones no necesariamente coincidentes con las de Natalia Ivanova", dijo a Vladimir, sin embargo, el trabajo lleva la estampa del estilo de Serge, con su alcance histórico, su lucidez intelectual y su rapidez nerviosa. Es su tributo final al último representante de esa gran generación de la inteligencia revolucionaria rusa, en la cual Serge vio la "más alta capacidad del hombre moderno... Los hombres como Trotski sugieren que las posibilidades humanas del futuro pueden, aunque muy penosamente, sobrevivir en épocas de reacción" ("In Memory: L. D. Trotski", escrito en agosto de 1942, **Partisan Review**, Vol. 9, N° 75, pp. 388-91).

Las disputas de Serge y Trotski en 1937-39 fueron condicionadas y exacerbadas por las terribles tensiones del exilio, el aislamiento y la derrota, y por la atmósfera de persecución en la que ambos vivían. Los agentes provocadores pueden también haber jugado su papel en ellas. Sin embargo, su origen radica en el significado profundamente ambiguo de la oposición antistalinista de 1923-38 que la historia identificó después como "trotskismo". En sus **Memorias** Serge lo resumió así:

Llegué a la conclusión de que nuestra oposición había tenido simultáneamente dos líneas de significado opuesto. Para la gran mayoría de sus miembros había significado la resistencia al totalitarismo en nombre de los ideales democráticos del principio de la revolución. Para algunos de nuestros viejos líderes bolcheviques significó, por el contrario, la defensa de la ortodoxia doctrinal que, sin excluir una cierta tendencia hacia la democracia, era autoritaria de principio a fin. Estas dos tensiones mezcladas, entre 1923 y 1928 rodearon con una gran aureola la vigorosa personalidad de Trotski. Si en su exilio se hubiera convertido en el ideólogo de un socialismo renovado, crítico en las perspectivas y menos temeroso de la diversidad menos que del dogmatismo, quizás habría alcanzado una nueva grandeza. Pero fue prisionero de su propia ortodoxia, tanto más cuanto sus caídas en la ortodoxia eran denunciadas como traición. Vio su papel como el de alguien que continuaba por todo el mundo un movimiento que no sólo era ruso, sino que estaba extinguido en Rusia misma, dos veces muerto por las balas de sus ejecutores y por cambios de mentalidad (**Memories**, p. 350).



Notas:

1. Ha permanecido cerrada. Deutscher eludió el problema declarando que "no era necesario aceptar la versión de Trotski para ver que sus críticos inflaban enormemente la importancia de la insurrección de Kronstadt" (loc. cit). En su celo por condenar los motivos de aquellos que plantearon la cuestión "diecisiete años vieja", Deutscher olvidó que Trotski fue el primero en tocarla. Yo observé una similar actitud defensiva en relación con Kronstadt en el movimiento marxista estadounidense en los años sesenta. En dos ocasiones y en diferentes organizaciones (ninguna "trotskista"), cuando dos jóvenes camaradas preguntaron a sus líderes acerca de Kronstadt (con toda inocencia, hasta donde puedo recordar), hallaron hostilidad. Era como si hubieran violado un misterioso tabú.

2. La información de Serge provenía de chekistas locales y de anarquistas prisioneros en cuarteles cercanos a los de los rebeldes. La información de Djerjinski, aseguraba Serge, llegó a través de una cadena de mando altamente dudosa. Según Serge, era bien conocido que los chekistas locales estaban fuera de control y actuaban por su propia cuenta, secretamente. Trotski y el CC debieron tomar cartas en el asunto para averiguar los hechos.

3. "Victor Serge et la IV Internationale", B.O. N° 73, enero de 1939. Serge decidió no responder públicamente a esta nota que sintió era "demasiado inexacta, demasiado injusta y demasiado ofensiva" (Serge a Trotski, 18 de marzo de 1939). Sin embargo, escribió una protesta privada a Gérard Rosenthal, abogado de Trotski, y a Pierre Naville, dos influyentes líderes del movimiento. (Serge había conocido a ambos desde 1927). Aparentemente no obtuvo satisfacción de ninguno.

4. Nótese que aquí, como en cualquier otra parte en sus disputas con Trotski, la orientación de Serge brota de su identificación con corrientes de la Oposición de izquierda rusa. Michel Dreyfus (op. cit., pp. 42-45) trata de explicar sus diferencias aludiendo al aislamiento de Serge respecto de la Oposición de izquierda durante sus años de deportación. Aparentemente, M. Dreyfus confunde las riñas internas de las diferentes sectas europeas formadas por Trotski en los años treinta con la histórica Oposición de Izquierda, que era rusa. De hecho, era Trots-

Trotsky



Serge

ki quien sin culpa suya estaba "aislado" de esta última. M. Dreyfus intenta también asimilar la visión de Serge a las distintas corrientes de izquierda europea conocidas burlescamente como "La Internacional Dos y Media". Esto era también inexacto. Serge siempre fue hostil a esta tendencia (ver su carta a Angélica Balabanava fechada el 23 de octubre de 1941. Archivo de Serge. México), aunque colaboró con algunos de sus representantes durante la Guerra Civil Española. Las divergencias entre Serge y Trotski se entienden mucho mejor como una expresión de tendencias antagónicas dentro de la Oposición de Izquierda rusa que en relación con las corrientes de la izquierda europea.

5. En esta carta no hay evidencia de que Serge sospechara de Etienne como de un agente implicado en el asesinato de Sedov y en el asunto Reiss, o de que Etienne fuera la fuente de la mala información de Trotski. Sin embargo, Gérard Rosenthal anota que Serge y Sneevliet escribieron una vez a Trotski expresándole sospechas sobre Etienne (Cf. Rosenthal, **Abogado de Trotski**, París, p. 263) y Deutscher, quien tuvo la oportunidad de estudiar la sección cerrada del Archivo de Trotski, confirma que habían hecho su acusación "abiertamente". Si Etienne era consciente de las sospechas de Serge, por su propio interés habría sido urgente aislarlo y desacreditarlo, especialmente respecto a Trotski. A falta de información precisa, sólo podemos especular acerca del papel de Etienne en el drama del alejamiento entre Serge y Trotski.

6. Más tarde anotó que "la suposición de que la reseña fuera escrita por Victor Serge se le ocurrió a varios camaradas, independientemente unos de otros". Sólo podemos preguntarle si Etienne, el agente provocador, estaba detrás de estas "suposiciones". Ver "Otra refutación por Victor Serge" en B.O., núm. 79-80, reimpressa como "Apéndice B" en la edición de Merit de **Su moral...** pero omitida por Dreyfus.

7. La refutación de Serge, censurada por él mismo, fue descubierta por Peter Sedwick entre sus papeles póstumos y publicada en traducción inglesa de Sedwick bajo el título "Secreto y Revolución. Una respuesta a Trotski" en **Peace News** el 27 de diciembre de 1963. El texto existe en galeras de prueba cuyo formato es idéntico al de la tipografía de **La Révolution Proletarienne**. En una carta a Angélica Balabanava fechada el 23 de octubre de 1941, Serge explica: "A lo largo de la dolorosa discusión con el Viejo a tal grado he mantenido mi alta estima y afecto por él que cuando, en una larga polémica, me achacó un artículo que no era mío e ideas que nunca fueron mías, envié una dura respuesta a la imprenta de **La Révolution Proletarienne** (París) y luego la retiré, prefiriendo guardar silencio y ser injustamente atacado. Sostengo que hice lo correcto: La verdad hará su senda por otros medios, distintos a las polémicas ofensivas". La verdad tomó cuarenta años en abrir su senda.

8. Así, Deutscher (**The Prophet Outcast**, cit., p. 437) restituye al Serge de paja de Trotski por el Serge real. Lo describe "reprochando" a Trotski el asesinato de rehenes por los bolcheviques durante la guerra civil y se pregunta por qué Serge

Serge



no "vea la diferencia moral y política entre el uso de la violencia de Trotski en la guerra civil y el presente terror de Stalin". En su **Leon Trotski** (Nueva York, 1978), Irving Howe sigue con el asunto (el señor Howe ha expresado su deseo de cambiar esta sección en ediciones posteriores). El trotskista francés Pierre Frank, en su introducción a la segunda edición (1966) en la edición francesa de **Su moral y la Nuestra**, afirma que la reseña fue "probablemente bosquejada por Victor Serge" a quien acusa de "convertir en hermanos siameses a Trotski y Stalin en la época en que éste cazaba a aquél". (Para mérito suyo, los trotskistas de los Estados Unidos incluyeron un fragmento de la "Negación y Protesta" de Serge como apéndice a su edición de **Su moral...** por Merit Publishers en 1969). Finalmente, Michel Dreyfus, en su colección de correspondencia entre Serge y Trotski, **La lutte contre le Stalinisme** de 1977, incluye a Serge como autor de la reseña en su "Índice" y como su probable autor en una nota al pie de página. No hace referencia ni a la refutación de Serge ni al reconocimiento de Trotski. Esta colección, con 46 páginas de erudita introducción e interminables notas al pie, se presenta como "científica" y exhaustiva. Sin embargo, deja al lector con una impresión totalmente errónea. Los errores y omisiones de Dreyfus son aún más criticables porque rechazó el ofrecimiento del representante francés de los bienes de Serge, Jean Riere, de verificar su edición y suministrar, de ser necesario, textos adicionales.

9. Sin embargo, es 1903, no 1917, lo que la gente recuerda, y no estoy hablando sólo de académicos historiadores antileninguistas. Docenas de sectas radicales persisten en proclamarse como la verdadera "vanguardia", mientras cierran sus oídos a las voces de la rebelión desde abajo y gritan "¡Siganme!". Estas vanguardias liliputienses serían simplemente risibles si su efecto sobre el movimiento de masas no fuera tan deprimente. Su vía de "avanzar o retroceder" ha llevado a la muerte a muchas prometedoras organizaciones de masas en los movimientos antibélicos, antirracistas, estudiantiles (SDS) y de trabajadores, a las cuales, como muchos parásitos, infestan tales vanguardias.

10. La vieja revolucionaria Ida Mett no lo veía así. "Contrariamente a la afirmación de Serge", escribe, "creemos que las demandas políticas de los marineros estaban llenas de profunda sabiduría política. No procedían de ninguna teoría abstracta, sino de una profunda conciencia de las condiciones de vida rusa. En ninguna forma eran contrarrevolucionarias." **La Comuna de Kronstadt**, **Solidarity Pamphlet**, N° 27, Londres 1967, p. 48.

11. Para una completa discusión sobre la teoría del "capitalismo moribundo" de Trotski, ver Fernando Claudín, **La crisis del movimiento comunista. Del Komintern al Kominform**, París, Ruedo Ibérico (hay reed. de Siglo XXI de Madrid). La obra de Claudín es el mayor intento de repensar la historia completa del comunismo escrita por un ex miembro del comité central del partido Comunista Español.

12. Estas observaciones pretenden aplicarse sólo a la correspondencia 1936-1939, aquí en discusión. En otras partes, Trotski revela, además de un talento extraordinario, tener sensibilidad literaria y modestia estilística y personal. **Mi Vida** es siempre viva y fresca y la **Historia de la Revolución rusa** un modelo de objetividad narrativa histórica en un nivel como el de la **Guerra del Peloponeso** de Tucídides. Coincidentemente, Trotski y Tucídides fueron generales exiliados, políticos, teóricos originales, materialistas e historiadores que resolvieron el problema estilístico de narrar la historia en que sobresalen refiriéndose a sí mismos en tercera persona.

Trotski

Tramos de la correspondencia Serge/Trotski:

1. De Trotski a Serge

[15 de abril de 1938]

Querido Víctor Lvovitch,

N [atalia] I [vanova] y yo le agradecemos la carta que nos ha enviado a propósito de la muerte de nuestro hijo [León Sedov] y estamos reconocidos por el caluroso artículo que le ha consagrado.

Usted hace alusión en su carta a nuestras divergencias y las califica de "secundarias". Lamentablemente, yo no estoy en absoluto de acuerdo. Si las divergencias entre bolcheviques y mencheviques son secundarias, ¿qué es entonces lo fundamental? La **Révolution prolétarienne** [donde Serge colabora, ed.] es el órgano del sindicalismo proudhoniano pequeñoburgués. Si se dejan a un lado las protestas humanitarias y liberales contra las masacres, las imposturas, etc., la RP es una revista completamente reaccionaria que desvía a un grupo importante de individuos del movimiento obrero. Si nuestras divergencias son secundarias, ¿por qué trabaja usted, no para nuestros periódicos, sino para aquellos que son los enemigos mortales, por su esencia misma, de nuestro programa? En decenas de artículos y de cartas, yo he demostrado que la política del POUM no era otra, en el mejor de los casos, que la de Martov. Usted jamás ha respondido a mis argumentos. En cambio, usted se ha solidarizado públicamente con el POUM en un momento crítico, y se ha endosado la responsabilidad de su política. No se puede actuar así sino cuando se busca conscientemente una **ruptura total** y una **lucha encarnizada**. En estas condiciones, ¿cómo es posible hablar de divergencias secundarias?

Los quebrados del anarquismo, que están aliados a los burgueses y a los stalinistas en contra de los obreros, no encuentran nada mejor, para cubrir sus faltas, que entablar una campaña sobre... Kronstadt. En lugar de condenar a los falsificadores de la revolución, a los falsificadores de la historia, usted ha tomado inmediatamente su defensa. Las restricciones y los atenuantes que usted hace a su posición no hacen sino agravarla. Ellas dan a nuestros enemigos ocasión de decir: "Victor Serge mismo, que no tiene sino divergencias secundarias con Trotski, reconoce...". En otros términos, usted no está en el flanco derecho de la IVa. Internacional, sino en el flanco izquierdo de sus enemigos inconciliables. Todos los POUM no son más que burbujas en la superficie del torrente de la historia. El **único** factor revolucionario del próximo período será la IVa. Internacional.

Siento mucho que usted no haya puesto su excepcional talento al servicio de este movimiento progresista. Por mi parte, estoy dispuesto a hacer todo lo necesario para crear las condiciones de una colaboración. Las divergencias realmente secundarias son inevitables y no podrían impedir el trabajo conjunto. Pero con una condición: que usted se decida a pertenecer al campo de la IVa. Internacional y no al de sus enemigos.

* Trad. de: L. Trotsky, **Oeuvres, mars-juin 1938**, vol. 17, París, ILT, 1984, pp. 142-3.

2. De Serge a Trotski:*

París, 18 de marzo de 1939

¡Querido y muy estimado León Davitovitch! Por muchas razones no he respondido aún a su carta recibida hace ya ya largo tiempo: he diferido continuamente mi respuesta (vivo en condiciones extremadamente difíciles), pues he pensado que no había que confiar en una carta la descripción del movimiento de la IVa. que yo debía hacerle a usted. Una carta siempre puede caer en manos extrañas. No me he decidido del todo a responder a la nota aparecida en el **Boletín [de la oposición]**, ed. Esta es demasiado inexacta, demasiado injusta y demasiado ofensiva. Yo no sé por quién ni cómo está usted informado, pero ¡ay! en todas partes hay focos de intrigas (que han jugado su rol en la muerte de León Lvovitch [León Sedov, hijo de Trotsky, ed.], antes en la de [Ignace] Reiss, y también en el descalabro de todo el movimiento francés de la IVa. Internacional), y mi salida de la "Cuarta" se explica en parte por mi incapacidad de vivir en medio de las intrigas. Puedo afirmar personalmente a usted que no he tomado parte en ningún grupo de "oposición a la IVa.". Es verdad que los camaradas heréticos me son cercanos porque, a mi modo de ver, ellos tienen razón: hay que elegir una vía nueva y no los senderos derrotados del difunto Komintern (y esto vale igualmente para la vida de la organización). No obstante, no sólo no he dirigido con ellos el trabajo "fraccional", sino que yo mismo he ensayado, cuando esto me era posible, atenuar la inevitable ruptura.

En vano buscaría usted en los grupos existentes un hombre más extraño que yo a toda "intriga". Pero ya es suficiente sobre este tema. Es una nueva repetición del pasado: es imposible decirlo con dignidad, calma y franqueza: "Si, nosotros tenemos serias divergencias", es absolutamente necesario ponerse a desacreditar y calumniar.

Las divergencias entre nosotros son grandes. Desde mi arribo a Bélgica yo se lo vengo diciendo. En aquel momento yo lo he "acusado de sectarismo", como lo ha dicho usted mismo una vez. Desde aquel entonces, mis argumentos en contra de vuestra línea, tal como se lo indiqué en su momento, han sido reforzados. Yo estoy convencido de que es imposible construir una Internacional en tanto que no haya partidos... no se puede jugar con las palabras "partido" e "Internacional". Y aquí, de los partidos no hay nada. Estamos en un **impasse**. En este **impasse** se mantienen, bien que mal, pequeños grupos desprovistos de todo dinamismo, de toda influencia, y asimismo, de un lenguaje común con el movimiento obrero. Es imposible construir sobre la base de la intransigencia y la doctrina del bolchevismo; en el mundo entero no hay más de doscientos hombres (con la posible excepción de los sobrevivientes de las prisiones stalinistas) que comprendan, que sean capaces de comprender lo que es el bolchevismo-leninismo. Es imposible construir una agrupación internacional con una sola cabeza y dirigida desde lejos. Ni por un instante, en los grupos de la IVa. Internacional, ninguna persona piensa sino a través de vuestra cabeza. En estas condiciones, ¿qué hacer?

La salida se encuentra, a mi modo de ver, en el reagrupamiento con todas las corrientes obreras de izquierda (plataforma: la lucha de clases y el internacionalismo); en una discusión libre y **sobre todo** amigable, sin injurias y sin insultos ni de una parte ni de otra; en la creación de un Buró Internacional, de comités, etc., teniendo metas concretas y acordadas con los representantes de los movimientos locales; en el reconocimiento a la hegemonía del bolchevismo-leninismo en el movimiento obrero de izquierda con vistas a la creación de una asociación internacional que refleje el contenido ideológico efectivo de las capas progresistas de la clase obrera (estoy seguro de que en una asociación como esta, los bolcheviques-leninistas tendrían mayor influencia que en su orgullosa



Internacional). Fuera de esto, usted y yo tenemos divergencias que nos remiten a la historia de la revolución. Es posible que en un futuro próximo publique un largo artículo a respecto. A decir verdad, yo no quiero en modo alguno polemizar con usted. Sin embargo, luego de nuestros ataques publicados en la pequeña revista belga (**Lutte ouvrière**), me es necesario responderle de la manera más convincente posible.

Algunas palabras más alrededor de dos problemas.

1. Creo que hay que establecer una lista exacta y completa de nuestros camaradas de la oposición de los años 1923-29 que están o que estaban en las prisiones stalinistas y planteamos a propósito de modo claro esta cuestión: *¿qué ha sido de ellos?* Pienso que, al mismo tiempo, habría que obrar en favor de los socialistas y de los anarquistas torturados en las mismas prisiones. He levantado muchas veces este problema aquí, en el Comité de investigación sobre los procesos de Moscú, pero sin resultado.

2. Manteniendo relaciones amistosas con todas las corrientes del movimiento obrero, me he visto obligado a romper con el grupo parisino bolchevique-leninista, aunque puede ser más justo decir que es él que rompió conmigo, luego de haber hecho prueba de una ausencia total de la más elemental camaradería. Al respecto, ver mi P. S.

Le envío a usted y a N. [atalia] I. [vanova] mi más cordial saludo y le ruego recordar que me mantengo fiel en mi puesto y que siempre -a pesar de nuestras discusiones- estaré dichoso de serle útil.

Victor Serge

* Trad. de Victor Serge & León Trotsky. **La lutte contre le stalinisme. Textes 1936-39 présentés par Michel Deryfus**, París, Maspéro, 1977, pp. 235-9. Se omitió el P.S. referido a los conflictos puntuales relativos a la crisis del grupo francés.

Arte y Política

Tres momentos en la historia del arte —George Grosz en la Alemania de la década del 20, el realismo socialista bajo el stalinismo y la plástica en la Argentina de los años 60— permiten visualizar los modos de articulación entre estética y política. Acerca de este complejo vínculo y de las tensiones entre los artistas y el poder reflexionan, en el siguiente dossier, Ana María Battistozzi, crítica de arte; Raquel Angel, miembro del Comité Editorial de El Rodaballo; y Ana Longoni, investigadora de la UBA.



Grosz en la República de Weimar El fantasma del nazismo

Ana M. Battistozzi

Acaso nada revele mejor los efectos de los maledores del autoritarismo en la vida social, política y cultural de una ciudad que la historia de Berlín en este siglo. El centro cultural más vigoroso de la Europa de los años 20, con sus irreverentes cabarets, su originalísima producción plástica, teatral y cinematográfica alimentada por figuras de la talla de George Grosz, Otto Dix, Fritz Lang, Erwin Piscator y Bertold Brecht, quedó reducido a una sombra vacilante con la llegada del nazismo al poder. Pero la tarea no terminó ahí. Cuando el régimen de Hitler se retiró vencido, los ganadores de la guerra no mostraron interés alguno por restaurar en la ciudad la vitalidad perdida en las noches de terror nazi. Fue necesario que transcurrieran cinco décadas para que Berlín volviera a tomar contacto con la obra completa de George Grosz, uno de los críticos más feroces de los acontecimientos y protagonistas que derivaron en aquellos hechos tremendos. Desde febrero pasado y hasta el 17 de abril la Neue Nationalgalerie de la ciudad alemana exhibió el conjunto más vasto de la obra de este artista: unos 600 trabajos entre pinturas, dibujos, objetos, collages y fotomontajes que ilustran su inmensa versatilidad. Es la primera vez que Alemania le rinde un homenaje de estas dimensiones. En 1959, un regreso extremadamente cauto y silencioso, apenas un mes antes de su muerte, había marcado el final de 26 años de exilio en los Estados Unidos sin que nadie se animara a ponerlo en el centro de la escena. En realidad el último capítulo de la vida de George Grosz había comenzado una larga noche del 33 cuando abandonó Berlín rumbo a la frontera más próxima. En su equipaje solo llevaba su máquina de coser dadaísta y una maleta llena de viejos marcos devaluados. El artista más valioso de Alemania acababa de ser privado de su nacionalidad por el régimen de Hitler. El resto de la historia es un desesperado intento por adaptarse a la vida americana. Un largo sentimiento de nostalgia y dolor que testimonió en su autobiografía *Un pequeño sí y un gran no*, publicada en Nueva York en 1946. La obra más importante de Grosz no puede apreciarse sino a la luz de los acontecimientos que se sucedieron tras la derrota Alemana en la primera guerra

y las revueltas socialistas de 1919. Había servido como soldado de infantería en la Guerra Mundial hasta que fue licenciado en 1916. Pero fue la crisis moral y política de la Alemania de Guillermo II y su sucesora la República de Weimar lo que alimentó su particular estilo fundado en el grotesco y la expresión. El militarismo prusiano, el gran capital y la hipocresía que les pretendía lavar la cara manchada de sangre, fueron el gran tema de sus ironías visuales lanzadas con desparpajo y auténtica ferocidad. Pocos artistas iluminaron las zonas oscuras de aquella sociedad como lo hizo Grosz. Su obra cruel, sarcástica y por momentos revulsiva, mostró la verdadera máscara del régimen en cervecerías y prostíbulos donde se mezclaban generales, putas, borrachos, banqueros e hijos predilectos de la nobleza. En esos entreveros trasnochados, Grosz descubría una poética de la deformación que hundía raíces en lo mejor de la tradición popular germánica. Eximio dibujante, podía tomar un lápiz y rápidamente definir un tipo que encarnaba a toda una casta. Si su poderosa capacidad de síntesis pudo unir magistralmente ideas y formas, era fundamentalmente porque tenía la convicción de que toda actitud estética es en el fondo una ética. En 1918 fue uno de los primeros en adherir al movimiento Dadá en Berlín. Un año antes, los dadaístas de Zurich y New York habían conseguido sacudir a unos cuantos burgueses con sus manifestaciones, pero el grupo de Berlín se proponía mucho más: participar de la revolución que sacudía a Alemania desde Hamburgo a Munich. No sólo el arte, sino también una nueva manera de pensar la política y la sociedad se atrincheraron en el grupo berlinés comandado por George Grosz, Raoul Hausmann y John Hartfield. De todos modos las adhesiones políticas eran tan múltiples como la posición de los dadaístas frente a la vida. Simpatizaban con el movimiento Espartaco, con los bolcheviques, los anarquistas y todo aquel que hiciera profesión de fe antiautoritaria. Todo esto se reflejaba fundamentalmente en una ferviente actitud antiarte que tenía entre sus metas abolir el concepto de lo bello, convertido, para ellos, en patrimonio exclusivo de la burguesía. La revuelta que pretendían llevar adelante era en verdad contra la civilización.

Pero si algo los definía, era ese encuentro inusual de política y genial desmesura que cultivaron con pasión en medio del caos de la época. En esto Grosz actuaba como uno de sus fogoneros más entusiastas. Mezcla rara de dandy escéptico y comunista, era sobre todo un militante de la irreverencia. Sin embargo su serie de aquellos años, *Gott mit uns* -Dios entre nosotros-, ilustra hasta qué punto su sátira era capaz de ser severa. En sus trabajos, la desproporción y la distorsión de perspectiva estaban deliberadamente al servicio de una crítica lanzada a esa sociedad que se desmoronaba sin cesar desde la abdicación de Guillermo II.

El mayor talento de Grosz residía en una capacidad de observación sin límites. Como Daumier, Goya o Hogarth, sabía encontrar el rasgo fundamental de un personaje y exacerbarlo hasta su máxima tensión. Pero jamás descuidó los detalles menores que terminaban por definir las razones de una apariencia.

En la década del 20 Grosz llegó a ser el más famoso de los dadaístas berlineses, gracias a sus dibujos que aparecían en varias publicaciones alemanas. También había incursionado con temible éxito en las técnicas del fotomontaje y el collage que abrieron insospechadas posibilidades a su imagen. Su fotomontaje *El renacimiento de los Hohenzollern*, de 1920 y la serie que realizó por la misma época con John Hartfield, revelan hasta qué punto supo aprovechar estas nuevas técnicas para desvelar las extravagancias del mundo que le tocó vivir.

Algunos fotomontajes, como el *Dada-merika* de 1920 aún apelan a recursos formales propios del futurismo, para traducir el movimiento y la agitación urbana. Entre 1916 y 1918 su gran tema es la ciudad y el caos que sobrevino al final de la guerra.

Los funerales del poeta Oskar Panizza y *La ciudad*, dos óleos que pintó en 1917, dan cuenta de esa preocupación en términos de la convulsión futurista. En lo formal la obra de Grosz encarnaba el espíritu de la época. Se trataba de poner todo en movimiento. Desviar la actividad perceptiva tradicional, y provocar un shock visual para sacar al espectador de la calma burguesa e instalarlo en la inquietud del arte. En este sentido, tanto él como sus compañeros dadaístas preludivieron una actitud que marcó casi todas las búsquedas artísticas posteriores a la segunda guerra mundial.

Aun así, su mayor genialidad sigue siendo esa provocativa caricatura que fue capaz de lanzar ante el rostro naciente del Nacional Socialismo. Justo en el momento en que había empezado seducir a intelectuales de todo el mundo, entre ellos a Heidegger, Ezra Pound y Drieu la Rochelle.

Sus blancos preferidos fueron los militares, los miembros de la iglesia, los empresarios. Pero también el pequeño comerciante oportunista y aún el obrero desclasado dispuesto a subirse al carro del poder que preparó la catástrofe posterior. Las imágenes de Grosz hoy constituyen un verdadero inventario de la Alemania de los años 20. Mas de desalentadas que la reflexión didáctica de Brecht, se proyectan como un esperpento que alerta la conciencia alemana de hoy. Una advertencia para quien quiera oírlo, justo en estos tiempos en que el fantasma del nazismo hace sonar aldabas en las puertas mismas de Berlín.



Realismo socialista A la sombra del Gulag

Raquel Angel

"Tuve la sensación de que asistía a un baile de muertos, de que aquellos héroes cosales, aquellos dirigentes de rostros pétreos que parecían haber hecho un contrato con el futuro, aquellos obreros de puños crispados, aquella multitud de seres diminutos que se agitaba al pie de las figuras gigantescas de los Grandes Timoneles, venían desde el fondo mismo de las pesadillas de la Historia. Miré una y otra vez los enormes cuadros, donde la profusión de banderas rojas, pancartas y humeantes chimeneas tapaba el horizonte, y pensé que ese horizonte oculto no era el de la sociedad sin clases, cuya historia se pretendía contar, sino aquel otro, inabarcable, del Gulag". Así describe el crítico francés Philippe Mallart uno de los acontecimientos culturales que, en estos días, conmocionan a Berlín: la primera exposición de pinturas del realismo socialista de la ex República Democrática Alemana. Los 100 cuadros que se exhiben en el Museo Histórico son una selección de las 15.000 obras que se produjeron desde 1949 hasta la caída del Muro, en 1990, y que sirvieron de decoración en sedes del partido comunista, comedores escolares y colectivos agrícolas. Más que una exposición de arte, constituye una instructiva clase de historia sobre la situación de los artistas y la conflictiva relación entre estética y política bajo el stalinismo. Alguien ha bautizado a la muestra "Arte por encargo". Título certero. Cuarenta años de férreo control del autodenominado Estado de Trabajadores y Agricultores sobre todo el proceso creativo en Alemania oriental han dado como fruto esos cuadros. Mentiras comprensibles que esconden una verdad incomprensible. Los artistas han hecho buena letra: ni un pelo falta al bigote de Stalin, ni un botón a su uniforme de mariscal. Lástima que Zhdánov no esté allí para verlo. ¿Qué había dicho el oscuro lugarteniente del georgiano en aquel Primer Congreso de Escritores de la URSS, en 1934? O mejor, ¿qué se había escuchado por debajo de las palabras que anunciaban la verdad revelada del realismo socialista? El futuro está de nuestra parte, camaradas. De aquí en más, el arte deberá reflejar el lado bueno de la vida. Nada de atormentadas almas rusas. No más contradicciones entre el Bien y el Mal; a lo sumo, entre lo bueno y lo mejor.

Ser "ingenieros de almas", había prevenido Stalin, era la máxima función de los artistas e intelectuales en la nueva sociedad. ¿Qué obligaciones imponía el título? Zhdánov se encargó de explicarlo el 17 de agosto de 1934. Sus palabras sonaron agoreras en el silencio glacial de aquel primer congreso. "Ser ingenieros de almas significa educar a los trabajadores en el espíritu del socialismo, no dejarse llevar por el pesimismo ni por la incertidumbre del mañana; huir de la atracción de las tinieblas", se le oyó. "Ser ingenieros de almas quiere decir tener las plantas firmemente apoyadas en el suelo de la vida real, saber mirar hacia nuestros mañanas, saber representar a nuestros héroes". Obreros y obreras, koljosianos y koljosianas, miembros del Partido, administradores, jóvenes comunistas, pioneros: he aquí a los héroes principales de la literatura y el arte soviéticos, enumeró, entusiasta, el comisario del pueblo, antes de proclamar al realismo socialista como la única forma de expresión cultural legítima ante los ojos del Estado. Esta concepción estética utilitaria, que reservó al arte el modesto papel de tornillo del Gran Engranaje, hizo posible que se identificaran los criterios políticos con los estéticos -confusión que llevaba a explicar el arte según el régimen de la propiedad-, y se terminara delegando en el Partido la responsabilidad de fijar los contenidos de los productos de la cultura. El catálogo de temas permitidos era más bien exiguo. Abarcaba desde la lucha contra el capitalismo y la glorificación de los "héroes positivos", que debían servir de ejemplo a obreros y campesinos, hasta la representación gigantesca del crecimiento de la industria pesada y la propaganda de la agricultura colectiva. "La teoría artística del Partido exigía el reflejo de la realidad bajo la perspectiva del futuro, es decir, que en la representación plástica de las relaciones existentes debía vislumbrarse ya el futuro de la absoluta liberación proletaria".² Erigido en guardián ideológico de la pureza del arte, el Partido vigila. Con el vértigo de una cadena de montaje, irrumpen, una tras otra, monumentales pinturas históricas y de propaganda que vuelven a cierto estilo del siglo XIX y determinan el escenario estético de todos los países del bloque soviético después de la Segunda Guerra Mundial. La disciplina, el silencio, el pragmatismo y la sumisión al Pensamien-

to Correcto alumbran una nueva técnica plástica abrumada de atributos románticos. Alejadas de la situación real, las imágenes traducen un optimismo ingenuo, una visión idílica del mundo del trabajo y de las relaciones en la sociedad. Deidades máximas de este universo kitsch., los obreros se representan, invariablemente, como personajes titánicos. Figuras monolíticas, exentas de contradicciones, de angustias y de miedos.

La exaltación de los "fenómenos positivos" de la realidad socialista -médula de la nueva preceptiva dictamina que la elaboración de los temas, aún los trágicos, sea siempre favorable a los intereses de la actividad política; que se soslayen los "aspectos negativos" y que se elimine cualquier actitud crítica que pudiera transformar a la obra en algo independiente. Así, el famoso cuadro de Guerasimov, "La madre del guerrillero", es interpretado como el inevitable triunfo de la causa en nombre de la cual el hijo se sacrifica. De este modo, los "ingenieros de almas" superaban la esencial tragicidad del fenómeno de la muerte.

El ejemplo permite tocar el fondo del problema. Y preguntar: ¿lo que se postulaba como realismo socialista, y lo que en la práctica se hacía pasar por tal, era verdaderamente realismo socialista? ¿Hasta qué punto lo real era escamoteado, toda vez que se soslayaba lo existente en nombre de lo que aún no existía? "Que la desrealización de lo real se ofreciera como representación verídica de la realidad lo prueba, retrospectivamente, la lectura de *Un día en la vida de Iván Denisovich*, novela de Solzhenitzin, que describe de un modo fiel, sin límites ni contemplaciones, un aspecto de la vida real en la época de Stalin", analiza Adolfo Sánchez Vázquez en *Estética y marxismo*.

Poco tienen que ver los "héroes positivos" de la estética zdanovista con aquellos "personajes típicos en circunstancias típicas" de que había hablado Engels en sus definiciones sobre el arte realista. Se trata, por el contrario, de exaltar un determinado tipo humano que, sujeto a las prescripciones políticas, no responde a realidad alguna. Desde un sociologismo vulgar, según el cual el arte avanza junto con la sociedad, se proclama la superioridad del arte de la sociedad socialista, por ser la más avanzada, ignorando, así, la ley del desarrollo desigual del arte y la sociedad, formulada por Marx.

"Es innegable que, a partir de una noción semejante de realismo tendremos un arte más o menos con-

servador. Su generalización implica no sólo algo extraño a Marx, por su exclusivismo anticientífico, sino la imposibilidad de comprender y analizar las modalidades no realistas salidas de una u otra fase de la producción estética. Más dudosa es aún esa afirmación si pensamos en los resultados que pretenden apoyarse en ella y que, de hecho, desembocan en una colosal mutilación de la historia del arte".³ 1934. Año del Gran Viraje. Fecha clave en la historia de la URSS. El Primer Congreso de Escritores no sólo significó la liquidación del arte revolucionario de los tiempos de Lenin y de los años 20 -allí donde fueron posibles Eisenstein, Pudovkin, Meyerhold, Babel, Mandelstam, Ehrenburg, Pilniak, Prokofiev, Shostakovich-, sino que encubrió una maniobra mucho más devastadora: el pasaje de la política leninista a la autocracia staliniana. Un dato lo confirma: 1934 fue también el año del XVII Congreso del PCUS -llamado el "Congreso de los Vencedores"-, que dio carta blanca a la represión de toda manifestación opositora y constituyó una suerte de preludio a los grandes procesos de Moscú.

La imposición del realismo socialista como método fundamental de la cultura soviética inauguró, para el arte, el tiempo del desprecio. A su sombra, se multiplicaron censuras, persecuciones, confiscación de obras, exilios y destierros. La acusación de "subversivo", "decadente", "extranjero" o "formalista" se convirtió en una espada de Damocles pronta a caer sobre los artistas que transgredieran los cánones sagrados con temas ajenos al gusto del pueblo o a las luchas proletarias. El formidable estallido de las vanguardias y corrientes estéticas de la década del veinte quedó sepultado bajo una pesada losa de decretos, resoluciones y anatemas. Cárceles, campos de concentración, juicios secretos y aún ejecuciones sirvieron a la decisión de acabar de una vez, lo más pronto posible, con los resabios culturales del leninismo. En el campo de la literatura, Boris Pilniak, Isaac Babel, Meyerhold, Nicolas Kliouiev, Paul Florenski, son algunos de los nombres que integran la nómina de los 1.500 escritores y poetas asesinados entre 1937 y 1940.⁴

Infiernos simétricos

En esos años en que la pedagogía del terror stalinista pudría el aire de Rusia con delaciones, calumnias, interrogatorios y purgas, Hitler organizaba en Alemania una pesadilla similar. Su discurso de septiembre de 1936, ante el Congreso del Partido Nacional-socialista -donde anunció, en relación a la cultura, "una depuración sin piedad de los últimos elementos de un pasado derrotado"- fue el detonante de una cacería demencial. El 30 de octubre es clausurado el



Departamento de Arte Moderno del Palacio de Kronprinz; el 26 de noviembre, Goebbels prohíbe, por decreto, la crítica de arte y especifica que, en adelante, sólo se tolerarán "noticias artísticas", siempre que respeten escrupulosamente las instrucciones del Partido y del Estado; el 30 de junio de 1937, otro decreto -firmado por Adolf Ziegler, presidente de la Cámara Artística del Reich- ordena el embargo de todas las obras del "arte decadente alemán desde 1910". Una comisión de "depuradores" comienza a recorrer los museos alemanes en busca de las obras condenadas. La cosecha es óptima. Miles de cuadros son secuestrados de los museos de Hamburgo, Dusseldorf, Manheim, Berlín, Stuttgart y Frankfurt. Suficiente como para montar la gran exposición de "Arte degenerado" -así fue bautizada- en el Instituto de Arqueología de Munich, ciudad elegida por el régimen como cuna del nazismo.

La locura, la anarquía, el caos del mundo, la irreverencia frente a lo divino, la exaltación de la negritud, el alma judía, eran algunos de los temas de esos cuadros deslumbrantes, calificados por Ziegler de "basura" y que reflejaban lo mejor de las vanguardias estéticas del siglo. Un panorama soberbio en el que desollaban las firmas de Kokoschka, Chagall, Dix, Grosz, Klee, Beckmann y Kandinsky. "Esta muestra de la decadencia cultural que precedió al Gran Cambio puede, al comienzo de una nueva era, apelar al sano juicio del pueblo, poner término a las charlatanerías y a los galimatías de las pandillas literarias o artísticas y demostrar que esta degeneración era un ataque premeditado contra la esencia y la existencia del arte. El cubismo, el dadaísmo, el futurismo, el impresionismo, no tienen nada que ver con el pueblo alemán", execraba el catálogo. Ya en *Mein Kampf*, Hitler había sentenciado: "El arte debe ser depurado de las exhibiciones de un mundo en vías de putrefacción para ser puesto al servicio de una idea moral y un principio de Estado". La depuración reclamada por el Führer tuvo visos de "solución final": el 20 de marzo de 1939, por orden de Goebbels, más de 1.000 pinturas y casi 4.000 acuarelas, dibujos y grabados de aquella exposición fueron quemados en el cuartel central de bomberos de Berlín.

Casi diez años después, en la Rusia de Stalin, un discurso de Andrei Zdanov reproduciría, en lo esencial, las concepciones del nazismo sobre el arte. "En pintura, como sabéis, las influencias burguesas fueron grandes en un momento dado; se manifestaban sin interrupción, bajo las banderas más de izquierda, se colocaban etiquetas de futurismo, de cubismo, de modernismo; se derribaba el 'academicismo podrido'; se preconizaba la innovación. Esta innovación se expresaba en las historias de locos: se dibujaba, por ejemplo, una mujer con una cabeza sobre cuarenta pier-

nas, con un ojo que miraba para acá y el otro al demonio", se alarmaba en aquel discurso de enero de 1948. Y terminaba preguntando: "¿No hemos hecho bien en mantener los tesoros de la pintura clásica y en derrotar a los liquidadores de la pintura?"

¿Cómo explicar esta simetría del nazismo y el stalinismo en el odio y la persecución a las vanguardias? ¿Se trató sólo de la necesidad de subordinar el arte a los fines propagandísticos? ¿Alcanza esto para entender la esencia común a dos dictaduras de distinto signo, y aún antagónicas, en relación a las obras de la cultura? Quizá la mejor respuesta se pueda encontrar en esta reflexión que hace Adorno, en su *Teoría estética*: "El arte, aún como meramente tolerado en un mundo administrado, encarna todo cuanto no se deja dirigir, todo cuanto está oprimido por esa general dirección (...). Las obras de arte, a priori, son socialmente culpables".

Acercas de este punto, no existen diferencias entre uno y otro sistema. Quizá varíen los modelos de las camisas de fuerza que se colocan a las creaciones de la cultura, pero los estigmas son los mismos. De criminales y locos trataba la nomenclatura soviética a los artistas rebeldes al dogma estético oficial. En 1962, durante su visita a una exposición de pintura, en Moscú, Krushev tuvo uno de sus famosos estallidos. Miró detenidamente los cuadros y luego, rojo de furia, los fue arrancando brutalmente, uno por uno. "Fuera de aquí estos exponentes obscenos del arte decadente occidental!", aulló, ante el espantado asombro del público. Algunos óleos fueron, incluso, pisoteados y destruidos por el entonces jefe del Estado soviético. ¿Qué había de terrible en esas obras?

¿Cuál era el pecado de los artistas? Acaso el haber creído, ingenuamente, que el informe de Krushev al XX Congreso del PCUS, en 1956, anunciaba una nueva racionalidad o, al menos, una brisa de liberación para el arte. Se equivocaron. En 1958, dos años después de sus célebres revelaciones sobre el terror stalinista, Krushev dejaba claro que, en las cuestiones culturales, todo seguiría igual que en los sombríos viejos tiempos del georgiano. En una entrevista con dos periodistas occidentales -H. Shapiro y M. Hearst- que le preguntaron si era posible en la URSS la existencia de diversas escuelas en la literatura y el arte, puso las cosas en su lugar: "En nuestra literatura, en nuestro arte, no hay ni puede haber otras corrientes que la corriente soviética", dijo. "Existe en nuestro país una sociedad socialista monolítica; entre nosotros no hay más que trabajadores. Por consiguiente, nuestros literatos y nuestros artistas no tienen necesidad de crear diferentes corrientes hostiles. Nuestra literatura y nuestro arte son inseparables de la vida del pueblo y, como tal, deben reflejar sus intereses".

Para la cultura, nada había cambiado. Quizá en los campos de concentración de la Kolyma, en el Gran Norte helado, ya no se cavaran masivamente tumbas pero la muerte seguía pesando en el alma de los artistas rusos en aquel año 1958. Todavía sonaban, con infatigable brío, aquellas recomendaciones de V. Zimenko, epígono de Zdanov y ferviente catequizador del realismo socialista: "La alta vocación de los escritores soviéticos estriba en revelar, verídica y brillantemente, la belleza de las proezas que realiza el pueblo en el trabajo, la magnitud y la grandeza de la lucha por el comunismo; en conducirse como apasionados propagandistas del plan quinquenal, en infundir optimismo y energía en el corazón de las personas soviéticas".

Escándalos de un proceso

Fiscal: -¿Quién es su héroe positivo? Todos los personajes son moralmente degenerados. ¿Quién expresa su punto de vista en el relato?

Daniel: -El relato no tiene un héroe enteramente positivo y no tiene por qué tenerlo.

Fiscal: Pero, ¿quién expresa el credo del autor?

Daniel: Los personajes sólo transmiten en parte las actitudes del autor. No existe uno que lo represente totalmente. Puede que se trate de mala literatura y que no separe todas las cosas en blanco y negro.

Fiscal: Pero todos sus intelectuales son borrachos.

Daniel: -Si he recargado las cosas aquí y allí, esto no debería denunciar mi espíritu antisoviético, sino mi falta de oficio literario.

El juicio contra los escritores Yuli Daniel y Andrei Siniavski⁵ - uno de cuyos tramos se reproduce - muestra cómo los procesos stalinianos se transformaron casi en un género literario, una ficción extravagante o, como apunta Vitali Chentalinski en *La palabra resucitada*, "una extraña forma narrativa en la que uno habla de sí mismo en primera persona, pero con los términos elegidos por otro para aplastarlo". Elevado a categoría mística, el realismo socialista fue esgrimido durante aquel proceso -que se desarrolló en Moscú, del 10 al 14 de febrero de 1966- como uno de los fundamentos principales de la acusación. La violación de los principios que exigían el triunfo de los héroes positivos sobre los negativos, la ausencia de conflictos y la apología de los dirigentes era el crimen que exudaban las obras de ambos escritores.

"Usted habla del comunismo como de un sistema religioso ¿Qué tiene que ver esto con el realismo socialista?", pregunta el juez a Siniavski. "¿Qué quiso decir en este pasaje acerca de la deificación de Stalin?", vocifera. "¿Debemos suponer que se trata del espíritu de Joyce, Kafka, surrealismo o alguna otra cosa?". Por primera vez en la historia de la Unión Soviética, se juzga a dos escritores por lo que han escrito, sin apelar, como en el pasado, al subterfugio de la conspiración trotskista, el espionaje o el complot contra el Estado.

En aquel proceso, que logró avergonzar hasta a algunos dirigentes de los partidos comunistas occidentales, fue la literatura misma quien se sentó en el banquillo de los reos. Por lo que habían escrito, por esas obras que no ayudaban "a moldear desde adentro al hombre del mañana", como se repitió en el juicio, Siniavski y Daniel fueron condenados, respectivamente, a cinco y siete años de trabajos forzados en un campo de concentración de Potma.

Van Gogh y los "héroes positivos"

¿Dónde estaba la grieta que abrió paso al desvío? ¿Fue la ausencia casi total de investigaciones marxistas en el campo del arte o, más bien -como plantea Nicos Hadjinicolaou en *Historia del arte y lucha de clases*- el predominio de un marxismo vulgar sobre el marxismo? La confusión entre las exigencias de un "arte militante" y aquellas que se relacionaban con la necesidad de explicar las imágenes del pasado llevó a no ver la diferencia entre el nivel político y el ideológico. Ceguera grave que terminó concibiendo la

historia del arte como un instrumento propagandístico del "realismo", es decir, como la historia de los artistas "progresistas". Pobreza teórica que dividió las aguas entre réprobos y elegidos. De un lado, en una especie de panteón olímpico, los artistas "realistas" (Caravaggio, Velázquez, Goya, Delacroix, Daumier, Brueghel y la escuela rusa del siglo XIX); del otro, los artistas "reaccionarios", categoría a la que fueron degradados Botticelli, Rubens, Kandinsky, Chagall, Grosz, Kokoschka, Dix, Ingres y Klee, por nombrar sólo algunos de los proscripitos.

Equívocos y estragos. Tajos en la historia. La aplicación dogmática de la noción de "realismo", provista por Zdanov, inventó, para el arte, "zonas buenas" y "zonas malas". En las primeras, reinaban las obras del socialismo; en las segundas, se amontonaban las "enfermas" creaciones del capitalismo. Un régimen económico y social decadente no podía engendrar sino obras decadentes. ¿Qué hacer, entonces, con Balzac, fundador del realismo literario? ¿Dónde poner al autor de *La Comedia Humana*, escrita en plena época de los Luises? ¿Réprobo o elegido? A ver, ¿qué dice el viejo Engels: "El realismo se manifiesta incluso independientemente de los puntos de vista del autor". Ya está. Salvados. El triunfo del realismo ha parido un Balzac bifronte, realista y reaccionario... Pero sigamos. Con una prosa rimbombante, el Diccionario de Estética Marxista explica el caso de este modo: "La ideología reaccionaria de Balzac no fue obstáculo para que en sus novelas se reflejara lo inevitable de la caída de sus aristócratas predilectos, junto al creciente empuje de la ávida burguesía y el heroísmo de los republicanos que representaban a las masas populares". Lukacs no está de acuerdo. Para el filósofo húngaro, Balzac es un maestro del realismo no "a pesar de" su visión del mundo, sino justamente por ella, por la visión irónica que tiene de su época. "La ideología es condición necesaria, aunque no suficiente, de la obra de arte, puesto que ésta no vive de esquemas", dice. Garaudy coincide: "Reducir la obra de arte a sus ingredientes ideológicos es no sólo olvidar su especificidad, sino, además, no tener en cuenta su autonomía".⁶

Nadie escucha estas voces. Allí donde ha sido decretado el estado de excepción contra el arte, serán los comisarios de cultura quienes tengan la última palabra. Cualquier juicio lapidario podrá ser lanzado. Aún el más extravagante, como aquel de I. A. Maséiev, otro de los acólitos de Zdanov: "Sabido es que, según los principios y normas de la estética



freudiana, han sido creadas las obras de escritores semifascistas como Eliot, Joyce, Kafka, Celine, Pound y Eugene O'Neill". Como reflexiona Hannah Arendt, los movimientos totalitarios tienen en su centro el vacío, un vacío en movimiento, que emite exigencias ideológicas completamente arbitrarias, o mejor, manifiestamente absurdas, y las traslada a los hechos.

"El artista es un sospechoso: cualquiera puede preguntarle, detenerlo y arrastrarlo ante los jueces; todas sus palabras, todas sus obras pueden ser dirigidas contra él". Cuando Sartre escribió esto -fin de los años 50-, ya el terror stalinista había impuesto a la literatura y al arte su concepción del futuro. Poco importaba que, en política, tal futuro debiera aún hacerse: para los artistas y escritores, ya estaba hecho. Sólo había que representarlo, bajo el ojo acechante del Partido.

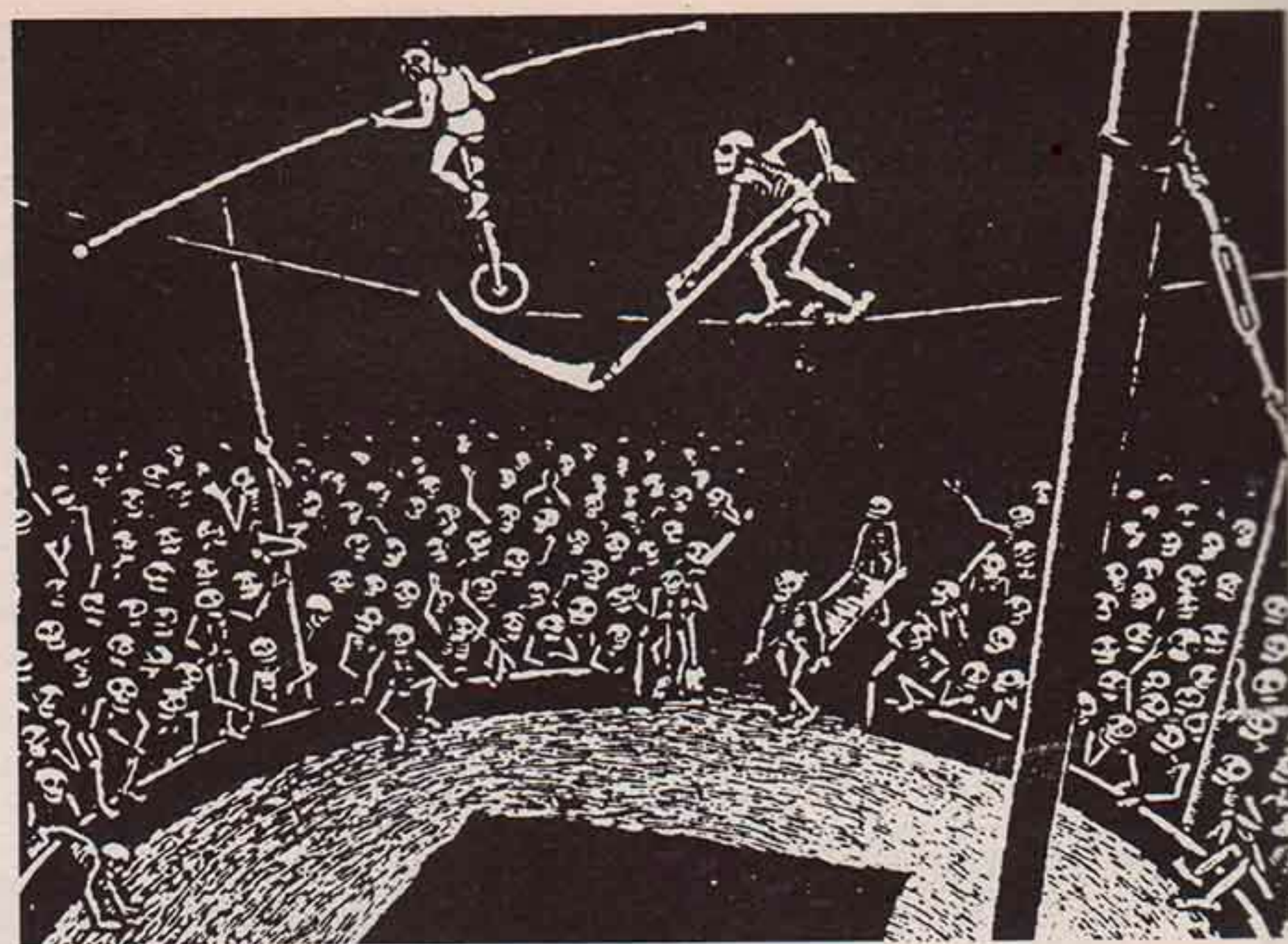
El sistema entero zozobra en el pasado. Los artistas del llamado socialismo real cantan el futuro de sus países "como nuestros románticos cantaban el pasado de la monarquía". Han tomado conciencia de su soledad. Ninguno de ellos se atreverá a soñar los sueños de Van Gogh: falsearlo todo para descubrir, a través del arte, que aún en los pliegues más tiernos y apacibles de la vida está el horror.

En un mundo donde las respuestas estaban dadas de antemano, donde ya no quedaba lugar para las preguntas, el arte había dejado de ser posible. El realismo socialista es la historia de esa imposibilidad.

NOTAS

1. Revista *Recherche*, París, 7 de marzo de 1995.
2. Karin Thomas, *Las artes plásticas en el Siglo XX*, Ed. del Serbal, Barcelona, 1988.
3. Francisco Posada, *Lukacs, Brecht y la situación actual del realismo socialista*, Ed. Galerna, Bs. As., 1969.
4. Vitali Chentalinski, *La palabra resucitada*, Ed. Lafont, París, 1994.
5. *Proceso a dos escritores*, Ed. Americana, Bs. As., 1967.
6. Marx-Engels, *Sobre la literatura y el arte*.
7. Georg Lukacs, *Prolegómenos a una estética marxista*, Ed. Grijalbo, México, 1965.
8. Roger Garaudy *Hacia un realismo sin fronteras*, Ed. Losada, Bs. As., 1967.
9. Hannah Arendt, *Elementos y orígenes del poder totalitario*.
10. Jean-Paul Sartre, *Literatura y Arte*, Ed. Losada, Bs. As., 1969.

Arte y Política



La plástica en la Argentina en los 60 Acciones de arte, acciones de violencia

Ana Longoni*

En una suerte de hallazgo de la simultaneidad, no hay mejor expresión del imaginario que propicia una serie de acciones artístico-políticas de la vanguardia plástica argentina de los años '60 que aquella consigna del mayo francés, recogida por Marcuse: "no existe una obra de arte más hermosa que el trayecto de una piedra arrojada por un estudiante hacia la cabeza de un policía".

Arte y violencia: una relación en la que se han detenido varios críticos (1), buscando entender cómo se registró en ciertas expresiones de la plástica latinoamericana de las últimas décadas, la violencia desatada en nuestras sociedades. Ellos han descrito distintas estrategias de creación que persisten y resisten frente a la censura, la represión, la tortura, la muerte, la desaparición de personas. Aquí en cambio trabajo con otro registro de la violencia, el que la concibe como fuerza positiva, liberadora, salvadora, único camino de transformación social y política.

Ensayo así una aproximación posible a la compleja relación entre arte y política en la Argentina de los años sesenta, rastreando los modos de aparición de la violencia política como recurso estético. Para ello, parto del análisis de una serie de producciones artístico-políticas realizadas por la vanguardia plástica porteña y rosarina a lo largo del año '68. La trama en cuestión puede descomponerse en una secuencia de acciones que implican un progresivo quiebre con la "institución arte". La serie se inicia cuando el 30 de abril una manifestación irrumpe en una importante inauguración en el Museo de Arte Moderno, coreando consignas contra el imperialismo,

mo, y apedrea una vitrina iluminada con la imagen del expresidente J.F. Kennedy, que había sido montada cuidadosamente los días anteriores por uno de los manifestantes, el joven artista Eduardo Ruano. Y se cierra con Tucumán Arde, quizá la más renombrada obra colectiva de la vanguardia argentina de los '60, después de la que se generaliza el abandono del arte dentro del nutrido y dinámico contingente de jóvenes creadores que protagonizaron este acelerado itinerario.

Violencia contra violencia

"Ninguna dulzura borrará las señales de la violencia; sólo la violencia puede destruirlas" (Jean-Paul Sartre)

La breve serie de obras plásticas a las que me refiero ocurre, como otras, a la apropiación de la violencia como material estético, pero lo hace desde un lugar distinto al de aquellas que dejan en el arte huellas, cicatrices, registros sensibles de sus efectos arrasadores. La creciente radicalidad estética y política de una franja significativa de artistas de vanguardia los lleva a romper con todas las formas y ámbitos reconocidos, al tiempo que emprenden la búsqueda de un arte nuevo que conciben como una efectiva herramienta para intervenir y modificar la realidad. Con esa perspectiva definen el uso que hacen de la violencia:

"La violencia es, ahora, una acción creadora de nuevos contenidos: destruye el sistema de la cultura oficial, oponiéndole una cultura subversiva que integra el proceso modificador, creando un arte verdaderamente revolucionario" (2)

Si desde los años '60 la violencia fue ganando espacio hasta convertirse en el signo cultural de una época, la idea de violencia que circulaba entonces en amplias franjas de la sociedad tenía una doble faz: por un lado, la violencia "negra", injusta, que "los otros" (la dictadura, el imperialismo, el sistema) ejercen sobre "nosotros" (el pueblo, el país, los artistas); por el otro, la violencia "blanca", justa, que salva y libera,

la fuerza de los oprimidos insurgiendo contra los opresores (3).

Oscar Terán (4) ubica el ascenso de la lucha de masas que desemboca a fines de los sesenta en el Cordobazo, dentro de una "crisis del sistema de valores de 'lo burgués'": la certeza generalizada del carácter ineluctable de la decadencia capitalista, la convicción de que el capitalismo había tocado los límites estructurales de su capacidad de desarrollo. Esta concepción arrastra consigo una profunda desconfianza hacia la democracia y todo sistema político liberal, incluyendo las elecciones -entendidas como trampa al pueblo-, y origina la revalorización del uso de la violencia como elemento válido en la actividad política. Este es el imaginario que propicia en algunos sectores la legitimidad de una salida armada. La opción de recurrir a la violencia contra la violencia no es parte de elucubraciones marginales, sino de un discurso crecientemente extendido que aparece en boca de dirigentes sindicales y estudiantiles, sectores de la iglesia, intelectuales y también artistas.

La violencia en el arte

"Serán obras hermosas y útiles. Señalarán al verdadero enemigo, infundirán odio y energía para combatirlo" (Declaración de la Comisión de Artistas de la CGT de los Argentinos, 1968)

Esa "lógica bélica" trasladada al campo artístico provoca una transformación en el tratamiento que la violencia, como material estético, venía teniendo: se pasa de la representación al acto, de la denuncia de una violencia o la postulación de otra a la acción violenta misma.

A lo largo de los convulsionados '60, la violencia política se torna una presencia cada vez menos eludible, y ello se puede señalar en el campo plástico. Aludiendo a hechos que causan conmoción (las luchas de liberación nacional africanas, la revolución cubana, la guerra de Vietnam, la muerte del Che, la represión de la dictadura de Onganía), aparecen manifestaciones artísticas que representan esa violencia ajena y adoptan una carga de denuncia. Dentro de esta línea, inscripta en la tradición del arte político, pueden incluirse muestras colectivas como el "Homenaje al Viet-Nam" (en la Galería Van Riel, 1966) -donde participaron más de doscientos artistas de muy diversas orientaciones estéticas y políticas - desde Ricardo Carpani hasta Marta Minujín-, apoyados por intelectuales y personalidades del mundo cultural. En el mismo sentido figuran los homenajes al Che Guevara y otras colectivas organizadas en la SAAP (entre el '67 y el '69).

En esa clave de denuncia de la violencia se inscriben también trayectorias individuales como la de Ricardo Carpani, ligada fundamentalmente a la gráfica y a la producción muralística al servicio de los sindicatos desde principios de la década, y la de León Ferrari, quien en 1965 introdujo por primera vez obras explícitas y revulsivamente políticas en el Instituto Di Tella.

Desde otra perspectiva, en las propuestas informalistas de fines de los '50 y comienzos de los '60 puede señalarse una carga de violencia, despojada de referencias políticas explícitas, que se inscribe en la dirección de las vanguardias históricas. Frente a la puerilidad y el academicismo de la pintura de los '50, los informalistas ejercen violencia contra los materiales (que sufren tajos, quemaduras, golpes, etc.), contra el público (buscando quebrar su pasividad), contra los cánones de la institución y la crítica artísticas. En esta línea se ubican la Exposición del Arte Destructivo (Lirolay, 1961), y los itinerarios de Alberto Greco y otros artistas.

Me detengo en estas dos formas diferentes de trabajar con la violencia en el arte, para llegar al punto nodal donde ambas confluyen. La serie de acciones artístico-políticas a las que hago referencia fusionan la tradición del arte político y la búsqueda experimental. La violencia "pura" se convierte en violencia "política", cuando la vanguardia artística se tensiona hacia la esfera política. Sin abandonar la experimentación, un significativo grupo de artistas de la "segunda camada" de la vanguardia de los '60 (5) emprende la búsqueda de un arte nuevo a la altura del ideario utópico desde el cual el cambio revolucionario se percibía como inmediato e inevitable.

El pasaje de la obra-objeto a la obra-acción es acompañado por otra variación: los artistas dejan de lado la representación de la violencia para pasar a realizar actos de violencia. La violencia política se vuelve material estético, ya no como alusión, denuncia o referencia, sino como acción. No se trata sólo de aludir a determinadas zonas temáticas, sino de estetizar los modos de operar propios de otra esfera. La apropiación artística de determinadas "formas políticas", procedimientos propios de la militancia de izquierda, o más bien de sus sectores más radicalizados y sus organizaciones clandestinas, implica una operación de traducción: las prácticas "militantes" (el volanteo, el acto-relámpago, el asalto, el sabotaje, la acción semiclandestina, etc.) son recuperadas por los artistas en sus acciones artísticas.

Este proceso implica, además, el corrimiento de la violencia contra las instituciones del arte ejercida dentro de esas mismas instituciones, a la acción violenta callejera. La salida de los límites institucionales y la toma de la calle, buscando un público más amplio y un ámbito extraartístico, conlleva la pérdida del resguardo del espacio propio (conocido) y el riesgo del propio cuerpo en un lugar desprotegido, expuesto. Al exponer los cuerpos a la violencia, se arriesga no sólo el cuerpo del artista, sino también el cuerpo de la obra, que a veces coincide con el cuerpo mismo del público. A pesar de que los artistas hablan de un uso simbólico de la violencia, de un ejercicio de simulacro, el gesto de exponer el cuerpo en tiempos de dictadura implicó riesgos reales y tuvo consecuencias no sólo imaginarias: represión policial, clausuras, hostigamiento, cárcel.

¿El recurso de la violencia como material estético implicó en estos artistas una toma de posición consciente o fue el registro sensible, la puesta en evidencia de una época? La respuesta no es única ni puede generalizarse. Lo que no puede dejar de decirse es que la apropiación de la violencia en el arte va mucho más allá de adhesiones partidarias (que en algunos casos fueron posteriores, y en otros nunca existieron), y responde más bien a la percepción (¿premonitória?) del intrincado clima cruzado por enfrentamientos sin retorno en el que estaba sumergiéndose el medio cultural, al calor de la preeminencia creciente de la política. A partir de allí, demasiados artistas perciben como inútil y vacío de sentido toda práctica creadora, y abandonan masivamente el arte frente a la urgencia de la lucha política.

Acciones de arte, acciones de violencia.

El atentado:

El 30 de abril de 1968, mientras se celebraba la vermisage de inauguración del Premio de Honor Ver y Estimar, el joven Eduardo Ruano, uno de los artistas convocados, seguido por unos cuantos amigos, atravesó el espacio de la sala del Museo de Arte Moderno al grito de "¡Fuera yanquis de Vietnam!". El grupo se dirigió hasta la vitrina donde Ruano había preparado un vasto poster-panel, protegido por un vidrio y perfectamente iluminado, con la imagen de J.F. Kennedy, reproducida de una similar existente en la Biblioteca Lincoln. El acto -que en el planteo del artista era la culminación de la obra- terminó con la destrucción de la vidriera con una piedra y el violento rayado de la imagen del ex-presidente norteamericano.

La obra de Ruano no era la vitrina intacta ni eran los restos del destrozo (que además fueron mandados retirar inmediatamente por las autoridades del Museo): la obra era la acción misma de apedrear a Kennedy, de hacer un acto de violencia política contra su imagen oficial en el seno de la institución artística. Cuando el cronista de Primera Plana ("El happening inoportuno", 7/5/68), describe que al culminar la acción "la columna abandonó la sala en formación", pone en evidencia que su carácter de agitación militante fue percibido como una intrusión de otro orden.

El mayo argentino:

En mayo se realizan las Experiencias 68, en el Instituto Di Tella. Sin pretender aquí describir las dimensiones que se cruzaron y complejizaron este crucial acontecimiento, que John King define como el "epí-

tome de la experimentación y también de las tensiones del desarrollo cultural argentino a fines de los años 60", alcanzará con señalar que de los doce artistas invitados a participar, Pablo Suárez y Eduardo Ruano optaron por presentar como obras de arte, cartas-volantes donde explicaban los motivos de su desconfianza hacia la relación entre vanguardia e institución, y hacían pública su renuencia a participar de alguna otra manera. Roberto Jacoby, como parte de su entrega, apeló a un mural para manifestar que: "Se acabó (...) la obra de arte porque la vida y el planeta mismo empiezan a serlo. Por eso se esparce por todas partes una lucha necesaria, sangrienta y hermosa por la creación del mundo nuevo. Y la vanguardia no puede dejar de afirmar la historia, de afirmar la justa, heroica violencia de esta lucha".

Más allá de esas tomas de posición sobre los vínculos entre política y arte, la abrupta culminación de las Experiencias es un hecho sugestivo. Cuando los artistas, en repudio a la censura judicial y la consiguiente clausura policial de la obra "El baño" de Roberto Plate, deciden destruir sus obras y arrojar los restos a la calle Florida, ejercen como respuesta a la violencia del régimen de Onganía, una violencia contra la materialidad de sus obras. La gresca en la peatonal terminó con la intervención policial y el arresto de varios artistas, e -igual que en Rosario- significó el definitivo quiebre de un significativo grupo de la vanguardia plástica porteña con el espacio institucional que los había albergado.

Asalto a Romero Brest

El 12 de julio de 1968, el grupo de artistas de vanguardia rosarina realizó un asalto a una conferencia que dictaba Jorge Romero Brest en la Asociación Amigos del Arte. Procediendo como un "comando", cada integrante del grupo tenía una tarea asignada: uno llevó a Romero Brest al fondo, otro cortó las luces, los demás se pusieron adelante, y a medida que Juan Pablo Renzi leía una proclama, se gritaban consignas a coro.

En el texto leído por Renzi, se define la acción como una "pequeña violencia que hemos perpetrado al imponerles a ustedes nuestra presencia", presentando "este acto, este simulacro de atentado, como una Obra de Arte Colectiva", antes de enunciar "los principios de una nueva estética", que incluyen -entre otros- el siguiente:



"Declaramos que la vida del Che Guevara y la acción de los estudiantes franceses son obras de arte mayores que la mayoría de las paparruchadas colgadas en los miles de museos del mundo". En el asalto a la conferencia se entrecruzan el cuestionamiento a la institución artística tradicional -y a su público "de señoras gordas"-, y la ruptura del grupo rosarino con Romero Brest y el Di Tella, institución "modernizadora" auspiciante de la vanguardia. Y nuevamente la acción violenta en las entrañas de la institución artística, definida como obra de arte colectiva, adopta como procedimientos artísticos formas de operar propias de las acciones políticas radicalizadas: el sabotaje a un acto público, el corte de luz, el tono de la proclama-manifiesto, la división de tareas en comando, el canto a coro de las consignas, etc.

La clausura, la pelea, el encierro:

En septiembre del '68, dentro del Ciclo de Arte Experimental que organizaba el grupo de artistas de vanguardia rosarino, Eduardo Favario presenta una acción consistente en una aparente clausura. Organizó un recorrido que se iniciaba en el Local 22, un pequeño local de galería comercial que alquilaba el grupo para las muestras del Ciclo, y terminaba en una librería frecuentada por los estudiantes y los artistas. La puerta del local se hallaba cruzada por fajas de clausura que había puesto el mismo artista (detalle, claro, que los asistentes desconocían). Si esta acción puede leerse como una metáfora de la censura que el régimen de Onganía ejercía contra las más variadas expresiones culturales, el texto del catálogo apunta fundamentalmente a señalar la acción como una clausura -a la vez, simbólica y literal- del ámbito tradicional de la obra de arte, la galería. La acción obliga al público a desplazarse a la calle, dispersando la obra en la ciudad. El Ciclo prosiguió con la obra de la dupla Rodolfo Elizalde-Emilio Ghilioni, quienes armaron un simulacro de pelea callejera. Los artistas, en la calle, se enfrentaban primero verbal y luego físicamente, rompían sus propios afiches, corrían perseguidos por un grupo de apoyo, y terminaban rodeados de gente que espontáneamente intercedía e intentaba separarlos. Ellos definen la obra como "un disturbio que sorprende al espectador, al que de hecho se compulsa a participar", sin que sepa (hasta el final, cuando se arrojan volantes al aire) que se trata de una acción artística. Si se repite, como en la de Favario, la instalación de la obra en la calle, hay aquí algunos elementos nuevos: los propios artistas ejercen la violencia sobre sí mismos, sobre su propio cuerpo; y el público ya no es el núcleo "preparado" (y avisado) que seguía de cerca las experiencias de la avanzada rosarina, sino el espectador casual, que se involucra en la obra y participa en ella sin saber que se trata de un simulacro. La acción del encierro, realizada por Graciela Carnevale, fue -sin proponérselo- el cierre del Ciclo. Tiene un claro antecedente en el happening "En el mundo hay salida para todos", improvisado en el cierre de la

Bienal Paralela, en Córdoba (1966), donde después de clavar la puerta encerrando al público durante una hora, artistas y estudiantes (que estaban en conflicto) irrumpieron en el lugar coreando consignas, y realizaron una manifestación, que concluyó con el discurso de un dirigente estudiantil (6). Esta vez, en Rosario, el público había sido convocado a través de invitaciones y de un aviso en el diario a una nueva inauguración del Ciclo de Arte Experimental. Llegada la hora, y cuando se habían juntado numerosos asistentes en el reducido Local 22, Carnevale sale del mismo, cierra con un candado la única puerta y se va. En el catálogo que repartió al finalizar la obra explicaba así su intención:

"Tengo un grupo de personas prisioneras. Aquí comienza la obra y esas personas son los actores. No hay posibilidad de escape, por lo tanto el espectador no elige, se ve obligado violentamente a participar (...). La obra tiende a provocar, mediante un acto de agresión, la toma de conciencia por parte del espectador del poder con que la violencia se ejerce en el mundo cotidiano...."

Durante una hora el público encerrado y el que se agolpaba afuera esperaron espectadores que pasara algo, que volviera la artista, acabara con la broma y empezara con la obra. Se generó tal tensión entre los de adentro y los de afuera, que la patada que rompió el vidrio fue una acción de rescate, no de liberación. Un integrante del grupo, pensando que se arruinaba la obra, descargó un paraguazo sobre la cabeza del decidido... Y llegó la policía. Era el 7 de octubre, primer aniversario del apresamiento del Che Guevara. Si Graciela Carnevale no lo había tenido en cuenta, la policía no le creyó y clausuró el local por los disturbios. El "encierro" no es vivido como simulación -como en las dos obras anteriores-, sino como una experiencia vital y violenta, tanto para la artista, como para su público y hasta para el local que albergaba el ciclo. Materializar un acto agresivo como hecho artístico, además de la represión policial y la clausura del local, trajo represalias personales hacia Carnevale.

Las fuentes rojas

La acción de las fuentes rojas, realizada en Buenos Aires en octubre de 1968 por un grupo de artistas de vanguardia, es prácticamente desconocida, quizá debido a que ellos mismos consideraron que fue un fracaso y a que no tuvo repercusión en los medios de comunicación. Al cumplirse el primer aniversario del asesinato del Che, un grupo de artistas (en el que estaban Roberto Jacoby, Pablo Suárez, León Ferrari, Margarita Paksa, Beatriz Balvé y otros) y gente vinculada a los medios de comunicación se plantean hacer "algo de tipo agitado ligado a la pintura", y deciden teñir las aguas de las fuentes de las principales plazas porteñas de color rojo, en alusión a la sangre derramada de Ernesto Guevara. Esta acción puede relacionarse con las experiencias que casi simultáneamente realizó Nicolás García Urriburu en diversas ciudades de Europa, teñiendo de verde las aguas de los canales venecianos y de diversas fuentes, con ánimo de denuncia ecologista. Si el procedimiento es similar (verde/savia, rojo/sangre), los planteos son contrastantes: mientras los canales verdes aluden a la defensa de la vida, las fuentes sangrantes recuerdan que se ha cometido un crimen. El grupo se organizó en parejas de hombre y mujer (que simulaban ser novios), acompañados por uno más que oficiaba de "campana". Cada trío llevaba un concentrado de anilina roja para tirar en las fuentes asignada: la de Plaza Lavalle, la del Congreso, la de Plaza de Mayo. Pero desconocían que el agua de las fuentes argentinas no circula en forma cerrada, por lo que la tinte desaparecía inmediatamente. La acción se completó al día siguiente cuando desde un auto con el piso agujereado, Margarita Paksa esparció pintura blanca y celeste a lo largo de algunas avenidas, haciendo franjas de banderas patrias que desde otro auto iban a ser cubiertas con manchas rojas. Pero la idea también se topó con las dificultades de trabajar en la calle: pasaron tantos autos sobre ellas, que pocas horas después no quedaban

rastros de las banderas... Esta acción callejera adoptó otra vez formas de acción y de organización "militantes", por fuera del resguardo de las instituciones artísticas, arriesgando el cuerpo mismo de los artistas en plena dictadura de Onganía.

Tucumán Arde

Tucumán Arde puede entenderse como un articulador, la expresión de un tránsito, donde se exhiben los alcances y las contradicciones de la búsqueda de este núcleo de artistas: si con esta realización avanzan en el anhelado encuentro de la vanguardia artística con la vanguardia político-sindical, al mismo tiempo allí se manifiestan los primeros desencuentros y límites del cruce propuesto entre arte y política (7). Al desvincularse drásticamente de las instituciones artísticas, buscan un ámbito de pertenencia acorde a los principios de una nueva estética inserta en el proceso revolucionario en marcha. Se apoyan brevemente en un soporte institucional extra-artístico, la CGT de los Argentinos, que en 1968 nucleó diversas expresiones culturales vinculadas a la intervención política de oposición. Si los contactos sindicales ayudaron en el relevamiento de la infomación sobre la crisis tucumana, y las sedes de la central obrera en Rosario y Buenos Aires fueron "ocupadas" para dar a conocer los materiales de la obra, lo cierto es que a pocas horas del discurso inaugural de Raimundo Ongaro en Buenos Aires, las presiones de los organismos de seguridad lograron el levantamiento de la muestra (y el final abrupto de la obra). Los riesgos de trabajar tan expuestos convencieron a algunos de estos artistas de la necesidad de crear "redes de difusión clandestinas" para seguir trabajando en la constitución de "una cultura subversiva": un nuevo rasgo mimético con las organizaciones políticas que discutían entonces el pasaje a la catacumbas...

NOTAS

- * Una versión preliminar de este trabajo fue leída en las I Jornadas de Sociología y Antropología del Arte, organizadas por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), en noviembre de 1993.
- 1. Me refiero, entre otros, a Nelly Richard, Charles Merewether, Miguel Rojas Mix, Roberto Amigo Cerisola y, especialmente, a Gustavo Buntinx y los materiales que expuso en su curso "El poder y la ilusión: arte y violencia en la República de Weimar" peruana (1980-1992), dictado en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) en 1994, instancia que fuera punto de partida para estas reflexiones.
- 2. Tucumán Arde, declaración de la muestra en Rosario, firmada por M.T. Gramuglio y N. Rosa, noviembre de 1968.
- 3. A esa capacidad salvadora (y sanadora) de la violencia del oprimido se refiere Sartre en el prólogo de donde proviene la frase que sirve de epígrafe en este punto, y que presenté en 1961 Los condenados de la tierra de Franz Fanon, libro profusamente leído por la intelectualidad radicalizada de esos años. Allí Sartre dice también: "Esa violencia irreprimible (...) no es una absurda tempestad ni la resurrección de instintos salvajes ni siquiera un efecto del resentimiento: es el hombre reintegrándose (...). La violencia, como la lanza de Aquiles, puede cicatrizar las heridas que ha infligido" (p. 7 a 29, en: Franz Fanon, Los condenados de la tierra, México, Fondo de Cultura Económica, 1974).
- 4. Oscar Terán, Nuestros años sesenta, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- 5. La "segunda camada" de la vanguardia plástica de los sesenta surgida alrededor de mediados de la década transitó por diversas expresiones ligadas al pop y a la experimentación con los medios masivos, y se caracterizó por buscar nuevos materiales, explorar planteos multigenéricos, a través de acciones de arte, experiencias, ambientaciones y happenings, privilegiando la búsqueda de un contacto más directo con el público, que era participante activo en la situación creada.
- 6. Véase: Guillermo Fantoni, "Tensiones hacia la política", Rosario, Rev. Sísí, Año 2, nro. 2, 1990.
- 7. Para un desarrollo de este punto, puede verse: Ana Longoni y Mariano Mestman, "Tucumán Arde: una experiencia de arte de vanguardia, comunicación y política", en revista Causas y azares, Buenos Aires, Nro. 1, Año I, 1994.

Erzsebeth Báthory,

Crueldad, sexualidad y poder

María Gabriela Iní

A Patricia Digilio

En agosto de 1993, la editorial Feminaria publicó un trabajo de la psicóloga Isabel Monzón denominado Báthory, acercamiento al mito de la condesa sangrienta. Muchos recordaron los textos de Alejandra Pizarnik sobre la condesa y otros buscaron en las librerías aquel pequeño librito de Valentine Penrose, La condesa sangrienta para reconstruir su historia. Lo cierto es que el libro de Monzón abrió (¿o reabrió?) el debate acerca de los usos de la crueldad y de los límites de la libertad y de las relaciones —tal vez demasiado íntimas— entre el poder, la libertad y la violencia. La figura de la condesa sangrienta ejerce una fascinación particular. De eso no hay dudas. Sin embargo, aunque el texto de Isabel Monzón analiza el comportamiento de Báthory desde la psicología y la historia, su visión de la condesa acaba siendo condescendiente con su conducta.

"Lo que sigue haciéndonos soñar es la cantidad y la intensidad de los oscuros impulsos que nos han ido llevando hacia un nombre, un hecho o un personaje y no otro. Entramos ahí en un bosque sin senderos."

Marguerite Yourcenar

Valentine Penrose escribió La condesa sangrienta en la década del 50, la vida de Erzsebeth Báthory, una poderosa dama de la nobleza húngara asesina (previa tortura) de más de 600 campesinas, en los primeros años del siglo XVII. El relato aparece encerrado en un mundo de misterio y terror: la Hungría desconocida abrazada por los Cárpatos. Así como algunas/os historiadora/es se proponen escribir la historia humana desde una perspectiva de género, deconstruyendo incluso las etapas y las eras históricas patriarcales, Penrose escribe la historia del mundo europeo del Renacimiento desde la perspectiva de la crueldad. Todos los datos que toma entre sus manos son devueltos al lector descuartizados y degollados por sus protagonistas, ellos mismos incluso a veces,

desmembrados. Es cierto que la sangre y el martirio ejercen entre los humanos una cierta fascinación que nos coloca en la historia como víctimas o victimarios, reales o ficticios, de la crueldad o el dolor que infligimos o nos infligen. Vale la pena destacar entonces, el talento de Penrose para presentar la historia de la humanidad rescatando del olvido la sangre humana derramada por obra de otros humanos. La libertad de matar. Erzsebeth se permite hacer realidad sus más oscuras fantasías. Protegida por su poder, desarrolla sus placeres solitarios acompañada de un séquito de mujeres cómplices e igualmente crueles. La diferencia entre la crueldad del amo y la crueldad del súbdito es entre otras, la diferencia de las condenas. Fue un pariente lejano de la condesa quien la denunció ante las autoridades. Luego de un juicio breve, donde todos sus sirvientes declararon la culpabilidad de Erzsebeth, fue castigada. Encerrada en la torre de uno de sus castillos, sobrevivió cuatro años sin jamás arrepentirse. Nadie pudo ni podrá descifrar, la calidad insondable y salvaje de su lujuria. La lujuria siempre es insondable y salvaje.

La maldad: derecho de los hombres o derecho del poder?

La maldad, lo mismo que la locura, genera una fascinación particular. Las múltiples posibilidades de la crueldad son parte de un ejercicio que tal vez corone el estar vivo. La sangre derramada en un arrebato de placer que lleva al éxtasis conmueve hasta la atracción mística. Pero que una mujer se arroge el derecho a la crueldad, a ser sanguinaria y agresivamente malvada es algo que la historia de los hombres ha condenado desde siempre. La crueldad es la condición de la humanidad, tal vez nada sea tan humano como el deseo de matar y morir, pero éste es un derecho solamente masculino. Los sentimientos agresivos han tratado de ordenarse y de explicarse desde siempre, las leyes o los rituales de cada comunidad han intentado encauzar los desenfrenos humanos. Y aún lo intentan. Todas las mujeres, desde el origen de los tiempos, hemos sido objeto de intercambio, para todas ha habido una moral rígida y modales de etiqueta. Por eso, la crueldad de Báthory no es una lineal rebelión contra una "objetividad comercial" que la condenaba a un marido desconocido y a una suegra austera. Báthory era un poema de la crueldad viviente, una leyenda o una simple mujer de carne y hueso enloquecida de placer sangriento. No es en absoluto importante develar las razones de su comportamiento, justificarlo por su cruel infancia o por característico sometimiento femenino de la Edad Media. En todas las épocas hubo mujeres rebeldes. En todas las épocas hubo mujeres violentas. Báthory personifica tal vez de una manera extrema, el deseo de maldad y de violencia asesina que todas poseemos en nosotras mismas. Pero la demencia sangrienta de Báthory es más cercana a la demencia de un torturador que a la que puede obtenerse de un arrebato de placer compartido. El éxtasis absoluto en que una persona puede entrar al morir sacrificada en brazos de otra puede producir un placer demente y devastador. El mismo tal vez que obtenía Báthory, pero torturando. Otra hubiera sido la realidad de Báthory si ella hubiera tenido el consentimiento de aquellas muchachas sacrificadas. Probablemente, la condena social y la condena del poder patriarcal hubiera sido la misma. Pero es conveniente establecer la diferencia entre el placer compartido y el placer del poder. Aquí, la sexualidad o el deseo lesbiano de Báthory no tiene ninguna importancia. Báthory gozaba de las prerrogativas del poder. El moralismo sexual todo lo ordena y lo controla. Sin embargo, el deseo y el placer pueden obtenerse de múltiples formas. Pero la tortura, el placer desenfrenado de un torturador ante los gritos o la humillación de su víctima, puede resultar repugnante. Debería resultar repugnante. Porque la violencia del poder, cuando no es parte de un juego compartido y pactado, es aterradora. La vida sexual es un constante juego de poder, la fantasía de ser violada, vejada, humillada, maltratada puede resultar fascinante para muchas personas. *la fantasía.*



Arte y Política



Es sobre el cuerpo sobre el que se aplica la ley. Báthory fue emparedada. Sus sirvientas, descuartizadas y quemadas. Es sobre el cuerpo sobre el que se inscribe el deseo. El propio y el ajeno. Es desde el cuerpo desde donde las mujeres alguna vez emprendieron la lucha. Si el cuerpo nos pertenece, nos pertenece contra el deseo masculino irracional y contra la violencia sangrienta de algunas mujeres. Las campesinas sacrificadas por Báthory no eran dueñas de sí porque el poder les negaba esa posibilidad. El poder era Báthory.

Para muchos, la crueldad de Báthory fue doblemente castigada porque se desató sobre débiles cuerpos femeninos. Este tipo de inmolación era para quienes la condenaron, una de las demostraciones cabales del lesbianismo de la condesa. De hecho, la condena explica: "considerando que las confesiones y los testimonios han demostrado la culpabilidad de E.B., a saber que ha cometido crímenes horribles contra la sangre femenina..." (Penrose, p. 245). Por esa razón fue considerada doblemente sádica y demente. Así como para muchos teóricos, la "desviación" sexual es condición de criminalidad, para muchas mujeres, la condición de mujer o de lesbiana es condición de "santidad". Sin embargo Báthory podía amar y odiar a las mujeres, podía desear la muerte de aquello que amaba y podía ser contradictoria en su deseo y en sus placeres. Su poder y su condición humana le daban derecho a la contradicción. Por otra parte ser lesbiana no significa amar indiscriminadamente a las mujeres, como ser heterosexual no significa amar indiscriminadamente a los hombres.

Del castigo a la servidumbre a los ritos de flagelación

"Báthory no soñaba: estaba alucinada"

La ética condena los abusos de poder de la condesa. Pero los mitos que la rodean son tantos y su historia es tan atrapante —al menos a partir del relato de Penrose—, que consideré conveniente tomar un aspecto del relato para desarrollar algunas ideas sobre las prácticas sexuales sadomasoquistas.

La crueldad de Erzsébeth Báthory se fue transformando con el tiempo. Hasta 1604 (7 años antes del juicio), "el "ganado" sacrificado sin tregua por Erzsébeth se componía de criaturas jóvenes y desmañadas que limpiaban mal las alacenas, no terminaban los bordados y encañonaban mal las gorgueras o los volantes de las enaguas..." (Penrose, 165.)

Los castigos eran excesivos, crueles y sangrientos. Pero parecían justificados por el poder de la condesa. Cuando estas prácticas del poder dejaron de ser lícitas fue cuando se sospechó que detrás de las flagelaciones a las sirvientas habitaba el deseo y la lujuria.

Queda claro que el deseo hacia las mujeres era socialmente peor que el sadismo de la condesa. Sobre todo cuando éste comenzó a aplicarse sobre jóvenes

nobles y ya no sobre desamparadas campesinas. La bruja "Darvulia le enseñó a ver morir y el sentido de ver morir. La condesa, movida hasta entonces por el placer de hacer sufrir y de sangrar a sus sirvientas, se había escudado en la excusa de castigar alguna falta... Ahora, la sangre vertida lo era sólo en virtud de la sangre, y la muerte dada sólo en virtud de la muerte". (Penrose, 177.) "La primera vez que vio morir. E. sintió un poco de miedo y contempló el cadáver como quien no entiende... Más adelante se interesó por el tiempo que podía durar el proceso; y también por la duración del placer sexual, del placer brujo." (178)

Lo que en un principio parecía un castigo excesivo pero castigo "justificado" al fin, lo que era un privilegio de ama sobre la servidumbre, se transformó en una práctica placentera, excitante y lujuriosa. Y quienes colaboraron con la condesa para producir este cambio: las brujas, Darvulia y Majorova. Fueron precisamente las prácticas brujeriles las que la condenaron: Báthory había comenzado una frenética búsqueda del placer y eso era demasiado para la nobleza de medieval. El erotismo y la lujuria están cerca de la magia.

Ian Gibson, en un trabajo sobre los azotes en las escuelas y en la pornografía en la Inglaterra victoriana, explica que la práctica de azotar tiene naturaleza de rito. La práctica del castigo que aplicaba la condesa sobre los cuerpos desnudos y humillados era, tal como lo explica Gibson, "una ceremonia llevada a cabo con gran solemnidad, de acuerdo con un plan previamente trazado y donde, cualquier variación sería causa de pérdida de significado, de potencia o de eficacia". El rasgo característico de las prácticas sadomasoquistas son las relaciones de poder que reales o ficticias se aceptan para el "buen" desarrollo del rito. Por eso para la condesa hacer realidad sus fantasías era simple, ella tenía el poder y podía aplicarlo como mejor le pareciese. Las fantasías flagelatorias desde el siglo XIX hasta nuestros días se definen por ciertos elementos que se repiten una y otra vez. Todos ellos, casualmente, están contenidos en el ritual sangriento de la condesa: -quien propina los azotes en un rito de flagelación es generalmente una mujer que utiliza una vestimenta especial para encarnar su poder (aristocrática, de enfermera, o de institutriz); el rito de la flagelación es una especie de sacrificio (nada más claro en el caso de Báthory), generalmente es conceptualizado o vivido como un castigo por un delito; la práctica del ritual se realiza con espectadores: el sadomasoquismo tiene como premisa clave la participación de "voyeurs", "que jamás se apiadan de la víctima, y que a menudo expresan abiertamente su placer" (pensemos en las empleadas-cómplices de Báthory); la vergüenza y la humillación son contenidos claves del ritual de la flagelación: "la flagelación y el acto de desnudar son inseparables", el que la persona que propina los azotes vaya totalmente vestida, resalta la desnudez de la víctima". Los ritos de flagelación no aparecen

originalmente en el libro de Gibson como pornografía sino como prácticas socialmente aceptadas por parte de padres y maestros para ser aplicadas a los niños en las escuelas o por los sacerdotes a los fieles. Lo que explica Gibson es que este tipo de castigo (el azote con la vara de abedul) se rodeaba de este ritual y era algo de este ritual lo que excitaba al azotado. Descarto que también al azotador. No es de extrañar entonces que la condesa gozara con este espectáculo sangriento. Báthory era una sádica perfecta, se extasiaba observando las heridas y bañándose en la sangre de sus sirvas, ejercía el poder de sus fantasías más oscuras en la oscuridad de los sótanos del castillo, una oscuridad parecida a la del sueño solitario y placentero de quien esconde un deseo prohibido. La condesa completó sin saberlo, los requisitos de la flagelación pornográfica luego plasmados en la literatura de Sade, en *Historia de O*, en las novelas de Mandiargues y por supuesto en el cine porno.

Pero llevar a la realidad nuestras fantasías más sombrías puede convertirnos en insomnes asesinas.

Conclusiones

Aproximarse a la condesa sangrienta es una experiencia violenta y devastadora. Pensarla es atravesar un camino de espinas sobre un hilo muy fino. Pensarla es abandonarnos al peligro de justificarlo todo, es preguntarnos por los límites y los permisos. Es intentar delimitar con claridad absoluta la fantasía de la realidad.

Me propuse condenar la tortura como forma de placer del que la ejerce, aprovechándose de la condición del torturado; pero me propuse también rescatar la violencia en el sexo cuando ésta es compartida por todos/as los/as participantes del rito erótico. Reconozco de todas maneras, que la violencia siempre estremece, siempre asusta; pero la sexualidad también estremece y asusta.

Sin embargo, resulta conflictiva la cuestión de los límites: ¿cuándo la violencia sexual se transforma en crimen? El terreno de la fantasía individual, la que sólo es ensoñación masturbatoria pareciera ser el lugar del límite. Imaginar las crueldades más atroces en sueños que no se transforman en actos podría liberarnos del dolor propio y ajeno. De la condena social. De la condena cultural. (Siri Hustvedt, en su novela *La Venda* se pregunta por esto mismo: "Pero todos nos imaginamos cometiendo crímenes y no hay un castigo por tener fantasías. Klaus está lleno de ideas horribles. ¿Qué pasaría si él nunca hubiera llevado a cabo ninguna de ellas? ¿Lo hace eso menos perverso? Seguramente lo perverso consiste en algo más que el acto malo...")

Pero, cuándo se convierten los pensamientos en actos? ¿Cuándo los sueños de sadismo o crueldad se transforman en conductas cotidianas y hasta en rutina para los actores, permitiéndoles olvidar la "humanidad" de los demás seres humanos? Tal vez cuando se posee el poder, cuando se sospecha la impunidad más absoluta: cuando se es libre. Como Báthory.

"...la condesa Báthory alcanzó, más allá de todo límite, el último fondo del desenfreno. Ella es una prueba más de que la libertad absoluta de la criatura humana es horrible."

(Alejandra Pizarnik)

BIBLIOGRAFÍA

Carter, A., *La mujer sadiana*, Edhasa, Barcelona, 1981.
Gibson, Ian, *El vicio inglés*, Planeta, Madrid, 1980.
Hustvedt, Siri, *La Venda*, Norma, Bogotá, 1994.
Monzón, I., *Báthory, Feminaria*, Buenos Aires, 1994.
Penrose, V., *La condesa sangrienta*, Siruela, Madrid, 1987.
Pizarnik, A., "La condesa sangrienta", en *Con V de Vian*, s/f.
Yourcenar, M., *El tiempo, gran escultor*, Alfaguara, Madrid, 1993.

ROBERT MUSIL Y LA CRISIS DEL REINO DE KAKANIA

Enrique Mari



I - VIENA ENTRE LAS LUCES Y LAS SOMBRAS

A comienzos de nuestro siglo, Viena se constituyó en el epicentro de un asombroso movimiento cultural irradiado a los diversos países que integraban el Imperio Austro-Húngaro y a otras regiones del mundo. El alcance y la significación de este movimiento sólo podrían compararse, quizá, con los que antes y no mucho después de la década de los sesenta iluminaron a la ciudad de París: el surrealismo de Aragón, los aportes externos de Tristan Tzara, el redescubrimiento de Lautremont, los trabajos de André Breton, Antonin Artaud y Paul Eluard. La filosofía de Sartre y la nueva generación de Claude Lévy-Strauss, Louis Althusser, Jacques Lacan y Michel Foucault.

Hablar de Viena en esos tiempos es hablar, como lo hacen excelentes textos de Janik y Toulmin y, entre nosotros, Nicolás Casullo, de los tiempos alegres y despreocupados de los valeses y las operetas de Strauss, a orillas del *Danubio Azul*. Es evocar las horas doradas de la belle époque. Añorar las charlas en los cafés, los paseos en el Prater y en el Wiener Wald. Es recordar las fiestas imperiales en los Palacios de Invierno, de Belvedere y de Schönbrunn. La distinción para los actores, permitiéndoles olvidar la "humanidad" de los demás seres humanos? Tal vez cuando se posee el poder, cuando se sospecha la impunidad más absoluta: cuando se es libre. Como Báthory.

Escritores, artistas, filósofos, científicos, contribuyeron a este brillo intelectual, originado en distintas esferas: La escritura y la dramaturgia de Hugo von Hofmannsthal y Stefan Zweig, la música de Gustav Mahler, Bruno Walter y Arnold Schönberg, la arquitectura de Loos, la psiquiatría de Krafft Ebbing, no menos que la ciencia médica de Joseph Skoda. En la ciencia y la filosofía, el Círculo de Viena de Rudolf Carnap y Otto Neurath, el Tractatus de L. Wittgenstein y la obra de Karl R. Popper ampliaban los horizontes. El empirismo de Mach había influido directa o indirectamente en estas corrientes y recibido, a su turno, la peculiar y dura crítica de Lenin en *Materialismo y Empiricriticismo*, referida básicamente a su discípulo, el camarada Bogdanov.

En la teoría del derecho es la hora del jurista del siglo, Hans Kelsen, atento conocedor de la obra de Sigmund Freud, quien comienza a despertar ahora, 50 años más tarde, el interés de sus seguidores. En cuanto al mismo Freud, ya lo sabemos: construye meticolosamente, junto con las de Copérnico y Marx, una de las injurias más grandes al narcisismo del hombre: el psicoanálisis. El psicoanálisis, es decir, algo de lo que no es posible descreer por su extensión e ininteligibilidad, como rezaba la ironía del monstruo del periodismo vienés, Karl Kraus con su *Die Fackel* (La Antorcha) a cuestas. No en vano Kraus, agudo crítico de su sociedad, escribirá en *Proverbios y Paradojas*: "Rara vez fui querido; odiado siem-

pre". Y cómo no había de serlo, especialmente por los poderosos, dada su constante lucha contra el poder, sus alegatos antibelicistas de *Los últimos días de la humanidad*, y su pesimismo cáustico, expresado en proverbios como éste: "Man muss oft nachdenken, worüber man sich freut; aber man weiss immer, worüber man traurig ist" ("Ante todo debemos a menudo reflexionar de qué nos alegramos; pero se sabe siempre qué nos entristece.")

Ahora bien, toda enumeración, es casi siempre incompleta e injusta. ¿Es posible, por ejemplo, olvidar a Robert Roth, habitante en la ficción y en su existencia anímica, de la trama siniestra de su texto *El Hotel Savoy*, prisión y palacio al mismo tiempo? Roth, el pasajero del Transseuropa Express, quien llega a Moscú en el preciso instante en que Stalin expulsa a Trotski del Politburó, a Kameniev y a Sinoviev. Bebedor católico y autor de *Judíos Errantes*. Parroquiano del café Herrendorf, donde solía encontrar a Robert Musil y a Milena, la amiga de Kafka y quien, cuando junto a otros redactores de *Die Stunde* advertía ciertas presencias no se privaba de sumarse a las burlas de Karl Kraus, afirmando: "Ahora hay que tener mucho cuidado, no te conviene hablar en voz alta. Llegaron los discípulos del Padre confesor de las millonarias históricas de Viena, su Reverencia Herr Professor Sigmund Freud". Un nómada urbano, un ambulante en fin, quien a la manera de su personaje de *La Leyenda del Santo Bebedor*, abandona la vida creyendo los milagros que producían sus noches de Perno.

¿Es posible no recordar a Elías Canetti, preocupado por el habla a un grado tal que consideraba que un hombre se define por las lenguas que domina y los seres humanos cuyas voces ha oído, justificando así, en *La Provincia del Hombre*, su preferencia por el alemán: "La lengua alemana será mi lengua espiritual porque soy judío. Quiero conservar en mí en tanto que judío, lo que queda de un país devastado en todos los sentidos posibles"? Un Canetti abierto al "juego de los oídos", afectado en sus sentimientos por las palabras checas que lo ponían en contacto con el idioma búlgaro de su primera infancia; que veneraba a Karl Kraus y prefería, por sobre Thomas Mann, los intentos de Musil de reedificar Austria con su escritura. Un Canetti quien, en su posfacio a *Auto de Fe* no ahorra sus críticas a Viena: "(En Berlín) Todo era posible, todo sucedía; la Viena de Freud, en la que se hablaba de tantas cosas, resultaba de una inoportunidad comparada con Berlín. Nunca había tenido antes la impresión de estar tan cerca del mundo en cada una de sus zonas; y aquel mundo que no logré dominar en tres meses me parecía un mundo de alienados". Este mundo de alienados era para Canetti la libertad que vivía en Berlín, comparada al mojigato e hipócrita puritanismo, sobre todo en materia sexual, de la ciudad de Viena. La ciudad del Imperio, donde la mayoría de las cosas que tenían éxito valían muy poco y, por contraste, las cosas realmente importantes como las obras de Werg y Webern, quedaban marginadas, a espaldas de la opinión pública y despreciadas por ésta.

Cómo dejar de lado los trabajos de Max Adler, Rudolf Hilferding y Otto Bauer del auto-marxismo en pugna con lo que consideraban el marxismo vulgar. Y, por último, cómo no dar ingreso a la obra de Robert Musil, operante en este amplio contexto descripto del movimiento cultural de Viena.

Lo que ocurre es que para examinar a Musil, y cumplir los fines que nos asignamos, tenemos que pasar a otro territorio muy distinto. Debemos abandonar la maravillosa *imago mundi* de las luces de Viena, para ingresar en el lodo de sus sombras. Debemos explicar por qué Musil pobló sus libros con un universo de imágenes y palabras que se disolvían como una duna en el desierto. Puesto que lo que se disolvía, en realidad, lo que se deshacía como una madeja que perdía sus hebras, era el cénit de una ciudad y un Imperio, el de Francisco José, sumido en la más profunda crisis.

Para Musil, en efecto, el brillo del pensamiento y el arte de Viena no era sino la contrapartida de esa crisis moral y existencial que nadie supo denunciar como él. Ya que en la denuncia no sólo está el contenido de lo que se denuncia, sino el modo de denunciarlo. El modo de descifrar una sociedad, especialmente en *Der Mann Ohne Eigenschaften* (El hombre sin atributos) inacabado e inacabable registro, por definición, de escritura y de su propia vida, donde al hombre sólo le quedaba un conteo de particularidades sin centro, donde el hiperindividualismo, así lo dice, había sido incapaz de producir un solo individuo, y la única posibilidad de asociarse y de ligarse era hacerlo con lo disociable y desligado.

En una palabra, para hablar de Musil hay que poner en pie el tornasolado espacio que va de las luces a las sombras, hay que pasar del esplendor cultural a la trastienda social, al momento en que las borrascas anuncian el eclipse inevitable, la adversidad y, sobre todo, la desgracia política.

II - VIENA Y LA DECADENCIA POLÍTICA Y SOCIAL

Hace algo menos de una década tuve oportunidad de formular en un artículo (*Clarín* 9-10-86), un breve inventario de estas condiciones políticas y sociales. Los elementos históricos de mayor incidencia fueron dos. El estallido de la Primera Guerra Mundial, al señalar la caída de los Habsburgos, la desintegración y la balcanización del Imperio, fue el primero. (Es bueno, o no tan bueno, recordar al margen, que uno de nuestros escritores, Jorge Abelardo Ramos, quien terminara su carrera política en forma deplorable, se basó en estos episodios para acuñar la palabra "balcanes", "balcanización", aludiendo con ellas a la desintegración del Virreinato del Río de la Plata.) Que este episodio de la desintegración tuviera sus remotos orígenes en el fracaso de la política de equilibrio de Klemens Fürst von Metternich jugada en el climax del Congreso de Viena de 1815, y en la derrota de su propósito de asegurar el predominio de Austria, constituyendo bajo su liderazgo dos Confederaciones, una germánica y otra italiana. No menos que en el descredito de los títulos que se autoasignaba como "padre confesor de los gabinetes" o "médico de los gobiernos enfermos en el mundo entero", al demostrarse la inoperancia de su suprema fórmula de sabiduría de que, en Europa, sólo el balance del poder garantizaría la paz internacional. O que, más allá del trazado del mapa europeo, haya que buscarlo el 28 de junio de 1914 con el asesinato, en las hoy nuevamente ensangrentadas calles de Sarajevo, del Archiduque Francisco Fernando y su mujer por el estudiante bosnio Princip, o en la miope estrategia auto-húngara de declarar la guerra a Serbia arrastrando a Europa al conflicto mundial, nada cambia el curso de la historia. El Imperio de Francisco José, largamente estable se desmoronó repentinamente como un castillo de arena. No es difícil conjeturar el cúmulo de inestabilidades que esto produjo en la red de relaciones entre el poder y la sociedad austríaca, y su impacto en una intelectualidad ya jaqueada profundamente.

Pero el segundo momento histórico tiene referencias más contemporáneas, perversas y ominosas. Se relaciona con una fecha y con un nombre. La fecha, un día de abril de 1899 cuando en una pequeña localidad del Imperio, Branau am Im, nace Adolfo Hitler. Hitler, el nombre de quien dependerá la amarga suerte de millones de seres humanos en nuestro siglo. Hitler, el hombre que percibe al mundo como una cuba de muertes, de torturas y de venganzas políticas, y siente identificar su destino para reglar cuentas, en su peculiar modo de pronunciar más fuerte las erres del idioma alemán.

Precisamente un grupo de sus partidarios anticipa una de estas muertes al terminar a tiros de revólver con la vida del Canciller Dolfuss, haciendo notorio a todos que se está desarrollando un proceso. El proceso de la creciente influencia del nazismo en Austria en el período de entreguerras y aun antes, con sus consecuencias: el agudo antisemitismo, el nacionalismo fanático, la búsqueda de "responsables" por el derrumbe del mercado de valores, el resentimiento por el espacio que ocupaban los judíos en la esfera comercial, el intelecto, las profesiones liberales e incluso su reducida participación en la administración civil. Este proceso ya se había iniciado unos años antes con

el ingreso de las tropas en Linz y el Anschluss, la aneación de Austria al Reich alemán. Es éste el clima de la cuba, el clima que termina con la violencia desatada y en que se "incuba" la siniestra Solución Final Nazi.

Las consecuencias de este clima y este proceso se deducen por sí mismas. Los intelectuales no quieren correr la suerte de Moritz Schlick, jefe de fila de Wiener Kreiss, asesinado por un estudiante psicópata nazi en plena clase, y en gran número abandonan Viena y se dispersan por el mundo.

Algunos miembros del Círculo de Viena como Rudolf Carnap, *Der rote Professor*, Feigl, Zisel, Gödel el famoso autor del teorema de la incompletitud de los sistemas lógicos, van a seguir su obra académica a los EE.UU., opción asimismo de Hans Kelsen para continuar su obra jurídica. En Inglaterra ya estaba instalado mucho tiempo antes de estos acontecimientos L. Wittgenstein, y a ella se dirige Karl R. Popper, previo paso por Nueva Zelanda.

En cuanto a Freud, el judío sin Dios, viejo y enfermo, consigue autorización de la Gestapo para trasladarse a Londres en 1938 con pedidos de Roosevelt y, al parecer, del mismo Duce a quien Hitler le estaba reconocido por haberle dado carta blanca para invadir Austria. Fallece en septiembre de 1939, aquí donde otro refugiado, Stefan Zweig, pronuncia un discurso fúnebre en el cementerio de Golders Green. Canetti prosigue su literatura en Zürich, y Buenos Aires recibe a un miembro del Círculo, L.A. Lindemann.

En cuanto a Robert Musil, nacido en Bro, territorio del Imperio, muere exiliado en Suiza en 1942.

No fue intrínsecamente católico aunque sí bautizado, malquistándose como muchos intelectuales austríacos con el catolicismo romano. En parte de su vida desarrolló un intenso antiestatismo, incluso anarquismo, que compartió con otros de su generación. Huellas perceptibles de esto se encuentran en su ensayo de 1912, *El espíritu religioso, modernismo y metafísica*, un texto en el que la palabra modernismo no se refiere a lo literario sino al modernismo católico de las décadas posteriores al Papa León XIII, con su *Reverendissimo*. En este ensayo expresó también su convicción sobre la impotencia de la Iglesia en "el enorme y todavía no cancelado valor de su propia insensatez".

La crítica al Estado y a la Iglesia del joven Musil, se extiende de inmediato a la racionalidad de la clase media, sobre la que escribe: "La racionalidad de la clase media que ha sido apropiada por el Estado — desafortunadamente y con mucho la misma racionalidad de la Iglesia — es en sus manifestaciones una racionalidad simple, sobria o, en sus propias palabras, racionalidad económica. Abandona el fundamento seguro de la experiencia ordinaria de mala gana e incluso en las más osadas de sus hipótesis, sólo va hasta donde resulta absolutamente necesario para alejarse una comprehensiva mirada general. Es una cautelosa y, no se podría objetar, cobardo racionalidad: lo que más valora es su propia seguridad".

El anarquismo de Musil fue llamado a veces anarquismo conservativo. Una útil tarea pendiente sería compararlo puntualmente con las opiniones spencerianas y anarquistas de Jorge L. Borges. Pero Musil escribió también que el socialismo era el mejor sistema para la sociedad. Una cavilación nada pueril, si pensamos que se instaló en la mente de un hombre cuyo apellido está precedido por "von", perteneciente a una familia acomodada, con un padre profesor de ingeniería mecánica ennoblecido por el Emperador. Y, sobre todo, si se piensa que Musil siguió la carrera militar durante cinco años en la Escuela Militar de Eisenstadt, luego en Mährisch-Weiskirchen y, finalmente, en la Academia Técnica Militar de Viena.

Su paso por la segunda escuela le sirvió para extraer material para su primera novela, *Las tribulaciones del estudiante Törless*, con mucho éxito y premiada. Presenta dos personajes del Instituto, uno maquiavélico, Reiting, quien "Contaba con golpes de Estado y una política de largo alcance y, por ello, quería convertirse en militar". El otro, Beineberg, con aspecto de murciélago, ambicioso, de temperamento vivo e irritable, personaje sobre los que Musil anota luego en sus Diarios esta reflexión tan actual: "¿Llamamos nosotros a pensar, por aquel entonces, que el oficial putchista se convertiría en figura típica de dirigente en el mundo?". En modernos dictadores con su masa a subyugar.

En toda la novela pervive a los institutos militares co-

mo una serie de reducciones espaciales que van circulando del mundo exterior (las vías del tren perdidas al infinito) a la ciudad minúscula, de ésta al instituto insignificante, del instituto a un cuarto cerrado, de este cuarto cerrado a otro cuarto, esta vez interior, el de Törless, el personaje principal, frente a su soledad. Törless, un nombre mitad alemán, mitad inglés (sin puertas). Törless, nómada, morada cerrada, que sienta cómo su cuerpo se va feminizando a medida que se hacía hombre, encajado en una historia ambigua de sensualidad sadomasoquista.

Lo cierto es que, alrededor de Törless, Musil expresa el mismo grito de libertad que diera Schiller al componer *Los Bandidos* en torno al tiránico regimiento de Stuttgart, o Kleist al abandonar el Instituto de Branderburgo para dedicarse a la ciencia y la literatura. Es esta última precisamente la que elige Musil, pues no sólo abandona la carrera militar sino también la de ingeniero y científico, concentrándose en su obra de escritor con lo que muere, con toda obviedad, en la pobreza.

El plus que producen estos abandonos, especialmente el de la carrera de científico, deteriora sus relaciones con un padre que se siente por demás frustrado por las elecciones de su hijo.

Ahora bien; es este el momento de considerar lo que hemos dejado hasta aquí vacante. El hombre sin atributos, su desmesurada obra en la que trabajó cuarenta años, todo un período de vida, y de la que no obtuvo el reconocimiento que deseaba. Es la novela de un hombre, Ulrich, que no quiere cristalizarse, ni permanecer estable, punto de sostén para una impresión crítica a la Monarquía de Dos Cabezas, al Wiener System que le tocó padecer, crítica extensible más allá del ámbito local, a la crisis de la burguesía que no cesa de actualizarse y aumentar en el correr del tiempo.

Ulrich, secretario honorífico de la Acción Paralela, de continuo parloteo, donde se hablaba de la paz y de la hermandad entre los hombres (húngaros, bohemios, moravios, galizianos, polacos, croatas, checos, transilvanos, italianos) mientras se preparaba la guerra. Donde un austríaco no era un simple austríaco sino un ciudadano de la Monarquía Dual (austríacos más húngaros) pero que como auténtico se obtenía de la curiosa suma/resta de "un austríaco más un húngaro menos ese húngaro".

Ironía permanente que se juega en el texto relativo a un Imperio que no se ha hundido por los ciudadanos inmorales sino por los morales. La ironía, ese género de intercambio entre frialdad y sentimiento, como lo define *El libro que vendrá*, de Maurice Blanchot, quien agrega: "La ironía de Musil es la luz fría que invisiblemente, cambia de vez en cuando la iluminación del libro, sobre todo en la primera parte (recordemos sus tres volúmenes y unos veinte capítulos sin publicar) y, aunque muchas veces indistinta, no nos deja reposar en la distinción de un sentido preciso u otorgado por adelantado... Pero aquí la ironía es uno de los centros de la obra, es la relación del escritor y del hombre consigo mismo, relación que no se produce sino en la ausencia de cualquier relación y con el rechazo de ser alguien para los demás y algo para sí mismo. Es un don profético y un principio metódico. Si se buscara esa ironía en las palabras, difícilmente se encontraría, o bien estaría a punto de corromperse en dardos satíricos. Allí donde mejor se ve es en la composición del libro; está en determinadas situaciones, en su reversión, en el hecho de que los pensamientos más serios y los movimientos más auténticos del héroe, Ulrich, siempre se repiten en otros personajes bajo una forma lamentable o risible".

En cuanto a la técnica de la ironía que emplea Musil, depende como el significado de las palabras en general, y lo mismo en el caso de las metáforas, de la determinación contextual, de una cierta expectativa de determinación, como lo observa Harold Weinrich en *El Lenguaje en Textos*, basándose justamente en un párrafo del libro de Musil que dice: "sehon Hund können Sie sich nicht vorstellen, das ist nur eine Anweisung auf bestimmte Hunde und Hundeeigenschaften". (Usted no puede representarse ni siquiera perro, esto es sólo una referencia a determinados perros y propiedades caninas). Pero al igual que en el caso de Verlaine, que trata Weinrich, en el de Musil la expectativa de determinación incorpora la sorpresa psíquica de los personajes, quedando esa expectativa defraudada. La determinación efectiva discurre "en una dirección contraria a la que era probable. La pa-

labra ciertamente quiere decir algo (tiene un modo significativo), pero esto no se halla en el ámbito que se presume. Para aclararlo en forma geométrica: lo que quiere decir determinado por el contexto no se encuentra dentro, sino fuera de la circunferencia del significado".

La ironía, esta reversión de lo serio en lo lamentable o risible, señala el desfiguramiento del espíritu de los personajes que un tramo cubierto, en realidad, por un desfiguramiento más profundo: el de la ciudad. El del sistema en su conjunto, como se suele decir en política. Conocemos la crisis que denuncia, nos ha convertido a todos en fisgones obligados en nuestro tiempo presente, muy presente, de sus aires en que fermentan injusticias, y corrupción. Vemos repetir personajes, actitudes, modelos de administración. Sabemos el nombre que le dio a esa crisis. La del reino de Kakania. Veamos, por fin sus elementos más incisivos.

III - EL REINO DE KAKANIA

El reino de Kakania, mejor dicho su crisis, es uno de los puntos de *El hombre sin atributos*, una de las novelas más extensas del género, con más de mil páginas el primer volumen publicado en 1930, más de seiscientos y cuatrocientos el segundo y el tercero respectivamente, además de los capítulos no publicados y que dieran lugar a unas veinte versiones.

Ya su título, *Der Mann Ohne Eigenschaften*, produjo la primera perplejidad y confusión entre traductores y críticos, sobre el modo de traducir del alemán el sustantivo *Eigenschaften* que, de acuerdo al diccionario Slaby-Grosman tiene (en singular) las siguientes acepciones: cualidad, facultad, propiedad, naturaleza, condición, virtud, atributo. La versión inglesa adopta "cualidades" (*The Man without qualities*; A Perigge Book), lo mismo que el texto Robert Musil. *Precision and Soul*, recopilación de ensayos y discursos, editados y traducidos por Burton Pike y David S. Luft, Chicago Press.

En el estudio que le dedica Blanchot, antes citado, se inclina por *El hombre sin particularidades*, y da cuenta de las dificultades de esta manera: "Ese título pasa difícilmente a nuestra lengua (alude a todo idioma latino). Philippe Jacottet, traductor tan exacto como excelente escritor y poeta, midió cuidadosamente el pro y el contra. Gidel, graciosamente, proponía un título gideano: *El hombre disponible*. La revista *Mesures* propuso de manera sutil, *El hombre sin caracteres*. Creo que hubiese retenido la traducción más simple, más próxima al alemán y más natural en francés: *El hombre sin particularidades*. La expresión 'El hombre sin cualidades', aunque de uso elegante, ofrece el inconveniente de no tener sentido inmediato y de hacer perder la idea de que el hombre en referencia no posee propiedad alguna: ni cualidades ni tampoco sustancia". En una nota al pie de página agrega "No tiene sentido inmediato porque la voz francesa 'qualité', es, a la vez, calidad y cualidad. En esto el castellano es más preciso".

La traducción española de la primera parte tiene el título *El hombre sin atributos*, lo mismo que el prefacio de Nicolás Casullo a *La Remoción de lo Moderno* (Nueva Visión) y los artículos sobre Musil de Claudio y Jean-Francois Peyret, allí contenidos. Traducción que reproducen Janik y Toulmin en *La Viena de Wittgenstein* y Massimo Cacciari en *Crisis*. Por su lado, Pedro M. Devosa da como versión *El hombre sin características* en Robert Musil y la crisis del Arte (Tecnos). Finalmente Paul Laurent Assoun, se inclina, en su libro *Robert Musil. Para una evaluación de las doctrinas de Mach*, por "cualidades" (*qualités*), desatendiendo así la opinión de Blanchot. Esta discusión no es simple ni banal, porque detrás de ella lo que se pone en juego es toda la problemática del vínculo entre el profesor de filosofía de la ciencia de Viena y Musil, y el conocimiento del grado y medida en que las tesis y su mismo vocabulario influyeron y están presentes en la novela de Musil. En este sentido, ninguna obra como la de Assoun ha estudiado esta cuestión con más rigurosidad y precisión. La fluctuación entre lo científico y lo literario fue una constante en Musil, lo que explica, al pasar, por qué el libro que citáramos antes de Pike y Luft agrega en su título a *Robert Musil, Precision and Soul*; precisión en lo científico, *soul*, espíritu, en lo literario, esferas puestas siempre en nexo.

Mach había sido profesor de *Historia y teoría de las*

ciencias inductivas en Viena en 1895, donde se mantuvo hasta 1897 víctima en este año de un ataque de apoplejía, que lo dejara parcialmente paralítico. Profesor emérito, se convirtió en una institución del pensamiento científico con sus libros *Tratado de las sensaciones, Conocimiento y Error, y Desarrollo histórico-crítico de la mecánica*. Sus posiciones abiertamente antimetafísicas fijan las pautas empiristas, sensacionistas del Círculo de Viena. Para Mach el concepto de sustancia es un concepto abiertamente metafísico del que el científico debe apartarse, y los conceptos de cosa y Yo, son ficciones provisionarias que no existen en forma aislada. En *Análisis de las sensaciones* afirma que el hábito práctico de designar con un nombre lo estable y reunir en un concepto las partes constitutivas puede llegar a entrar en una contradicción característica con el intento de aislar esas partes.

La cosa, el cuerpo, la materia, no son nada fuera del conjunto de sus elementos, a saber los colores, los sonidos, etc., es decir lo que llamamos notas, atributos. "Los colores, los sonidos, el calor, la presión, el espacio, el tiempo, etc., se presentan combinados en variadísimas formas, y a ellos van ligados estados de ánimo, sentimientos y voliciones. De este tejido compuesto, los elementos más firmes y estables, se destacan, se graban en la memoria y se expresan por medio del lenguaje. Pero tales complejos distan mucho de ser absolutamente estables". Mach, en consecuencia, es un abierto antimetafísico y antisustancialista. Lo que llamamos Yo no es sino un complejo de sensaciones y los cuerpos, como todas las llamadas cosas son, a su vez, complejos de sensaciones que no existen fuera de éstas. Las sensaciones son de muy diverso carácter. No sólo las hay de color, sabor, sino temporales, espaciales y toda clase de afecciones (placer, dolor).

La sustancia es sustituida, pues, por todo este conjunto de atributos, nombre que designa a los caracteres o cualidades "complejo de sensaciones".

En cuanto a Musil, que había estudiado en Berlín desde 1903 filosofía y psicología, presentó en 1908 una tesis sobre Mach durante el rectorado de Carlos Stumpf que mereció la calificación de laudable, con el título *Para una evaluación de las doctrinas de Mach*, obteniendo el doctorado, y conteniendo diversos aspectos críticos de la obra machiana. Su texto se encuentra incluido en el libro de Assoun. Lo que pone de relieve la tesis y el análisis de Assoun es que, reducido todo a los atributos, a las cualidades, corresponde en la escritura literaria ver que pasa con el Yo insalvable, cuando éste se convierte en un puro Sujeto sin cualidades.

Musil se ve asociado a la crisis del paradigma científico, del que Mach es el oscuro predecesor. En su novela escribe: "En ciencia, hace ya tiempo que se ha renunciado a la búsqueda de causas o, al menos, se lo ha relegado a la retaguardia para reemplazarlo por la observación de las funciones"; recuerdo por el escritor de lo que aprendiera como estudiante. Lo que cuenta en la instancia literaria es lo que le adviene al sujeto, cuando él percibe la no-cualidad a la que se ve reducido: una humanidad de hombres sin

atributos, sin cualidades. Como en el dominio de la ciencia, "Todo ocurre con la misma fuerza, la misma soberanía, la misma magnificencia de los cuentos". Lo que le enseña Mach no es que la ciencia se convierta en un cuento, sino una consecuencia más extrema: la ciencia se escribe como el cuento más real. En su dominio, y en el de la vida, sólo resta lo posible. Un conjunto de proliferaciones sin centro. Toda instancia de calificación se pierde; sólo queda la posibilidad de variar indefinidamente. *Das ich ist unrettbar* (el Yo es insalvable). Resta, como lo afirmara, un hiperindividualismo incapaz de producir un solo individuo.

El hombre sin atributos, o *el Hombre sin cualidades*, es por ello la mejor traducción pues expresa las enseñanzas que Musil recogiera de Mach insertas en su novela. Estas se hacen presentes una y otra vez. Por ejemplo, en el apartado 88, "De la asociación con las Grandes Cosas", donde se lee: "...Afuera, la gran hora, la hora profunda, impregnada de sol, recubre el mundo entero, hasta en sus menores hojas y venillas de un lecho de plata galvánico; pero en el otro extremo, en el extremo personal del mundo se hace sentir una cierta falta íntima de sustancia, se diría que allí se forma un inmenso 0 redondo y vacío". Muerte del absoluto y des-sustancialización activa del sujeto. La crítica científica de la sustancia se convierte en la novela en la crítica a la no-cualidad, al hombre sin atributos. Es este real humano que opera en un mundo, el de Kakania, donde se pierde toda instancia de calificación. Pero ese mundo es real y, sí existe el sentido de la realidad, debe existir el sentido de la posibilidad. La disolución del mundo de Kakania, de sus cualidades, libera lo posible. Sobre el hombre sin atributos flota un Dios posibilista: "Dios mismo prefiere sin dudas hablar de su creación en potencial... pues Dios crea el mundo pensando que podría muy bien ser completamente diferente".

El Reino donde están los hombres sin atributos es, pues, el Reino de Kakania. En el capítulo 8 de la novela, que tiene precisamente el nombre de Kakania, Musil explica su nombre. Kakania es el imperio austro-húngaro, el de las dos coronas. Por ejemplo fue, dado que se desvaneció, kaiserlich-königlich (Imperial-Real) y fue kaiserlich und königlich (Imperial y Real). "Una de las dos abreviaciones k.k. o k&k se aplicó a cada cosa y persona, pero no tan esotérico saber popular fue sin embargo requerido a fin de distinguir qué instituciones y personas eran referidas como k.k. y cuáles como k&k. En el papel se menciona a sí misma como la Monarquía Austro-Húngara, pero en el habla nos referimos a ella como Austria, es decir por el hombre que tenía como Estado, solemnemente renunciado bajo juramento, pero preservado como sentimiento en todo sentido, signo de que los sentimientos son tan importantes como el derecho constitucional y que las regulaciones no son cosas realmente serias en la vida".

Constituido, sin embargo, por hombres sin atributos, no sólo Ulrich, sino cada uno de los cuales, como Arnheim, exitoso de negocios, gran comerciante e intelectual, cuya fama se esfuma "tan pronto como uno trata con sus portadores, y cuyos actos estaban siempre a distancia de sus ideas, morales, religiosas y filosóficas. Moosgruber el criminal sexual, Walter pose de artista, dotado y brillante, quien no hacía nada pese a su genialidad. Clarisse, con su sentimiento íntimo de ser una víctima del destino. Y, por supuesto Agata, la hermana de Ulrich olvidada desde su infancia, con quien sostiene una pasión místico-incestuosa, peligrosa aventura que da a Musil la oportunidad de volcar en su novela una de las mejores escenas de la literatura en este tema, sólo comparable, quizá, en la poesía, al mejor Baudelaire de *Les Fleurs du Mal*. Personajes, todos ellos, magníficamente retratados en sus respectivas tramas.

Pero hay algo en la palabra que tiene otras resonancias distintas que kaiserlich-königlich, procedentes de su crisis. La crisis de Kakania.

Una crisis que fija un nexo psicológico entre Kakania y hedon. Digámoslo resueltamente: Scheisse es la dura palabra en alemán. En castellano se puede traducir en forma suave, pero con plena cacofonía acústica: Kakania/kaka/Kakania/caca. Aroma de bajo perfil en el sistema de la burguesía aristocrática de k.k. o k&k, que ninguna muralla pudo detener ni en el espacio, ni en el tiempo. Sólo el lenguaje de Musil pudo lograr que los hombres, tanto los que perdieron sus cualidades como a los que nos dejaron sin ellas, tuviéramos

la sensación física y la ilusión espiritual de respirar otros aires, como maravilla de su estética, su denuncia, su sátira.

Toda la novela es el recipiente de esta denuncia y esta sátira, y se venía anunciando en otros trabajos de Musil. Por ejemplo, en el escrito que muy tempranamente escribiera en 1912, y que llamó *Política en Austria*. Veamos algunas de sus consideraciones, muchos años antes de *Der Mann ohne Eigenschaften*.

El Imperio, lo vimos, estaba constituido por un gran número de nacionalidades y, aunque tema genuino en sí, pronto se convirtió en modos muy parciales de ser captado por la gente y, finalmente, en una cuestión de conveniencia, y de fingimiento. Estas evasiones no se limitaron a esta cuestión, que desde tiempo atrás había dejado de ser una cuestión seria. Se actuaba a su respecto, a la manera de "frívolos amantes que están constantemente superando separaciones y obstáculos, porque presienten que en el momento en que esos obstáculos queden de lado no sabrán qué hacer el uno con el otro".

Tanto en la política, como en la vida privada, lo que ocurría era esto: una curiosa mezcla entre dos fenómenos que ninguna compatibilidad o armonía conservan entre sí; la frivolidad y la pasión. Mucho se ha discutido acerca de la pasión, que en sí misma y con determinados controles, no es susceptible de reproche. En el *Timeo*, Platón atribuía a la parte mortal del alma, la que anima el cuerpo, pujantes e imperiosas pasiones. El placer, el más grande incentivo del mal, en su mirada. El dolor aumenta el bien. La audacia y el temor aconsejan irreflexivos. En el *Filebo*, cambia de opinión y coloca al placer como parte integrante de la felicidad de vivir. Aristóteles plantea su valor ético a condición de que se respete la "justa medida" en que reside la virtud, y no una liberación completa de las pasiones. En la época moderna Descartes las considera como percepciones, sentimientos o emociones que relaciona al alma. En alemán existen dos palabras para mencionarlas, *Affect* y *Leidenschaft*. Kant las distingue por su fijez y duración. La primera, un ejemplo la cólera, es "una sorpresa de la vida sentimental" que compara a un golpe de sangre o a la ebriedad. Mientras que la segunda (*Leidenschaft*), ejemplo el odio, es un apetito habitual dominante. Pero Kant no logró evitar que el elogio de las pasiones se expresara también en alemán. J.F. Abel, el maestro de Schiller, siguiendo a Helvetius lo formuló de esta manera. "Sin pasión, jamás se hubiera logrado nada grande, nada célebre jamás, un gran pensamiento hubiera visto la luz del día." La fórmula tuvo su eco en Herder, en Fichte, en el mismo Hegel, en Kierkegaard. La dicción fuerte de las erres, en alemán, le hicieron pensar a Hitler, en *Mein Kampf*, que ninguna conmoción, ninguna turbación grande en este mundo se podía lograr sin la fuerza de pasiones fanáticas, "incluso histéricas."

Pero, en el Reino de Kakania, había un uso de las pasiones propio de los hombres sin atributos, completamente diferente de los cuadros del afecto, el amor y el odio. Eran, nos dice Musil, un pretexto. Un mero pretexto para ocultar el vacío de su vida interior, que los hacía tambalearse como si fueran portadores de estómagos de ebrios. "Hay pocos países en que la política se persiga tan apasionadamente como aquí, y ninguno en el que la política, tan apasionadamente perseguida, permanezca como un affaire tan indiferente: *Leidenschaft wie Vorwand, Scheingrund*." Pasión como pretexto.

La frivolidad y la pasión como pretexto eran, pues, dos elementos básicos que señalaban a fuego la crisis del Reino de Kakania, que no están ausentes, como es fácil comprobar en nuestra propia crisis, la crisis que ha dejado a los hombres en nuestras fronteras y más allá de ellas, sin cualidades, sin atributos. Pero hay más: la gente hace dinero con la política, y en el grupo que lo hace, "se cierran respectivamente los oídos uno a otro". Todo es convención, todo un juego de acuerdos. "El miedo que experimentamos, el poder que se ejerce, el honor que se asigna a uno mismo, a despecho del hecho de que en todas las relaciones son genuinos y mirados comúnmente como importantes y completamente auténticos, permanecen insinceros en nuestro propio espíritu, fantasmales; queridos y respetados, pero no sentidos."

Los valores se juegan en un plano de hipocresía. Se los toma seriamente al extremo de empobrecerse uno por ellos; sin embargo parece que arreglar la vida de uno de esa forma y hasta ese punto, para nada signifi-



ca ni lo último, ni lo sumo. Nunca la acción define a los austriacos en estos niveles. "Su religiosidad no es creíble, ni su infantil lealtad al Emperador, ni sus ansiedades; detrás de esto esperan siempre algo. Tienen la pasiva fantasía de los espacios sin llenar y, diligentemente conceden a una persona todo, menos sus reclamos." En cuanto a los alemanes, por el otro lado, "permanecen en relación con sus ideales, como esas insufribles viudas pegoteadas a sus maridos como húmedo traje de baño".

Cuando un huracán barre con los ministerios, los ministros caen como diestros gimnastas, pero cuando se calma la tormenta sus sucesores se repiten en las mismas posiciones con cambios menores que los expertos aseguran satisfactorios, pero que quedan incomprendibles para el resto.

Las situaciones políticas desafortunadas tienen su base en condiciones culturales: la política no tiene fines o propósitos humanos, sino sólo austriacos.

El instrumento de la social democracia no es sólido. Existen contradicciones de todo tipo. Por ejemplo, la que se da en el giro intelectual de un pequeño grupo de gente que vive en forma parasitaria y, mientras por un lado rechazan el estado alemán mercantil, por el otro adoptan la probidad de la clase Junker con dos piernas enraizadas en la Biblia y dos en el suelo. Se trata esta última de una característica, de un rasgo con componentes o proyecciones más bien locales. Pero Musil nos narra acto seguido otros que parece colocar en el Reino de Kakania, en el Reino-de-la-pizza-con-champán; los peluqueros. Los peluqueros asisten a las casas más aristocráticas y comparan sus ideales con las damas, mientras realizan su trabajo. Adquieren así peso político y social. Musil relata el caso de uno, asistente de peluquero, que hubiera podido hacer carrera como poeta germano, si no hubiera cometido el desliz, después del coctel, de tomar "inadvertidamente" un abrigo de piel que no le correspondía. "En ese tiempo estuvo frecuentando las más aristocráticas casas y recitando sus poemas en los téis; la prensa burguesa podría por cierto no haber resistido mucho ese calígrafo del pelo manos largas, porque ser muy sensible es precisamente su debilidad."

En el Reino de Kakania falta la antítesis ideal entre burguesía y aristocracia: "Incluso allí donde esta antítesis se ha sólo expresado en una forma preliminar y distorsionada —en el círculo intelectual del liberalismo— ha sido temporariamente ocultada por la antítesis económica "proletario/propietario, aunque esta última es sólo una cortina de humo en el camino del mercado".

Musil no se limita a criticar la aristocracia y reserva la misma dureza para la burguesía. Precondición real de la cultura, ésta no cumple con su papel, debido a sus intereses comerciales. Está en mejores condiciones que la aristocracia por no crear familias que declinan rápidamente, no apegarse a la tradición, ni a ideales heredados, ni atenerse a una dura moral. Pero aprende cosas en el período en que tiene que aprender a caminar, y las abandona cuando interfieren en su ruta. Carece de grandeza, de prototipos, de gente fascinante y, por el contrario, pone aparte a la gente creativa. Frente a sus intereses propios, el largo espectro de la conciencia está habitualmente ausente.

Como observamos este escrito emana del joven Musil y preanuncia, **Der Mann ohne Eigenschaften**, en donde la sátira concierne a los más diversos personajes y los más variados acontecimientos. Ante la imposibilidad de una extensa referencia, de un abordaje multilateral puntual, abordaremos como instancia definitiva el capítulo 8, que lleva precisamente el nombre de Kakania.

Para introducirnos al Reino de Kakania, Musil comienza por construir, en su imaginación, una ciudad; la idea fija ha sido siempre un tipo de super-ciudad americana, que describe en forma brillante, con una perfección en que imaginación y realidad se recubren una a otra. El aire y la tierra forman una morada, un habitáculo atestado, con canales de tráfico que lo atraviesan como venas y pisos que se acumulan sobre pisos. Trenes elevados y bajo tierra, subterráneos, rápidos correos neumáticos transportando remesas de seres humanos, cadenas de vehículos a motor corriendo todos horizontalmente, rápidos elevadores verticales que mueven de arriba a abajo multitudes transportadas de un nivel del tráfico a otro. "En los puntos de conexión se brinca de un medio de transporte al otro, sorbido y arrebatado por el ritmo que hace una pausa,

una síncope, un pequeño intervalo de veinte segundos entre dos rugientes explosiones de velocidad, y en estos intervalos en el ritmo general se cambian pocas palabras con otros."

Nada mejor para definir la vida de una ciudad, una aldea o un pueblo, que hacerlo por su ritmo, por la velocidad de su vida. En la descripción de la Big City de Musil, el empleo de este recurso tiene sello propio. El sello con que traduce el ritmo, la fiebre, los segundos para cambiar palabras, y una menor cantidad de segundos para pensar. Entre las palabras que se intercambian hay preguntas y respuestas, pero ellas se exhiben como los dientes de una rueda.

Las distintas profesiones se ejercen en lugares definidos. De hecho no nos encontramos con una ciudad-panóptica, al estilo de Bentham. Más bien con una antipanóptica, sin ojo que vigila. Sin ojo que vigila porque la vigilancia está ya integrada, incluida, absorbida, forma una sola cosa, con el mismo ritmo. La vigilancia es el ritmo, porque la ciudad es el ritmo. Frente a frases como la muy conocida de Louis XIV "L'Etat c'est moi", la ciudad podría sugerir "El ritmo soy yo". Es decir, el tiempo soy yo. Pero no ese tiempo en que se hacen cosas, sino en que las cosas se deshacen, se disuelven, en puro ritmo, pura velocidad, puro movimiento. Cuando comes, comes en movimiento, dice Musil. A lo que podríamos agregar: cuando te permiten un café te lo sirven en tazas de plástico, para que las arrojés rápido al cesto, te apures y vuelvas al ritmo, al tiempo, a la velocidad, al movimiento.

Las diversiones están ubicadas, más bien concentradas, en otro lugar de la ciudad. Además está el shopping. El shopping, listo para saltar con sus uñas y monopolizarlo todo. Para qué ir al café si lo tienes "a plástico" en el shopping. Para qué ir al cine si está allí, listo para que a la salida te cruces rápido al café "a plástico" y no pierdas tiempo. Para qué ir a las diversiones si las tienes a un ojo, permitiendo al otro que mires los precios de las mercaderías que te incitan a comprar. Hazlo rápido, café, cine, diversión y compras, para cumplir con tu ritmo, tu tiempo, y puedas dejar taza, asiento, y stand a otro que ocupe tu lugar en el espacio en que entregas tus cualidades, tus atributos.

Aun en el caso en que las diversiones estén en otro lugar, hay allí, dice Musil, torres a las que uno retorna y encuentra mujer, familia, gramófono y alma. Tensión y recreo, actividad y amor, están meticulosamente pesados con fórmulas llegadas a este gran laboratorio del trabajo.

En la Big City las mesas están a corta distancia, pero la vida es corta también, y no hay que perder tiempo pensando y dudando, ya que si la felicidad está en juego, en este juego no entra lo que el hombre quiere. No se pierde energía comunal en designios personales. Lo que uno logra moldea el espíritu. Pero lo que se logra no es lo que se quiere. Lo que se quiere queda sin satisfacer. Hay que dejarlo caer, alejarlo simplemente.

Musil piensa que no es absolutamente seguro que en Kakania las cosas deban girar en la vía de la Big City, pero lo real es que sus imágenes conforman el cuadro de un espejo en que se refleja nuestro conocimiento, nuestra conciencia del nervioso y desasosegado movimiento al que somos conducidos. La realidad es que estamos en manos de la cosa. Viajamos en ella día y noche y hacemos todo lo demás también: nos afeitamos, comemos, hacemos el amor, cumplimos con nuestras obligaciones profesionales, como si las cuatro paredes siguieran allí levantadas, y lo pavoroso es que las paredes están viajando sin nuestro conocimiento, empujando los rieles adelante como ciegas antenas, sin que sepamos a donde va todo a parar. Musil describe así este efecto de estructura: "Y acerca de todo esto queremos pensar, de ser posible, que formamos parte de las fuerzas que controlan el tren de los eventos".

Cuando uno mira fuera de la ventana después de un largo intervalo, se observa que la escena ha cambiado. Lo que está flotando en el pasado, pudo ser de otra manera, pero para nuestra resignación se hizo conciente el insatisfactorio sentimiento de que hemos excedido nuestro destino o tomado por la línea equivocada. Hay un nostálgico anhelo de regresar al punto anterior al camino equivocado. A los viejos y buenos días, en que había un lugar como la Austria Imperial en que se podía abandonar el tren de los eventos y tomar el tren normal, en una línea de ferrocarril

normal y viajar de regreso a casa. Allí en Kakania, en este equivocado Estado, que desde entonces se ha desvanecido, que fue un modelo en muchas cosas, aunque no reconocido en todo, había desde luego velocidad pero no mucha, había coches circulando en los caminos, pero no muchos coches. Aquí y allá un barco era enviado a Sudamérica y al lejano Oriente, pero no muy a menudo. No existía la ambición de tener mercados mundiales, ni poder mundial.

Existía lujuria, pero no tan sofisticada como la francesa. Se hacía sport pero no en el estilo enloquecido de los ingleses, continúa Musil, mezclando ironía con nostalgia, nostalgia con crítica. La ironía está en pleno cuando alude al ejército: se gastaban tremendas sumas para su presupuesto, pero sólo lo justo para asegurarse permanecer como segundo entre los más débiles de los grandes poderes.

La administración del país era conducida por la mejor burocracia de Europa con cauteloso cuidado en los puntos claves, pero susceptible de ser acusada de un defecto: no se podía mirar como genio a una persona privada, a menos que fuese de alto nacimiento o designado por el Estado, como ostentación o, al menos, como presunción. ¿Pero quién correría de todos modos que personas descalificadas metieran baza?, pregunta con sorna. "Y además en Kakania sólo ocurría que un genio era siempre mirado como un patán pero nunca, como en otros lugares, que un patán fuese mirado como genio".

El sistema de gobierno era clerical, pero la actitud general de la vida liberal. Ante la ley todos los ciudadanos eran iguales, pero por supuesto no todos eran ciudadanos. Había un parlamento que hacía tan vigoroso uso de su libertad que, habitualmente, era cerrado. Entonces, es decir habitualmente, la corona manejaba las cosas con poderes y decretos de emergencia. Cuando se estaba cerca del absolutismo, "la corona" decía que ahora debía volverse al parlamento. En este contexto cada ser humano manifestaba su disgusto por los logros de los otros seres humanos. Y como esto ocurría en el marco del gobierno, las cosas hubieran sido de gran importancia en su evolución, si no hubiese sido que terminarían repentinamente por una catástrofe. Catástrofe de la caída de Kakania, a la que aludíamos largamente en este trabajo.

El vicio básico lo expone Musil, así: En Kakania se actuaba diferente del modo en que se pensaba o se pensaba, diferente del modo en que se actuaba. Musil termina sus reflexiones afirmando que en Kakania se era negativamente libre, constantemente conciente de los inadecuados fundamentos para la propia existencia, cubierta por la fantasía de que nada había ocurrido, o, al menos, que nada había ocurrido irrevocablemente, "a la manera de la espuma de los océanos de la que surge la humanidad".

Una frase muy corriente estaba en boca de todos: Es ist passiert!; mientras en otros lugares se decía que el cielo sabía "exactamente" lo que había pasado.

Frase peculiar, sin equivalente en otros idiomas, afirma Musil, quien obviamente no podía sospechar que muchos años después, en un remoto país, se usara en medios oficiales otra: "los argentinos somos derechos y humanos". Que aunque distinta en lo lingüístico tenía la misma función: encubrir, disimular los hechos, transformar "los casotazos del destino" en algo suave como una pluma.

Esto, desde luego, forma parte de otra historia, la historia de nuestros propios hombres sin atributos, narrable en un capítulo que nunca podría cerrarse a la manera en que lo hace Musil en su octavo sobre Kakania: A despecho de lo mucho que parece apuntar hacia la otra vía, "Kakania fue, después de todo, un hogar para genios; y esto probablemente fue su ruina".



EL OJO MOCHO

Nº 6

Vida, locura y muerte en Buenos Aires.

Viñas
Molina y Vedia
Moffa
Casullo
González
Rinesi
Ferrer
López

dialéctica

revista de filosofía y teoría social

Dossier "Los intelectuales y el poder" / 2:

Escriben: H. de Bonafini, E. Mignone, P. Riezniak, P. Pozzi, A. Schneider, E. Barcesat, E. Pavlovsky, E. Oteiza, R. Dri, A. Plá / Polémica Bayer-Sábado / Rodolfo Walsh y los intelectuales de la resistencia

La política en América Latina: Luis Vitale: La insurrección en Chiapas / El programa de la rebelión / Entrevista al Subcomandante Marcos

Universidad: Contraforma y poder estudiantil, por P. Mc Cabe / S. Zibat sobre la cuestión de la desigualdad en Rousseau y Hegel / N. Kohan: La autocrítica filosófica de Lenin / David Viñas sobre David Peña / M. Raffin: Derechos humanos y teoría de la operatividad y programatividad de las normas jurídicas / Reseñas: Ariel Bignami, Toni Negri, Carlos Astrada, Michael Ruse.

AÑO III - NUMERO 5/6 - BUENOS AIRES - SETIEMBRE DE 1994

causas y azar

Los lenguajes de la comunicación y la cultura en (la) crisis

CONGRESO LATINOAMERICANO DE COMUNICACION SOCIAL (FELAFACS, 1994)

Año II Número 2

Entrevista a GARCIA CANCLINI

Antropología y comunicación

Radio alternativa

Cine político

Mattelart - Ford - Steimberg

LAS NOVEDADES DEL CIELO



Michel Foucault
Discurso, Poder, Subjetividad
selección y prólogo de Oscar Terán

Michel Foucault
Nietzsche, Freud, Marx
prólogo de Eduardo Grüner

Fredric Jameson
Imaginario y Simbólico en Lacan

Atilio Borón/Manuel Mora y Araujo/José Nun/Juan Carlos Portantiero/Ricardo Sidicaro
Peronismo y Menemismo
Avatares del populismo en la Argentina

Otros libros de Ediciones El Cielo por Asalto:

Dardo Scavino
Barcos sobre la Pampa
Las formas de la guerra en Sarmiento

Roy Hora/Javier Trímboi
Pensar la Argentina
Los historiadores hablan de historia y política
T. Halperin Donghi, D. James, O. Terán, H. Sabato, N. Botana, J.C. Chiaramonte, B. Sarlo, J.C. Torre

Maristella Svampa
El dilema argentino:
Civilización o Barbarie
De Sarmiento al revisionismo peronista

M. Berman/P. Anderson/J. Habermas/J.F. Lyotard
El debate modernidad/posmodernidad
selección y prólogo de Nicolás Casullo

EDICIONES
EL CIELO
POR ASALTO

Corrientes 2554 3º A Tel. 951-4504 Fax: 951-3416
(1046) Buenos Aires - Argentina

EL CIELO POR ASALTO

Publicación periódica
nº 7 invierno 1995

dossier **Marxismo/posmarxismo**. Debate en torno a algunas tesis de Ernesto Laclau: Atilio Borón, Ellen Meiksins Wood, Norman Geras, Nicos Mouzelis

Eric Hobsbawm: **el historiador y los nacionalismos** / Elías Palti: **los dilemas de Hobsbawm**

John Holloway: **un Capital, muchos Estados**

Blas de Santos: **la cultura del malestar**

Alan Rush: **posmodernismo y "Tercer Mundo"**

UN OTOÑO A TODA FLOR

HUMOR GRAFICO.

Inodoro Pereyra 20. Fontanarrosa. Un nuevo tomo de las aventuras del gaucho más folklórico de la Pampa, con su elenco habitual: la Eulogia, el Mendieta, el malón, los loros barranqueros y el porcino premiado: Nabucodonosor.

Fontanarrosa es Mundial (con la actuación especial de la Hermana Rosa). Las crónicas ilustradas sobre el último Mundial de fútbol publicados en "Clarín" por el Negro Fontanarrosa, con dibujos inéditos: más allá de los resultados una historia paralela de brujería y disparate, lo único que hizo reír a los argentinos durante el campeonato.

¿Quién es Peni? Peni es Pedro Penizotto, guionista de Jorge Guinzburg en la televisión, coautor de "Desvínculos" y uno de los más audaces y originales dibujantes de humor argentinos, al borde del "porno" suave, pero del lado de la risa. Esta es la primera recopilación de sus chistes.

Boogie, el Aceitoso 12. Fontanarrosa. Entre bazookazos que no son de clicle y el ejercicio desmesurado del machismo, las hazañas del atroz mercenario copiado por Fontanarrosa de la más estricta realidad política y cinematográfica, se manifiestan despanzurando amigos y enemigos.

La grandeza y la chiqueza. Rep. Biografía no autorizada de la República Argentina a través de la despiadada sátira sobre sus lugares comunes y próceres de bronce inmaculado. El libro reúne los dibujos publicados en "Satira/12" sobre nuestra historia e historieta.

¿Quién es Picaro? Dan Piraro. Es un humorista gráfico norteamericano de extraño dibujo y singular eficacia. Una selección de sus creaciones más graciosas, realizadas por Rudy, lo presenta al público de habla castellana.

Un padre (puzzle). Sibylle Lacan. Un dolido reclamo de la hija menor del primer matrimonio de Jacques Lacan, quien, con desesperada voluntad de expresión, habla del padre que Lacan fue para ella. Una visión para enfrentarse a la del controvertido libro de la Roudinesco.

La decima pista. Leo Masliah. Una nueva descacharrante novela del cantautor uruguayo, donde el humor y el disparate llegan al paroxismo: un avión de pasajeros pide pista para aterrizar y la torre de control se lo niega, por lo que sigue volando por años mientras en su interior imperan la orgía y la chifladura.

Chistes de Carlitos 2. Rudy. Una nueva colección de bromas alrededor del presidente argentino continuando el suceso del primer tomo ("El humor en tiempos de Menem") recopilados por quien hace, con Daniel Paz, los chistes de la primera página de "Página/12".

NARRATIVA

Cuentecillos y otras alteraciones. Jorge Timossi. Ilustrado por Quino. Minicuentos cargados de poesía, humor e ideología, de un periodista argentino residente en Cuba. El creador de Mafalda los hace comentar por Felipito, personaje cuyas características fueron inspiradas por Timossi.

El idioma de los gatos. Spencer Holst. Fábulas maravillosas en un libro agotado por años y convertido en un objeto de culto, del norteamericano a quien Grinsberg llamó "el Kafka de Nueva York".

La leca 101. Alicia Stelmberg. Reedición de la primera novela de la ganadora del primer premio Planeta local. Divertida y descocada en apariencia, es una metáfora sobre la Argentina del genocidio y una sátira al matriarcado.

Ediciones de la Flor

Gorriti 3695 (1172)

Buenos Aires

Tel. 963 - 7950/7954

Fax: 963 - 5616

Editorial Biblos

Pasaje José M. Giuffra 318 - 1064 Buenos Aires - Tel./fax 361-0522 - 36-3243

NOVEDADES

AUGUSTO PÉREZ LINDO

MUTACIONES. ESCENARIOS Y FILOSOFÍAS DEL CAMBIO DE MUNDO

Para concebir una reconstrucción es necesario repensar el mundo tanto en sus aspectos socioeconómicos como en sus valores y en sus ideas. Tal es el horizonte en el que se ubica este ensayo.

ESTHER DÍAZ

LA FILOSOFÍA DE MICHEL FOUCAULT

Esta obra se particulariza por su claridad expositiva y por los análisis críticos que acompañan la formulación sistemática del pensamiento de Foucault.

JORGE SABORIDO

INTERPRETACIONES DEL FASCISMO

Este libro pone a disposición del lector una serie de materiales que sin agotar, ni mucho menos, la cuestión de las interpretaciones del fascismo, permite tomar contacto con análisis no siempre conocidos ni valorados.

HUGO TRINCHERO (EDITOR)

PRODUCCIÓN DOMÉSTICA Y CAPITAL. ESTUDIOS DESDE LA ANTROPOLOGÍA ECONOMICA

El estudio de la producción doméstica ha dado lugar a profundos debates en el campo de las ciencias sociales que intentaron dar respuesta a la gran heterogeneidad que presentan las estructuras agrarias en la sociedad contemporánea

Manantial

Los poderes de la teoría
Capitalismo, Estado y democracia
R. Alford y R. Friedland

La construcción del espectáculo político
M. Edelman

Ascenso y caída de la justicia económica
C.B. Macpherson

En preparación

La traición de la ilustración
Investigación sobre el malestar contemporáneo
Jean-Claude Guillebaud

El Estado seductor
Régis Debray